JUAN AMÓS COMENIO

Didáctica Magna

Octava edición

EDITORIAL PORRÚA
AV. REPÚBLICA ARGENTINA, 15
MÉXICO, 1998

CAPITULO PRIMERO
EL HOMBRE ES LA CRIATURA POSTRERA, LA MÁS ABSOLUTA, LA MÁS EXCELENTE DE TODAS LAS CRIATURAS

1. Al pronunciar Pittaco, en la antigüedad, su famoso *nosce te ipsum*, (conócete a ti mismo), acogieron los sabios con tanto entusiasmo dicha sentencia, que para entregarla a la plebe afirmaron que había descendido del cielo, y cuidaron de que fuera inscripta con letras de oro en el frontispicio del Templo de Apolo en Delfos, adonde concurría gran multitud de hombres. Fue prudente y piadoso proceder, pues aunque en realidad era una ficción, se encaminaba a la verdad, que es más clara para nosotros que para ellos.
2. ¿Qué es sino una voz celestial la que resuena en la Sagrada Escritura, diciendo: ¡Oh, hombre, si me conocieras, te conocerías? Yo, la fuente de la eternidad, de la sabiduría, de la bienaventuranza; tú, mi hechura, mi imagen, mi delicia.
3. Te elegí como compañero mío en la eternidad, dispuse para tu uso el cielo, la tierra y todo cuanto contienen, reuní en ti solo cuanto brilla en cada una de las demás criaturas: la esencia, la vida, el sentido y la razón. Te elegí sobre todas las obras de mis manos; subyugué a tus plantas todas las cosas: ovejas, bueyes, bestias del campo, aves del cielo y peces del mar; por igual razón te coroné de gloria y honor. (Salmo 8.) Finalmente, para que nada faltase, me uní a ti, yo mismo, en hipostático lazo, juntando eternamente mi naturaleza a la tuya, como no acaece a ninguna de las criaturas ni visibles ni invisibles. ¿Hay alguna criatura ni en el cielo ni en la tierra que pueda gloriarse de tener a Dios revelado en su carne y mostrado a los Ángeles (1, Tim., 3. 16), no sólo para que estupefactos vean al que deseaban ver (1. Pet., 1. 12), sino para que adoren a Dios, manifestado en carne, al hijo de Dios y del hombre? (Hebr., 1, 6, Juan, 1, 52, Mat. 4. 11.) Entiende, pues, que tú eres el colofón absoluto de mis obras, el admirable epitome, el Vicario entre ellas y Dios, la corona de mi gloria.
4. ¡Ojalá todas estas cosas queden esculpidas, no en las puertas de los templos, ni en las portadas de los libros, ni en los ojos, lenguas y oídos de todos los hombres, sino en sus corazones! Ciertamente hay que procurar que todos aquéllos que tienen la misión de formar hombres hagan vivir a todos conscientes de esta dignidad y excelencia y dirijan todos sus medios a conseguir el fin de esta sublimidad.

CAPITULO II

EL FIN DEL HOMBRE ESTÁ FUERA DE ESTA VIDA

1. Los dictados de la razón nos afirman que criatura tan excelsa como lo es el hombre, debe estar necesariamente destinada a un fin superior al de todas las demás criaturas; a saber, que unida a Dios, cúmulo de toda perfección, gloria y bienaventuranza, goce con El eternamente de la gloria y beatitud más absolutas.
2. Y aunque esto se halla suficientemente expresado en la Sagrada Escritura y nosotros creemos firmemente que así acaece, no será labor en balde que reseñemos, aunque muy a la ligera, los modos mediante los cuales Dios nos ha representado en esta vida nuestro último fin.
3. En primer lugar, por cierto, aparece esta representación en la Creación misma. Dios no mandó al hombre secamente que existiese, sino que, previa una solemne resolución, le formó con sus propios dedos un cuerpo y le inspiró un alma de Sí mismo.
4. Nuestra misma constitución demuestra que no nos es bastante todo lo que en esta vida tenemos. Vivimos aquí una vida triple: vegetativa, animal e intelectiva o espiritual, la primera de las cuales jamás se manifiesta fuera del cuerpo; la segunda se dirige a los objetos por las operaciones de los sentidos y movimientos; la tercera puede existir separadamente, como ocurre en los Ángeles. Es evidente que este supremo grado de la vida esté en

nosotros oscurecido y como dificultado por los demás, y debemos suponer que ha de existir algo donde esta vida intelectiva alcance su mayor desarrollo (*in deducatur*).
5. Todas las cosas que hacemos y padecemos en esta vida demuestran que en ella no se consigue nuestro último fin, sino que todas ellas tienden más allá, como nosotros mismos. Cuanto somos, obramos, pensamos, hablamos, ideamos, adquirimos y poseemos no es sino una determinada gradación, en la que, lanzados más y más allá, alcanzamos siempre grados superiores, sin que jamás lleguemos al supremo. En un principio, nada es el hombre, como nada existió en la eternidad; tiene su iniciación en el útero de la madre, de la gota de sangre paterna. ¿Qué es el hombre al principio? Una masa informe y bruta. Entonces empieza la delineación del corpúsculo, pero sin sentido ni movimiento. Comienza después a moverse hasta el momento en que por la fuerza de la naturaleza es expelido al exterior, y poco a poco van entrando en función los ojos, los oídos y los demás sentidos. Con el transcurso del tiempo se manifiesta el sentido interno cuando se da cuenta de que ve, oye y siente. Más tarde ejercita su entendimiento, advirtiendo las diferencias de las cosas; finalmente, la voluntad asume su función de directora, aplicándose a ciertos objetos y apartándose de otros.
6. Y aun en cada una de estas operaciones existe también la gradación. Pues el mismo conocimiento de las cosas va insensiblemente apareciendo, como el resplandor de la aurora, surge de la oscuridad profunda de la noche, y mientras dura la vida (a no ser que se embrutezca de un modo absoluto) recibe continuamente más y más luz hasta la misma muerte. Nuestras acciones, en un principio, son tenues, débiles, rudas y en extremo confusas, y paulatinamente se desarrollan después las potencias del alma con las fuerzas del cuerpo, de tal manera que mientras tenemos vida (salvo el caso de quien es atacado de un entorpecimiento extremo y sepultado vivo), no nos falta qué hacer, qué proponer, qué emprender, y todo esto, es un espíritu generoso, siempre se dirige más allá, pero sin que se vea el término. No se encuentra en esta vida un ninguno de nuestros deseos ni de nuestras maquinaciones.
7. De un modo experimental lo comprobaremos, cualquiera que sea la dirección en que lo consideremos. Si uno ansía bienes y riquezas, no hallará satisfacción de sus deseos aunque posea el mundo entero; claro nos lo dice el ejemplo de Alejandro. Si la ambición de los honores inquietase a otro, no hallará reposo aunque el universo le adore. Si a los placeres se entregase, encontrará tedio en todas las cosas aunque inunden sus sentidos mares de deleites, y su apetito pasará de una a otra cosa. Y el que dedicase su espíritu al estudio de la sabiduría, jamás llegará al fin, porque cuanto más vaya conociendo, más aún verá que le falta por conocer. Sabiamente afirmó Salomón que no se sacia el ojo viendo ni el oído se llena oyendo. (Ecclesiastés, 1. 8.)
8. El ejemplo de los moribundos nos demuestra que no todo acaba con la muerte. Aquellos que piadosamente pasaron aquí su vida se alegran de marchar a otra mejor; los que se hallaban dominados por el amor de esta vida presente y ven que han de abandonarla y pasar a otra parte, empiezan a temblar, y del modo que aún pueden se reconcilian con Dios y con los hombres. Y aunque el cuerpo quebrantado por los dolores languidece, los sentidos vayan oscureciéndose y la misma vida se escape, la mente, sin embargo, realiza sus funciones con más vigor que nunca, tratando piadosa, circunspecta y gravamente de sí mismo, de la familia, bienes, asuntos públicos, etc., de tal suerte que el que ve morir a un hombre piadoso y prudente ve desmoronarse un poco de tierra; pero al oírle parece que escucha a un ángel; y preciso es confesar que en tal caso acontece que, al ver avanzar el derrumbamiento de la cabaña, se dispone la salida del que la habita. Así también lo entendieron los gentiles, y por eso los romanos, según asegura Festo, llamaban a la muerte viaje, y los griegos empleaban frecuentemente la palabra marchar, en vez de fallecer o morir. ¿Por qué sino porque sabemos que mediante la muerte nos trasladamos a otra parte?
9. Esto es mucho más evidente para nosotros, los cristianos, sobre todo después que, con su mismo ejemplo, nos lo e demostró Cristo, Hijo de Dios vivo, enviado del Cielo para reparar en nosotros la perdida imagen de Dios. Concebido y dado a luz vivió entre los hombres; después de muerto resucitó y subió a los Cielos, y ya la muerte no le dominó más. El se llama y es Nuestro Precursor (Hebreos, 6. 20.) Primogénito entre los hermanos. (Rom. 8. 29.) Cabeza de sus miembros. (Efes., 1, 22.) Arquetipo de los que han de ser reformados a la imagen de Dios. (Rom. 8, 29.) Y de igual modo que Él no vivió aquí, por estar, sino para, una vez terminada su misión, pasar a la mansión eterna, así también nosotros, consortes suyos, no hemos de permanecer aquí, sino que hemos de ser llevados a otra parte.

10. Triple hemos dicho que es la vida de cada uno de nosotros, y triple es también la mansión de esta misma vida: el útero materno, la Tierra y el Cielo. Del primero se va a la segunda por el nacimiento; de la segunda a la tercera por la muerte y la resurrección; de la tercera no se sale jamás por toda la eternidad. En el primero recibimos la vida solamente con el movimiento inicial y el sentido; en la segunda, la vida, el movimiento, el sentido con las primicias del entendimiento; en la tercera, la plenitud absoluta de todas las cosas.
11. La vida primera de las mencionadas es preparatoria de la segunda; la segunda lo es de la tercera, y ésta existe por sí misma, sin tener fin. El tránsito de la primera a la segunda y de la segunda a la tercera es angustioso y con dolor; en una y otra hay que abandonar despojos o envolturas (allí las secundinas, aquí el cadáver mismo), como el pollo nace rompiendo el cascarón. Finalmente, la primera y segunda mansión son a modo de laboratorios en los que se prepara el cuerpo para su ejercicio en la vida siguiente, en la primera, y el alma racional en la segunda, disponiéndola para la vida sempiterna. La tercera estancia lleva en sí misma la perfección y el goce de las otras.
12. De modo semejante, los israelitas (y permítasenos presentar la historia de este pueblo como ejemplo) fueron engendrados en Egipto, llevados de allí al desierto con las penalidades de los montes y el Mar Rojo, construyeron Tabernáculos, recibieron la Ley, pelearon con diversidad de enemigos, y por fin, pasado el Jordán, fueron hechos dueños de la tierra da Canaan, abundantísima de leche y miel.

CAPITULO III

ESTA VIDA ES TAN SÓLO PREPARACIÓN DE LA VIDA ETERNA

1. Vamos a demostrar, aduciendo el testimonio de Nosotros mismos, del Mundo y de la Sagrada Escritura que esta nuestra vida actual, al encaminarse a un más allá, no es vida, propiamente hablando, sino el prólogo de otra vida verdadera y sempiterna.
2. Si investigamos en nosotros mismos llegaremos a observar que todo se desarrolla en nosotros de manera tan gradual que un antecedente cualquiera despeja el camino al que le sigue. Por ejemplo: Nuestra vida primera tiene su existencia en las entrañas maternales; pero, ¿en razón de qué? ¿Acaso de sí misma? Nada menos cierto. Aquí se trata solamente de que el corpúsculo se prepare a ser habitación e instrumento adecuado del alma para su fácil empleo en la siguiente vida que hemos de disfrutar bajo el firmamento. Tan pronto como aquello está conseguido, salimos a la luz, porque ya nada tenemos que hacer en tales tinieblas. De igual modo esta vida exterior es sólo preparación de la vida eterna, con el fin, sin duda, de que el alma prepare, mediante el auxilio del cuerpo, todo cuanto le es preciso para la otra vida. En cuanto esto se realiza, marchamos de este mundo, porque lo que en él hagamos después no tiene ya finalidad alguna. Y si algunos se ven arrebatados estando desprevenidos, son más bien empujados a la muerte, a semejanza de los fetos abortivos que por mil causas suelen ser expelidos del útero, no vivos, sino muertos ya; lo que en uno y otro caso acontece por culpa de los hombres, aunque con permiso de Dios.
3. Cualquiera que sea la parte del Mundo visible que examinemos nos llevará a la conclusión de que no ha sido creado para otro fin más que el de servir de

Generación . . . .
Crianza . . . . al género humano.
Ejercicio . . . .

Como no plugo a Dios crear en el mismo momento a todos los hombres, conforme hizo con los Ángeles, sino un solo varón y una sola hembra para que ellos, con su bendición y unidas sus fuerzas, se multiplicasen por generación; fue preciso señalar un tiempo determinado a estas generaciones sucesivas, y se concedieron unos millares de años. Y para que este tiempo no fuera confuso, oscuro, ciego, extendió los cielos dotados del sol, la luna y las estrellas, y mandó que, girando en derredor, se midiesen las horas, los días, los meses y los años. Y como esta Criatura corpórea había de necesitar lugar para vivir, espacio para respirar y moverse, alimento para crecer y vestido para cubrirse, dispuso (en el mundo inferior) un pavimento sólido: la tierra; la rodeó del aire y la regó con las aguas e hizo germinar multiformes plantas y animales, no solamente para satisfacer las necesidades, sino para recreo de los sentidos. Habiendo formado al hombre a su imagen y semejanza, dotado de entendimiento

para que no careciese este entendimiento de su objeto propio, distribuyó todas las criaturas en múltiples especies, con lo cual este mundo visible había de ser para él como un espejo del infinito Poder, Sabiduría y Bondad de Dios cuya contemplación había de arrebatarle en admiración hacia el Creador, le movería a su conocimiento y avivaría su amor, dejando ver a través de las cosas visibles la invisible solidez, belleza y dulzura oculta en el abismo de la eternidad, ofreciéndole verla, tocarla y gustaría. No otra cosa es este Mundo sino nuestro Semillero, nuestro Refectorio, nuestra Escuela. Luego existe un más allá, adonde hemos de pasar desde las clases de esta Escuela, esto es, Academia eterna. Los divinos oráculos nos afirman también que así ocurre.

4. El mismo Dios nos dice por boca de Oseas que los cielos existen por la tierra; la tierra por el trigo, el vino y el aceite, y éstos por los hombres. (Oseas, 2, 21. 22.) Todo, pues, tiene existencia por causa del hombre, aun el tiempo mismo. El mundo no ha de tener mayor duración que la necesaria para completar el número de los elegidos. (Apoc., 6. 11.) En cuanto esto se haya realizado, el Cielo y la Tierra pasarán y no habrá lugar para ellos. (Apoc., 20. 7.) Surgirán un nuevo Cielo y una nueva Tierra, en los que habitará la justicia. (Apoc., 21, 1 y 2 Petr., 3. 13.) Por último, la Sagrada Escritura designa a esta vida con denominaciones que claramente indican que únicamente la considera como preparación de la otra. La llama Camino, Marcha, Puerta, Esperanza, y a nosotros, Peregrinos, Extranjeros, Inquilinos que esperan otra ciudad. (Génes. 47. 9. -Salm., 39. 12. -Job, 7. 12. -Luc., 12. 34.)

5. Esto mismo nos enseña nuestra condición, expuesta ante los ojos de todos los hombres. ¿Quién, de entre todos los nacidos, no ha vivido y vuelto a desaparecer? Y, sin embargo, estamos destinados a la eternidad. Es, pues, necesario que nuestra vida sea sólo un tránsito por aquí, puesto que estamos reservados para la eternidad. Por eso dijo Jesucristo: Estad dispuestos, ignoráis la hora en que el hijo del hombre ha de venir. (Mat., 24. 44.) Y esta es la razón, como vimos en la Sagrada Escritura, de que el Señor se lleve a algunos aun en la primera edad, sin duda, cuando ya los encuentra dispuestos, como Enoch. (Gen., 5. 24. o Sab., 4. 14.) ¿Por qué, en cambio, tiene benignidad para los malos? Sin duda, porque no quiere abatir al desprevenido, sino que tienda al arrepentimiento. (2 Petr., 3. 9.) Si, no obstante, alguno intentase abusar de la paciencia divina, ordenará su muerte.

6. Certísimo es, pues, que la estancia en las entrañas de la madre es preparación para la vida corporal, y no lo es menos que la vida corpórea es también preparación para otra existencia que sigue a ésta, y que ha de durar por siempre jamás. ¡Dichoso aquel que saca sus miembros bien con conformados del vientre de su madre! ¡Feliz mil y mil veces el que saque de este inundo su alma llena de perfecciones!

CAPITULO IV
CONOCERSE, REGIRSE Y ENCAMINARSE HACIA DIOS, TANTO A SÍ PROPIO COMO TODAS LAS DEMÁS COSAS CON UNO MISMO, SON LOS TRES GRADOS DE LA PREPARACIÓN PARA LA ETERNIDAD

1. Quedó ya suficientemente demostrado que el fin último del hombre consiste en la Bienaventuranza eterna con Dios, y también es fácil deducir cuáles son los fines secundarios y adecuados a esta vida transitoria, tomándolo de las mismas palabras de la divina resolución al formar al hombre: Hagamos –dijo- al hombre a nuestra imagen y semejanza para que domine a los peces del mar y a las aves de los cielos y a las bestias, y a la tierra y a todo animal que anda sobre la tierra. (Gén., 1.26.)

2. Claramente se desprende de lo dicho que el hombre está colocado entre las criaturas visibles para que sea:

I. Criatura racional.
II. Criatura señora de las criaturas.
III. Criatura imagen y deleite de su Criador.

Y de tal manera están estos tres miembros enlazados entre sí que no puede admitirse entre ellos separación alguna, porque en ellos se asienta la base de la vida presente y de la futura.

3. Ser criatura racional es ser observador, denominador y clasificador de todas las cosas; esto es, conocer y poder nombrar y entender cuanto encierra el mundo entero, como se dice en el Génesis, 2.19. O conforme enumera Salomón (Sab. 7. 17, etc.) Conocer la constitución del mundo y la fuerza de los elementos; el principio, el fin y el medio de los tiempos; la mutación de los solsticios y la variedad de las tempestades; el circuito del año y la

posición de las estrellas; las naturalezas de los vivientes y el ser de las bestias; las fuerzas de los espíritus y los pensamientos de los hombres; las diferencias de las plantas y las virtudes de las raíces; en una palabra, cuanto existe, ya oculto, ya manifiesto, etc. A esta cualidad corresponde la ciencia de los artífices y el arte de la palabra, para que, como dice Jesús de Sirach, en ninguna cosa, lo mismo pequeña que grande, nada haya que sea desconocido. (Eccles., 5. 18.) Así, pues, en realidad, de verdad puede ostentarse la denominación de animal racional si se conocen las causas de todas las cosas.

4. Ser dueño y señor de las criaturas consiste en poder disponer de ellas conforme a sus fines legítimos para utilizarlas en provecho propio; portarse entre las criaturas y en todas partes de un modo regio; esto es, grave y santamente y guardar la dignidad otorgada (poniendo sobre sí la adoración de un solo Criador; considerando a su nivel a los Ángeles, con siervos suyos, y teniendo muy por bajo de si a todas las demás cosas); no someterse a ninguna criatura, ni aun a la propia carne, sirviéndose generosamente de todas ellas y no ignorar dónde, cuándo, de qué modo y hasta qué punto se debe prudentemente utilizar cada cosa; dónde, cómo, de qué modo y hasta dónde hay que condescender con el cuerpo; dónde, cómo, de qué modo y hasta qué punto se debe servir al prójimo. En una palabra: poder moderar con prudencia los movimientos y las acciones, tanto internas como externas, tanto propias como ajenas.

5. Finalmente, ser la imagen de Dios es representar vivamente el prototipo de su perfección, como Él mismo dice: Sed santos, porque Yo, vuestro Dios, soy santo. (Lev. 19. 2.)

6. De todo lo cual se saca la conclusión de que los requisitos genuinos del hombre son los que siguen: I. Que sea conocedor de todas las cosas. II. Dueño de ellas y de sí mismo. III. Encaminarse él y todas las cosas hacia Dios, origen de todo. Lo que puede expresarse en estas solas tres palabras de todos conocidas:

I. ERUDICIÓN.

II. VIRTUD O COSTUMERES HONESTAS.

III. RELIGIÓN O PIEDAD.

El nombre de Erudición comprende el conocimiento de todas las cosas, artes y lenguas; el de buenas costumbres, no sólo la externa urbanidad, sino la ordenada disposición interna y externa de nuestras pasiones; y con el de Religión se entiende aquella interna veneración por la cual el alma del hombre se enlaza y une al Ser Supremo.

7. En estos tres enunciados se halla encerrada toda la excelencia del hombre, porque estos son los únicos fundamentos de esta vida presente y de la futura; todo lo demás (Salud, vigor, figura, riquezas, dignidades, amistades, éxitos y larga vida) nada representan sino añadiduras y adornos de la vida extrínseca, si Dios las da con lo primero; o superfluas vanidades, inútil carga, impedimentos molestos para quien, sintiendo excesivo apego a ellas, las desea y se deja dominar por ellas olvidando y dejando a un lado lo más principal.

8. Para la mejor comprensión veamos algunos ejemplos. El reloj (ya sea el solar o el automático) es un instrumento elegante y muy necesario para medir el tiempo y cuya substancia o esencia está en la ingeniosa proporción de las medidas. La caja en que se encierra, las esculturas, pinturas, adornos de oro, etc., son cosas accesorias que si algo añaden a su belleza nada aumentan a su bondad. Sería risible la puerilidad de aquel que sin parar mientes en la grandísima utilidad del aparato quisiera mejor un reloj bonito que bueno. Asimismo, el valor de un caballo está en su vigor, unido a su nobleza, agilidad y prontitud en moverse a capricho del jinete; la cola ondulante o recogida en nudo; la crin peinada o erguida; bridas áureas; mantas recamadas de oro y cualesquiera otros bellos jaeces con que se le adorne son cosas tan accidentales que con razón calificaremos de estúpidos a quienes pretendan que en ellas estriba la excelencia de un caballo. Por último, nuestro perfecto estado de salud depende de la completa digestión de los alimentos y de una buena disposición interna; dormir muellemente, vestir con lujo y comer con regalo nada añaden a nuestra salud: antes bien, la ponen en peligro; y podemos llamar loco a quien busca más lo deleitoso que lo saludable. Demente es y dañoso en gran manera el que, deseando ser hombre, se preocupa más de los adornos que de la esencia humana. Por eso el Sabio declara estultos e impíos a quienes

consideran nuestra vida como cosa de juego o mercado lucrativo, asegurando que de ellos huye la alabanza y bendición de DIOS. (Sab., 15, 12, 19.)
9. Conste, pues, que cuanto mayor sea nuestro empeño en esta vida para alcanzar Erudición, Virtud y Piedad, tanto mas nos aproximaremos a la consecución de nuestro último fin. Estos tres han de ser los objetivos de nuestra vida; todo lo demás son pompas vanas, inútil carga, torpe engaño.

CAPITULO V

LA NATURALEZA HA PUESTO EN NOSOTROS LA SEMILLA DELOS ELEMENTOS ANTEDICHOS (ERUDICIÓN, VIRTUD Y RELIGIÓN)

1. Entendemos aquí por NATURALEZA, no la corrupción inherente a todos después del pecado (por la que somos llamados hijos de la ira por naturaleza, incapaces de pensar algo bueno de nosotros mismos como tales), sino nuestra primera y fundamental constitución, a la que hemos de volver. En este sentido dice Luis Vives: ¿Qué es el cristiano sino un hombre cambiado de naturaleza, como si dijéramos restituido a su primitivo ser, del que había sido despojado por el Diablo? (Lib. 1 de Concordia et Disc.) Y en igual sentido puede interpretarse lo que Séneca escribió: La sabiduría consiste en volvernos hacia la naturaleza y restituirnos a aquel estado de que luimos desposeídos por el público error (esto es, del género humano en la persona del primer hombre). Dice asimismo: No es bueno el hombre, pero es creado para el bien; con el fin de que acordándose de su origen procure asemejarse a DIOS. A nadie está vedado intentar subir al sitio de donde había descendido. (Epist. 93.)
2. Entendemos también por voz de la Naturaleza la universal providencia de DIOS, o el influjo incesante de la bondad divina para obrar por completo en todas las cosas; esto es, en cada una de las criaturas todo aquello para lo que la destinó. Propio es de la divina sabiduría no hacer nada en balde, o sea sin fin alguno y sin los medios proporcionados para conseguirle. Por lo tanto, todo cuanto tiene existencia existe para algo y está dotado de los órganos y elementos necesarios para obtener su determinado fin; tanto que habrá dolor y muerte si mediante cualquier violencia impides que algo vaya a su fin con expedición y agrado por el mismo instinto de la naturaleza. Así, pues, es cierto que el hombre ha sido creado con aptitud para la inteligencia de las cosas, para el buen orden de las costumbres y para el amor de DIOS sobre todas las cosas (acabamos de ver que está destinado a todo esto) y que lleva dentro de sí las raíces de los tres principios enunciados como los árboles tienen las suyas enterradas.
3. Y para que con mayor evidencia aparezca lo que quiere decir Sirach, cuando afirma que la Sabiduría puso fundamentos eternos en el hombre (Eclesiást. 1. 10.), vamos a ver cuáles son los fundamentos de erudición, virtud y religión puestos en nosotros y que hacen del hombre un maravilloso instrumento de la Sabiduría.
4. Es un principio admitido por todos que el hombre nace con aptitud para adquirir el conocimiento de las cosas, en primer lugar porque es imagen de Dios. La imagen, sí es fiel, debe representar y reproducir todos los rasgos de su modelo, de otro modo no sería verdadera imagen. Entre todas las demás cualidades de Dios, ocupa un lugar preeminente la Omnisciencia; luego necesariamente debe aparecer en el hombre alguna señal de dicha cualidad. ¿Y cómo? El hombre está realmente colocado en medio de las obras de Dios, teniendo su luminoso entendimiento a la manera de un espejo esférico suspendido en lo alto que reproduce las imágenes de todas las cosas. Es decir, de todo lo que le rodea. Pero además, nuestro entendimiento no solamente es ocupado por las cosas próximas, sino también se deja impresionar por las remotas (ya en el tiempo, ya en el espacio), acomete las difíciles, indaga las ocultas, revela las desconocidas e intenta investigar las inescrutables; por lo tanto, es en cierto modo infinito e ilimitado. Si se concediera al hombre una existencia de mil años, durante los cuales; aprendiendo sin cesar, siguiera deduciendo una cosa de otra, jamás carecería de objeto a que dirigirse; tan inmensa es la capacidad de la mente humana que puede compararse a un insondable abismo. Nuestro débil cuerpo ocupa un reducido espacio; la voz se extiende poco más allá; la altura del firmamento limita nuestra vista; pero al entendimiento no se le pueden fijar límites ni en el cielo ni más allá del cielo; lo mismo asciende hasta los cielos de los cielos que desciende al abismo de los abismos; y aunque estos espacios sean millares de veces más extensos los recorre con increíble rapidez. ¿Negaremos que todo le es fácil? ¿Habremos de negar que tiene capacidad para todo?

5. El hombre ha sido llamado por los filósofos microcosmo, compendio del Universo, que encierra en sí cuanto por el mundo aparece esparcido. Ya en otra parte demostramos la verdad de esta afirmación. El entendimiento del hombre al venir a este mundo ha sido comparado muy acertadamente a la semilla o germen; en el cual, aunque en el momento no exista la figura de la hierba o árbol, en realidad de verdad hay en él un árbol o hierba, como claramente se comprueba cuando, depositada la semilla en la tierra, emite raicillas por abajo y tallos hacia arriba, que, en virtud de la fuerza nativa, se convierten después en troncos y ramas, se cubren de hojas y se adornan con flores y frutos. Nada, pues, necesita el hombre tomar del exterior, sino que es preciso tan sólo desarrollar lo que encierra oculto en sí mismo y señalar claramente la intervención de cada uno de sus elementos. Y en confirmación de lo dicho, nos refieren que Pitágoras acostumbraba decir que era tan natural al hombre el saber todas las cosas, que si interrogamos con habilidad a un niño de siete años acerca de todas las cuestiones de la Filosofía podrá responder acertadamente a todas ellas; sin duda, porque sola la luz de la razón es forma y regla suficiente de todas las cosas, por más que ahora, después del pecado, velada y obscurecida, no sabe desembarazarse, y quienes debían desembrollaría la envuelven más.
6. Además de todo esto estamos dotados de ciertos órganos a modo de vigilantes u observadores para que auxilien a nuestra alma racional durante su estancia en el cuerpo, a fin de que mediante ellos pueda el alma humana ponerse en relación con el mundo exterior, y son la vista, oído, olfato, gusto y tacto, y así nada habrá referente a las criaturas que se escape a su conocimiento, puesto que en el mundo visible nada existe que no se pueda ver u oír, oler, gustar o tocar, y, por tanto, conocer qué y cómo sea; y de esto se sigue que todo cuanto el mundo encierra puede ser conocido por el hombre dotado de entendimiento y de sentido.
7. Es inmanente en el hombre el deseo de saber, y no solamente tiene tolerancia en los trabajos, sino inclinación a ellos. Resalta esto de un modo visible en la primera edad y no nos abandona durante toda la vida. ¿Quién no procura oír, ver o tratar siempre algo nuevo? ¿A quién no agrada ir diariamente a algún sitio, conversar con alguien, contarle alguna cosa o referir de nuevo cualquier otra? Así, efectivamente, ocurre: Los ojos, los oídos, el tacto, el mismo entendimiento, buscando siempre objeto en que emplearse, se dirige, en todo momento al exterior, siendo igualmente intolerable para la naturaleza viva el ocio que la imposibilidad. ¿Y por qué razón los idiotas admiran a los varones doctos; de qué es señal esto mismo sino de que experimentan el estímulo de cualquier deseo natural? Ellos querrían participar también de este estímulo, y viendo que no pueden conseguirlo, lo lamentan y envidian a quienes ven por encima de sí.
8. Los ejemplos de quienes se instruyen por sí mismos demuestran con toda evidencia que el hombre puede llegar a investigarlo todo con el solo auxilio de la Naturaleza. Hay, efectivamente, quienes sirviéndose ellos mismos de maestros o, como dice Bernardo, con las hayas y las encinas por catedráticos (es decir, paseando y meditando en las selvas) que han programado mucho más que otros con una laboriosa ayuda de preceptores. ¿Acaso no es esto clara demostración de que en el hombre se encierran todas las cosas? Es como una lámpara con su candelero, aceite, pabilo y todo su aparato: primero sabría hacer saltar la chispa y encender la luz; después vería, en agradabilísimo panorama, los admirables tesoros de la Divina Sabiduría, tanto en sí como en el mundo exterior (de qué modo se halla todo dispuesto para el número, la medida y el peso). Ahora bien; no puede procederse de modo distinto a como se procede cuando no se enciende en el hombre su luz interna, sino que está rodeado de las lámparas de las opiniones ajenas, a semejanza del que está encerrado en una cárcel obscura que se halla rodeada de hogueras, que percibirá los rayos que entren por las rendijas sin que pueda disfrutar la luz total. En este sentido afirmó Séneca: Existen dentro de nosotros los principios de todas las artes; Dios nuestro Maestro calladamente revela los ingenios.
9. Los objetos a que se asemeja nuestro entendimiento nos enseñan lo mismo. ¿Por ventura la Tierra (a la que la Sagrada Escritura compara con frecuencia nuestro corazón) no recibe gérmenes de todas clases?
¿Acaso no pueden sembrarse en un mismo huerto, hierbas y flores de todas especies y aromas?
Ciertamente; si el hortelano no carece de saber y cuidado. Y cuanto mayor sea la variedad más hermoso será el espectáculo para los ojos, más suave el deleite del olfato, mayor el placer del corazón. Aristóteles comparó el alma del hombre a una tabla raza, en la que nada hay escrito, pero en la que pueden inscribirse muchas cosas. Y de igual modo que en una tabla limpia puede escribirse lo que el escritor quiere o pintarse lo que desea el pintor conocedor de su arte, así en el entendimiento humano puede, con igual facilidad, fijarlo todo aquel que no ignore

el artificio de enseñar. Y si esto no se realiza no será ciertamente por culpa de la tabla (a no ser que esté estropeada), sino por ineptitud del pintor o escritor. Conviene tener en cuenta que en la tabla no se pueden trazar más líneas que las que permita su extensión, mientras que por más que se escriba o grabe en el entendimiento jamás se hallará término, porque (como antes hemos dicho) es ilimitado.

10. Muy acertadamente ha sido comparado nuestro entendimiento, como laboratorio de pensamientos, a la cera, que lo mismo admite la impresión de un sello que se deja modelar en variadas figurillas. Así como la cera es capaz de admitir toda clase de formas y permite ser conformada y transformada del modo que se quiera, de igual manera nuestro entendimiento al recibir las imágenes de todas las cosas recibe en si cuanto contiene el universo entero. Y esto nos permite conocer de un modo claro qué es nuestro pensamiento y qué nuestra ciencia. Todas las sensaciones que impresionan mi vista, olfato, oído, gusto o tacto son a manera de sellos que dejan impresa en mi cerebro la imagen de lo percibido. Y por eso, desaparecido de mis ojos, oídos, nariz o manos el objeto que causaba la impresión, queda en mí su imagen; y necesariamente tiene que ser así, salvo el caso de que una atención imperfecta haya contribuido a que la impresión se efectúe débilmente. Por ejemplo: Si he visto o hablado con algún hombre; si yendo de camino he admirado un monte, visto un río, atravesado un campo o un bosque o conocido una ciudad, etc.; si he escuchado grandes truenos, dulces músicas o elocuentes discursos; si he leído con atención a cualquier autor, etc., etc.; todas estas sensaciones se imprimen en mi cerebro de tal manera que cuantas veces se presente ocasión de recordarlas me parecerá claramente que están ante mis ojos, que resuenan en mis oídos o que experimento su sabor o contacto. Y aunque estas impresiones se verifiquen en mi cerebro unas antes que otras, se reciban con mayor claridad o evidencia o se retengan con mayor fuerza, sin embargo, cada cosa se recibe, representa y retiene de algún modo.

11. En lo que también tenemos que admirar el reflejo de la Divina Sabiduría es en disponer que una tan reducida masa como la de nuestro cerebro sea capaz de recibir tantos miles de millones de imágenes. Todo lo que cada uno de nosotros (en especial los dedicados a las letras) pudo durante tantos años ver, oír, leer, deducir por experiencia o raciocinio y que puede recordarse como cosa conocida, todo ello está evidentemente encerrado en el cerebro; esto es, allí han sido recibidas las imágenes de todas las cosas anteriormente vistas, oídas, leídas, etc., de las que existen miles de millones y que se multiplican casi hasta lo infinito viendo, oyendo, leyendo, experimentando, etc., algo nuevo cada día. ¿A qué se debe esto sino a la insondable Sabiduría de la Omnipotencia divina? Causaba la admiración de Salomón el que todos los ríos fuesen a parar al mar y que, sin embargo, éste no se llenaba jamás (Ecles. 1. 7.); y quién será el que no experimente mayor admiración al considerar el profundo abismo de nuestra memoria, que todo lo traga y todo lo devuelve sin que jamás se llene ni vacíe por completo? Así, realmente, nuestro entendimiento es mayor que el mundo a la manera que el continente es necesariamente mayor que lo contenido.

12. Por último, nuestro entendimiento es parecidísimo al ojo o al espejo, puesto que si pones en su presencia un objeto, sea cual fuere, su forma y color presenta en sí una imagen completamente igual, a no ser que el objeto se halle en la obscuridad, o vuelto, o excesivamente elevado a mayor distancia de la conveniente, o dificultada su reflexión o alterada por el movimiento; en este caso, claro es que no acontece lo antes afirmado. Hablamos en el supuesto de la existencia de luz y de la natural y acostumbrada situación del objeto. De igual modo, pues, que el ojo sin trabajo alguno se abre y mira los objetos, y, como ansioso de la luz, se recrea en la mirada; se basta para todas las cosas (a no ser que se vea confundido por el excesivo y simultáneo número de ellas) y jamás se saciará de ver, así nuestro entendimiento está sediento de objetos, los desea con ansia, trata siempre de investigar, y recibe, mejor dicho devora, todas las cosas; siempre infatigable, con tal de que se le ofrezcan a su consideración ordenadamente una detrás de otra sin ofuscarle con simultánea multitud.

13. Los mismos paganos vieron ya que era natural al hombre la armonía de costumbres, y aunque desconocían la otra luz venida del cielo y considerada guía más cierta de la vida eterna, estimaban (vano intento) estas ligeras chispas como teas brillantes. Así dice Cicerón: Existen en nuestros espíritus gérmenes innatos de virtudes, y si pudieran desarrollarse la misma naturaleza nos conduciría a la vida bienaventurada. (¡Esto es demasiado!) Pero ahora, apenas salimos a la luz, nos aplicamos a toda suerte de maldades que no parece sino que con la leche de la nodriza se nos infunden todos los errores. (3. Tusc.) Dos son las razones en que nos fundamos para asegurar que

son innatos en el hombre ciertos gérmenes de virtudes: primero, que el hombre se complace con la armonía, y segundo, que el mismo hombre no es sino armonía por dentro y por fuera.
14. Se demuestra que la armonía agrada al hombre y que con empeño intenta alcanzarla. Pues, ¿quién es el que no contempla con agradable satisfacción a un hombre hermoso, un vigoroso caballo, una bella imagen o un bonito cuadro? ¿Y cuál es el motivo sino la armónica proporción de sus elementos y colores? Este encanto de los ojos es natural en extremo. Ahora pregunto, ¿a quién no conmueve la música? ¿Cuál es la causa de este sentimiento? A no dudarlo, la armonía de las voces que produce una agradable consonancia. ¿A quién no agradan los platos bien condimentados? Es que la mezcla de los sabores afecta gratamente al paladar. Todo el mundo experimenta bienestar con un suave calor o una agradable frescura, o con una cómoda postura de los miembros. ¿Por qué razón? Porque todo lo que es moderado y ordenado es apacible y saludable para la Naturaleza mientras que resulta odioso y nocivo lo desmesurado y sin moderación. Y si admiramos las virtudes en los demás (pues aun los faltos de ellas envidian la virtud en los otros, aun cuando no los imiten juzgando imposible de vencer su hábito hacia el mal), ¿por qué no ha de amarla cada uno en sí mismo? ¡Cuán ciegos estamos al no ver que existen en nosotros las raíces de toda armonía!
15. El hombre mismo no es sino armonía, tanto respecto del cuerpo como del alma. Así como el mundo entero es a modo de un inmenso reloj, formado por muchas ruedas y campanas tan ingeniosamente dispuestas que para obtener la perpetuidad del movimiento y la armonía se hacen depender unas de otras por todo el universo, de igual modo puede ser considerado el hombre. En cuanto a su cuerpo, formado con maravilloso ingenio, su primer móvil es el corazón, fuente de la vida y de todas las acciones y del cual reciben los demás miembros el movimiento y el ritmo de este movimiento. La pesa que causa los movimientos es el cerebro, que sirviéndose de los nervios como de cuerdas, atrae y separa las demás ruedas (los miembros). La variedad de las operaciones internas y externas es la misma ordenada proporción de los movimientos.
16. Del mismo modo, la rueda principal en los movimientos del alma es la voluntad; las pesas que la mueven son los deseos y afectos que la inducen hacia uno u otro lado. La razón es el muelle que detiene o impide el movimiento y regula y determina qué, adónde y en qué medida debe aproximarse o separarse. Los demás movimientos del alma son como ruedas menores subordinadas a la principal. Por lo cual, si no se pone demasiado peso con los deseos y afectos, y la razón como llave regula y cierra sabiamente, no puede menos de resultar la armonía y consonancia de las virtudes; esto es, una suave ordenación de las acciones y pasiones.
17. ¡He aquí, pues, que realmente el hombre no es sino armonía en sí mismo! Y así como un reloj o un órgano musical, hecho por las hábiles manos de un insigne artista, si llega a estar estropeado o desafinado no decimos por eso que no pueda ser ya jamás usado (puede ser reparado y compuesto), así también el hombre, una vez corrompido por el pecado, debemos pensar que con el auxilio de Dios puede reformarse por medios ciertos.
18. Vamos a demostrar que naturalmente existe en el hombre la raíz de la religión, toda vez que es la imagen de Dios. La imagen indica semejanza y es ley inmutable de todas las cosas que cada uno se complace con su semejante (Ecc. 13, 18). Como el hombre no tiene nada que se le asemeje a no ser Aquél a cuya imagen fue creado, es evidente que no encuentra adonde dirigir sus deseos como no sea a la fuente de donde procede, siempre que la conozca de un modo suficiente.
19. Claramente lo indica el ejemplo de los gentiles, los cuales, desprovistos de toda noción de Dios, sin embargo, por el solo instinto oculto de la Naturaleza, conocían, veneraban y deseaban la Divinidad, aunque se equivocasen en el número y motivo del culto. Todos los hombres tienen idea de los dioses y todos ellos asignan el lugar supremo a una cualquiera de las divinidades, escribe Aristóteles en el libro I, de Coelo, cap. III. Y Séneca afirma (Epis. 96): Lo primero es el culto de los dioses, creer en ellos; después, atribuirles la majestad, adornarlos con la bondad sin la cual no hay majestad alguna, saber que son ellos los que presiden el mundo, los que ordenan el universo como cosa suya, los que ejercen la protección del género humano. ¡Cuán poquito se separa esto del dicho del Apóstol! (Hebr. 11, 6): Al acercarse a Dios hay que creer que Dios existe y que es remunerador de los que le buscan.
20. Platón se expresa de este modo: Dios es el sumo bien sobre toda substancia, toda naturaleza y a quien todas las cosas se dirigen (Platón en Timeo). Y esta es una verdad tan evidente (que Dios es el sumo bien adonde tienden todas las cosas) que hace exclamar a Cicerón: La primera maestra de la piedad es la naturaleza (1 De la Naturaleza

de los Dioses). Sin duda porque (como Lactancio afirma, lib. IV, capítulo XXVIII) somos engendrados bajo esta condición: que rindamos a Dios nuestro creador la justa y debida reverencia, a El sólo conozcamos y sigamos. Enlazados con este vínculo de piedad quedamos fuertemente ligados a Dios, de lo cual toma su nombre la Religión.

21. Hay que confesar, sin embargo, que aquel natural deseo de Dios, como sumo bien, se encuentra corrompido por el pecado y se ha convertido en un cierto remolino incapaz de volver jamás a la rectitud por su propio esfuerzo; pero en aquellos a quienes Dios ilumina de nuevo con su palabra y espíritu, se vuelve a excitar continuamente, como David cuando exclama dirigiéndose a Dios: ¿Qué hay para mí en el cielo y fuera de ti, qué he querido sobre la tierra? ¡Desfalleció mi carne y mi corazón! ¡Oh roca de mi corazón y mi porción, Dios para siempre! (Sal. 72.)

22. Al tratar de los remedios de nuestra corrupción por el pecado no se nos argumente en contra con la misma corrupción, puesto que Dios Nuestro Señor puede sanarnos de ella por su Espíritu con la intervención de adecuados medios. Y de igual modo que a Nabucodonosor al serle quitado el sentido humano y mudado su corazón en bestial, se le dejó, sin embargo, la esperanza de volver a adquirir entendimiento humano y, más todavía, a ser repuesto en la dignidad real en cuanto conociese que el señorío estaba en los cielos (Dan., 4. 26); también a nosotros, árboles cortados del Paraíso de Dios, se nos han dejado raíces que puedan germinar si reciben la lluvia y el sol de gracia divina. ¿Por ventura Dios, inmediatamente después de la caída y decretada nuestra perdición (el castigo de la muerte), no abrió en nuestros corazones los renuevos de la nueva gracia? (la promesa de la descendencia bendita). ¿No envió a su Hijo, por quien habían de levantarse los caídos?

23. ¡Qué vergüenza, infamia y evidente ingratitud! ¡Nosotros arrastrándonos siempre hacia la corrupción y aparentando la reparación! ¡Correr tras lo que el viejo Adán puso en nosotros y no buscar lo que Cristo, nuevo Adán, nos dejó! Muy acertadamente dice el Apóstol en su nombre y en el de los regeneradores: Todo lo puedo en Cristo que me da fuerza (Fil., 4. 13). Si es posible que germine y dé fruto el renuevo injertado en un sauce, espino u otro cualquier arbolillo silvestre, ¿qué ha de acontecer con el sembrado en su propia raíz? Esta es la argumentación del Apóstol (Rom., 11. 24). Y si Dios puede despertar hijos a Abraham aun de las piedras (Mat., 3. 9), ¿cómo no ha de poder despertar para toda buena obra a los hombres, hechos desde su creación hijos de Dios, adoptados nuevamente por Cristo y reengendrados por el Espíritu de la gracia?

24. ¡Ah! ¡Tengamos cuidado de no coartar la gracia de Dios que está dispuesto a derramar generosamente sobre nosotros! Pues si nosotros, injertados en Cristo por la fe y adoptados por el Espíritu Santo, nosotros, repito, nos declaramos incapaces, con nuestra descendencia, para todo aquello que afecta al Reino de Dios, ¿cómo afirmó Cristo de los niños que de ellos era el Reino de Dios? ¿Y cómo nos los pone por modelo mandando volvernos y hacernos niños si queremos entrar en el reino de los cielos? (Mat., 18. 3.) ¿Por qué el Apóstol llama santos a los hijos de los cristianos (aun siendo solamente uno de ellos fiel) y niega que sean impuros? (I Cor., 7. 14.) Antes bien, aun de aquellos que anteriormente estaban contaminados de gravísimos vicios se atreve el Apóstol a afirmar: Así érais antes, en verdad; pero ahora ya estáis limpios, ya estáis santificados, ya estáis justificados en nombre de Jesús Nuestro Señor por el Espíritu de DIOS nuestro. (I Cor. 6. 11.) Por lo cual, si declaramos aptos para recibir las semillas de la eternidad a los hijos de los cristianos (no a la progenie del viejo Adán, sino a la descendencia del Adán nuevo, hijos de Dios, hermanos y hermanas de Cristo), ¿habrá alguno a quien parezca imposible? Ciertamente no pedimos los frutos al sauce, sino que ayudamos a los renuevos injertados en el Árbol de la vida para que produzcan en Él inmanentes frutos.

25. Conste, pues, que es natural al hombre ser sabio, honesto y santo, y que por la gracia del Espíritu Santo se está más libre de que la maldad posterior pueda impedir su progreso; todas las cosas tornan fácilmente a su ser natural. Esto es también lo que enseña la Sagrada Escritura: Con facilidad ven la sabiduría aquellos que la aman; más aún, sale al encuentro de los que la desean para ser antes conocida, y los que la esperan la encontrarán sin trabajo sentada a sus puertas. (Sab., 6. 13. 14.)Sabido de todos es aquello del poeta venusino:

Nadie es tan fiero que no pueda amansarse,
Con tal que aplique a su cultura paciente oído.

CAPITULO VI

CONVIENE FORMAR AL HOMBRE SI DEBE SER TAL

1. Como ya hemos visto, la Naturaleza nos da las semillas de la Ciencia, honestidad y religión, pero no proporciona las mismas Ciencia, Religión y Virtud; éstas se adquieren rogando, aprendiendo y practicando. De aquí se deduce que no definió mal al hombre el que dijo que era un Animal disciplinable, pues verdaderamente no puede, en modo alguno, formarse el hombre sin someterle a disciplina.

2. Pues si consideramos la ciencia de las cosas, veremos la que es propio de Dios únicamente conocer todas las cosas sin principio, sin progreso, sin fin, en una simple y sola intuición, y esto no puede hallarse ni en el Hombre ni en el Ángel, porque en ellos no puede darse ni la infinitud ni la eternidad; esto es, la divinidad. No es poca la excelencia del Ángel y del Hombre con haber recibido la luz de la Mente, gracias a la cual pueden apreciar las obras de Dios y reunir el tesoro de la inteligencia. Nos consta que los Ángeles aprenden con la contemplación (1 Pet., 1.12.-Efes., 3.10.-1 Rey., 22.20.-Job, 1.6), y de aquí que su conocimiento, de igual manera que el nuestro, es experimental.

3. Nadie puede creer que es un verdadero hombre a no ser que haya aprendido a formar su hombre; es decir, que esté apto para todas aquellas cosas que hacen el hombre. Esto se demuestra con el ejemplo de todas las criaturas que, aunque destinadas a usos humanos, no sirven para ello a no ser que nuestras manos las adapten. Por ejemplo: Las piedras, que nos son dadas para construir nuestras casas, torres, muros, columnas, etc.; pero que no sirven para ello a no ser que nuestras manos las corten, las tracen, las labren. De igual modo, las perlas y piedras preciosas destinadas a ornamentos humanos deben ser cortadas, talladas y pulimentadas por la mano del hombre; los Metales empleados para notables usos de nuestra vida, han de ser necesariamente rebuscados, licuados, purificados y de vario modo fundidos y batidos, y sin esto, tienen para nosotros menos aplicación que el mismo barro de la tierra. De las Plantas tenemos alimento, bebida, medicina; pero de manera que las hierbas han de sembrarse, cultivarse, recogerse, triturarse, etc., y los árboles deben ser plantados, regados, estercolados y sus frutos recogidos, secos, etc., y mucho más, si hay que obtener algo para la medicina o la construcción, porque en tal caso deben ser preparados de muchos y diversos modos. Y aunque parece que los Animales, por estar dotados de vida y movimiento, habían de sernos suficientes con esto; sin embargo, si queremos utilizar su trabajo, por el que nos son concedidos, hemos de procurar antes su aprendizaje. Si no, veamos: el caballo nació apto para la guerra, el buey para el tiro, el asno para la carga; para la guarda y caza el perro; para la cetrería el halcón y el milano, etc., y de muy poco nos valdrán si no amaestramos a cada uno de ellos para su oficio.

4. El hombre es a propósito para el trabajo en cuanto a su cuerpo, pero vemos que al nacer sólo hay en él una simple aptitud y poco a poco ha de ser enseñado a sentarse, tenerse en pie, andar y mover las manos para servirse de ellas. ¿De dónde, pues, procede esa prerrogativa de nuestra Mente de existir perfecta por sí y ante sí sin preparación anterior? Porque es la ley de todas las criaturas tener su principio en la nada y gradualmente irse elevando tanto en cuanto a su esencia como en cuanto a sus acciones. Pues ciertamente sabemos que los Ángeles, cercanos a Dios en perfección, no conocen las cosas sino al caminar gradualmente en el conocimiento de la admirable sabiduría de Dios, como antes hicimos observar.

5. También está claro que para el hombre fue el Paraíso una escuela manifiesta antes de la caída, y poco a poco aprovechaba de ella. Pues aunque al primer hombre, en cuanto fue producido, no le faltó ni la marcha, ni el lenguaje, ni el raciocinio, sin embargo carecía del conocimiento de las cosas que proviene de la experiencia, como lo atestigua el coloquio de Eva con la serpiente, en el que, si ella hubiese tenido mayor experiencia, no habría accedido tan sencillamente sabiendo que no era propio el lenguaje de tal criatura y, por lo tanto, que existía engaño. Mucho más necesitará esto ahora en el estado de pecado, que si hemos de saber algo hay que aprenderlo; y teniendo, ciertamente, nuestra mente como tabla rasa, nada sabemos hacer, ni hablar, ni entender, sino que hay que excitarlo todo desde su fundamento. Y esto nos es mucho más difícil que había de serlo en el estado de perfección, puesto que las cosas nos están obscurecidas y las lenguas confusas (tanto que en vez de una hay que aprender varias si alguno quiere, movido por la ciencia, conversar con diversa gente, ya viva, ya muerta), aun las lenguas corrientes convertidas en más difíciles, y nada de esto nace con nosotros.

6. Hay ejemplos de que algunos, robados en su infancia por animales fieros y criados entre ellos, nada sabían más que los brutos ni podían usar la lengua, manos y pies de modo diverso que ellos, hasta no estar de nuevo algún

tiempo entre los hombres. Señalaré algunos ejemplos: Sobre el año 1540 en una aldea de Asia, situada en medio de las selvas, ocurrió que por descuido de los padres se perdió un niño de tres años. Algunos años después observaron los campesinos que andaba con los lobos un cierto animal diferente por su forma y que tenía cara humana, aunque era cuadrúpedo; y como atendiese a la voz, fueron enviados por el Prefecto del lugar a ver si podían cogerle vivo de alguna manera. En efecto; fue aprehendido y llevado al Prefecto y después al Landgrave Casselas. Al ser introducido en la estancia del Príncipe, se desasió, huyó y se metió debajo de un asiento mirando torvamente y lanzando tétricos aullidos. El Príncipe ordenó que se le diera de comer entre los hombres; hecho lo cual, poco a poco fue amansándose la fiera, comenzó a sostenerse sobre las extremidades posteriores, y a andar en posición bípeda, y, por último, a hablar conscientemente y a hacerse hombre. Y entonces él recapacitó, en cuanto podía acordarse, que había sido robado y alimentado por los lobos y se había acostumbrado a ir con ellos en busca de presa. Describe esta historia M. Dressero en el libro de Nueva y Antigua Disciplina, y también la recuerda Camerarius Horis suc., tomo I, cap. LXXV, añadiendo otra muy parecida. También Gulartino (en las maravillas de nuestro siglo) refiere que el año 1563 acaeció en Francia que, habiendo salido varios nobles a cazar mataron dos lobos y cogieron con lazos a un muchacho como de siete años, casi desnudo, de piel rojiza y cabellos crespos. Tenía las uñas encorvadas como las del águila; no posea ningún lenguaje a no ser cierto mugido inusitado. Llevado al castillo, tuvieron que encadenarle, tan feroz era; pero castigado durante algunos días por hambre, empezó a amansarse y a los siete meses próximamente comenzó a hablar. Se le llevaba por los contornos a que lo vieran, con no pequeño gasto de los dueños. Le reconoció como suyo una mujer pobre. Cierto es lo que dejó escrito Platón (1.6 de las leyes): que el hombre es el animal extremadamente manso y divino si ha sido amansado con la verdadera disciplina; pero si no tuvo ninguna o fue equivocada, es el más feroz animal que produce la tierra.

7. En general a todos es necesaria la cultura. Pues si consideramos los diversos estados del hombre hallaremos esto mismo. ¿Quién dudará que es necesaria la disciplina a los estúpidos para corregir su natural estupidez? Pero también los inteligentes necesitan mucho más esta disciplina porque su entendimiento despierto, si no se ocupa en cosas útiles, buscará las inútiles, curiosas o perniciosas. Así como el campo cuanto más fértil es tanto mayor abundancia de cardos y espinas introduce, de igual modo el ingenio avisado está repleto de conocimientos curiosos si no se cultivan las semillas de la ciencia y la virtud. Y lo mismo que si no echamos grano en un molino rotatorio para hacer harina se muele él mismo e inútilmente se pulveriza con estrépito y chirrido, y también con ruptura y división en partes, así el espíritu ágil desprovisto de cosas serias se enreda completamente en cosas vanas, curiosas y nocivas y será causa de su muerte.

8. Los ricos sin sabiduría, ¿qué son sino puercos hartos de salvado? Y los pobres sin inteligencia de las cosas, ¿qué son más que asnillos llenos de cargas? Y el hermoso no educado, ¿qué es sino papagayo adornado de pluma o, como alguien dijo, vaina de oro que encierra arma de plomo?

9. Los que alguna vez han de dominar a otros, como reyes, príncipes, magistrados, pastores de las iglesias y doctores, tan necesario es que estén imbuidos de sabiduría como estar dotado de los ojos para guiar el camino, la lengua intérprete de la palabra, la trompeta para el sonido, la espada para la batalla. De igual modo los súbditos también deben estar ilustrados para saber prudente y sabiamente obedecer a los que mandan; no obligados de modo asnal, sino voluntariamente por amor. No hay que guiar con voces, cárcel o azotes a la criatura racional, sino con la razón. Si se obra de modo contrario, redunda en injuria de Dios, que puso en ellos igualmente su imagen, y las cosas humanas estarán llenas, como lo están, de violencias e inquietud.

10. Quede, pues, sentado que a todos los que nacieron hombres les es precisa la enseñanza, porque es necesario que sean hombres, no bestias feroces, no brutos, no troncos inertes. De lo que se deduce que tanto más sobresaldrá cada uno a los demás cuanto más instruido esté sobre ellos. Acabe el sabio este capítulo: El que no aprecia la sabiduría y la disciplina es un mísero; su esperanza (es decir, el conseguir su fin) será vana, sus trabajos infructuosos y sus obras inútiles. (Sab., 3.11.)

CAPITULO VII

LA FORMACIÓN DEL HOMBRE SE HACE MUY FÁCILMENTE EN LA PRIMERA EDAD, Y NO PUEDE HACERSE SINO EN ÉSTA

1. Se deduce claramente de lo dicho que la condición del hombre y la de la planta son semejantes. Pues así como a un árbol frutal (manzano, peral, higuera, vid) puede desarrollarse por sí mismo, pero silvestre y dando frutos silvestres también; es necesario que si ha de dar frutos agradables y dulces sea plantado, regado y podado por un experto agricultor. De igual modo el hombre se desarrolla por sí mismo en su figura humana (como todo bruto en la suya); pero no puede llegar a ser Animal racional, sabio, honesto y piadoso sin la previa plantación de los injertos de sabiduría, honestidad y piedad. Ahora hay que demostrar que esta plantación debe efectuarse cuando las plantas son nuevas.

2. Seis son los fundamentos de lo afirmado en cuanto a los hombres: Primero. La incertidumbre de la vida presente, de la que sólo sabemos de un modo cierto que hemos de salir, pero el dónde y cuándo es desconocido. Es cosa de tan gran peligro que no puede corregirse para que a cualquiera coja descuidado. El tiempo presente nos ha sido dado para que con él se gane o se pierda la gracia de Dios por toda una eternidad. Y así como en el útero materno se forma el hombre de tal manera, que si alguno no sacase de allí cualquier miembro habría necesariamente de carecer de él por toda la vida, así el alma en nosotros vivientes se forma para el conocimiento y participación divina de tal modo, que si alguno no llegara a conseguirlo aquí, no habría de quedarle al salir del cuerpo ni lugar ni tiempo para alcanzarlo. Tratándose en esta vida negocio de tanta importancia, es necesaria gran prisa para no ser adelantado.

3. Pero aunque no sea inminente la muerte y se esté seguro de una vida larguísima, sin embargo debe, naturalmente, empezarse la formación, puesto que la vida ha de pasarse, no aprendiendo, sino operando. Es conveniente comenzar a instruirnos para las acciones de la vida, no sea que nos veamos forzados a decaer antes de haber aprendido a obrar. Pues aunque agrade a alguno pasar la edad aprendiendo, es infinita la multitud de cosas que el autor de ellas ofrece a nuestra grata especulación; tanto, que si alguno alcanzase la vida de Néstor ha de tener mucho que hacer, descubriendo por doquier los inagotables tesoros de la divina sabiduría y haciendo acopio de ellos para la bienaventuranza. Los hombres deben reservar sus sentidos para la contemplación de las cosas, lo cual tiene mucho que conocer, experimentar y conseguir.

4. La condición de todo lo nacido es que mientras está tierno fácilmente se dobla y conforma; si se endurece resiste el intento. La cera blanda consiente ser formada y modelada; endurecida la quebrarás fácilmente. Los arbolitos permiten plantarlos, transplantarlos, podarlos, doblarlos a uno y otro lado; el árbol ya hecho lo resiste en extremo. Así, si queremos retorcer un nervio vegetal conviene escogerle nuevo y verde; el reseco, árido o nudoso de ningún modo puede torcerse. Los huevos recién puestos rápidamente se incuban y sacan pollos; en balde esperarás esto de los atrasados. El jinete, el labrador, el cazador, escogen muy jóvenes y nuevos para su trabajo al caballo, los bueyes, los perros y los halcones (como el vagabundo el oso para el baile y la solterona a la urraca, el cuervo y el loro para imitar la voz humana); si fueran viejos trabajo habría de costarles.

5. Evidentemente se obtienen todas estas cosas de igual modo en el hombre mismo, cuyo cerebro (que antes dijimos que se asemejaba a la cera en recibir las imágenes de las cosas por medio de los sentidos) está húmedo y blando en la edad pueril, dispuesto a recoger todas las impresiones; y poco a poco se reseca y endurece hasta el punto de que la experiencia testifica que de un modo más difícil se impriman o esculpan en él las cosas. De aquí aquel dicho de Cicerón: Los niños recogen rápidamente innumerables cosas. Así, lo mismo las manos que los demás miembros solamente pueden ejercitarse y educarse para las artes y los trabajos durante los años de la infancia, en que los nervios están más dúctiles. El que pretenda ser buen escribiente, pintor, sastre, artesano, músico, etc., debe dedicarse al arte en la primera edad, durante la cual la imaginación es ágil y los dedos flexibles; de otra manera jamás llegará a serlo. De igual modo hay que imbuir la piedad, durante los primeros años, en aquel corazón en que haya de arraigar; el que deseamos que resalte por la elegancia de las costumbres ha de ser educado en tierna edad; el que ha de hacer grandes adelantos en el estudio de la sabiduría debe dedicar a ello sus sentidos

en la niñez, durante la cual hay mayor ardor, ingenio rápido, memoria tenaz. Torpe y ridículo es un viejo que empieza; ha de preparar el joven; ha de utilizar el viejo -dice Séneca en la Epístola 36.

6. Para que el hombre pudiese formarse para la Humanidad le otorgó Dios los años de la juventud, en los que inhábil para otras cosas fuera tan sólo apto para su formación. En efecto; el caballo, el buey, el elefante y otros muchos animales alcanzan entre el primero y el segundo año su estatura completa; el hombre es el único que lo hace de los veinte a los treinta. Y si alguno cree que esto viene de un modo fortuito o por no sé qué otras segundas causas, no se asombre. Si a todas las demás cosas ha dado Dios su medida, ¿ha de permitir tan sólo al hombre, señor de las mismas, que gaste su tiempo temerariamente? ¿O hemos de pensar que había de otorgar graciosamente a la Naturaleza lo que había de perfeccionarla para formar al hombre más fácilmente con actos lentos. Es así que con poco trabajo desarrolla en algunos meses los cuerpos mayores. Luego no nos quedasino pensar que nuestro Creador tuvo a bien concedernos graciosamente, con deliberado propósito, al retardar el tiempo de la adolescencia, que fuese mayor el espacio destinado al ejercicio de nuestra educación y nos hizo durante tanto tiempo inhábiles para los cuidados económicos y políticos, a fin de que con ello nos hiciéramos más aptos para el tiempo restante de la vida (es decir, para la eternidad).

7. Unicamente es sólido y estable lo que la primera edad asimila; lo que se demuestra con ejemplos. La vasija conserva, hasta que se rompe, el olor de lo que contuvo cuando nueva. El árbol conserva por muchísimos años, hasta que las cortan, las ramas que siendo tierno extendió hacia arriba, hacia abajo y por los lados. La lana guarda de un modo tan tenaz el color que tomó primero que no sufre el teñirse de nuevo. La curvatura endurecida de la rueda saltará en mil pedazos antes de tornar a la rectitud. De igual modo en el hombre, las primeras impresiones de tal manera se fijan que casi es un milagro que puedan modificarse, y es convenientísimo dirigirlas desde la primera edad hacia las verdaderas normas de la sabiduría.

8. Finalmente, es asunto en extremo peligroso no imbuir en el hombre los sanos preceptos de la vida desde la misma cuna. Porque el alma del hombre, en cuanto los sentidos exteriores empiezan a ejercer su función, no puede en manera alguna permanecer quieta, no podrá contenerse; de suerte que si no se emplease en cosas útiles se entregaría a otras vanas y aun nocivas (guiándose de los malos ejemplos de nuestro siglo corrompido), y como ya hemos observado, perder estas costumbres sería, o imposible o, por lo menos, dificilísimo. Por esto el mundo está lleno de enormidades; para resistir a las cuales no bastan ni los Magistrados políticos ni los Ministros de la Iglesia en tanto no se dediquen serios trabajos a cegar los primeros manantiales del mal.

9. Puesto que a cada uno, en cuanto a su prole, como a los gestores de los negocios humanos en el orden Político y Eclesiástico, les está encomendada la salud del humano linaje, así deben apresurarse a proveer a ellos, y como a plantas del Cielo, plantarlas, podarlas y regarías a su tiempo debido, y comiencen a formarlas con prudencia para obtener éxitos felices en literatura, costumbres y piedad.

CAPITULO VIII
ES PRECISO FORMAR A LA JUVENTUD CONJUNTAMENTE EN ESCUELAS

1. Demostrado que las plantas del Paraíso, la juventud cristiana, no pueden desarrollarse de modo selvático, sino que necesitan cuidados, vamos a ver ahora a quién le incumben. Corresponden, naturalmente, a los padres; los cuales, ya que fueron autores de la vida natural, deben también serlo de la vida racional, honesta y santa. Dios testifica que esto era costumbre de Abraham, diciendo: Le conocí en que educaba a sus hijos y a su familia tras sí, para observar el camino de Jehová ejerciendo la justicia y el derecho. (Gen. 18. 19.) Y esto mismo recomienda Dios a los padres en general, ordenándolo así: Hondamente grabarás mis palabras en tus hijos; y hablarás de ellas cuando estés sentado en tu casa, y cuando andes por el camino, cuando estés echado y cuando te levantes. (Deut., 6. 7.) Y por el Apóstol: Y vosotros, padres, no provoquéis a la ira a vuestros hijos, sino criadlos en la enseñanza y temor del Señor. (Ephes., 6. 4.)

2. Pero como son raros, siendo tan múltiples los hombres como los asuntos humanos, aquellos que o sepan, o puedan, o estén sin ocupaciones para entregarse a la enseñanza de los suyos, ha tiempo que con avisado propósito se estableció que personas escogidas, notables por el conocimiento de las cosas y por la ponderación de costumbres, se encargasen de educar al mismo tiempo a los hijos de otras muchas. Y estos formadores de la

juventud se llamaron Preceptores, Maestros, Profesores; y los lugares destinados a estas comunes enseñanzas: Escuelas, Estudios literarios, Auditorios, Colegios, Gimnasios, Academias, etc.

3. Josefo afirma que después del Diluvio el Patriarca Sem abrió la primera escuela, que después fue llamada Hebrea. ¿Quién ignora que en Caldea, especialmente en Babilonia, hubo bastantes escuelas en las que se enseñaban las artes, entre otras la Astronomía? Cuando, posteriormente (en tiempo de Nabucodonosor), Daniel y sus compañeros fueron adiestrados en esta ciencia de los caldeos (Dan., 1.20), come igualmente en Egipto, donde Moisés fue educado. (Ac., 7. 22.) En el pueblo de Israel, por mandato divino, se creaban escuelas, llamadas Sinagogas, donde los Levitas enseñaban la ley; éstas duraron hasta Cristo, conocidas por las predicaciones de Él y las de los Apóstoles. De los egipcios, los griegos y de éstos, los romanos, tomaron la costumbre de fundar escuelas; y principalmente de los romanos partió la admirable costumbre de abrir escuelas por todo su Imperio, especialmente después de propagada la religión de Cristo por el piadoso cuidado de los Príncipes y Obispos. La historia nos refiere que Carlo Magno, así que sometía gentes paganas, ordenaba a los Obispos y Doctores la creación de templos y escuelas; y siguiendo este ejemplo otros cristianos Emperadores, Reyes, Príncipes y Magistrados de las ciudades, aumentaron de tal modo el número de escuelas que hoy son innumerables.

4. Y es de gran interés para toda la República Cristiana, no sólo conservar esta santa costumbre, sino aumentarla de tal manera que en toda reunión bien ordenada de hombres (bien sea ciudad, pueblo o lugar) se abra una escuela como educatorio común de la juventud. Y esto lo exige:

5. El admirable orden de las cosas. Pues si el padre de familia no se dedica él a todo aquello que hace relación a la casa, sino que utiliza diversos artesanos, ¿por qué no ha de proceder en esto de semejante manera? Cuando necesita harina busca al molinero; si carne, al carnicero; si agua, al aguador; si vestidos, al sastre; calzados, al zapatero, y si construcciones, tabiques, herrajes, etc., al carpintero, albañil, herrero, etc. Y si para instruir a los adultos en la religión tenemos Templos, y para resolver las causas de los litigantes o convocar al pueblo para informarle de algo poseemos el Pretorio y la Curia, ¿por qué no hemos de tener escuelas para la juventud? Del mismo modo que cada uno de los campesinos no lleva a pacer sus vacas y puercos, sino que los encomiendan a los vaqueros que presten el servicio a todos a un tiempo, mientras ellos se entregan a sus ocupaciones sin distraerse en ello. Esto es, que es muy útil la reducción del trabajo cuando cada uno hace una sola cosa sin distraerse en otras; y de este modo cada cual puede servir a muchos y muchos a cada uno.

6. En segundo lugar la Necesidad. Y puesto que muy raramente los mismos padres tienen condiciones o tiempo para educar a los hijos, debe haber, por consiguiente, quienes hagan esto exclusivamente y por lo mismo sirvan a toda la comunidad.

7. Y aunque no faltarán padres que puedan dedicarse completamente a la enseñanza de sus hijos, es mucho mejor que se eduque la juventud reunida, porque el fruto y la satisfacción del trabajo es mayor cuando se toma el ejemplo y el impulso de los demás. Es naturalísimo hacer lo que otros hacen, ir adonde vemos que van los demás y seguir a los que van delante, como adelantarse a los que nos siguen.El fuerte caballo corre bien una vez abierta su cuadra cuando tiene a quienes seguir o a quienes adelantarse. Más con ejemplos que con reglas se guía a la edad infantil. Si algo preceptúas, poco queda; mas si muestras que otros hacen algo, lo verás imitado aun sin mandarlo.

8. Finalmente, la Naturaleza nos ofrece admirable ejemplar al hacer que se produzcan en cada sitio las cosas que deben existir abundantemente. Así los árboles nacen con profusión en las selvas, las hierbas en los campos, los peces en las aguas, los metales en las entrañas de la tierra. Y sin un bosque produce abetos, cedros o encinas, lo produce en abundancia, sin que puedan con igual facilidad desarrollarse allí otras clases de árboles; la tierra que produce oro no da los demás metales con igual plenitud. Aún más claro se ve esto que decimos en nuestro cuerpo, donde es necesario que cada miembro tome su porción correspondiente del alimento consumido; pero no se le entrega su parte cruda para que él la prepare y asimile, sino que hay otros miembros destinados como a oficina para que tomen los alimentos para todo el cuerpo, los calienten, cuezan y, finalmente, distribuyan a los demás miembros el alimento así preparado. Así el estómago forma el quilo; el hígado, la sangre; el corazón, el espíritu vital, y el cerebro, el animal; y así preparados, corren cómodamente por todas partes y conservan la vida por todo el cuerpo. ¿Por qué, pues, así como los talleres forman los artesanos, los templos conservan la piedad y las curias

administran la justicia, no han las escuelas de avivar, depurar y multiplicar las luces de la sabiduría, y distribuirla en todo el cuerpo de la comunidad humana?
9. Por último, en las cosas artísticas también observamos esto mismo cuando se procede racionalmente. El arboricultor, recorriendo las selvas y jarales, no planta la semilla en cualquier parte que es a propósito para la plantación, sino que preparada la lleva al jardín y con otras ciento las cuida al mismo tiempo; así también el que se dedica a la multiplicación de peces para la cocina construye una piscina y los hace criar a millares; y cuanto mayor es el jardín más felizmente suelen crecer los árboles, y cuanto más grande es la piscina mayores son los peces. Por lo cual, así como es indispensable la piscina para los peces y el vivero para los árboles, así las escuelas son precisas para la juventud.

CAPITULO IX

SE DEBE REUNIR EN LAS ESCUELAS A TODA LA JUVENT DE UNO Y OTRO SEXO

1. Lo que a continuación expondremos nos demostrará cumplidamente que no sólo deben admitirse en las escuelas de las ciudades, plazas, aldeas y villas a los hijos de los ricos o de los primates, sino a todos por igual, nobles y plebeyos, ricos y pobres, niños y niñas.
2. En primer lugar, porque todos los que han nacido hombres lo fueron con el mismo fin principal, a saber para la que sean hombres; esto es, criaturas racionales, señores de las demás criaturas, imagen expresa de su Creador. Todos, por lo tanto, han de ser preparados de tal modo que, instruidos sabiamente en las letras, la. virtud y la religión, puedan atravesar útilmente esta vida presente y estar dignamente dispuestos para la futura. El mismo Dios nos asegura siempre que ante El no hay acepción de personas. Por lo cual, si nosotros admitimos a algunos pocos, excluyendo a otros, al cultivo del ingenio, cometemos injuria, no sólo contra nosotros mismos, consortes de ellos en su naturaleza, sino contra Dios, que quiere ser conocido, amado y alabado por todos aquellos en quienes se imprimió su imagen. Porque, ciertamente, con tanto mayor fervor se hará cuanto más viva estuviere la luz del conocimiento. Es decir, tanto amamos cuanto conocemos.
3. Además, no nos es conocido el fin a que destinó la Providencia divina a uno u otro. Esto nos lo dice Dios, que en ocasiones ha revelado como eximios instrumentos de su gloria a seres paupérrimos, despreciados y obscuros. Imitemos, pues, al sol del cielo, que alumbra, calienta y vivifica la tierra toda, a fin de que cuanto en ella pueda vivir, crecer, florecer y fructificar, viva, crezca, florezca y dé sus frutos.
4. Y no es obstáculo que haya algunos que parezcan por naturaleza idiotas y estúpidos. Porque esto mismo es lo que hace más recomendable y urgente esta cultura general de los espíritus. Por lo mismo que hay quien es de naturaleza más tarda o perversa, hay que sepan obedecer a los Magistrados políticos y a los Ministros de la Iglesia. Más aún: la experiencia atestigua que muchos tardos por naturaleza han llegado a dominar la ciencia de las letras de tal modo que han aventajado a los de mayor ingenio; con gran verdad exclamó el poeta: Todo lo vence el trabajo continuado. En efecto, unos durante su infancia tienen gran desarrollo de cuerpo y más tarde enferman y adelgazan; otros, por el contrario, arrastran su cuerpecillo juvenil enfermizo y después sanan y se manifiestan con prosperidad; así también se ha comprobado en cuanto al ingenio que algunos son precoces, pero pronto se agotan y caen en lo obtuso; otros, en cambio, al principio están atontados y después se agudizan y razonan válidamente. Además, en los viveros no preferimos sólo a los árboles que dan el fruto más temprano, sino también a los medianos y tardíos; porque cada uno halla la alabanza a su tiempo (como dice en algún lugar Sirach) y no vivió en vano quien se manifestó alguna vez, aunque tarde. ¿Por qué, pues, en el Jardín literario hemos de querer admitir una sola clase de ingenios precoces y ágiles? Nadie debe ser excluido, sino aquellos a quienes Dios negó en absoluto el sentido o el conocimiento.
5. No existe ninguna razón por la que el sexo femenino (y de esto diré algo en especial) deba ser excluido en absoluto de los estudios científicos (ya se den en lengua latina, ya en idioma patrio). Es también imagen de Dios, partícipe de su gracia y heredero de su gloria; está igualmente dotado de entendimiento ágil y capaz de la ciencia (a veces superiores a nuestro sexo) y lo mismo destinado a elevadas misiones, puesto que muchas veces han sido las mujeres elegidas por Dios para el gobierno de los pueblos, para dar saludables consejos a los Reyes y los

Príncipes, para la ciencia de la Medicina y otras cosas saludables para el humano linaje, le encomendó la profecía y se sirvió de ellas para increpar a los Sacerdotes y Obispos. ¿Por qué hemos de admitirías a las primeras letras y hemos de alejarlas después de los libros? ¿Tenemos miedo a su ligereza? Cuanto más las llenemos de ocupaciones tanto más las apartaremos de la ligereza que suele tener por origen el vacío del entendimiento.
6. Sin embargo, no se le ha de llenar de un fárrago de libros (como a la juventud del otro sexo; lo que hay que deplorar que hasta ahora no haya sido más cautamente evitado), sino libros en los que, al mismo tiempo que adquieran el verdadero conocimiento de Dios y de sus obras, puedan perpetuamente aprender las verdaderas virtudes y la verdadera piedad.
7. Nadie me objete aquello del Apóstol: No permito enseñar a la mujer (1. Tim. 2.12), o lo de Juvenal en la Sátira 6a.: "No tenga afición a hablar la matrona que junto a ti duerma, ni retuerza el entimema con lenguaje rotundo, ni sepa todas las historias." Ni aquello otro que pone Eurípides en boca de Hipólito: Odio a la erudita; no haya jamás en mi casa mujer que sepa más de lo que conviene a una mujer, pues ella tiene mayor astucia que los eruditos chipriotas.Todas estas cosas no son pruebas contra nuestro aserto, puesto que nosotros pretendemos educar a la mujer, no para la curiosidad, sino para la honestidad y santidad. Y de todo esto lo que más necesario les sea conocer y poder, ya para proveer dignamente al cuidado familiar, como para promover la salvación propia, del marido, de los hijos y de la familia.
8. Si alguno dijera: ¿Qué va a ser esto si se hacen literatos los artesanos, los campesinos, los gañanes y hasta las mujercillas? Respondo: Ocurrirá que formada de un modo legítimo esta universal instrucción de la juventud, a nadie han de faltarle ideas para pensar, desear, conseguir y obrar el bien; todos sabrán en qué hay que fijar todas las acciones y deseos de la vida, por qué caminos hay que andar y cómo proteger la posición de cada uno. Además, se preocuparán todos, aun en medio de sus obras y trabajos, de la meditación de las palabras y obras de Dios, y evitarán peligrosas holganzas a la carne y a la sangre con la profusión de las Biblias y la lectura de otros buenos libros, con lo que estos pensamientos mejores arrastrarán a aquéllos ya descarriados. Finalmente y para decirlo de una vez: aprenderán a ver a Dios en todas partes, a alabarle por doquier, a amarle siempre; y por lo mismo pasarán más alegremente esta vida pesada y aguardarán con mayor deseo y esperanza la vida eterna. ¿Y no sería para nosotros este estado de la Iglesia como una representación del Paraíso, tal como es posible tenerla bajo la bóveda celeste?

CAPITULO X
LA ENSEÑANZA EN LAS ESCUELAS DEBE SER UNIVERSAL

1. Ahora tócanos demostrar que: En las escuelas hay que enseñar todo a todos. No ha de entenderse con esto que juzguemos necesario que todos tengan conocimientos (especialmente acabados y laboriosos) de todas las ciencias y artes. Esto ni es útil por su misma naturaleza ni posible dada la brevedad de la humana existencia. Ya sabemos que si se pretende conocer tan extensa como minuciosamente cualquier arte (como la Física, Aritmética, Geometría, Astronomía, etc., o la Agricultura o Arboricultura, etc.), aun a los ingenios más despiertos puede ocuparles toda la vida si han de entregarse a especulaciones y experimentos; como acaeció a Pitágoras con la Aritmética; a Arquímedes, en la Mecánica; a Agrícola, en los Metales, y a Longolo, en la Retórica, mientras se dedicó a esto solo para hacerse un ciceroniano perfecto. Por tanto, todos los que hemos venido a este mundo, no sólo como espectadores, sino también como actores, debemos ser enseñados e instruidos acerca de los fundamentos, razones y fines de las más principales cosas que existen y se crean. Y hay que atender a esto, y especialmente atenderlo para que no ocurra nada, durante nuestro paso por este mundo, que nos sea tan desconocido que no lo podamos juzgar modestamente y aplicarlo con prudencia a su uso cierto sin dañoso error.
2. Desde luego, y sin excepción, hay que tender a que en las escuelas, y después toda la vida gracias a ellas: I. Se instruyan los entendimientos en las artes y las ciencias. II. Se cultiven los idiomas. III. Se formen las costumbres con suma honestidad. IV. Se adore sinceramente a DIOS.
3. Sabiamente habló el que dijo que las escuelas eran TALLERES DE LA HUMANIDAD, laborando para que los hombres se hagan verdaderamente HOMBRES; esto es (y recordemos las premisas antes establecidas):
I. Criaturas racionales.

II. Criatura señora de las demás criaturas (y aun de sí misma).

III. Criatura delicia de su Criador.

Y esto se logrará si las escuelas procuran formar hombres sabios de entendimiento, prudentes en sus acciones, piadosos de corazón.

4. Estas tres cosas deben ser imbuidas a toda la juventud en todas las escuelas. Lo demostraré tomando fundamento:

I. De las cosas que nos rodean.

II. De nosotros mismos.

III. De Cristo, ejemplo perfectísimo de nuestra perfección.

5. Tres son los grupos que pueden hacerse de las cosas en cuanto toca a nosotros. Unas solamente se ofrecen a nuestra contemplación, como el cielo, la tierra y lo que hay en ellos. Otras a la imitación, como el orden admirable que se halla en todo y que el mismo hombre está obligado a guardar en sus acciones; otras, por último, al goce como la protección divina y su múltiple bendición aquí y en la eternidad. Si el hombre ha de ser semejante a estas tres cosas, es preciso que se le enseñe: ya a conocer las cosas que se ofrecen a la admiración en este admirable anfiteatro; ya a hacer lo que se le presenta hacedero; ya, por último, a gozar de todo aquello que el Criador con generosa mano le ofrece a él como huésped en su casa.

6. Si nos examinamos nosotros mismos, deduciremos igualmente que a todos nos competen del mismo modo la erudición, las costumbres y la piedad, bien estudiemos la esencia de nuestra alma o bien indaguemos el fin de nuestra creación y colocación en este mundo.

7. La esencia del alma está formada por tres potencias (que parecen hacer relación a la Trinidad increada): Entendimiento, Voluntad y Memoria. El entendimiento se aplica a estudiar las diferencias de las cosas (hasta por las menores notas). La voluntad tiene por oficio la opción de las cosas, para elegir las provechosas y reprobar las dañinas. La memoria guarda para usos futuros todo cuanto alguna vez fue objeto de la Voluntad y del Entendimiento y hace que el alma tenga presente su dependencia (que viene de Dios) y sus deberes; y en este aspecto se llama también Conciencia. Y para que estas facultades puedan ejercer diestramente sus funciones es necesario dotarlas claramente de aquellas cosas que iluminen el Entendimiento, dirijan la Voluntad y estimulen la Conciencia, con lo que el entendimiento ahondará más, la voluntad elegirá sin error y la conciencia dirigirá todas las cosas hacia Dios. Del mismo modo que estas facultades (Entendimiento, Voluntad y Conciencia) no pueden separarse porque constituyen el alma misma, así tampoco pueden estar desunidos los tres adornos del alma: Erudición, Virtud y Piedad.

8. Y si consideramos para qué hemos sido puestos en este mundo, de nuevo resaltará el triple fin; esto es, para servir a Dios, a las CRIATURAS y a NOSOTROS mismos, y gozar de los bienes que provienen de Dios, de las CRIATURAS y de NOSOTROS.

9. Si queremos servir a Dios, al prójimo y a nosotros mismos, es necesario que tengamos piedad respecto a Dios, honestidad para con el prójimo, ciencia para nosotros mismos. Aunque es evidente que estas cosas están tan unidas que de igual manera que el hombre debe ser no sólo prudente consigo mismo, sino también honesto y piadoso; así también, no sólo las costumbres, sino la ciencia y la piedad deben emplearse con el prójimo, y en honor de Dios no sólo la piedad, sino las costumbres y la ciencia han de ejercitarse.

10. Tocante a este deleite, ya hemos visto que para él destinó Dios al hombre en la creación, cuando no sólo le colocó en un mundo que antes había dotado de toda clase de bienes y además hizo el Paraíso para su delicia; y, por último, determinó hacerle partícipe de su eterna bienaventuranza.

11. Hay que entender que este deleite de que hablamos no es el del cuerpo (aunque aun éste, que no es sino el vigor de la salud y la dulzura de la comida y el sueño, no puede provenir más que de la virtud de la Templanza), sino el del alma que resulta o de las cosas que nos rodean, o de nosotros mismos o, finalmente, de Dios.

12. El deleite que proviene de las cosas es aquella alegría de los pensamientos que experimenta el varón sabio. En todo lo que se emplea, cuanto se ofrece a su mente, todo lo que demanda su consideración, en todas partes y en todas las cosas encuentra pensamientos de tanta alegría que a menudo arrobado fuera de sí se olvida de sí mismo. Es aquello que dice el libro de la sabiduría: No tiene amarguras la conversación de la sabiduría, ni tedio el a ella dedicado, sino alegría y gozo (Sab., 1. 16.) (Filosofar es cantar el himno durante toda la vida).

13. El deleite en uno mismo es aquella dulcísima satisfacción que con su excelente disposición interior experimenta el hombre dado a la virtud al verse dispuesto a lo que exige la justicia. Esta alegría es mayor alprincipio conforme a aquello: la buena conciencia es un perpetuo banquete.
14. El deleite en Dios es el grado supremo de alegría en esta vida, cuando el hombre, viendo a Dios eternamente propicio, de tal manera se alegra de su amor paterno e inmutable que el corazón se derrite en amor de Dios y nada hace, desea ni conoce, sino que, sumergiéndose todo entero en la misericordia de Dios, suavemente descansa y saborea el gusto de la vida eterna. Esta es la paz de Dios que supera a todo lo comprendido (Fil., 4.7) y nada más sublime puede desearse ni pensarse. Estas tres Erudición, Virtud y Piedad son otras tantas fuentes de donde nacen todos los arroyos de los goces perfectísimos.
15. Finalmente, DIOS, manifestado en carne mortal (para mostrarnos en sí las normas y formas de todo), nos enseñó con su ejemplo que en todas y en cada una de las cosas debían existir estas tres. El Evangelista nos dice que al crecer en edad crecía también en sabiduría y gracia ante Dios y los hombres (Luc., 2.52). ¡He aquí la triada bienaventurada de nuestros adornos! ¿Qué es la Sabiduría sino el conocimiento de las cosas como ellas son? ¿Qué quiere decir Gracia ante los hombres sino amabilidad de costumbres? ¿Qué nos da la gracia de Dios sino el Temor del Señor? Esto es la íntima, seria y ferviente Piedad. Sintamos, pues, en nosotros lo que en Jesucristo: que es la imagen absolutísima de toda perfección a la que debemos ajustarnos.
16. Porque Él dijo: Aprended de mí (Mateo, 11-29). Y puesto que Cristo fue dado al género humano como Doctor iluminadísimo, Sacerdote santísimo y Rey poderosísimo, está fuera de duda que los cristianos deben formarse a imagen de Cristo, haciendo que sean esclarecidos de entendimiento, santos de conciencia, poderosos en sus hechos (cada cual en su vocación). Así, pues, cristianas tienen que ser las escuelas si han de hacernos semejantes en lo posible a Cristo.
17. Donde quiera que los dichos tres elementos no estén enlazados con diamantino lazo habrá un divorcio desgraciado. ¡Mísera erudición la que no tiende a las buenas costumbres y a la piedad! ¿Qué es la literatura sin buenas costumbres? El que gana en letras y pierde en costumbres más pierde que gana, dice un viejo adagio. Así, pues, podemos decir del literato de malas costumbres lo que Salomón dice de la mujer hermosa, pero que pierde la razón: Diadema de oro en rostro de puerco es la erudición en hombre que desprecia la virtud (Prov., 11.22). Así como las piedras preciosas no se engastan en plomo, sino en oro, y entre ambos irradian con mayor esplendor; así la ciencia no debe juntarse a la disolución, sino a la virtud, y añade honor la una a la otra. Si a ambas se junta la verdadera piedad, completará la perfección. El temor del Señor es el principio y fin de la sabiduría, como también el pináculo y corona de la ciencia, porque la plenitud de la sabiduría es temer al Señor (Prov. 1. Syr. 1 y en otros lugares).
18. En resumen: puesto que toda la vida depende de la primera edad y de su educación, se habrá perdido si todos los espíritus no fueren aquí preparados para todas las cosas de la vida. Y como en el útero materno se forman a cada hombre los mismos miembros, manos, pies, lengua, etc. aunque todos no han de ser artesanos, corredores, escribientes u oradores, así en la escuela deberán enseñarse a todos cuantas cosas hacen referencia al hombre completo, aunque unas hayan de ser después de mayor uso para unos que para otros.

CAPITULO XI

HASTA AHORA HEMOS CARECIDO DE ESCUELAS QUE RESPONDAN PERFECTAMENTE A SU FIN

En extremo presuntuoso parecerá seguramente el hacer esta afirmación. Pero invito a considerar el caso y te hago, lector, juez de él, quedándome con el papel de actor. Llamo escuela, que perfectamente responde a su fin, a la que es un verdadero taller de hombres; es decir, aquella en la que se bañan las inteligencias de los discípulos con los resplandores de la Sabiduría para poder discurrir prontamente por todo lo manifiesto y oculto (como dice el libro de la Sabiduría, 7.17); en la que se dirijan las almas y sus afectos hacia la universal armonía de las virtudes y se saturen y embriaguen los corazones con los amores divinos de tal modo que todos los que hayan recibido la

verdadera sabiduría en escuelas cristianas vivan sobre la tierra una vida celestial. En una palabra; escuelas en las que se enseñe todo a todos y totalmente.

2. Pero ¿hay alguna escuela que se haya propuesto llegar a este grado de perfección, cuanto menos que lo haya conseguido? Para que no se nos diga que perseguimos ideas platónicas o que soñamos una perfección que no existe y que tal vez no podamos esperar en esta vida, vamos a demostrar con otros argumentos que las escuelas deberían ser como dejamos dicho y no como son hasta ahora.

3. Lutero, en su exhortación a las ciudades del Imperio para que erigiesen escuelas (año 1525), exige respecto a ellas, entre otros, estos dos requisitos: Primero. Que en todas las ciudades, plazas y aldeas se creen escuelas para educar a toda la juventud de uno y Otro sexo (como nosotros razonamos en el cap. IX que debía hacerse); de tal manera, que aun aquellos que estuviesen dedicados a la agricultura o a los oficios, acudiendo diariamente a la escuela durante dos horas, se instruyesen en letras, costumbres y religión. Segundo. Que se establezcan las escuelas con algún método, mediante el cual, no sólo no se les haga huir de los estudios, sino que, por el contrario, se les atraiga con toda suerte de estímulos; y conformes dice que no experimenten los niños menor placer en los estudios que el que gozan jugueteando el día entero a las nueces, la pelota o la carrera. Así se expresa.

4. ¡Consejo extremadamente sabio y digno de varón tan esclarecido! Pero, ¿quién no ve que, hasta ahora, no ha pasado más allá de su opinión? ¿Dónde están esas escuelas universales? ¿Dónde se encuentra el método suave que preconiza?

5. En cambio vemos todo lo contrario, puesto que todas vía no se han creado escuelas en las localidades pequeñas, aldeas o lugares.

6. Donde existen escuelas no son juntamente para todos, sino para algunos pocos, los más ricos, en realidad; porque siendo caras, los pobres no son admitidos a ella, a no ser en algún caso, por la compasión de alguno. Y en ellas es fácil que pasen y se pierdan algunos excelentes ingenios con daño de la Iglesia y de los Estados.

7. Para educar a la juventud se ha seguido, generalmente, un método tan duro que las escuelas han sido vulgarmente tenidas por terror de los muchachos y destrozo de los ingenios, y la mayor parte de los discípulos, tomando horror a las letras y a los libros, se ha apresurado a acudir a los talleres de los artesanos o a tomar otro cualquier género de vida.

8. Los que se quedaron (unos, obligados por la voluntad de sus padres o instigadores; otros, con la esperanza de obtener en algún tiempo alguna dignidad a causa de las letras; otros, por fin, movidos por un espontáneo impulso hacia estas profesiones liberales) no obtuvieron su cultura sino de un modo poco serio, nada prudente, más bien de mala manera y falsamente. Pues lo que principalmente debía arraigarse en sus almas, la piedad y las buenas costumbres, se descuidaba por completo. No hubo el menor cuidado acerca de esto en todas las escuelas (y lo mismo en las academias, que convenía que fuesen la cumbre de la cultura humana), tanto que muchas veces, en lugar de mansos corderos, salieron de allí asnos salvajes, indómitos y petulantes mulos, y en lugar de inclinación encaminada a la virtud, sacaban una afectada urbanidad de costumbres, algún lujoso y exótico vestido y los ojos, las manos y los pies diestros para todas las humanas vanidades. ¿Cómo se le iba a ocurrir a nadie que aquellos pobres hombres instruidos durante tan largo tiempo en las letras y en las artes habían de ser modelos para los demás mortales de templanza, castidad, humildad, humanidad, prudencia, paciencia, continencia, etc., etc.? ¿Y de qué provenía esto sino de que en las escuelas no se plantea cuestión alguna acerca de bien vivir? Testimonios de ello son la disoluta disciplina de casi todas las escuelas; las licenciosas costumbres en todos los órdenes; las quejas, suspiros y lágrimas de muchos piadosos varones. ¿Habrá aún quien defienda el estado actual de las escuelas? Estamos invadidos desde nuestro origen por una enfermedad hereditaria que, desdeñando el árbol de la vida, nos lleva a desear desordenadamente el árbol de la ciencia tan solo. Guiadas las escuelas por este desordenado apetito no han hecho hasta ahora más que perseguir laciencia.

9. Y aun para conseguir esto, ¿qué orden se ha seguido? ¿Con qué éxito? En realidad, de tal manera que lo que la mente humana es capaz de conocer en el espacio de un año, entretenía durante cinco, diez, muchos. Lo que puede infiltrarse e infundirse suavemente en las almas se introducía violentamente, o mejor, se embutía y machacaba. Lo que podía ser expuesto clara y lucidamente se ofrecía a los ojos de modo obscuro, confuso, intrincado como verdaderos enigmas.

13. Aunque, ¿qué necesidad tenemos de buscar testigos? Lo somos todos los que hemos salido de las escuelas y academias con un ligero barniz literario. Entre muchos miles yo mismo soy uno, mísero hombrecillo, cuya riente primavera de la vida, los florecientes años de la juventud pasados en las vaciedades escolásticas fueron desdichadamente perdidos. ¡Ah, cuántas veces, después que me ha sido dado comprenderl6 mejor, me ha llenado el pecho de suspiros, los ojos de lágrimas y el corazón de pena el recuerdo de la edad perdida! ¡Ah, cuántas veces el sentimiento me obligó a exclamar!:¡oh, si Júpiter me devolviera los años pasados!

11. Si nos fijamos en el estudio de la lengua latina (aunque no sea más que a la ligera y como ejemplo), ¡gran Dios, qué intrincado, trabajoso y prolijo lo han hecho! Cualquier aguador, cantinero o zapatero de viejo, entre los oficios de baja condición, culinaria, militar o de cualquier otra índole, aprenden antes una lengua diferente de la suya, y aun dos o tres, que los alumnos de las escuelas con gran tranquilidad y sumo esfuerzo llegan a conocer tan sólo la latina. ¡Y con qué aprovechamiento tan distinto! Aquéllos al cabo de unos pocos meses ya charlan de lo lindo sus idiomas; éstos, después de quince y aun veinte años, sostenidos con los andadores de sus gramáticas y diccionarios, apenas si pueden expresar en latín unas pocas cosas, y esto no sin duda y titubeos. ¿De dónde puede provenir esta lastimosa pérdida de tiempo y trabajo sino de un método vicioso?.

12. Con sobrada razón escribe acerca de esto el ilustre Eilardo Lubin, Doctor en Sagrada Teología y Profesor en la Academia de Rostock: La forma corriente de educar a los muchachos en las escuelas me parece ciertamente como si se hubiese mandado a alguno que, concentrando su trabajo y estudio, averiguase el modo y manera que tanto los profesores como los alumnos no llegasen a conocer la lengua latina sino a fuerza de grandísimo trabajo, de inmenso fastidio, de infinito esfuerzo y a costa de un largo espacio de tiempo.Cuanto más repito una cosa o la repaso de mala gana tanto más me exacerbo y estremezco en todo mi ser.Y afirma a continuación: Y reflexionando no una vez sola, sino con frecuencia acerca de esto, confieso que he llegado a pensar que estoy completamente persuadido de que algún genio maligno, enemigo del género humano, ha introducido este método en las escuelas. Esto dice este autor, a quien he querido citar aquí como uno de los muchos testimonios entre las gentes más preclaras.

13. Aunque, ¿qué necesidad tenemos de buscar testigos? Lo somos todos los que hemos salido de las escuelas y academias con un ligero barniz literario. Entre muchos miles yo mismo soy uno, mísero hombrecillo, cuya riente primavera de la vida, los florecientes años de la juventud pasados en las vaciedades escolásticas fueron desdichadamente perdidos. ¡Ah, cuántas veces, después que me ha sido dado comprenderlo mejor, me ha llenado el pecho de suspiros, los ojos de lágrimas y el corazón de pena el recuerdo de la edad perdida! ¡Ah, cuántas veces el sentimiento me obligó a exclamar!:¡oh, si Júpiter me devolviera los años pasados!

14. Pero todos estos deseos son inútiles; el día que pasa no ha de volver. Ninguno de nosotros, cuyos años pasaron, vuelve a hacerse joven para rehacer su vida e instruirse con mejor provecho; no hay ningún remedio. Sólo nos resta una cosa, solamente hay una cosa posible, que hagamos cuanto podamos en beneficio de nuestros sucesores; esto es, que conociendo el camino por el que nuestros Preceptores nos han inducido a error, señalemos el medio de evitar esos errores. Hagamos esto en el nombre y con la guía de Aquél, que es el único que puede contar nuestros defectos y corregir nuestras desviaciones (Ecles., 1.15).

Capítulo XII
LAS ESCUELAS PUEDEN REFORMARSE PARA MEJORARLAS

1. Es penoso y difícil, y casi tenido por imposible, curar las enfermedades crónicas. Si alguien descubriese un remedio que hiciese esperar tal cosa, ¿habría enfermo que lo rechazara? ¿No desearía tenerle a mano cuanto antes? Sobre todo si ve que su médico no procede con temeridad, sino con fundada razón. Así también nosotros vamos a proceder en nuestro petulante propósito manifestando: primero, Qué prometemos, y después, Con qué razones.

2. Prometemos una organización de las escuelas con la que:

I. Pueda instruirse toda la juventud (a no ser aquella a quien Dios negó el entendimiento).

II. Y se instruya en todo aquello que puede hacer al hombre sabio, probo y santo.

II. Se ha de realizar esta preparación de la vida de modo que termine antes de la edad adulta.

IV. Con tal procedimiento, que se verifique sin castigos ni rigor, leve y suavemente, sin coacción alguna y como de un modo natural. (Así como el cuerpo vivo efectúa el aumento de su estatura sin disgregación ni distensión de los miembros, puesto que si con prudencia se aplican, los alimentos, remedios y ejercicio, el cuerpo obtiene su estatura y vigor poco a poco, sin sentir, de igual modo si al espíritu se le aplican sus alimentos, remedios y ejercicios, espontáneamente se transforman en Sabiduría, Virtud y Piedad.)
V. Que se le prepare para adquirir un conocimiento verdadero y sólido, no falso y superficial; es decir, que el animal racional, el hombre, se guíe por su propia razón, no por la ajena; no se limite únicamente a leer y aprender en los libros pareceres y consideraciones ajenos de las cosas, o a retenerlas en la memoria y recitarlas, sino que sea capaz de penetrar hasta la médula de las cosas y conocer de ellas su verdadera significación y empleo. En igual medida hay que atender a la solidez de costumbres y piedad.
VI. Que esta enseñanza sea fácil en extremo y nada fatigosa; bastando cuatro horas diarias de ejercicios públicos y de suerte que un solo Preceptor sea bastante para instruir a cien alumnos con diez veces menos trabajo que el que actualmente emplean con un solo.
3. ¿Quién creerá esto antes de verlo? Sabida es la condición de los mortales que antes de que sea descubierta alguna nueva cosa se preguntan admirados cómo se podrá descubrir, y después de inventada se admiran de que no lo haya sido antes. Cuando Arquímedes prometió al rey Hierón arrastrar la al mar, con una sola mano, una enorme embarcación que no podían mover algunos cientos de hombres, fue acogido con risas; pero al verlo después se mudó la risa en asombro y estupor.
4. Ningún rey, excepto el de Castilla, quiso escuchar a Colón que vislumbraba nuevas islas en Occidente, y menos aun ayudarle un poco intentándolo. Sus mismos compañeros de navegación, según refiere la historia, perdieron muchas veces la esperanza y en poco estuvo que arrojasen a Colón al mar y tornasen sin concluir su empresa. Y, sin embargo, después de descubierta tan extensa porción del mundo nos admiramos todos ahora de que durante tanto tiempo haya podido permanecer oculta. Aquí viene bien una graciosa ocurrencia del mismo Colón, que durante un banquete era objeto de frases mortificantes por parte de los españoles, que envidiaban al italiano la gloria de tan gran descubrimiento; y como, entre otras cosas, llegase a oír que el descubrimiento del otro hemisferio no era debido a la ciencia, sino a la casualidad y que, por lo tanto, otro cualquiera podría descubrirle, propuso este sutil problema: De qué modo podría un huevo de gallina sostenerse en pie sobre uno de sus extremos sin ningún otro apoyo. Todos lo intentaron en vano, y entonces él, golpeándole ligeramente sobre un plato, quebró un poco la cáscara y le hizo tenerse en pie. Rieron todos, exclamando que también podrían hacerlo ellos, a lo que les contestó Colón: Podéis ahora porque habéis visto que podía ser, ¿por qué no lo hicisteis antes que yo?
5. Lo mismo hubiera ocurrido seguramente si Juan Fausto, el inventor de la tipografía, hubiese empezado a exponer su invento diciendo que era la manera con la que un solo hombre podía escribir en ocho días muchos más libros que diez peritísimos copistas en un año, resultando los libros escritos con toda elegancia, todos los ejemplares iguales, hasta en lo más mínimo, y corregidos en todo con tal que uno de ellos lo estuviese, etc. ¿Quién le hubiera creído? ¿A quién no hubiera parecido todo esto un verdadero enigma o una vana y ridícula jactancia? Y, no obstante, ahora es una cosa evidente hasta para los niños.
6. Si Bartoldo Schwartz, inventor de las máquinas broncíneas, se hubiera dirigido a los saeteros con estas palabras: Vuestros arcos, vuestras ballestas, vuestras hondas sirven para muy poco. Yo os daré un instrumento que sin fuerza ninguna de los brazos, únicamente por medio del fuego, no sólo podrá lanzar piedras y hierro, sino que lo enviará mucho más lejos, dará con más seguridad en el blanco y destrozará y derribará con mayor potencia, ni uno solo hubiera dejado de tomarlo a risa. Tan corriente es reputar maravilloso e increíble todo lo nuevo y no acostumbrado.
7. Tampoco los americanos llegaban a imaginar de un modo cierto cómo un hombre podía comunicar sus sentimientos a otro sin haber menester la palabra o un mensajero, mediante el sencillo envío de una carta, que entre nosotros conocen hasta los más rudos. Así bien podemos afirmar que en todas partes:
lo que pareció inaccesible antiguamente sirve de risa a la posteridad.
8. No ha de acaecer cosa distinta a esta promesa nuestra; tenemos ya el presentimiento, y en parte hemos comenzado a sufrirlo. No faltará quien se admire de que haya hombres que encuentren imperfecciones a las escuelas, libros y métodos usuales, y se atrevan a prometer no se sabe qué cosas insólitas e increíbles.

9. Fácil había de sernos encontrar testigos para probar nuestro aserto (Dios mediante), porque anteriormente ya escribimos, no para el vulgo necio, sino para el prudente, que es posible llegar a conseguir que toda la juventud se instruya en letras, costumbres y piedad sin ninguna de las molestias y dificultades que con el método corriente se ocasionan tanto a maestros como a discípulos.
10. La base de toda la demostración es una tan sólo, pero es más que suficiente: Es evidente que todas las cosas se dejan fácilmente ser llevadas adonde la Naturaleza las indina; más aún, se precipitan con un cierto deleite que se torna en dolor si se trata de impedir.
11. Nada es preciso idear para que el ave vuele, el pez nade y la fiera corra. Lo hacen, naturalmente, en cuanto sienten que tienen el suficiente vigor los miembros a tales actos destinados. No hay que hacer nada para que el agua corra por las pendientes; el luego arda si tiene materia y aire; la piedra redondeada vaya hacia abajo y la cuadrada se esté quieta; el ojo y el espejo reflejen los objetos, si tienen la necesaria luz, y la semilla germine con humedad y calor. Cada cosa tiende espontáneamente a obrar conforme a la aptitud con que fue creada, y obra seguramente si se le ayuda, aunque sea muy poco.
12. Puesto que (según vimos en el capítulo V) los gérmenes de la Ciencia, Costumbres y Piedad han sido puestos por la Naturaleza en el corazón de todos los hombres (no hablamos de los monstruos humanos), necesariamente se deduce que no tienen necesidad sino de un ligerísimo impulso y una prudente dirección.
13. Pero no se hace un Mercurio de cualquier leño, me dirán. A lo que respondo: Pero de un hombre si se hace otro hombre, si no hay corrupción.
14. Sin embargo, argumentará alguno, nuestras fuerzas y energías interiores enfermaron y se debilitaron grandemente con el pecado de origen. A lo que contesto: Pero no se anularon ni desaparecieron. Así mismo ocurre cuando las energías corporales se debilitan, que de sobra sabemos que pueden recobrar su primitivo vigor mediante paseos u otros estudiados ejercicios. Y si bien es cierto que el primer hombre apenas fue creado pudo andar, hablar y pensar, y nosotros no podemos hacerlo hasta que estamos enseñados por el uso, no hay de deducir por ello la conclusión de que esta enseñanza tenga forzosamente que ser intrincada y laboriosa. Pues si aprendemos sin ninguna gran dificultad cuanto se relaciona con el cuerpo, como comer, beber, andar, saltar, ¿por qué hemos de hallar los obstáculos en lo que hace relación al entendimiento siempre que se emplee la enseñanza adecuada? Diré más aún. Un desbravador necesita apenas unos meses para enseñar a un potro a andar, correr, saltar, girar y ajustar sus movimientos al mandato del látigo. Hace el falaz charlatán bailar a un oso, tocar el tambor a una liebre y arar, luchar, adivinar, etc., a un perro; la frívola solterona enseña al papagayo, a la urraca o al cuervo a reproducir la voz humana o fáciles melodías, y todo esto se verifica a pesar de la naturaleza propia de los animales y en corto tiempo. ¿No ha de poder el hombre ser instruido con facilidad en aquello a que su propia naturaleza, no digo le llama o guía, sino verdaderamente le empuja y arrebata? Vergüenza causa tener que demostrarlo para que se burlen de nosotros con sus risas los domadores de animales.
15. Me dirán: La misma dificultad de las cosas hace que no todos puedan comprenderlas. Y digo yo: ¿Dónde está la dificultad? ¿Existe, por ventura, algún cuerpo en la Naturaleza de un color tan extremadamente obscuro que no pueda ser reflejado por el espejo si se le coloca convenientemente iluminado? ¿Hay algo que no pueda reproducirse en un cuadro si el que debe pintarlo domina el arte de la pintura? ¿Se nos puede presentar alguna semilla o raíz que no pueda ser recibida por la tierra y germinar con su ayuda con tal de que haya quien sepa dónde, cómo y cuándo hay que hacer cada operación? Más diré: No hay en todo el mundo roca ni torre de tal altura a la que no pueda subir quien tenga pies, con tal que se empleen escaleras adecuadas o se caven en la roca escalones bien dispuestos, guarnecidos de parapetos contra los peligros del precipicio. Porque siendo muchos los que emprenden el camino con espíritu valeroso lleguen pocos a la cumbre de la ciencia, y los que llegan no lo hacen sino a fuerza de trabajo, anhelo, desmayos y vahidos, cayendo y volviéndose a levantar, no hay que asegurar que existe algo inaccesible para el espíritu humano, sino que los escalones no están bien dispuestos, son estrechos, llenos de agujeros, ruinosos; es decir, el método es pésimo. Es evidente que cualquiera puede llegar a la más elevada altura por grados bien colocados, completos, sólidos y seguros.
16. Dirás: Es que hay entendimientos tan obtusos que no es posible inculcarles nada. Y yo te contesto: No existe espejo, por muy estropeado que esté, que no reciba las imágenes de alguna manera; no hay tabla en la que de cualquier manera no pueda dibujarse absolutamente nada, por muy áspera y desigual que tenga su superficie. A

más de esto, si el espejo se encuentra cubierto de polvo o manchas, límpiese antes; si la tabla es áspera y desigual, puede ser cepilIada; de este modo ya no habrá dificultad para su uso. Igual razonamiento es aplicable a la juventud: si se pule y estimula antes, unos serán pulidos y estimulados por los otros para que todos aprendan todas las cosas. (Sigo firme en mi aserción porque firme sigue el fundamento.) En esto estará la diferencia que los más tardos se darán cuenta de algunos Conocimientos, y los de ingenio más vivo, extendiendo su inclinación de unas cosas a otras, penetraran más y más en ellas y deducirán nuevas y utilísimas observaciones. Por último, hay espíritus completamente ineptos para la cultura, como hay troncos tan torcidos que no sirven para ser labrados. Nuestra afirmación es siempre cierta respecto a los espíritus de mediana condición, de los que gracias a Dios hay siempre gran abundancia. Es tan raro hallar seres en absoluto faltos de entendimiento como faltos de algún miembro por la naturaleza. En realidad, la ceguera, sordera, cojera o mala salud muy rara vez nacen con el hombre, por lo común se adquieren por culpa nuestra; de igual modo la extremada estupidez del cerebro.

17. Todavía llegarán a objetar: A algunos no es aptitud para el estudio lo que les falta, sino afición, y por eso es inútil y fastidioso obligarlos en contra su voluntad. A esto respondo: Así refieren de un filósofo que tenía dos discípulos: uno indócil y otro petulante; y despidió a los dos, porque el uno queriendo no podía y el otro pudiendo no quería. ¿Qué hemos de decir si los mismos preceptores son la causa de la aversión a las letras? Aristóteles afirmó que era innato en el hombre el deseo de saber; y así lo hemos expuesto en el capítulo V y en el XI, que antecede. Pero, bien porque la indulgencia de los padres tuerce la natural inclinación de los hijos; bien porque la presunción de los compañeros les inculque vanos conocimientos, ya también los mismos muchachos se desvían de los estímulos innatos en el alma por sus ocupaciones corteses o palaciegas o por el espectáculo de cualesquiera otras cosas exteriores; de aquí proviene que no hay deseo de lo que se desconoce y no pueden fácilmente recobrarse. (Así como la lengua afectada fuertemente por un sabor no puede con facilidad distinguir otro, de igual manera el entendimiento preocupado en un sentido no atiende suficientemente lo que provenga de otra dirección.) Si intentamos corregir en tales individuos aquella torpeza adventicia, y volver la naturaleza a su primitivo vigor, seguramente se aparecerá la inclinación a saber. Pero ¿piensa todo el que se dedica a formar la juventud en hacerla antes apta para recibir la formación? El tornero desbasta el tronco antes de tornearlo; el herrero ablanda el hierro antes de forjarlo; el tejedor limpia, lava y carda la lana antes de hilarla y tejería; el zapatero extiende y pule el cuero antes de coser el zapato; y razonando de un modo semejante, ¿qué preceptor prepara al discípulo antes de sus lecciones haciéndole apetecer la cultura y apto para ella y, por lo tanto, sometido a él en todo? Cada uno casi como le encuentra le acomete; luego le tornea, después le forja, le peina, le teje, en seguida le aplica sus reglas y quiere que al momento esté pulimentado y brille; y si esto no ocurre tan pronto como se desea (¿y cómo va a suceder, digo yo?), se indigna y enfurece. ¿Y aun nos asombramos de que haya quienes aborrezcan y huyan esta enseñanza? Más debiéramos admirarnos de que haya quien la pueda aguantar.

18. Viene aquí muy a punto la ocasión de decir alguna le cosa acerca de la diferencia de los ingenios; esto es, que unos son agudos y otros obtusos; unos blandos y dúctiles y otros duros y quebradizos; algunos ávidos de las letras y otros más aficionados a las cosas mecánicas, y de esta última doble especie en los tres modos anteriores resultan seis temperamentos de los ingenios.

19. En primer lugar están los agudos, ávidos y dúctiles; éstos son los únicos entre todos más aptos para los estudios, a quienes no hay más que suministrar el manjar de la Sabiduría y crecen como una vigorosa planta. Solamente hay que proceder con prudencia, para no permitirles ir más de prisa de lo conveniente, a fin de que no decaigan prematuramente y se tornen estériles.

20. Otros son agudos, pero lentos, aunque complacientes. Estos sólo necesitan espuela.

21. En tercer lugar están los agudos y ávidos, pero bruscos y tozudos. Éstos son corrientemente odiados en las escuelas y muchas veces no se tiene esperanza de sacar nada de ellos; sin embargo, suelen resultar hombres grandes si se les educa con acierto. La historia nos señala el ejemplo de Temístocles, el gran jefe de los atenienses; que cuando joven era de un ingenio brusco (tanto que hizo exclamar a su preceptor: Niño, no has de tener término medio: serás un gran bien para la república o un gran mal). Y como algunos se maravillasen después de sus cambiadas costumbres, solía decir: Los potros indómitos suelen salir buenos caballos si se les adiestra rectamente. Así ocurrió con Bucéfalo, el caballo de Alejandro Magno. Viendo Alejandro que su padre Filipo desechaba por inútil un caballo en extremo indómito, que no aguantaba sobre su lomo a ningún jinete, exclamó: ¡Qué caballo

pierden por no saberle dominar! Y habiendo manejado aquel caballo con gran arte, sin latigazos consiguió que, no sólo entonces, sino siempre, fuera su cabalgadura, y no puede hallarse en todo el orbe un caballo más generoso y más digno de tan insigne héroe. Plutarco, que nos refiere esta historia, añade: Este caballo nos enseña que muchos ingenios que nacen despiertos perecen por culpa de sus educadores, que convierten a los caballos en asnos porque no saben gobernar a los rectos y libres.

22. En cuarto lugar se hallan los que son simpáticos y ávidos de aprender, pero tardos y obtusos. Éstos pueden, desde luego, seguir los pasos de sus compañeros, y para que les sea posible hay que condescender con su debilidad, no imponiéndoles nada con severidad ni exigiéndoselo con dureza, más bien hay que tener una tolerancia benigna en todo, estimulando, apoyando y levantando su espíritu para que no decaigan. Ciertamente éstos tardarán más en llegar a la meta, pero llegarán más formados, como acaece con los frutos tardíos. De igual modo que un sello se imprime difícilmente en el plomo, pero persiste durante más tiempo, así también estos jóvenes son a menudo más tenaces que los de ingenio despierto y con dificultad dejan perder las cosas una vez que las aprendieron. Por todo lo cual, no se debe alejarlos de las escuelas.

23. El quinto grupo es el de los obtusos que al mismo tiempo son indolentes y perezosos, los cuales, a pesar de todo, pueden ser corregidos con tal de que no haya en ellos pertinacia. Pero éste es un trabajo que requiere mucha prudencia y paciencia extraordinaria.

24. En último lugar están los obtusos y además de torcida y malvada índole, perdidos la mayor parte de las veces. Es cierto que en la Naturaleza encontramos antídotos para los venenos y que un racional y adecuado cultivo hace fructíferas las plantas que eran estériles, y por ello no hay que desesperar en absoluto de que estos casos tengan remedio, sino que debemos intentar corregir y extirpar la pertinacia. Si no se consigue, habrá que arrojar el torcido y nudoso leño, del que no podemos esperar hacer un Mercurio. No es prudente cultivar ni tocar la tierra podrida, dice Catón. No obstante, apenas hallarás entre millares un ingenio de tal naturaleza y de tamaña degeneración, lo cual es un testimonio elocuente de la bondad de Dios.

25. Todo lo dicho se condensa en la frase de Plutarco: Nadie tiene en su mano disponer cómo han de nacer los hijos, pero es facultad nuestra que se hagan buenos con una recta educación. Debemos fijarnos bien: dice facultad nuestra. En verdad, el arboricultor puede obtener un árbol de cualquier raíz viva si emplea racionalmente su arte en la plantación.

26. En los cuatro párrafos que siguen vamos a demostrar que con un solo y mismo método se puede instruir y formar una juventud de índole tan diversa como queda enunciado.

27. Primeramente: Todos los hombres han de ser encaminados a los mismos fines de Ciencia, Costumbres y Santidad.

28. En segundo lugar: Todos los hombres, sea cualquiera la diferencia que presenten en sus cualidades, tienen una única e igual naturaleza humana dotada de los mismos órganos.

29. Tercero: La expresada diversidad de cualidades no es sino exceso o defecto de la armonía natural; de igual modo que los excesos morbosos del cuerpo son húmedos o secos, ardientes o helados. Por ejemplo: La viveza de ingenio no es otra cosa que una cierta sutilidad y agilidad del espíritu en el cerebro que, recorriendo con rapidez los sentidos, conoce velozmente las cualidades de las cosas. Y acontece que esta agilidad, si no se cohibe de alguna manera, llega a desparramar el espíritu, debilitando o embotando el cerebro. Por esto vemos con alguna frecuencia que los ingenios precoces suelen ser arrebatados por prematura muerte o agotados caen en la estupidez. El ingenio tardo, por el contrario, procede de una viscosa gordura y obscuridad del espíritu en el cerebro que necesita ser despejado e iluminado mediante una más insistente excitación. La petulancia y la tozudez, ¿qué son sino la excesiva firmeza del corazón en no ceder que debe y puede quebrantarse con la disciplina? ¿Qué es la indolencia más que una excesiva laxitud del corazón que necesita vigorizarse? Por lo cual, así como la mejor medicina para el cuerpo no es aquélla que opone remedios contrarios (porque entonces se excita mayor violencia), sino la que procura compensar los efectos contrarios para que nada falte por un lado ni sobre por otro; así el remedio más a propósito para los vicios del entendimiento humano será un Método tal que los excesos y defectos del espíritu se compensen y se ordenen todas las cosas a la consecución de la mayor armonía y concierto. Con este propósito nuestro método está adaptado a los entendimientos intermedios (que son siempre el mayor número), sin

que falten recursos para contener y sujetar a los más vivos (a fin de que no se malogren prematuramente) ni estímulos y aguijones para excitar a los más tardos.
30. Por último, es más fácil atender a los aludidos excesos y defectos del espíritu cuando son recientes. Así como en la milicia se mezclan los bisoños con los veteranos, los débiles con los robustos, los torpes con los ágiles, se les manda pelear bajo las mismas banderas y regirse por los mismos preceptos mientras dispuestas las tropas se desarrolla la batalla; pero una vez conseguida la victoria cada uno persigue al enemigo hasta donde quiere y puede y hace el botín a su albedrío; así conviene proceder en esta milicia literaria, que los tardos se mezclen con los ligeros, los obtusos con los más sagaces, los tozudos con los dóciles y se gobiernen por los mismos principios y ejemplos mientras tienen necesidad de guía. Una vez que hayan abandonado la escuela, cada uno siga el restante curso de sus estudios con la actividad y denuedo que pueda.
31. No solamente respecto al lugar debe entenderse la mezcla de que hablamos, sino especialmente en lo tocante al mutuo auxilio; es decir, que el maestro encomiende al que vea mas despierto el cuidado de instruir a dos o tres más tardos; a aquél en el que observe un buen natural el de vigilar y regir a otros de peor índole. Así se proveerá a unos y otros, atendiendo, desde luego, el Profesor para que todo se haga conforme a los dictados de la razón. Pero ya llegará tiempo de explicar esto.

CAP. XIII

EL FUNDAMENT DE LA REFOR DE LAS ESCUEL ES PROCURAR EL ORDEN EN TODO

1. Si consideramos qué es lo que hace que el Universo con todas las cosas singulares que encierra, se mantenga en su propio ser, notaremos que no hay otra cosa sino orden, que es la disposición de las cosas anteriores y posteriores, superiores e inferiores, mayores y menores, semejantes y diferentes en el lugar, tiempo, número, medida y peso a cada una de ellas debido y adecuado. De aquí que alguno, con acierto y elegancia, haya llamado al orden el alma de las cosas. Lo que está ordenado, conserva su estado e incólume existencia mientras mantiene este orden. Si el orden falta, desfallece, se arruina, se cae. Múltiples ejemplos de la Naturaleza y de las artes lo prueban. Veamos.
2. ¿Qué es lo que hace, pregunto yo, que el Mundo sea tal y perdure en toda su plenitud? Pues es realmente que cada criatura se contiene dentro de sus límites conforme al mandato de la Naturaleza, y por este respeto del orden particular se conserva el orden de todo el Universo.
3. ¿Quién hace que transcurran los siglos de los tiempos, con intervalo tan exacto de años, meses y días, sin confusión alguna? El solo orden inmutable del Firmamento.
4. ¿Qué induce a las abejas, hormigas y arañas a ejecutar obras de tanta sutileza que en ellas encuentra el ingenio del hombre más que admirar que poder imitar? Nada más que la destreza innata para guardar en todas sus Operaciones el orden, número y medida.
5. ¿Qué hace que el cuerpo del hombre sea un órgano tan maravilloso que sea capaz de infinitas acciones aun sin estar dotado de instrumentos infinitos; es decir, que con los pocos miembros de que está formado pueda ejecutar obras de admirable variedad sin encontrar que falte algo o que debiera ser de otro modo? Es el resultado de la sapientísima proporción de todos los miembros, tanto entre sí como en conjunto.
6. ¿Qué es lo que hace posible que un solo entendimiento, de que estamos dotados, sea suficiente para gobernar al cuerpo y proveer a tantas acciones al mismo tiempo? No es otra cosa sino el orden en virtud del cual todos los miembros están enlazados por vínculos perpetuos y han de obrar en consonancia con el primer movimiento que procede de la mente.
7. ¿Qué hace que un solo hombre, sea Rey o Emperador, pueda gobernar a pueblos enteros? ¿Que siendo tantas intenciones como cabezas todas sirvan a la intención de aquél solo y que necesariamente, si él administra bien, sean bien administradas todas las cosas? El orden, solamente el orden, mediante el cual, unidos todos por los vínculos de las leyes y de los deberes, unos pocos están próximos a aquel único Moderador para ser regidos inmediatamente; aquellos a otros, y así consiguientemente hasta el último. A semejanza de la cadena en la que un

eslabón arrastra a otro, de manera que movido el primero se muevan los demás y parado el primero se detengan todos los restantes.

8. ¿Cuál fue la causa mediante la cual Hieron pudo él solo trasladar de lugar, a su arbitrio, aquella ingente mole que habían intentado en vano mover tantos cientos de hombres? Una pequeña máquina verdaderamente ingeniosa compuesta de cilindros, poleas y cuerdas, de tal modo que unos elementos ayudasen a los otros para obtener la multiplicación de las fuerzas.

9. Los terribles efectos de las fulminantes bombardas, con las que se cuartean los muros, se derrumban las torres y se destrozan los ejércitos, no provienen sino de un cierto orden en las cosas y la aplicación de los elementos activos a los pasivos; esto es, la adecuada mezcla del nitro con el azufre (el uno frío y el otro ardiente); la debida proporción de la máquina o bombarda; la suficiente dotación de pólvora y balas, y, por último, la sabia dirección hacia el objeto. Si falta alguna de estas condiciones todo el aparato será inútil.

10. ¿Qué es lo que da la perfección al arte tipográfico que permite multiplicar los libros con rapidez, elegancia y corrección? En realidad el orden en esculpir, fundir y pulimentar los tipos de bronce de las letras, distribuirlos en las cajas, componerlos según la escritura, meterlos en la prensa, etc., y preparar el papel, macerarle, extenderle, etc.

11. Y para referirnos también a la mecánica, ¿por qué el carro, esto es, un poco de madera y hierro (pues de ellos se compone), sigue tan rápidamente a los caballos a él uncidos y presta tan grande utilidad para transportar personas y cargas? Nada hay en ello sino una ingeniosa coordinación de la madera y el hierro en ruedas, ejes, lanza, yugos, etc. Roto o estropeado uno de ellos, la maquina queda inservible.

12. ¿Por qué los hombres se entregan al furioso mar embarcados en frágil leño, llegan hasta los antípodas y retornan salvos? Sólo por la ordenada disposición en la nave de la quilla, mástiles, antenas, velas, remos, timón, áncoras, brújulas, etc., perdido algo de lo cual sobreviene el peligro de las olas, el naufragio y la muerte.

13. ¿Cuál es la causa, en el instrumento de medir el tiempo, el reloj, de que el hierro diversamente colocado y engranado produzca movimientos espontáneos, marque armónicamente los minutos, horas, días, meses y hasta años, no solamente mostrándolo a la vista, sino indicándolo a los oídos y aun señalándolo en medio de las tinieblas? ¿Por qué tal instrumento despierta al hombre a la hora que éste desea y hasta puede encender una lámpara para que al despertar vea desde luego la luz? ¿Por qué marcando el turno de los fastos y efemérides puede señalar los novilunios y plenilunios, todos los cursos de los planetas y los eclipses de los astros? ¿Qué habrá digno de admiración si esto no lo es? ¿Cómo un metal, cosa tan inerte por sí, puede producir movimientos tan naturales, constantes y regulares? ¿Por ventura antes de su descubrimiento no sería tenido por tan absurdo e imposible como el afirmar que los árboles podían andar y las piedras hablar? Sin embargo, nuestros ojos son testigos de que ocurre como hemos dicho.

14. ¿Hay acaso para ello alguna oculta fuerza? Ninguna en absoluto, sino el orden manifiesto que aquí domina. Una disposición tal de todos cuantos elementos le integran, en su exacto número, medida y orden, que cada uno de ellos tiene fin determinado y para este fin los adecuados medios y preciso empleo de estos medios; una escrupulosa proporción de unos y otros y la debida coherencia entre cada uno de ellos con su correlativo y mutuas leyes para comunicar y devolver la fuerza. Así marcha todo; tan exactamente como un cuerpo vivo animado por su propio espíritu. Pero si algo se descompone, rompe, quiebra, retrasa o tuerce, aunque sea la más pequeña rueda, el más insignificante eje, el más diminuto clavo, al momento se para o hace con error todas sus indicaciones. De un modo evidente se demuestra aquí que todas las cosas dependen de un único orden.

15. No requiere otra cosa el arte de enseñar que una ingeniosa disposición del tiempo, los objetos y el método. Si podemos conseguirla, no será difícil enseñar todo a la juventud escolar, cualquiera que sea su número, como no lo es llenar mil pliegos diariamente de correctísima escritura valiéndonos de los útiles tipográficos; o utilizando el artificio de Arquímedes trasladar casas, torres o cualesquiera otros pesos; o embarcados atravesar el Océano y llegar al Nuevo Mundo. No han de marchar las cosas con menor facilidad que marcha el reloj de pesas bien equilibradas. Tan suave y naturalmente como suave y natural es el movimiento de dicha máquina; con tanta certeza, por último, como puede tenerse con instrumento tan ingenioso.

16. Intentemos, pues, en nombre del Altísimo, dar a las escuelas una organización que responda al modelo del reloj, ingeniosamente construido y elegantemente decorado.

CAP. XIV

EL ORDEN QUE ESTABLEZCAMOS PARA LAS ESC DEBEMOS TOMARLO DE LA NATURALEZA;Y HA DE SER TAL,Q NINGUNA CLASE DE OBSTÁCULOS PUEDA ALTERARLE.

1. Comencemos, en nombre de Dios, a investigar sobre qué, a modo de roca inmóvil, podemos establecer el Método de enseñar y aprender. Y al procurar los remedios para los el defectos naturales, no debemos buscarlos en otra parte sino de la misma Naturaleza. Es realmente cierto que el arte nada puede si no imita a la Naturaleza.
2. Pondremos algunos ejemplos. Vemos a un pez nadar en el agua. Es un acto natural en él. Si el hombre quiere imitarle, tiene necesariamente que emplear instrumentos y ejecutar operaciones semejantes; utilizar los brazos a modo de aletas y los pies en lugar de cola, moviéndolos como el pez agita sus aletas. Las embarcaciones solamente pueden construirse respondiendo a la misma idea, en lugar de las aletas están los remos o la vela y en vez de la cola el timón o gobernalle. Observa a las aves volar por el aire. Lo hacen por naturaleza. Cuando Dédalo quiso imitarlas tuvo que emplear y mover unas alas capaces de sostener cuerpo tan pesado.
3. El órgano de emisión de sonidos en los animales es una arteria áspera, formada de anillos cartilaginosos con la laringe encima, a modo de llave, y por la parte inferior dotada de un fuelle que emite el aire, el pulmón. A su semejanza se construyen las flautas, gaitas y los demás instrumentos músicos neumáticos.
4. El rayo, que sale del fragor de las nubes y lanza fuego y piedras, es nitro encendido con azufre. A imitación suya se compone de nitro y azufre ese polvo ígneo que, inflamado y lanzado por las escopetas, produce parecidos truenos, relámpagos y rayos.
5. Se ha observado que el agua busca la igualdad de su superficie, aun en vasos de doble orificio separados por cualquier distancia. Se han ideado distintos acueductos por medio de tubos, de manera que el agua, desde cualquier profundidad, ascienda a la altura deseada, siempre que por el otro lado descienda otro tanto. Esto es ingenioso, pero natural. Lo que así se hace es por el arte, el porqué está en la Naturaleza.
6. Contemplaron los hombres el Firmamento y observaron que giraba continuamente y que los diversos movimientos de los astros producían al mundo una grata variedad de tiempos. Y se ideó con arreglo a tal modelo un instrumento que represente la diaria revolución del firmamento y mida las horas. Está compuesto de ruedas, no sólo para que la una lleve a la otra, sino para que el movimiento pueda continuar sin fin. Fue necesario formar este instrumento con elementos movibles e inmóviles, como sucede en el mundo. Y, en efecto; en lugar del primer elemento quieto del mundo, la tierra, se colocaron aquí inmóviles las bases, columnas y esfera; en vez de las movibles esferas del Cielo, varias ruedas. Como no fue posible ordenar a una cualquiera de las ruedas que girase y arrastrase en su movimiento a las demás (conforme el Creador dio a los astros luminosos el impulso para que se movieran ellos e hiciesen moverse a los otros), hubo que tomar de la Naturaleza la forma del movimiento, esto es, movimiento de gravedad o de libertad. O bien se aplicó al cilindro de la rueda primera un peso, que al caer, por su gravedad hacía girar la rueda y con ella las demás, o bien se construía una lámina alargada de acero que, arrollada al cilindro, hacía girar a la rueda con su propensión a extenderse y soltarse. Para que el movimiento no fuera rápido, sino lento y reposado, a semejanza del Cielo, se interponen otras ruedecillas, de las cuales la última, que sólo tiene dos dientes, suena con movimiento recíproco, acercándose y apartándose de la luz, haciendo veces de los días y las noches. En aquella parte, que debe dar exactamente la señal de la hora o de los cuartos, se disponen unos ingeniosos pestillos que se abren cuando es preciso y se cierran en caso necesario, de igual modo que la Naturaleza, mediante el movimiento de las esferas celestes, dividida en meses, trae y aleja el invierno, la primavera, el verano y el otoño.
7. De todo esto se deduce que ese orden que pretendemos que sea la idea universal del arte de aprender y enseñar todas las cosas, no debemos ni podemos tomarle de otra parte que no sea de la enseñanza de la Naturaleza. Organizado cuidadosamente, tan suave y naturalmente se desarrollará lo artificial como suave y naturalmente fluye lo natural. Sabiamente dice Cicerón: Nunca erraremos si llevamos a la Naturaleza por guía. Y en otra parte: Con la Naturaleza por maestro no se puede errar en modo alguno. Así lo esperamos también nosotros, y observando los procedimientos que sigue la Naturaleza en sus operaciones intentaremos proceder de manera semejante.

8. Pudiera oponérsenos a nuestra esperanza, con tanto empeño defendido, el aforismo de Hipócrates: *la vida es breve y el arte duradero; las ocasiones pasan con rapidez; la experiencia es dudosa y difícil el juicio acerca de las cosas*. En lo cual reseña las cinco causas por virtud de las cuales son tan pocos los que llegan a la cumbre de la ciencia, a saber: I. La brevedad de la vida, que hace que a menudo seamos arrebatados en la misma preparación de la vida. II. La extensa y difusa multitud de cosas que se someten a la consideración de nuestro espíritu, por lo que es sumamente laborioso encerrar todas en nuestro entendimiento. III. La falta de ocasiones de aprender las buenas artes o su rápida desaparición, si alguna vez se nos presentan. (Pues los años de la juventud, que son los más a propósito para el cultivo de la inteligencia, transcurren la mayor parte de las veces en medio de diversiones; la edad siguiente, como todas las cosas de los mortales, presenta más ocasiones para vanidades que para serias ocupaciones. Y si llega a ofrecerse alguna ocasión, huye antes de que pueda ser aprovechada.) IV. El embotamiento de nuestro entendimiento y la obscuridad del juicio, que motiva muchas veces que nos detengamos en la corteza sin penetrar hasta la médula de las cosas. V. Por último, si alguno, a fuerza de larga observación y repetidos experimentos, quisiera conocer las verdaderas esencias de las cosas, hallará que es trabajoso en extremo a la vez que dudoso e incierto. (Verdaderamente es fácil que puedan escaparse muchas cosas en tan grande y sutil complicación de ellas; con un solo error que se admita, toda la observación adolece de incertidumbre.)

9. Si todo lo que acabamos de decir es exacto, ¿cómo nos atrevemos a prometer un camino tan universal, verdadero, fácil y sólido para los estudios? Respondemos: La experiencia demuestra que es exactísimo lo dicho; pero también atestigua la experiencia, con razones, que pueden hallarse remedios eficaces para los mencionados obstáculos. Éstos fueron establecidos por Dios, Sapientísimo árbitro de las cosas, para nuestro bien; luego con prudencia podrán convertirse en beneficio nuestro. Él nos otorgó, verdaderamente, un corto espacio de existencia porque ya en nuestra corrupción no sabemos emplear rectamente la vida. Pues si muriendo al nacer y pendiente el fin del principio nos entregamos, sin embargo, a las vanidades, ¿qué ocurriría si tuviéramos ante nosotros centenas o millares de años? Por eso tuvo a bien concedernos Dios el solo espacio de tiempo que estimó suficiente para que pudiéramos prepararnos a otra vida mejor. Para este fin es lo bastante larga si sabemos utilizarla.

10. Dios quiso también en beneficio nuestro que las cosas fuesen muchas, con el fin, sin duda, de que hubiese mucho que nos ocupase, ejercitase e instruyese.

11. Quiso que las ocasiones pasasen raudas, con cabellos sólo en la frente, para que, advertido esto,
intentemos cogerlas por donde pueden cogerse.

12. Los experimentos inciertos, para que se requiera atención y tengamos necesidad de desentrañar las cosas con mayor esfuerzo.

13. Por último, el juicio de las cosas difícil, para que se aguce la diligencia y resolución de conocerlas. Esto con el fin de hacer, con mayor satisfacción nuestra, más patente la Sabiduría de Dios, extendida secretamente en todas las cosas. Si todo se entendiese fácilmente, dice Agustín, ni la verdad se buscaría con empeño, ni se hallaría con placer.

14. Hemos, pues, de ver cómo podrán, Dios mediante, removerse los obstáculos que la Providencia nos opuso exteriormente con el fin de estimular nuestra industria. No podrán salvarse de otro modo que:

I. Con la prolongación de la vida, para que sea suficiente al camino emprendido.

II. La abreviación de las artes, para que correspondan a la duración de la vida.

III. La sujeción de las ocasiones, para que no se escapen inútilmente.

IV. La apertura del entendimiento, para que penetren las cosas con facilidad.

V. En lugar de la observación incierta, la determinación de un fundamento inmutable que no pueda engañar.

15. Vamos, pues, a intentar inquirir, valiéndonos de la Naturaleza,

	de prolongar la vida para aprender todo lo necesario.
Los fundamentos	de abreviar las artes para aprender más de prisa.
	de aprovechar las ocasiones para aprender con certeza.
	de afinar el juicio para aprender con solidez.

Explicaremos cada una de estas cosas en capítulos diferentes, dejando para el último lugar el referente al modo de abreviar.

CAPITULO XV
FUNDAMENTOS DE LA PROLONGACIÓN DE LA VIDA

1. En cuanto a la brevedad de la vida, pregunta Aristóteles con Hipócrates, reprochando por ello a la Naturaleza, ¿por qué se ha otorgado a los ciervos, cuervos y otros brutos seres un espacio de vida tan extenso, y en cambio se contiene dentro de reducidos límites la vida del hombre, nacido para muy elevados fines? Pero sabiamente responde Séneca: No recibimos breve la vida, sino que la hacemos, y no somos escasos de ella, sino pródigos. La vida es larga si sabes usarla. Y en otro lugar: Bastante larga es la vida y nos ha sido ampliamente otorgada para el cumplimiento de grandes cosas si se emplea bien. (De Brevitate vitae, C. 1 et 2.)
2. Y si esto es cierto, como lo es, es culpa nuestra el que la vida no nos sea suficiente para la ejecución de grandes cosas, puesto que sin duda alguna prodigamos nosotros mismos la vida destrozándola en parte, con lo que hacemos que se extinga antes de su término natural, y gastando el resto en cosas de ningún valor.
3. Muy acertadamente escribe un insigne autor (Hipólito Guarinonio), y lo prueba con argumentos, que el hombre de temperamento endeble tiene en sí vitalidad para llegar al sexagésimo año, y aquéllos de complexión más fuerte son capaces de vivir ciento veinte años. Si algunos mueren antes de estos límites (¿quién ignora que muchos mueren en la infancia, adolescencia y virilidad?) es por culpa de los mismos hombres, que con sus excesos, o la negligencia de los cuidados de la vida, comprometen su salud y aun la de sus hijos y aceleran su muerte.
4. Esta misma duración tan limitada de la vida (cincuenta, cuarenta, treinta años) puede servirnos para las mayores cosas si sabemos emplearla rectamente. Nos lo prueban los ejemplos de aquellos que llegaron antes de la plenitud de su virilidad a lo que otros no pudieron conseguir a pesar de su larguísima existencia. Alejandro Magno murió a los treinta y tres años, siendo no solamente instruido en las letras de un modo maravilloso, sino vencedor del mundo entero, al que subyugó no tanto por la fuerza de las armas como por sus sabios consejos y admirable rapidez para ejecutar las cosas. Juan Pico de la Mirándola no llegó siquiera a la edad de Alejandro, y se elevó tanto en el estudio del conocimiento de todas las cosas que el ingenio del hombre puede comprender, que fue considerado como un milagro del siglo.
5. Y para no tomar el ejemplo de otra parte, el mismo Jesucristo Nuestro Señor sólo vivió sobre la tierra treinta y cuatro años y llevó a cabo la magna obra de nuestra Redención; sin duda para darnos ejemplo (pues todas sus obras son místicas) de que cualquiera que sea la edad que alcance el hombre es suficiente para preparar el refugio de la eternidad.
6. No puedo por menos de citar aquí las hermosas frases de Séneca en este sentido (Epist., 94): He encontrado muchos –dice- propicios contra los hombres; contra Dios, ninguno. Diariamente nos indignamos contra el hado, etc. ¿A qué viene querer salir tan de prisa de donde hemos de salir de todos modos? La vida es larga, si está llena. Se llena cuando el alma procura su bien y se hace dueña de sí misma. En otro lugar: Ten presente, Lucilio mío, que debemos obrar de manera que nuestra vida sea como las cosas preciosas, que no se manifieste mucho, pero que pese mucho. Midámosla por las acciones, no por el tiempo. Y luego: Alabemos, pues, y coloquemos en el número de los felices a aquél que gastó bien el tiempo que le correspondió. Vio la verdadera luz, no fue uno más entre muchos, sino que vivió y floreció. Además: De igual modo que en la menor cantidad de cuerpo puede haber un hombre perfecto, así en el menor espacio de tiempo puede hallarse una vida perfecta. La edad figura entre las cosas externas. Me preguntas, ¿cuál es la mayor duración de la vida? Vivir hasta la sabiduría. El que a ella llega consigue un fin no larguísimo, sino máximo.
7. Dos son los remedios para nosotros y nuestros hijos (y por tanto, las escuelas) que podemos aplicar a las quejas sobre la brevedad de la vida. Procurar en cuanto sea posible que:
I. El cuerpo se defienda de las enfermedades y la muerte.
II. Preparemos nuestro entendimiento para administrar sabiamente todas las cosas.
8. Estamos obligados a defender nuestro cuerpo de las enfermedades y peligros. Primero, porque es la morada del alma y única en efecto; destruida la cual, el alma se ve obligada a emigrar de este mundo; o si poco a poco se destroza, sufriendo ruina ya en una, ya en otra parte, ofrece a su huésped, el alma, una habitación incómoda. Hemos de procurar diligentemente conservar este tabernáculo del cuerpo si queremos encontrar agradable permanecer lo más duradera y cómodamente posible en este palacio del mundo, en el que hemos sido introducidos

por la bondad de Dios. Segundo, porque el cuerpo no es solamente la morada del alma, sino su organismo, sin el cual no podemos oír, ver, hablar ni hacer nada ni siquiera pensarlo. Porque como nada hay en el entendimiento que antes no haya estado en el sentido, la mente toma de los sentidos los materiales de sus pensamientos, y la operación de pensar no se verifica sino por la sensación interna, esto es, por la especulación de las imágenes abstraídas de las cosas. De aquí resulta que lesionado el cerebro se lesione la facultad imaginativa, y atacados por el mal los miembros del cuerpo quede afectada la mente. Cierto es, por lo tanto aquello de:

Hay que procurar la mente sana en el cuerpo sano.

9. Nuestro cuerpo conserva toda su energía con una dieta moderada; acerca de lo cual diremos aquí muy poco, ya que este asunto compete al médico, valiéndonos del ejemplo de los árboles. El árbol necesita tres cosas para su perfecta existencia: 1. Humedad constante. 2. Transpiración frecuente. 3. Descanso alternativo. Necesita humedad porque si carece ella se marchita y seca. Esta humedad debe ser moderada, pues prodigada con exceso hace que la raíz se pudra. De igual manera es necesario el alimento para el cuerpo: si carece de él perecerá de hambre y sed, y tampoco debe suministrársele con exceso porque la potencia digestiva se recargará y fatigará. Cuanto más moderadamente se tome el alimento, con mayor seguridad y perfección se realizará la función digestiva. Por no atender ordinariamente a esto, mucha gente perjudica sus energías y su vida con el exceso de alimento. La muerte proviene de las enfermedades y las enfermedades de los malos humores; éstos se originan de la mala digestión, la cual tiene su causa en el exceso de los alimentos, porque cargando el estómago con más de lo que es capaz de digerir, tiene necesariamente que repartir por los miembros los jugos medio crudos, y de esto no puede menos de originarse la enfermedad. Muchos han muerto por la voracidad (dice el Eclesiástico); pero el que se guarda prolongará su vida (Syr.3.7.34.)

10. Para conservar el vigor de la salud no hemos solamente de procurar que el alimento sea moderado, sino también que sea sencillo. El hortelano no riega sus árboles, por muy delicados que sean, con vino ni leche, sino con el líquido común a todos los vegetales, el agua. Deben procurar los padres no acostumbrar a los desarreglos de la gula a sus hijos, especialmente a los que están entregados a los estudios o a ellos han de dedicarse, porque no en vano está escrito: que Daniel y sus compañeros, jóvenes de sangre real, se hicieron con el uso de Zas legumbres y del agua más ágiles y corpulentos; y lo que es aún mejor, más inteligentes que todos los demás adolescentes que se alimentaban con regalo en la mesa del Rey. (Dan. 1. 12. &.) Pero ya trataremos en otra parte de esto con más minuciosidad.

11. El árbol también necesita transpiración y vegetación e frecuentes por los vientos, las lluvias y los fríos; de lo contrario, se marchita y seca fácilmente. Asimismo es de absoluta necesidad para el cuerpo humano el movimiento y la agitación y ejercicios serios o recreativos.

12. Por último, tiene también el árbol necesidad de descanso durante determinados períodos. Es decir, no debe siempre estar produciendo semillas, flores y frutos, sino que a veces debe atender a sus operaciones internas, elaborar su savia y fortalecerse. Por esto quiso Dios que tras el estío viniese el invierno para proporcionar descanso a todo cuanto crece sobre la tierra y a la tierra misma, de igual modo que ordenó en su ley dejar descansar la tierra cada siete años.(Lev. 25.) Asimismo dispuso la noche para los hombres (y también los demás animales), a fin de que durante ella se reparasen las fuerzas gastadas en las fatigas del día, no solamente mediante el sueño, cuanto por el reposo de los miembros. Aun en el breve intervalo de las horas hay que dar, tanto al entendimiento como al cuerpo, alguna quietud para que nada se haga con violencia, que es contraria a la naturaleza. En medio de los trabajos diarios hay que procurar algún respiro, conversación, juegos, recreos, música u otras cosas parecidas que distraen los sentidos externos e internos.

13. Todo aquél que guarde estos tres principios (nutrir su cuerpo con moderación, ejercitarle y dar ayuda a la naturaleza) conservará seguramente por largo tiempo su salud y vida, exceptuando los casos que puedan provenir de lo alto. Gran parte de la buena organización de las escuelas será la acertada distribución del trabajo y el reposo, o sea de las labores y las vacaciones y recreos.

14. Hablemos del prudente empleo del tiempo destinado al trabajo. Parece corto y se dice fácilmente: treinta años; y, sin embargo, se encierran en ellos muchos meses, muchos días, muchas horas. En tal espacio de tiempo se puede adelantar mucho con tal de moverse, aunque sea despacio. Veamos si no el desarrollo de los árboles, a los que no se ve crecer ni aun con la vista más sagaz, puesto que su crecimiento se verifica insensiblemente; pero

después de algunos meses ves que han crecido y al cabo de treinta años adviertes su grande y total desarrollo. Igual se puede decir de nuestro cuerpo en cuanto a su estatura: no le vemos crecer, vemos que ha crecido. Los versos que siguen demuestran que no es otro el proceso que sigue nuestra mente para adquirir el conocimiento de las cosas: *Aumenta un poco a lo poco y al poco añade un poquito*
Así en breve tiempo reunirás un gran montón.
15. Fácilmente lo advierte el que conoce la fuerza del progreso. Mientras en el árbol sale cada año de cada una de sus yemas un solo tallo, durante los treinta años tendrá miles de ramas grandes y chicas e innumerables hojas, flores y frutos. ¿Y ha de parecer imposible que la industria del hombre se extienda en cualquier longitud y latitud durante veinte o treinta años? Pensémoslo un poco.
16. El día natural tiene veinticuatro horas; de las que, divididas en tres partes para el uso de la vida, ocho corresponden al sueño, otras tantas para los actos externos (cuidado de la salud, tomar los alimentos, vestirse y desnudarse, recreos honestos, conversaciones de amigos, etc.) y quedan otras ocho para los trabajos serios, que han de hacerse intensamente y sin desmayo. Semanalmente (dejando el séptimo día íntegro para el descanso) se tendrán cuarenta y ocho horas dedicadas al trabajo y al cabo de un año dos mil cuatrocientas noventa y cinco; ¿qué cantidad no tendremos durante diez, veinte o treinta años?
17. Y si en cada hora aprendes ya un solo teorema de cualquier ciencia, bien una regla ingeniosa de operación, ya una sola historieta o sentencia (lo que es evidente que puede hacerse sin ningún trabajo), ¿cuanto aumentará, pregunto yo, el tesoro de tu erudición?
18. Verdadero es lo que afirma Séneca: Bastante larga es la vida si sabemos emplearla, y si toda se utiliza bien, es suficiente para la ejecución de grandes cosas. En esto estriba todo: en que conozcamos el arte de utilizarla bien. Y esto es lo que hemos de investigar.

CAPITULO XVI

REQUISITOS GRALES PARA APRENDER Y ENSEÑAR. ESTO ES: DE QUÉ MODO DEBEMOS ENSEÑAR Y APRENDER CON TAL SEGURIDAD QUE NECESARIAMENTE HAYAN DE EXPERIMENTARSE LOS EFECTOS

1. El Evangelio nos refiere esta hermosa parábola: Así es el Reino de Dios, dice, como si un hombre echa simiente en la tierra, y duerme y se levanta de noche y de día; y la simiente brota y crece como él no sabe; porque de suyo fructifica la tierra, primero hierba, luego espiga; después la espiga llena de grano. Cuando el fruto fuese producido, envía dos segadores, etc. (Marc. 4.26.)
2. Enseña aquí nuestro Salvador que Dios, que es quien obra todo en todas las cosas, ha dejado solamente al hombre que reciba en su corazón la semilla de las doctrinas; acaeciendo que germinen y crezcan hasta la madurez sin que él lo advierta. Sólo toca, por tanto, a los que instruyen a la juventud el sembrar con destreza en las almas las semillas de las doctrinas, regar abundantemente las plantitas de Dios, el éxito e incremento vendrán de arriba.
3. ¿Quién no sabe que hace falta cierto arte y pericia para sembrar y plantar? Ciertamente; con un arboricultor imperito que llene de plantas un huerto la mayor parte de ellas perecerá, y si alguna germina y sale, más será debido a la casualidad que a su arte. El prudente obra con seguridad, conociendo qué, dónde, cuándo y cómo ha de operar o dejar de hacer, y así nada le puede salir mal. En alguna ocasión suelen frustrarse los éxitos de los peritos (porque no es posible al hombre obrar tan perfectamente en todas las cosas que no haya lugar a error); no tratamos aquí nosotros de la ciencia y la casualidad, sino del arte, con el que podemos prevenir lo fortuito.
4. Porque, en realidad, el método de enseñar fue hasta ahora tan indeterminado que cualquiera se atrevió a decir: Yo educaré a este jovencito en tantos y tantos años, de este o el otro modo le instruiré, etc. Nos parece que este método debe ser: Si el arte de esta plantación espiritual puede establecerse sobre fundamento tan firme que se emplee de un modo seguro sin que pueda fallar.
5. Este fundamento no puede ser otro que acomodar las operaciones de este arte a la norma de las operaciones de la Naturaleza (como hemos expuesto en el cap. XIV). Veamos, pues, el procedimiento de la Naturaleza en el

ejemplo de las aves al sacar los pollos, y observaremos cómo lo han imitado los arboricultores, pintores y arquitectos, deduciendo fácilmente cómo han de aplicarlo los formadores de la juventud.

6. Y si a alguno pareciere esto demasiado humilde, conocido y trillado, le recordaremos que tratamos aquí de deducir de lo vulgar y diariamente conocido, que tiene feliz éxito en la Naturaleza y el Arte (fuera de las escuelas), todo lo que sea desconocido que cumpla nuestro propósito. Y cuanto más conocido sea lo que nos sirva para deducir nuestros preceptos, esperamos que por lo mismo serán más evidentes nuestras conclusiones.

FUNDAMENTO I

7. La naturaleza aprovecha el tiempo favorable. Por ejemplo: El ave, al intentar la multiplicación, no comienza en el invierno, cuando todo está frío y helado; ni en el estío, cuando el calor pone ardientes y marchitas todas las cosas; ni en el otoño, en que la vitalidad universal decae con el sol y el vecino invierno es adverso a todo lo nuevo; sino en la primavera, durante la cual presta el sol vigor y vida a todo. Y se efectúa de un modo gradual. Helado aún el ambiente, concibe y desarrolla los huevos dentro de su cuerpo, donde están resguardados del frío; más templado el tiempo, los coloca en el nido, y, por último, los incuba en la estación más cálida del año para que el tierno ser se

acostumbre a la luz y el calor.

8. De igual manera procede el hortelano, que no hace nada sino a su tiempo. No efectúa la plantación en el invierno (porque entonces la savia se encuentra en la raíz sin ascender a nutrir las ramas), ni en el verano (pues la savia está en aquel momento extendida por las ramas), ni en el otoño (época del descenso de la savia), sino en la primavera, cuando comienzan los jugos a extenderse desde la raíz, ascendiendo a las partes más elevadas de la planta. Aún después, debe saberse lo que hay que hacer a su debido tiempo con los arbolillos, la época de estercolarlos, podarlos, cavarlos, etc., y el árbol mismo tiene también su tiempo de germinar, verdear, florecer, madurar el fruto, etc. Obra de semejante modo el arquitecto experto que tiene necesidad de guardar un orden para escoger las maderas, abrir las zanjas, construir los muros y levantar las paredes, etc.

9. De dos maneras se falta a este fundamento en las esas escuelas:

I. No utilizando el tiempo adecuado para el desarrollo del entendimiento.

II. No disponiendo luego los ejercicios con tal cuidado que todo se verifique infaliblemente por sus pasos contados.Porque, en tanto que el niño es pequeñito no puede ser instruido, pues aun está muy profunda la raíz de su inteligencia. En la vejez, es ya demasiado tarde para la enseñanza, porque el entendimiento y la memoria van hacia su ocaso. En la edad mediada se hace con dificultad, puesto que desparramada en muchas direcciones la potencia intelectiva cuesta trabajo reconcentraría. Hay que aprovechar, por tanto, la edad juvenil, durante la cual adquieren vigor la vida y la razón; entonces todo está en su desarrollo y con facilidad se prenden profundas raíces.

10. Podemos, por lo tanto, dar las siguientes conclusiones:

I. La formación del hombre debe empezarse en la primavera de la vida; esto es, en la niñez. (La niñez nos representa la primavera; la juventud, el estío; la virilidad, el otoño, y la vejez, el invierno.)

II. Las horas de la mañana son las más adecuadas para los estudios (porque la mañana semeja la primavera; el medio día, el verano; la tarde, el otoño, y la noche el invierno).

III. Todo cuanto se ha de aprender debe escalonarse conforme a los grados de la edad, de tal manera que no se proponga nada que no esté en condiciones de recibir.

FUNDAMENTO II

11. La Naturaleza prepara la materia antes de empezar a adaptarle la forma.Por ejemplo: El ave, al producir un nuevo ser, primeramente concibe el germen de una gota de su sangre; después hace el nido en que ha de poner los huevos, y por último, incubándolos, los empolla y saca.

12. Así el arquitecto experto, antes de empezar la construcción del edificio, reúne bastante cantidad de piedras, cal, hierro y otros elementos, para que luego no se retrasen las obras por falta de material o por dicha causa peligre la solidez de las mismas.De igual modo, el pintor que va a hacer un retrato adquiere el lienzo y le prepara con la pasta,disuelve los colores, dispone los pinceles para que estén a mano y, por último, pinta.También el agricultor, antes de comenzar la plantación, trabaja para tener dispuesto el huerto, los patrones, los injertos y todos los demás

instrumentos de todo género, no sea que mientras proporciona durante las operaciones lo que le es necesario, pierda más por otra parte.
13. Contra este fundamento pecan las escuelas:
I. Porque no cuidan de tener dispuestos para el uso sus instrumentos de trabajo: libros, tablas, modelos, ideas, etc. sino que a medida que van necesitando una u otra cosa, la adquieren, hacen, dictan, transcriben, etc., con lo cual marchan desdichadamente si tropezamos con un Preceptor imperito o negligente (que siempre son la mayor parte), como si un Médico cada vez que tiene que propinar un medicamento se echase a buscar por selvas y jardines, hiciese acopio de hierbas y raíces, las cociese, destilase, etc., etc., siendo así que lo que convenía era tener dispuestos los medicamentos para administrarlos al momento en cada caso.
14. II. Porque en los mismos libros que tienen las escuelas no se guarda el orden natural de que preceda la materia y siga la forma. Precisamente en todo se hace lo contrario, la distribución de las cosas se efectúa antes de las cosas mismas, siendo así que es imposible ordenar sin poseer antes lo que debe ponerse en orden. Pondré cuatro ejemplos:
15. (1) Las escuelas enseñan las palabras antes que las cosas, porque entretienen el entendimiento durante algunos años con las artes del lenguaje y después, no sé cuándo, pasan a los estudios reales, las matemáticas, la física, etc., siendo así que las cosas son la substancia y las palabras el accidente; las cosas el cuerpo, las palabras el vestido; las cosas la médula y las palabras la corteza y la cáscara. Deben presentarse juntamente unas y otras al entendimiento humano; pero en primer lugar las cosas, puesto que son el objeto, tanto del entendimiento como de la palabra.
16. (2). Después, en el mismo estudio de las lenguas ha sido siempre cosa corriente empezar, no por algún buen autor y por un diccionario sabiamente ilustrado, sino por la gramática; cuando los autores (y a su modo los diccionarios) supeditan las palabras a la materia de lo tratado, la gramática añade tan sólo la forma, dando leyes para construir, ordenar y enlazar las palabras.
17. (3). En tercer lugar, en el conjunto de disciplinas o enciclopedias, ponen siempre en primer lugar las artes, y hacen seguir muy detrás las ciencias y la moral, cuando éstas son el módulo de las primeras.
18. (4) Finalmente, exponen las reglas en abstracto y después las aclaran con los ejemplos, sin tener en cuenta que la luz debe ir delante de lo que tiene que alumbrar.
19. De aquí se deduce que para corregir el método conforme al fundamento que acabamos de exponer, se requiere:
I. Que estén de antemano dispuestos los libros y demás instrumentos.
II. Que se forme el entendimiento antes que la lengua.
III. Que ninguna lengua se aprenda por la gramática, sino ,mediante el uso de autores adecuados.
IV. Que las enseñanzas reales vayan antes que las orgánicas.
V. Que los ejemplos precedan a las reglas.

FUNDAMENTO III

20. La Naturaleza toma para sus operaciones los sujetos a propósito, o también para hacerlos aptos los prepara antes adecuadamente. Por ejemplo: El ave no deposita cualquier cosa en el nido en que está echada, sino un objeto del que pueda salir un pollo; esto es, un huevo. Si con ellos se mezcla una piedra u otro objeto cualquiera, pronto lo arroja como inútil. Mientras está incubando, solamente desarrolla la materia encerrada en el huevo, que se revuelve y forma hasta que está en condiciones de salir al exterior.
21. De igual modo el arquitecto, después de escoger algunos buenos maderos, los deja secar, desbasta, sierra; luego allana la superficie, la limpia, construye los muros o repara y consolida los antiguos para que sirvan de nuevo.
22. Así también el pintor, si no tiene buen lienzo o suficiente pie para los colores, intenta, en cuanto le es posible, disponerlo del mejor modo, alisando el uno y moliendo bien los otros hasta dejarlo en condiciones de aptitud.
23. Lo mismo el agricultor: 1. Elige los patrones de especie fructífera muy desarrollados. 2. Los transplanta al huerto y los cubre prudentemente de tierra. 3. No practica el injerto en el nuevo tallo hasta que no ve que han prendido las raíces. 4. Y antes de injertar el nuevo tallo, suprime las varitas anteriores y hasta llega a cortar con la sierra el tronco mismo para que no haya gota ninguna de savia que no esté destinada a desarrollar el injerto.

24. Se ha pecado contra este fundamento en las escuelas, no tanto admitiendo en ellas a los obtusos y necios (sabida es nuestra opinión de que toda la juventud debe ser recibida), sino

1. No transplantando estas plantas a los viveros; esto es, no reuniéndolos completamente en las escuelas, ya que los que han de ser transformados en hombres no deben salir del taller antes de su total formación.

2. Porque muchas veces intentaron injertar los plantones de las ciencias, costumbres y piedad antes de que el mismo patrón echase las raíces, es decir, antes de excitar el deseo de aprender en aquellos a quienes la Naturaleza no se lo despertó.

3. Porque no podaron los arbolillos o patrones antes de la plantación; esto es, no limpiaron el espíritu de ocupaciones superfluas, sujetándolos con prudencia por medio de la disciplina y obligándolos a adquirir el orden.

25. Después de lo cual

I. Todo el que en la escuela ingrese, tenga perseverancia.

II. Para cualquier estudio que haya de emprenderse hay que preparar el espíritu de los discípulos (acerca de lo cual hablaremos más extensamente en el capítulo siguiente, Fundamento II).

III. Hay que despojar de impedimentos a los discípulos. Para nada sirve dar preceptos si antes no remueves los obstáculos a lo que preceptúas, dice Séneca. Cierto es y de ello trataremos en el siguiente capítulo.

FUNDAMENTO IV

26. La Naturaleza no se confunde en sus obras, procede claramente en cada una de ellas.Sigamos el ejemplo: Mientras se verifica la formación de la avecilla, se forman en un tiempo los huesos, venas, nervios; en otro, se consolida la carne; en otro, se recubre de piel; en otro, se cubre de plumas; en
otro, se enseña a volar, etc.

27. Cuando el arquitecto construye los muros no levanta al mismo tiempo las paredes, y mucho menos edifica el tejado, sino que efectúa cada cosa en su tiempo y lugar.

28. Tampoco el pintor hace al mismo tiempo veinte o treinta retratos, sino que se dedica a uno exclusivamente. Y si por casualidad traza algún otro o realiza cualquier otro trabajo, tiene, sin embargo, siempre una sola obra como principal.

29. Igualmente el agricultor no injerta al mismo tiempo varios tallos, sino uno después de otro, tanto para no confundirse como para no interrumpir la acción de la Naturaleza.

30. En las escuelas existió la confusión de enseñar a los discípulos muchas cosas a un tiempo.
Por ejemplo: la gramática latina y la griega, quizá la retórica y qué sé yo qué más. ¿Quién no sabe que en las escuelas clásicas se cambiaba durante el día de ejercicios y lecciones en cada hora? Y pregunto yo, ¿qué es confusión si no lo es esto? Es igual que si un zapatero se propusiese hacer al mismo tiempo seis o siete zapatos, empezando uno y dejándole en seguida para coger otro, y así sucesivamente. O como si el panadero estuviese metiendo y sacando continuamente los panes en el horno, de manera que fuese necesario tener que efectuar la operación muchas veces para que quedasen cocidos. ¿Pero quién es el que así procede? El zapatero no toca seguramente un zapato hasta no haber terminado el anterior. El panadero no introduce nuevos panes en el horno hasta que no estén cocidos los que metió antes.

31. Imitémoslos y procuremos que no se imbuya la dialéctica a los que estudien gramática; y cuando ésta ocupa nuestra inteligencia no vayamos a perturbaría con la retórica, y que mientras estudiamos lengua latina espere la griega, etcétera. Además se dificultan las unas a las otras, porque el que mucho abarca poco aprieta. No ignoraba esto aquel insigne varón, José Escaligero, de quien se refiere que (tal vez por consejo de su padre) jamás se dedicó sino a un solo estudio, al que se entregaba durante aquel tiempo con todas las energías de su entendimiento. Esta fue la causa de que de tal modo llegase a conocer catorce idiomas y cuantas artes y ciencias puede investigar el ingenio humano, una después de otra, que resultase más versado en todas ellas que los que a una sola se dedican. Quien intentó seguir estas huellas no lo intentó en vano.

32. Cuídese también en las escuelas de que los discípulos no se ocupen en cada momento sino de una cosa sola.

FUNDAMENTO V

33. La Naturaleza empieza todas sus operaciones por lo más interno.Ejemplo: No forma al pajarillo lo primero las uñas, o las plumas o la piel, sino las vísceras y todo lo externo después a su tiempo.
34. Así el agricultor no aplica los tallos a la corteza por fuera, ni los introduce en la superficie del tronco, sino que abre el cuerpo de la planta por la misma médula e introduce profundamente el tallo bien ajustado, tapando las hendiduras cuidadosamente de modo que no pueda extravasarse ninguna parte de la savia, sino que riegue el interior del tallo y le comunique energía para su vegetación.
35. También el árbol, alimentado por la lluvia celeste o por la humedad del terreno, no lo recibe por la parte exterior de la corteza, sino que efectúa su nutrición por los poros de las partes interiores. Por lo mismo no suele el agricultor regar las ramas, sino las raíces, y el animal no toma el alimento por los miembros exteriores, sino por el aparato digestivo, que una vez que lo prepara lo esparce por todo el cuerpo. Así, pues, si el formador de la juventud actúa intensamente sobre la raíz del conocimiento, esto es, el entendimiento, con facilidad pasará el vigor a la estaquilla, la memoria, y aparecerán por fin las flores y los frutos, el uso expedito del idioma y el conocimiento de las cosas.
36. Pecan en esto los Preceptores que pretenden realizar la formación de la juventud que les está encomendada dictando y exigiendo mucho a la memoria sin una diligente investigación de las cosas. Y además, los que quieren investigar e ignoran el modo, desconociendo cómo se debe abrir con suavidad la raíz y colocar los injertos de las doctrinas. Y, por lo tanto, machacan a los discípulos como si el que quisiera abrir una planta emplease en lugar del cuchillo un palo o un mazo.
37. De lo que se deduce:
I. Debe formarse primero el entendimiento de las cosas; después la memoria, y, por último, la lengua y las manos.
II. Debe tener en cuenta el Preceptor todos los medios de abrir el entendimiento y utilizarlos congruentemente. (De ellos trataremos en el capítulo siguiente.)

FUNDAMENTO VI

38. La naturaleza parte en la formación de todas sus cosas de lo más general y termina por lo más particular. Ejemplo: Al producir el ave del huevo no figura o forma primero la cabeza, los ojos, las plumas o las uñas, sino que caldea toda la masa del huevo, y con el movimiento excitado por el calor extiende las venas por ella de manera que se determinen ya los rasgos de todo el pajarillo (lo que deba ser cabeza, lo que deban ser las alas o las patas, etc.), y por último, se forma poco a poco cada una de ellas hasta su perfección.
39. Imitando esto el arquitecto, primero concibe la idea general de todo el edificio, bien sólo en su mente, bien lo dibuja en un plano o bien hace un modelo de madera, y después de esto pone los cimientos, levanta las paredes y, por último, lo cubre con el techo. Solamente después se dedica a todas aquellas menudencias que han de completar la casa: puertas, ventanas, escaleras, etc. Finalmente, añade los adornos, pinturas, esculturas, tapices, etc.
40. Igualmente, el pintor que va a reproducir la efigie de un hombre no dibuja ni pinta primero la oreja, el ojo, la nariz o la boca, sino que diseña primero la cara o todo el hombre con carboncillo. Después, si obtiene las proporciones exactas, asegura estos trazos con un ligero pincel, aun de un modo general. Luego hace resaltar los espacios de luz y sombras y, por último, trabaja particularmente cada miembro dándole colorido distinto.
41. También el escultor, para hacer una estatua, toma un tronco informe, lo desbasta por todo alrededor, primero groseramente y después con más cuidado para que vayan poco a poco marcándose los rudimentos de una imagen, y, por último, forma con escrupulosidad cada miembro y le cubre de su color.
42. El agricultor obra de un modo semejante. Toma la imagen general del árbol, esto es, el injerto, que puede producir tantas ramas principales cuantas yemas tiene.
43. De lo cual se deduce que se enseñan muy mal las ciencias cuando su enseñanza no va precedida de un vago y general diseño de toda la cultura, pues no hay nadie que pueda ser instruido de tal manera que resulte perfecto en cualquier ciencia particular sin relación con las demás.
44. Igualmente se enseñan mal las artes, las ciencias y los idiomas sin previos rudimentos, como recordamos que se hacía con frecuencia cuando, estudiando Dialéctica, Retórica y Metafísica, nos recargaban con preceptos prolijos, comentarios, crítica de los comentarios y coincidencias y controversias de los autores. Igualmente nos

abrumaban con la gramática latina con sus anomalías y la griega, hasta con sus dialectos, a nosotros, pobrecillos, llenos de estupor e ignorantes de lo que eran aquellas cosas.

45. El remedio de este mal será que:

I. Se echen los cimientos de la erudición general desde el primer momento de su formación en la inteligencia de los niños que han de dedicarse a los estudios; esto es, una disposición tal de las cosas que los estudios que después se emprendan no parezca que aportan nada nuevo, sino que sean un cierto desarrollo particular de lo primeramente aprendido. Del mismo modo que al árbol que crece durante cientos de años no le nacen nuevas ramas, sino las que en un principio le salieron se subdividen siempre en nuevas ramillas.

II. Cualquier idioma, ciencia o arte se enseñe primero por los más sencillos rudimentos para que tenga de ella total idea. Luego, más intensamente los preceptos y ejemplos. En tercer lugar, el sistema completo con las excepciones. Por último, los comentarios, si hay necesidad. El que se hace cargo del asunto desde el principio no tiene necesidad de comentarios. El mismo, tal vez, pueda comentar poco después.

FUNDAMENTO VII

46. La Naturaleza no da saltos, sino que procede gradualmente. Así la formación del ave tiene sus grados, que no pueden suprimirse ni anteponerse hasta que el pollo salga del roto cascarón. Cuando esto se ha efectuado no le ordena inmediatamente la madre volar ni buscar la comida (aún no puede), sino ella misma le alimenta, y prestándole todavía su propio calor, favorece la formación de la pluma. Cuando está cubierto de ella, no salta en seguida del nido para volar, sino que se ejercita poco a poco; primero, en el mismo nido extiende las alas; después, las agita subiéndose a lo alto del nido; luego, intentando volar fuera del nido a sitio cercano; más tarde, de rama en rama; luego, de árbol en árbol; después, atraviesa volando de monte a monte, y así llega, por fin, a confiarse con seguridad en el espacio libre. ¡He aquí cómo se da a cada cosa su debido tiempo! ¡Y no el tiempo sólo, sino los grados, y tampoco los grados solamente, sino la serie inmutable de estos grados!

47. Igual procedimiento sigue el que edifica una casa: no empieza por el tejado ni por las paredes, sino por los cimientos. Tampoco, una vez terminado el cimiento, construye el techo, sino que levanta las paredes. En una palabra: conforme se relacionan las cosas unas con otras así debemos enlazarlas, y no de modo diferente.

48. También debe el agricultor sujetarse a grados en sus operaciones: es necesario que haga la zanja, escoja el tronco, lo transplante, practique las incisiones, haga el injerto, tape las hendiduras, etc., nada de lo cual puede omitir ni anteponer una cosa a otra. Y de este modo, guardando estrictamente esta gradación, no puede menos de tener éxito la obra.

49. Claramente se ve que es una necedad que los preceptores no hagan para ellos y los discípulos una tal distribución de los estudios que no solamente vayan unas cosas después de otras, sino que cada una de ellas se desenvuelva dentro de límites determinados. Sin determinar el límite ni fijar los medios para llegar a estos límites y el orden de estos medios, con facilidad se pasa algo, algo se invierte y se perturba todo.

50. Así, pues:

I. El núcleo de los estudios debe distribuirse cuidadosamente en clases, a fin de que los primeros abran el camino a los posteriores y les den sus luces.

II. Hay que hacer una escrupulosa distribución del tiempo para que cada año, mes, día y hora tenga su particular ocupación.

III. Debe observarse estrictamente la extensión del tiempo y el trabajo para que nada se omita ni se trastorne nada.

FUNDAMENTO VIII

51. La Naturaleza así que comienza no cesa hasta terminar.

Cuando el ave empieza a incubar el huevo por instinto de la Naturaleza, no cesa hasta que le saca. Si cesase no más que durante algunas horas, al enfriarse el feto moriría. Sacados ya los pollos tampoco deja de resguardarlos hasta que, consolidados en la vida y bien vestidos de plumas, pueden lanzarse al aire.

52. Igualmente el pintor al comenzar un retrato procederá convenientemente si continúa la obra. Así los colores se mezclan mejor y con más firmeza se adhieren.

53. Por la misma razón es bueno apresurar continuamente hasta su terminación la construcción de un edificio. De otro modo el sol, la lluvia y los vientos estropean el trabajo; los materiales que después se emplean no se adhieren con tanta firmeza, y todo se torna mutilado, cuarteado, sin consistencia.
54. Prudentemente el labrador una vez que ha puesto mano sobre una planta ya no la levanta hasta que ha terminado el trabajo; porque si durante el retraso deja secar el tronco o el injerto, se perderá la planta.
55. De lo cual se deduce que se procede dañosamente si los niños van periódicamente con intervalos de meses o años a la escuela y durante otros períodos se dedican a otros asuntos. Lo mismo si el Preceptor comienza con el discípulo ahora una cosa luego otra, sin llevar nada hasta el fin seriamente. También si no se propone y termina algo en cada hora de modo que resulte un patente adelanto en cada vez. Donde falte tal entusiasmo, se enfriará todo. No se dice en balde: Hay que forjar el hierro mientras está caliente. Porque si se deja enfriar, en vano golpearás con el martillo, será necesario volverle al fuego con segura pérdida de tiempo y de hierro. Cuantas veces se mete al fuego otras tantas pierde algo de su substancia.
56. Por lo tanto:
I. Al que haya de ir a la escuela reténgasele en ella hasta que se convierta en hombre erudito, de buenas costumbres y religioso.
II. La escuela debe estar en lugar tranquilo, separado de las turbas y barullos.
III. Lo que, según esté establecido, haya que hacer, hágase sin interrupción alguna.
IV. No deben otorgarse a nadie salidas ni vagancias (bajo ningún pretexto).

FUNDAMENTO IX
57. La Naturaleza evita diligentemente lo contrario y nocivo. El ave que calienta los huevos al incubarlos no tolera viento fuerte, ni lluvia o granizo. Ahuyenta también a las serpientes, aves de rapiña y otros daños.
58. Así el arquitecto conserva secas, en cuanto le es posible, las maderas, paredes y la cal, y no deja que se destruya o deshaga lo que ya está edificado.
59. Igualmente el pintor no deja llegar al retrato recién pintado el viento cálido, el calor intenso, el polvo o las manos.
60. También el labrador rodea de palos o con una especie de cestillo las plantas nuevas a fin de que no puedan ser roídas o arrancadas por los cabritillos o las liebres.nos ajenas.
61. Se procede, pues, con poca prudencia cuando en el comienzo de los estudios se proponen controversias a la juventud; es decir, se despiertan dudas respecto del conocimiento mismo que pretendemos inculcar en su entendimiento. ¿Qué es esto sino arrancar la planta que va a echar raíces? (Con mucho acierto escribe Hugo: Nunca llegará a poseer la verdad el que comienza a instruirse por la discusión.)Y lo mismo si no apartamos de los malos libros, erróneos o confusos a la juventud, como así mismo de las malas compañías.
62. Será, pues, conveniente:
I. Que los discípulos no tengan abundancia de libros, a no ser los de su clase.
II. Que los libros referidos estén de tal modo preparados que no pueda aprenderse en ellos sino sabiduría, piedad y buenas costumbres.
III. No deben tolerarse compañías disolutas ni en las escuelas ni cerca de ellas.
63. Si todo esto se observa con cuidado seguramente las escuelas llenarán su fin.

CAPITULO XVII
FUNDAMENTOS DE LA FACILIDAD PARA ENSEÑAR Y APRENDER

1. Hasta aquí hemos procurado investigar los medios de que ha de valerse el formador de la juventud para llegar de un modo cierto a la consecución de su propósito; veamos ahora cómo han de atemperarse dichos medios a las diversas inteligencias para que puedan recibirlos con facilidad y agrado.
2. Siguiendo las huellas de la Naturaleza hallaremos que fácilmente puede instruirse a la juventud si
I. Se comienza temprano antes de la corrupción de la inteligencia.
II. Se actúa con la debida preparación de los espíritus.

III. Se procede de lo general a lo particular.
IV. Y de lo más fácil a lo más difícil.
V. Si no se carga con exceso a ninguno de los que han de aprender.
VI. Y se procede despacio en todo.
VII. Y no se obliga al entendimiento a nada que no le convenga por su edad o por razón del método.
VIII. Y se enseña todo por los sentidos actuales.
IX. Y para el uso presente.
X. Y siempre por un solo y mismo método.
De esta manera todo se irá consiguiendo suave y gratamente. Pero estudiemos ahora las huellas de la Naturaleza.

FUNDAMENTO I

3. La naturaleza empieza siempre por la privación.El ave toma para incubar los huevos más recientes que contengan la materia más pura; si estuviese el pollo ya comenzado a formar, en vano se esperará un feliz suceso.
4. Asimismo el arquitecto necesita para edificar la casa que el terreno esté libre y desembarazado, y si hubiera de construirla en el lugar que ocupaban otras, debe previamente demolerías.
5. El pintor realiza bien su trabajo en una tabla limpia. Si estaba ya pintada o manchada o afeada con alguna aspereza, debe limpiarla y pulirla antes.
6. El que intenta guardar ungüentos preciosos necesita vasos vacíos o, por lo menos, bien limpios del líquido que antes contenían.
7. También el labrador planta con facilidad los arbolillos nuevos, pues si son plantas ya más crecidas tiene que despojarlas antes de sus ramas e impedir toda ocasión de que se derrame la savia. Por esta causa Aristóteles incluía la privación entre los principios de las cosas; pareciéndole imposible que se pudiese dar a la materia una nueva forma sin abolir la anterior.
8. De lo cual se deduce: Primero. Que los entendimientos tiernos, aun no acostumbrados a distraerse en otras ocupaciones, son más a propósito para recibir con facilidad las enseñanzas de la sabiduría. Y cuanto más tardíamente se empiece la formación mayor será la dificultad que se encontrará, por estar ya la mente ocupada con otras cosas. Segundo. Los niños no pueden ser instruidos provechosamente por muchos Preceptores a la vez, porque no es probable que todos tengan la misma manera de enseñar, lo cual es causa de distracción para sus tiernos entendimientos y un obstáculo para su formación. En tercer lugar, obran con ignorancia los que al encargarse de muchachos mayores y adolescentes para educarlos no empiezan por la formación de las costumbres, con el fin de que, domadas sus pasiones, sean aptos para todo lo demás. Con acierto los domadores de caballos castigan primeramente al caballo con el hierro y le hacen obediente antes de que le domen para una u otra cosa. Sabiamente dice Séneca: Aprende primero buenas costumbres, después sabiduría, la cual se aprende torpemente sin las costumbres. Y Cicerón: La filosofía moral prepara los ánimos para recibir las semillas, etc.
9. Luego
I. La formación de la juventud empiece temprano.
II. No debe haber más que un solo Preceptor para el mismo discípulo en cada materia.
III. Antes de nada procúrese la armonía de las costumbres al arbitrio del formador.

FUNDAMENTO II

10. La Naturaleza predispone la materia para hacerle apetecer la forma.Así el pollo suficientemente formado dentro del huevo buscando la mayor perfección se mueve, quiebra el cascarón o le rompe con el pico. Libre de aquella cárcel, agradece ser cuidado por la madre, se alegra de comer y ávidamente coge en su pico y traga la comida que se le da; muestra placer si le colocan a la vista del cielo; goza en ejercitarse en el vuelo y volar después; en una palabra: va con avidez, pero gradualmente, a la perfección de su naturaleza.
11. Así el labrador debe procurar que la planta esté siempre provista de cuanta humedad y calor necesite.

12. Proceden, pues, de mala manera con los niños quienes los obligan a los estudios contra su voluntad. ¿Qué esperarán obtener de ello? Si el estómago no siente apetito a la vista del alimento y, sin embargo, se le obliga a admitirle, no se producirán sino náuseas y vómitos, o seguramente mala digestión y enfermedad. Por el contrario, lo que se ingiera en un estómago hambriento lo recibirá con avidez, lo digerirá con fuerza y lo convertirá en jugo y sangre. Por lo cual dice Isócrates: *Si eres ávido de aprender, llegarás a ser erudito*. Y Quintiliano: *El deseo de aprender se apoya en la voluntad que no puede ser obligada.*

13. Luego:

I. Por todos los medios hay que encender en los niños el deseo de saber y aprender.

II. El método de enseñar debe disminuir el trabajo de aprender de tal modo que no haya nada que moleste a los discípulos ni los aparte de la continuación de los estudios.

14. El deseo de aprender puede encenderse en los niños y ser fomentado por los padres, los preceptores, la escuela, las cosas mismas, el método y los gobernantes.

15. Por los padres, si con frecuencia enlazan la erudición y alaban a los eruditos; si para estimular a sus hijos les prometen bellos libros, vestidos o alguna otra cosa agradable; si los encomiendan a un preceptor de tan insigne erudición como humanidad para los discípulos (El amor y la admiración son afectos vehementísimos para imprimir el deseo de imitar); finalmente, si alguna que otra vez los envían al preceptor con algún encargo o regalillo, conseguirán con facilidad que acojan con agrado, no sólo la enseñanza, sino al preceptor mismo.

16. Por los preceptores, si son afables y bondadosos, sin espantar los espíritus con su sombría seriedad; atrayéndolos, por el contrario, con su paternal afecto, modales y palabras; si hacen agradables los estudios que emprendan por su importancia, amenidad y facilidad; si alaban y ensalzan a los más aplicados (repartiendo a los más pequeños manzanas, nueces, dulces, etc.); si en reunión privada o también públicamente les enseña y deja manejar pinturas, instrumentos ópticos o geométricos, globos celestes y otras cosas semejantes que en alguna ocasión tendrán que aprender y que pueden despertar en ellos gran admiración; si valiéndose de ellos envía algún aviso a los padres. En una palabra: si tratan a los discípulos con amor, fácilmente robarán su corazón de tal modo que prefieran estar en la escuela mejor que en su casa.

17. La escuela misma debe ser un lugar agradable, brindando encanto a los ojos por dentro y por fuera. Por dentro será una sala llena de luz, limpia y adornada de pinturas por todas partes; ya sean retratos de varones ilustres; ya mapas corográficos; ya representaciones de la historia; ya cualquier otra clase de emblemas. Al exterior debe tener la escuela, no sólo una gran plaza donde expansionarse y jugar (no hay que prohibírselo a veces a la juventud, como veremos después), sino también un jardín en el que de vez en cuando dejen saciarse a sus ojos con la vista de los árboles, flores y hierbas. Si de esta manera se dispone, es muy posible que vayan a la escuela con no menor contento que con el que suelen ir a las ferias, donde siempre esperan ver y oír algo nuevo.

18. Las cosas mismas animan a la juventud si están al alcance de su edad y se exponen con claridad, mezclando, desde luego, las jocosas o en realidad menos serias y siempre agradables. Esto es, mezclar lo útil con lo dulce.

19. Para que el método excite el deseo de los estudios es necesario, en primer lugar, que sea natural. Lo que es natural marcha por su propio impulso. No hay que obligar al agua a que corra por la pendiente. Si remueves el ribazo, o lo que la detenga, la verás correr al punto. Tampoco el avecilla necesita hacerse rogar para salir volando en el momento de abrirle la jaula, y si ofreces a la vista o el oído una hermosa pintura o melodía, no tendrás que emplear amarras para que el oído o la vista se dirijan hacia ellas. Del precedente capítulo, así como de las reglas que siguen, puede deducirse lo que requiere el método natural.En segundo lugar, para que el método mismo constituya un atractivo es necesario suavizarle con cierta prudencia, a saber: que todas las cosas, aun las más serias, se traten de modo familiar y ameno, en forma de coloquio o disputa enigmática, o mediante parábolas y apólogos. En su lugar trataremos de esto con más extensión.

20. El Magistrado y los Rectores de las escuelas pueden también excitar la actividad de los que estudian si intervienen por sí mismos en actos públicos (bien sean ejercicios, declamaciones y controversias, o exámenes y promociones [grados]) y reparten sin favor entre los más aplicados alabanzas y premios.

FUNDAMENTO III

21. La Naturaleza saca todo de sus principios, pequeños en tamaño, potentes en energía. Por ejemplo: Lo que ha de dar origen al ave se contiene en una gota y se rodea de cáscara para que sea igualmente fácil de gestación en el útero que el desarrollo en la incubación. Encierra, sin embargo, en potencia el ave completa, pues luego se forma allí el cuerpo del ave en virtud de la energía contenida.
22. Así el árbol, cualquiera que sea su magnitud, está completamente contenido con sus frutos y la elevación de sus ramas en el tallito; de tal manera, que si se le introduce en la tierra saldrá de él el árbol completo mediante la acción de la energía interna.
23. Ordinariamente se ha pecado de un modo enorme en las escuelas contra este fundamento. La mayor parte de los Preceptores intentan sembrar hierbas en vez de semillas y plantar árboles en lugar de tallos, cuando pretenden imbuir en los discípulos el caos de las conclusiones diversas y textos completos en lugar de los principios fundamentales. Siendo así, que tan cierto es que el mundo se compone de cuatro elementos (en formas muy variadas) como que la erudición se basa en poquísimos principios, de los cuales se deduce una infinita multitud de consecuencias del mismo modo que pueden surgir cientos de ramas y miles de hojas, flores y frutos de un árbol de raíz muy firme. ¡Quiera Dios compadecerse de nuestro siglo y abrir a alguno los ojos del entendimiento para que vea con claridad las relaciones de las cosas y las muestre a los demás! Nosotros, si Dios quiere, daremos la muestra de nuestro intento en la Sinopsis de la Pansofía Cristiana, con la humilde esperanza de que acaso Dios, por mediación de otros, dé a conocer muchas cosas a su tiempo.
24. Entretanto tengamos presente estas tres conclusiones:
I. Toda arte debe ser encerrada en reglas brevísimas, pero muy exactas.
II. Toda regla ha de ser expresada en muy pocas palabras, pero claras en extremo.
III. A toda regla han de acompañarse muchos ejemplos para que su utilidad sea manifiesta, por muchas aplicaciones que la regla tenga.

FUNDAMENTO IV

25. La Naturaleza procede de lo más fácil a lo más difícil. Por ejemplo: La formación del huevo no empieza por la parte más dura, la cáscara, sino por la yema, la cual se recubre al principio de una membrana y luego de una cubierta más dura. Cuando el ave va a lanzarse a volar, primeramente se acostumbra a sostenerse en los pies; luego, a mover las alas; más tarde, a agitarías; después, a elevarse mediante una vibración más fuerte, y por último, se confía al aire libre.
26. Así el carpintero aprende primero a cortar la madera; después, a cepillaría; luego, a tramaría, y por último, a construir el edificio entero, etc.
27. En contra de esto acontece que muchas veces se enseña en las escuelas lo que desconocemos por medio de otra cosa que también nos es desconocida, como:
1o Cuando se dan reglas en latín a los alumnos de lengua latina; que es igual que explicar lengua hebrea mediante reglas hebreas o árabe por preceptos árabes.
2o Cuando a dichos alumnos se les da como auxiliar un diccionario latino común, debiendo hacerse al contrario. No tienen que aprender el idioma común por el latín, sino que quieren aprender latino mediante el idioma común, que se supone ya conocido. (Acerca de esta confusión diremos bastante más en el capítulo XXII.)
3o Cuando se encomienda un niño a un Preceptor extranjero que ignora el idioma del niño. Porque se les despoja del instrumento común y sólo pueden emplear entre sí señas y conjeturas; ¿qué otra cosa harán sino una torre de Babel? 4o Se apartan también de la recta razón quienes mediante los mismos preceptos gramaticales, etc. (sean de Melanchton o de Ramio), intentan instruir a la juventud de todas las naciones (francesa, alemana, bohemia, polaca, húngara, etcétera), siendo así que cada lengua guarda con el idioma latino una relación peculiar, y en cierto modo propia, que es necesario descubrir si queremos enseñar a los niños la naturaleza de la lengua latina.
28. Se corregirán estas equivocaciones, si
I. El Preceptor y los discípulos hablan el mismo idioma.

II. Todas las explicaciones de las cosas se hacen en la lengua conocida.
III. Toda gramática y diccionario se adaptan a la lengua mediante la cual ha de aprenderse la nueva. (La latina a la lengua común, la griega a la latina, etc.)
IV. El estudio de la nueva lengua se hace gradualmente de manera que el discípulo se acostumbre: primero, a entender (es lo más fácil); después, a escribir (donde hay tiempo para pensar), y por último, a hablar (esto es más difícil porque es más repentino).
V. Cuando se junta la latina con las lenguas comunes preceden siempre éstas como más conocidas y va después la latina.
VI. Los objetos se disponen de tal manera que primero se conozcan los próximos; después, los más cercanos; luego, los lejanos, y por fin, los más remotos. Por lo cual, al exponer reglas a los niños (por ejemplo, en Lógica, Retórica, etc.), no hay que aclararías con ejemplos que estén lejos de su alcance (teológicos, políticos, poéticos, etc.), sino tomados del uso diario. De lo contrario, no entenderán ni la regla ni su aplicación.
VII. Se ejercitan en los niños: los sentidos en primer lugar (esto es fácil); después, la memoria; luego, el entendimiento, y por último, el juicio. Así, gradualmente, seguirán; porque la ciencia empieza por el sentido, y por la imaginación pasa a la memoria; después, por inducción de lo singular, se forma el entendimiento de lo universal, y por último, de las cosas suficientemente entendidas se compone el juicio para la certeza del conocimiento.

FUNDAMENTO V

29. La Naturaleza no se recarga con exceso; se contenta con poco. Por ejemplo: No exige que de un huevo salgan dos avecillas; se satisface con producir una sola. El labrador no coloca varios injertos en un tronco; lo más que suele injertar son dos, si considera al tronco suficientemente robusto.
30. Origina la distracción de los espíritus el proponer a los discípulos diversas materias al mismo tiempo. Como hacer estudiar en el mismo año Gramática, Retórica, Dialéctica y hasta Poesía, lengua griega, etc. (Véase el capítulo precedente, Fundamento IV.)

FUNDAMENTO VI

31. La Naturaleza no se precipita; procede por el contrario, con lentitud. El ave no arroja los huevos al fuego para sacar los pollos con más rapidez, sino que los mantiene en constante y natural temperatura; luego, no atosiga a las crías con la comida (las ahogaría fácilmente) para que crezcan de prisa, sino que se la administra poco a poco y con mesura, según es capaz de digerir su tierno aparato digestivo.
32. Así tampoco el arquitecto apoya prematuramente las paredes sobre los cimientos ni el tejado en las paredes; porque si los cimientos no están bien secos y trabados suelen ceder con el peso, con lo que se ocasiona la ruina de los edificios. Por lo tanto, ninguna gran obra de cimentación puede darse por terminada en un año; hay que darle su debido tiempo.
33. Igualmente el labrador no pretende tampoco que la planta crezca en el primer mes ni que de fruto en el primer año. Por lo cual ni trabaja en ella todos los días, ni la riega diariamente, ni la apresura a tener calor, trayéndola fuego o rociándola con cal viva, sino que se contenta con lo que el cielo la riega y el sol la calienta.
34. Ha sido un destrozo para la juventud:
1. Dedicar seis, siete u ocho horas cada día a lecciones y ejercicios públicos y algunas otras a los privados.
2. Recargar, como hemos visto a menudo, hasta la saciedad o el delirio de dictados que hacer, ejercicios que componer y mucho que aprender de memoria. ¿Qué resultado obtiene el que quiere llenar a la fuerza un vaso de boca estrecha (con el que se puede comparar el entendimiento de los niños) en lugar de llenarle gota a gota? Sin duda derramará la mayor parte del líquido y logrará introducir mucho menos que echándolo gota a gota. Igualmente obra sin fundamento el que intenta que los discípulos aprendan cuanto él desea y no lo que ellos pueden; porque las fuerzas quieren que se las ayude, no que se las coarte; y el formador de la juventud, lo mismo que el Médico, es solamente Ministro de la Naturaleza, no dueño de ella.

35. Aumentará la facilidad y amenidad de los estudios el que
I. Destine pocas cosas a las lecciones públicas, a saber: cuatro y deje otras tantas para los estudios privados.
II. Fatigue lo menos posible ¡a memoria; es decir, sólo con lo fundamental, dejando correr libremente lo demás.
III. Enseñe todo conforme a la capacidad, que aumenta con la edad y adelanto de los estudios.

FUNDAMENTO VII

36. La Naturaleza no produce sino lo que puede salir por sí una vez maduro interiormente.No obliga a la avecilla a dejar el huevo hasta que no tiene todos sus miembros conformados y perfectos; ni apresura su vuelo hasta que no está cubierta de pluma; ni la lanza fuera del nido hasta que no es capaz de volar, etc. Así el árbol no produce semillas hasta que la savia, ascendiendo de la raíz, no la vigoriza; ni hace brotar las yemas sino después que pueden desarrollarse libremente las hojas y las flores en virtud de la humedad; ni arroja la flor hasta que el fruto en ella encerrado está protegido por una cubierta; ni deja caer el fruto hasta que ha madurado.
37. Así, pues, se ejerce violencia en los entendimientos:
1. Siempre que se les imbuye lo que la edad y el discernimiento no alcanzan.
2. Cuando se les obliga a confiar a la memoria o ejecutar algo sin previa y suficiente explicación declaración e instrucción acerca de ello.
38. Por lo tanto,
I. No se emprenda con la juventud sino lo que la edad y el ingenio no solamente alcanzan, sino piden.
II. No se haga aprender de memoria sino lo que haya sido rectamente comprendido por la inteligencia. Y no se exija a la memoria más que lo que estemos ciertos que sabe el niño.
III. No se mande hacer sino aquello cuya forma y modo de imitar haya sido suficientemente enseñado.

FUNDAMENTO VIII

39. La Naturaleza se ayuda a sí misma por todos los me dios que puede. Por ejemplo: Al huevo no le falta su calor vital; no obstante lo cual, Dios, Padre de la Naturaleza, provee que se le auxilie con el calor del sol o las plumas del ave que está incubando. Aún después de sacado el pollo tiene necesidad de la madre por algún tiempo, la cual le alimenta, prepara y afirma para las necesidades de su vida. Podemos verlo en las cigüeñas cómo atienden a sus pollos, llevándolos sobre su espalda y alrededor del nido agitando las alas. Así también las nodrizas auxilian de diversos modos la impotencia de los niños pequeñitos. Los enseñan primero a tener erguida la cabeza; después, a estar sentados; luego, a apoyar los pies; más tarde, a moverlos para andar; luego, a dar unos pasitos; después, a ir andando poco a poco; por último, a andar libre mente y tener agilidad para correr. Cuando los están enseñan do a hablar, pronuncian antes muchas veces las palabras señalan con la mano lo que dichas palabras significan, etc etc.
40. Por lo mismo es cruel el Preceptor que al encomendar un trabajo a los discípulos, ni les manifiesta con claridad en qué consiste, ni les enseña cómo debe ejecutarse ni mucho menos auxilia a quienes lo intentan hacer, sino que les obliga a sudar y angustiarse, y si hacen algo malo, los maltrata. ¿Qué es esto sino un sacrificio sangriento de la juventud? Es lo mismo que si la nodriza obligase a andar con soltura al niño que aún no sabe sentar los pies, y al ver que no podía, le diera de azotes. Otra cosa es lo que la Naturaleza nos enseña: que solamente debemos tolerar la impotencia mientras falta el vigor.
41. Después de lo cual
I. No se castigue con azotes por causa de la enseñanza. (Pues si no se aprende no es culpa sino del Preceptor, que o no sabe, o no procura hacer dócil al discípulo.)
II. Lo que han de aprender los discípulos se les debe proponer y explicar tan claramente que lo tengan ante sí como sus cinco dedos.
III. Para aprender todo con mayor facilidad deben utilizarse cuantos más sentidos se pueda.
42. Por ejemplo: Deben ir juntos siempre el oído con la vista y la lengua con la mano. No solamente recitando lo que deba saberse para que lo recojan los oídos, sino dibujándolo también para que se imprima en la imaginación por medio de los ojos. Cuanto aprendan sepan expresarlo con la lengua y representarlo con la mano, de manera

que no se deje nada sin que haya impresionado suficientemente los oídos, ojos, entendimiento y memoria. Y para este fin, será bueno que todo lo que se acostumbra a tratar en clase esté pintado en las paredes del aula, ya sean teoremas y reglas, ya imágenes o emblemas de la asignatura que se estudia. Si así se hace, será increíble la ayuda en la impresión. Aquí estará bien que se acostumbren a escribir en su diario o en su cuaderno lo que oyen o leen en los libros, porque de esta manera la imaginación se ayuda y el recuerdo se efectúa fácilmente.

FUNDAMENTO IX

43. La Naturaleza no produce sino lo que tiene un uso claro e inmediato. Por ejemplo: Al formar el ave se ve claramente que las alas se destinan para volar, las patas para correr, etc. De igual modo cuanto nace en el árbol tiene su empleo, hasta la cáscara y la vellosidad que recubren los
frutos, etc. Luego,
44. Aumentarás la facilidad en el discípulo si le haces ver la aplicación que en la vida común cotidiana tiene todo lo que le enseñes. Esto debe verlo siempre en la Gramática, Dialéctica, Aritmética, Geometría, Física, etc. De lo contrario, todo cuanto le relates le parecerán monstruos del Mundo Nuevo, y el muchacho que no sea muy diligente creerá que existen en la Naturaleza y cómo existen, en lugar de saberlo por sí mismo. Pero si le muestras para qué vale cada cosa, le pondrás en su mano que sepa que lo sabe y pueda emplearla. Luego,
45. Nada se enseñe sino para su uso inmediato.

FUNDAMENTO X

46. La Naturaleza ejecuta todas las cosas con uniformidad. Ejemplo: Como la generación y desarrollo de un ave, así es la de todas las aves y la de todos los animales, cambiadas solamente algunas circunstancias. Igualmente acontece con las plantas. Como nace y crece una hierba de su semilla como se planta, germina y florece un árbol; así lo efectúan todos, siempre y en todas partes. Y como es una hoja en el árbol, lo son todas e iguales que este año las del que sigue y las de siempre.
47. Así, pues, la diversidad de métodos confunde a la juventud y hace más intrincados los estudios; porque no solamente los diversos autores enseñan las artes de diferente modo, sino que uno mismo las trata de manera distinta. Por ejemplo: de un modo la Gramática y de otro la Dialéctica, pudiendo, sin embargo, enseñarlas uniformemente para la armonía del conjunto y para la relación y enlace comunes que tienen entre sí las palabras y las cosas.
48. Por lo cual hay que procurar que
I. Haya un solo y mismo método para enseñar las ciencias; uno sólo y el mismo para todas las artes; uno sólo e idéntico para todas las lenguas.
II. En cada escuela se siga el mismo orden y procedimiento en todos los ejercicios.
III. En cuanto sea posible sean iguales las ediciones de los libros en cada materia.
De este modo, con facilidad y sin dudas, se efectuarán todas las cosas.

CAPITULO XVIII
FUNDAMENTO DE LA SOLIDEZ PARA APRENDER Y ENSEÑAR

1. Lamenta mucha gente, y los mismos asuntos lo confirman, que sea tan reducido el número de los que sacan de las escuelas una erudición sólida y en cambio la mayor parte apenas pasan de la superficie y la apariencia.
2. Si investigas la causa, hallarás que es doble. O porque las escuelas se dedican a lo endeble y frívolo, dejando lo fundamental, o porque los escolares dejan olvidar lo que aprendieron, haciendo pasar su entendimiento por muchos estudios sin provecho. Y este último defecto es tan vulgar, que serán pocos los que no le hayan lamentado. Pues si la memoria retuviese todo lo que en alguna ocasión hemos leído, oído o aprendido, ¡qué eruditos seríamos! Ocasiones no nos han faltado de experimentarlo. Pero como sucede todo lo contrario, es evidente que hemos echado el agua en una criba.

3. ¿Habrá remedio para este mal? Ciertamente; si entrando de nuevo en la escuela de la Naturaleza investigamos su procedimiento en cuanto a la producción de las criaturas duraderas. Se podrá encontrar el modo de que cada uno pueda saber, no solamente lo que aprenda, sino más de lo que aprenda; esto es, no sólo reproduciendo íntegramente lo que los Preceptores y autores le enseñan, sino juzgando él mismo de las cosas por sus principios.
4. Esto se obtendrá sí:
I. No se tratan más que las cosas sólidamente provechosas.
II. Pero todas sin separación.
III. Todas se asientan en fundamentos sólidos.
IV. Los fundamentos se colocan profundos.
V. Todas se apoyan tan sólo en los fundamentos dichos.
VI. Se distingue por artículos o capítulos lo que deba distinguirse.
VII. Todo lo posterior se funda en lo anterior.
VIII. Todo lo coherente se enlaza siempre.
IX. Todo se dispone en relación con el entendimiento, la memoria y el idioma.
X. Todo se corrobora con ejercicios constantes.
Veamos con cuidado cada uno de estos grados.

FUNDAMENTO I

5. La Naturaleza no emprende nada inútilmente. Por ejemplo: cuando comienza a formar el ave no le coloca escamas, ni aletas, ni branquias, ni cuernos, ni cuatro patas, ni otra cosa cuyo uso no le sea propio, sino cabeza corazón, alas, etc. Igualmente la naturaleza
del árbol tampoco requiere oídos, ojos, plumas ni pelos, etc. sino corteza líber, médula, raíz, etc.
6. Así el que desea un campo, viña o huerto fructíferos no siembra cizañas, ortigas, espinas y zarzas, sino semillas y plantas excelentes.
7. De igual modo, el arquitecto cuando va a construir una casa no emplea bálago, paja, lodo o mimbres, sino piedras, ladrillos, madera de encina y otras substancias semejantes, sólidas y compactas.
8. Por lo tanto, en las escuelas
I. No deben tratarse otros asuntos sino aquellos que tienen una aplicación segurísima para esta vida y la futura. Principalmente para la futura. (Hay que aprender en la Tierra -dice Jerónimo aquello cuyo conocimiento perdura en los Cielos.)
II. Si es necesario, como realmente lo es, imbuir en la juventud algunos conocimientos con miras a esta vida actual han de ser dichos conocimientos de tal naturaleza que no sean obstáculo para la vida eterna y produzcan verdadero y seguro fruto en la presente.
9. ¿A qué vienen las futilidades? ¿Qué aprovecha aprender lo que ni es útil al sabio ni opuesto al ignorante? ¿Lo que se olvida con la edad o se deja perder con los negocios?. Nuestra breve vida tiene, sin embargo, mucho en qué emplearse, aunque no echemos mano de bagatelas. Debe, pues, ser norma de las escuelas no entretener a la juventud sino en cosas serias. (A su debido tiempo diremos cómo pueden tornarse en serios los entretenimientos recreativos.)

FUNDAMENTO II

10. La Naturaleza no omite nada de lo que estima provechoso para el cuerpo que forma. Por ejemplo: Al formar el avecilla no omite ni olvida la formación de cabeza, ni alas, ni los pies, ni uñas, piel ni ojos, ni nada de lo que corresponde a la esencia de volátil (en su género).
II. De igual modo, la escuela, al intentar formar a! hombre, debe procurar formarlo totalmente para hacerle igual mente apto para los negocios de esta vida que para la eternidad, a la que se enderezan todas las cosas que anteceden.
12. Enséñense, por tanto, en las escuelas no solamente la letras, sino también las buenas costumbres y la piedad. La literatura perfecciona el entendimiento, la lengua y las mano:para considerar racionalmente todo cuanto es útil,

hablar y obrar. Si algo de esto se omite, habrá una interrupción que ocasionará defecto en la instrucción y grave daño en la solidez. Ciertamente nada puede ser sólido si no es coherente consigo mismo en todos sentidos.

FUNDAMENTO III

13. La Naturaleza no hace cosa alguna sin fundamento o raíz. En efecto, la planta no germina en su parte superior hasta que no afianza sus raíces, y silo hace forzosamente ha de marchitarse y morir. Y por lo mismo el agricultor prudente no hace el trasplante hasta que no ve que el tronco tiene raíces. En las aves y en todos los animales las vísceras (miembros vitales) hacen las veces de raíz y por eso son siempre las primeras en formarse, como fundamentó que son del cuerpo entero.

14. Así el arquitecto no construye el edificio sin antes asentar sólidos cimientos; de lo contrario, todo se vendría abajo. Igualmente el pintor prepara una base para sus pinturas, sin ella seguramente los colores se caerían, se resquebrajarían o perderían su tono.

15. Dejan de establecer este fundamento los Preceptores que. 1o No trabajan por hacer a los discípulos dóciles y atentos antes de nada. 2o No bosquejan en el entendimiento la idea general de la enseñanza que emprenden para que los discípulos conozcan claramente lo que se hace y queda por hacer. Si el niño aprende sin gusto, atención ni inteligencia, ¿cómo hemos de esperar solidez en su instrucción?

16. Después de lo cual.

I. Al empezar cualquier estudio debe excitarse en los discípulos una seria afición hacia él, con argumentos tomados de su excelencia, utilidad, hermosura, etc.

II. Antes de descender a su particular estudio, debe siempre fijarse en el entendimiento del que aprende la idea general de la lengua o arte objeto del mismo (que no es otra cosa sino un compendioso bosquejo muy general, pero que abarque todas sus partes). De este modo el discípulo conoce desde el primer momento todos los límites y términos de su desarrollo, así como su interna disposición. Pues de igual modo que el esqueleto es el sustentáculo de todo el cuerpo, así también la delineación de un arte es el fundamento y base del arte entero.

FUNDAMENTO IV

17. La Naturaleza echa raíces profundas. En su virtud guarda en lo más interno del cuerpo los miembros vitales del animal. Tanto más firme es un árbol cuanta mayor profundidad es la de sus raíces, porque si se extienden solamente por debajo del césped con facilidad se derrumba.

18. De aquí se sigue que tanto debe estimarse seriamente la docilidad del discípulo como grabar profundamente la idea en su entendimiento; de tal manera, que nadie pase al estudio más intenso de un arte o de una lengua, sin asegurarse antes de que ha sido bien concebida y arraigada la idea general de dicha enseñanza.

FUNDAMENTO V

19. La Naturaleza produce todo de sus raíces propias, no de ningún otro origen. Así en los árboles, lo mismo la madera que la corteza, hojas, flores y frutos, todo procede de la raíz y no de otra parte. Pues aunque la lluvia descienda de arriba y el hortelano riegue por la parte inferior, se hace necesario que todo se infiltre por la raíz y se difunda por el tallo, ramas, hojas y frutos. Por eso el agricultor, aunque obtenga de otra parte cualquiera una estaquilla, ha de injertaría necesariamente en el tronco, a fin de que, incorporado a su substancia absorba el jugo de la misma raíz y nutrido por él pueda desarrollarse por virtud de la raíz misma. Por ella está el árbol provisto de todo sin que haya necesidad de adornarle con hojas y ramas recogidas de otra parte. De igual modo para cubrir de plumas a un ave no hay que utilizar despojos de otro cualquier volátil, sino que se producen en la parte interior de su cuerpo.

20. Así el arquitecto cuidadoso construye sus edificios de modo que se apoyen en sus propios cimientos y quicios sin necesidad de externos sostenes. Si un edificio los necesita es prueba de imperfección y de inminente ruina.

21. De la misma manera todo el que construye una Piscina o pozo de agua, no se le ocurre mandar llevar las aguas de otra parte sino que las alumbra de manantial vivo y por canales o tuberías ocultas las conduce a su destino.

22. Del teorema expuesto se deduce que educar rectamente a la juventud no es imbuirle un fárrago de palabras, frases, sentencias y opiniones tomadas de los autores sino abrir el entendimiento de las cosas para que broten

arroyos de él como de fuente viva y como de las yemas de los árboles broten hojas, flores y frutos: y a cada año siguiente germine de nuevo en cada yema una tierna ramita con sus hojas, flor y frutos.

23. Hasta el momento presente no han tratado las escuelas de hacer que las inteligencias pudiesen vivir a expensas de su propia raíz como los arbolillos nuevos; sino que solamente enseñaron a colgarse ramas desgajadas de otra parte y a semejanza de la corneja de Esopo vestirse con plumas ajenas; trabajando menos en descubrir la fuente oculta de su inteligencia que hacerla regar con ajenas aguas. Esto es; dejaron de mostrar las cosas mismas, como en sí y por sí mismas son, y se preocupan de enseñar lo que éste, y el otro y el de más allá pensaron o escribieron acerca de ellas: hasta el punto de estimar la mayor erudición en conocer las opiniones discrepantes de muchos. De aquí el hecho de que haya quiénes que no hagan otra cosa que rebuscar los autores para recoger frases, sentencias y opiniones, forjándose una ciencia a modo de capa llena de remiendos. A estos tales apostrofa Horacio: ¡Oh, imitadores, rebaño de esclavos! Rebaño, en verdad, de esclavos sólo acostumbrados a cargar con fardos ajenos.

24. ¿A qué conduce, pregunto yo, perder el tiempo con las diversas opiniones acerca de las cosas, cuando lo que se busca es el conocimiento de ellas, como realmente son? ¿No tenemos, por ventura, otra cosa que hacer en esta vida más que seguir de aquí para allá a los demás y averiguar en qué discrepan, coinciden o desbarran? ¡Oh, mortales! ¡Demonios prisa a llegar sin rodeos a nuestra meta! ¿Por qué no hemos de ir a ella rectamente, puesto que nos está determinada y de sobra conocida? ¿Por qué hemos de utilizar los ojos ajenos mejor que los nuestros propios?

25. El método de todas las artes claramente demuestra que las escuelas no enseñan más que a ver con ojos ajenos y a sentir con corazón extraño: porque en lugar de descubrir las fuentes y hacer brotar de ellas diversos arroyuelos, muestran solamente los riachuelos provenientes de los Autores y quieren que por ellos se ascienda hasta los manantiales. Ningún Diccionario de cuantos hemos visto (exceptuando el de Chapio Polonio, aunque acerca de esto ya expondremos nuestro parecer en el cap. XXII), enseña a hablar sino a entender; apenas hay gramática que nos diga cómo se forma el lenguaje sino como se descompone; y ninguna fraseología nos muestra la razón de la composición y variación artificiosa de las frases; por el contrario sólo nos ofrece un confuso fárrago de ellas. Nadie enseña la física por medio de demostraciones visibles y experimentos; se reducen simplemente a la recitación del texto de Aristóteles o de otro cualquiera. Ninguno endereza nuestras costumbres por la reforma interior de los afectos; en lugar de esto, deslumbran con las definiciones y divisiones exteriores de las virtudes. Más claramente resaltará todo esto, cuando con la ayuda de Dios, lleguemos a estudiar el método especial de las artes y las lenguas, y mucho más aún, si Dios quiere, en el bosquejo de la Pansofía.

26. Es verdaderamente digno de notar que los antiguos no lo conociesen mejor o que los modernos no hayan hasta ahora procurado enmendar este error, cuando es evidentemente cierto que en él está la causa de que sea tan lento el aprovechamiento. ¿Por qué, pues? ¿Acaso el carpintero enseña a sus aprendices el arte de edificar, destruyendo las casas? No, en verdad; sino todo lo contrario. Al construirlas les muestra cómo hay que elegir el material y de qué manera hay que tomar las medidas de cada cosa, serrarlo, labrarlo, ponerlo y ensamblarlo en su propio lugar. Pues al que conoce el modo de construir no le es necesaria enseñanza para destruir; así como sabe deshacer un vestido el que es perito en hacerle. Jamás ha aprendido nadie el arte de la construcción demoliendo, ni el arte del vestido deshaciéndolo.

27. Bien claramente se descubren las faltas del método no rectificado sino agravado en esta parte.

1. Que en realidad, la erudición de muchos, por no decir los más, se reduce a simple nomenclatura; es decir, que saben enumerar los términos y reglas de las artes sin conocer su justo empleo.

2. Que la erudición no es en nadie una ciencia universal que se mantenga por sí misma, afirmándose y extendiéndose; sino un verdadero conglomerado, con un trozo de aquí y otro de allí sin coherencia alguna y sin que produzca fruto alguno sólido. La ciencia así reunida de las sentencias y opiniones varias de los Autores, es muy semejante a los árboles que se suelen poner en las fiestas religiosas aldeanas, que aunque aparecen adornados de hojas, flores, frutos y hasta con coronas y guirnaldas, como no provienen de raíz propia, sino que son aditamentos externos no pueden multiplicarse ni aun tener duración. Semejante árbol no rinde fruto alguno y las hojas con que se les viste se caen al marchitarse. Pero el varón docto con sólido fundamento es árbol de raíces propia que se nutre con su propia substancia, y, por lo tanto, vivo, verde, floreciente y perfectamente fructífero (y en verdad más robusto cada día).

28. En esto estriba todo; hay que enseñar a los hombres, en cuanto sea posible, a que se pan, no por los libros, sino por el cielo y la tierra, las encinas y las hayas, esto es: conocer e investigar las cosas mismas no las observaciones y testimonios ajenos acerca de ellas. Así seguiremos las huellas de los sabios antiguos al tomar nuestro conocimiento del modelo mismo de las cosas. Por lo tanto, la regla será:
I. Todo debe deducirse de los principios inmutables de las cosas.
II. No se debe enseñar nada por la mera autoridad, sino que todo debe exponerse mediante la demostración sensual y racional.
III. En nada se empleará únicamente el método analítico, la síntesis con preferencia en todas las cosas.

FUNDAMENTO VI

29. La Naturaleza al disponer algo para muchos usos, lo diferencia con toda claridad. Por ejemplo: El animal tiene sus miembros con múltiples articulaciones y de ahí su distinto movimiento, como el caballo respecto al buey y el lagarto con el caracol, etc. Así el árbol que se distribuye bien en sus raíces y ramas está más firme y frondoso.
30. Al educar a la juventud deben hacerse todas las cosa con gran claridad de manera que no sólo el que enseña, sino también el que aprende, se dé cuenta sin confusión de ningún género del lugar a donde llegan y lo que han de ejecutar. Es de gran importancia, por lo tanto, acomodar a esta luz natural los libros que en la escuelas hayan de utilizarse.

FUNDAMENTO VII

31. La Naturaleza se halla en progreso continuo; jamás se detiene, nunca emprende cosas nuevas dejando a un lado las anteriores, sino que prosigue lo que empezó, lo aumenta y le da fin.
Por ejemplo: En la formación del feto, termina lo que empezó a formar: cabeza, pies, corazón, etc., después lo perfecciona tan sólo. El árbol no se despoja de las ramas que primeramente echó, sino que solícitamente les envía el jugo vital para que puedan producir cada año nuevas ramitas.
32. Por lo tanto en las escuelas:
I. Dispónganse los estudios de tal manera que los posteriores tengan su fundamento en los que preceden y éstos se afirmen y corroboren con los que van después.
II. Cuanto se ofrezca a la inteligencia, una vez bien percibido por el entendimiento, debe ser sólidamente fijado en la memoria.
33. En este método natural todos los antecedentes deben servir de base a los consiguientes; de otro modo no podrá haber solidez en lo que se haga. No se graba con solidez en la mente sino aquello que el entendimiento conoce recta mente y la memoria fija con cuidado. Con verdad dice Quintiliano: Toda la enseñanza estriba en la memoria: en vano aprendemos si dejamos marchar lo que hemos oído (o leído). Luis Vives: En la edad primera debe ejercitarse la memoria que se desarrolla con el ejercicio: encomiéndesela mucho con cuidado y frecuencia. Pues dicha edad no siente el trabajo porque no se da cuenta de él. Así, fuera del trabajo y la ocupación se desarrolla la memoria y se hace en extremo capaz. (Libro 3o De tradendis disciplinis.) Y en la Introducción a la Sabiduría dice: No dejes descansar a la Memoria. Nada existe que se recree y desarrolle de tal modo con el trabajo. Cada día con fíala algo: cuanto más la entregues, mejor te lo guardará; cuanto menos, peor será su cuidado. Verdadero es el dicho: los ejemplos de la Naturaleza nos enseñan. En efecto; el árbol cuanta más savia absorbe con mayor vigor crece, y a más vigoroso crecimiento tiene mayor absorción. También el animal cuanto más digiere más crece, y el ser mayor necesita más alimento y digiere más. De igual manera todos los seres naturales toman desarrollo en sus mismos aumentos. Por lo tanto no hay que dejar a la memoria en la primera edad (con tal que se obre racionalmente); será una base solidísima de aprovechamiento.

FUNDAMENTO VIII

34. La Naturaleza enlaza todas las cosas con vínculos perpetuos. Por ejemplo: Al formar el ave enlaza un miembro con otro; un hueso con otro hueso, un nervio con otro nervio, etcétera. De igual manera acontece en el árbol: de la raíz sale el tronco; de éste las ramas; de las ramas, las ramitas; de éstas los esquejes, de los esquejes las yemas; de éstas las hojas, flores y frutos, y después nuevos esquejes, etc., de modo que aunque se llegasen a

reunir miles de miles de ramas, hojas y frutos no constituirían sino un solo y mismo árbol. Así también si un edificio ha de sostenerse, deben estar los
cimientos, las paredes, el techo y todas las cosas grandes y chicas de tal manera adaptadas unas a otras y enlazadas que se adhieran con solidez y constituyan una casa.
35. De lo dicho se deduce:
I. Deben de tal manera organizarse los estudios de toda la vida que formen como una Enciclopedia, en la que nada haya que no provenga de la común raíz ni esté en su lugar debido.
II. Todas cuantas cuestiones se resuelvan han de ser de tal manera racionalmente fundamentadas que no dejen lugar ni a la duda ni al olvido.Las razones son los clavos, las cuñas, las ensambladuras, que sujetan con fuerza la cuestión y no la dejan vacilar ni caer.
36. Apoyar todo con razones es enseñarlo por sus propias causas; esto es, demostrar, no solamente cómo es una cosa, sino por qué no puede ser de modo diferente.En efecto; saber es conocer las cosas por su3 causas. Por ejemplo: Se trata de averiguar si se dice con mayor corrección todo el pueblo con las palabras latinas Totus populus o cuctus populus. Si el Preceptor responde cunctus populus sin dar la razón en virtud de la cual así debe decirse, el discípulo tardará poco en olvidarlo. Pero si dice: Cunctus es contracción de conjunctus (conjunto), y, por lo tanto, Totus se emplea al referirnos a una cosa sólida y cunctus de algo que indica reunión, como acontece en el ejemplo; no se me alcanza cómo podrá olvidarlo el discípulo a no ser en extremo obtuso. Otra cosa: disputan los gramáticos porque se dice Mea refert, tua refert, ejus refert; esto es, ¿por qué en la primera y segunda persona se emplea un ablativo (así lo creen) y en la tercera un genitivo? Si contesto que la razón está en que refert es aquí una contracción de res fert y, por lo tanto, equivale a decir mea res fert, tua res fert, eius res fert (o por contracción mea refert, tua refert, ejus refert, y por esto mea y tua no son ablativos, sino nominativos), ¿por ventura no daré luz al discípulo? Esto es lo que queremos: que los discípulos aprendan a conocer con claridad y expedición las etimologías de todas las voces, el porqué de todas las frases o construcciones y los fundamentos de todas las reglas en las artes (los teoremas de las ciencias han de ser probados, no por razonamientos o supuestos, sino por la demostración primera, que es la de las cosas mismas). Además de una gratísima satisfacción tiene esto una utilidad extraordinaria, porque abre el camino para una instrucción sólida y es digno de admiración cómo se ilumina el entendimiento a los discípulos para conocer rectamente y por sí unas cosas por medio de otras.
37. Luego en las escuelas. Todo debe enseñarse por sus causas.

FUNDAMENTO IX

38. La Naturaleza guarda proporción entre la raíz y las a ramas, tanto respecto de la cantidad como de la cualidad. Pues conforme más robusta o débilmente se desarrolle la raíz debajo de la tierra, así ni más ni menos lo harán las ramas en el exterior. Y es necesario que así ocurra; porque si el árbol crece con exceso hacia arriba no podrá tenerse, se sostiene por la raíz. Si, por el contrario, el crecimiento excesivo es hacia abajo no aprovechará para nada; las ramas son las que dan el fruto, no la raíz. Igualmente en el animal los miembros interiores guardan proporción con los exteriores en su desarrollo. Si los interiores están bien, los exteriores adquieren buen estado.
39. Así también la erudición, la cual, aunque primeramente hay que concebirla, desarrollarla y afirmaría en la raíz interna de la inteligencia, hay, no obstante, que procurar al mismo tiempo que se extienda visiblemente al exterior en ramas y hojas; esto es, que lo que se aprende a entender se aprenda también a hablar y obrar, o sea ejercitarlo, y viceversa.
40. Por lo tanto,
I. Todo cuanto se perciba, considérese al punto qué uso puede tener para que nada se aprenda en vano.
II. Todo cuanto se perciba transmítase a otros para que ellos lo comuniquen a los demás, a fin de no saber nada en vano.En este sentido es cierto aquello de: Tu saber no es sino que otro sepa lo que tú sabes. No hay que hacer brotar ningún manantial de sabiduría sin que de él hagamos salir corrientes a raudales. Pero más diremos de esto en el fundamento que sigue.

FUNDAMENTO X

41. La Naturaleza vive y se robustece con movimiento frecuente. Así el ave no se limita a calentar los huevos, incubándolos, sino que, para caldearlos por igual, los vuelve de uno a otro lado diariamente. (Esto es fácil de observar en los gansos, las gallinas y palomas, que sacan huevos en nuestras casas.) Una vez nacido el pollo, se ejercita con frecuentes movimientos en la extensión, agitación y elevación de las patas y alas, intentando andar y volar, hasta su completa robustez. De igual modo el árbol cuanto más frecuentemente le agite el viento, con mayor vigor crece y más profundas echa las raíces. También es beneficioso para todas las plantas padecer los efectos de las nubes, granizo, trueno y rayo, y por eso dicen que las regiones más castigadas por vientos y rayos producen los árboles más

42. Por lo mismo el arquitecto sabe que sus obras se secan y adquieren solidez por el sol y los vientos. Y el herrero, que trata de endurecer el hierro, haciéndolo apto para los usos guerreros, le somete muchas veces al agua y el fuego, y de este modo le hace sufrir alternativamente el calor y el frío, para que ablandándose muchas veces se endurezca más y más.

43. De lo dicho se deduce que no es posible esperar solidez en la instrucción, sin repeticiones y ejercicios en extremo frecuentes y hábilmente preparados. Cuál sea la mejor preparación y disposición de estos ejercicios nos lo muestran las facultades nutritivas naturales que regulan los movimientos en el cuerpo viviente; esto es, aprehensión, digestión y asimilación. Así como en el animal (y lo mismo en la planta) cada miembro apetece el alimento para digerirlo, y lo digiere tanto para nutrirse (tomando para sí y asimilando parte de lo digerido) como para comunicarlo a los más cercanos en pro de la conservación del todo (cada uno de los miembros sirve a los demás para ser servido por ellos), así también multiplicará su doctrina el que siempre

I. Busque y aprehenda el alimento del espíritu.

II. Rumie y digiera lo hallado y aprehendido.

III. Asimile lo digerido y lo comunique a los demás.

44. Estos tres principios están expresados en aquel tan vulgar verso:

Pedir mucho, retener lo pedido y enseñar lo retenido, hacen al discípulo superar al Maestro.

Pedir es consultar al Maestro, a los condiscípulos o a los libros respecto a lo no sabido. Retenerlo es encomendar a la memoria lo conocido y entendido, o para mayor seguridad consignarlo por escrito (ya que son pocos los que poseen tan feliz disposición que pueden retenerlo todo de memoria). Enseñar es exponer nuevamente a los condiscípulos u otros cualesquiera todo lo aprendido. Los dos procedimientos primeros fueron ya anteriormente conocidos en las escuelas; el tercero aún no lo ha sido bastante, aunque ya haya sido introducido. Exactísimo es el dicho: El que a otros enseña a sí mismo se instruye; no solamente porque a fuerza de repetirlos asegura y afirma sus propios conocimientos, sino porque encuentra ocasión de profundizar más en las cuestiones. Así lo atestigua de sí mismo el sutilísimo Joaquín Fortíno: que cuanto en cualquier ocasión leía u oía solamente, lo retenía por espacio de un mes; pero lo que enseñaba a los demás lo tenía tan presente como sus propios dedos y pensaba que no podría perderlo sino con la muerte. Y por esto aconseja que todo aquel que desee obtener el mayor aprovechamiento en los estudios busque discípulos, aunque tenga que pagarlos, a los que enseñe diariamente lo que él aprende. Te conviene más (dice) privarte de algunas comodidades externas con tal de que tengas quien te quiera oír al enseñar; esto es, al aprovechar. Así se expresa.

45. Esto se llevará a la práctica, con más facilidad y provecho de muchos, si el Preceptor de cada clase establece entre los suyos este maravilloso género de ejercicio de esta manera. En cualquier momento, una vez expuesta con brevedad la materia de la lección, determinado claramente el sentido de las palabras y enunciada con precisión su utilidad, debe el Profesor ordenar que se levante cualquiera de los discípulos y exponga los preceptos sirviéndose de las mismas palabras, y enuncie su utilidad valiéndose de los mismos ejemplos, debiendo ser corregido cada vez que incurra en error. Después mande levantarse a otro y hacer igual relato, estando atentos todos los demás, y luego a un tercero, y un cuarto y cuantos sean necesarios hasta que se pueda suponer que todos lo han entendido bien y son capaces de repetirlo y enseñarlo. No creo que en esto se haya de seguir un orden determinado, a no ser que los más despiertos sean llamados los primeros, con lo cual, asegurados con su ejemplo, podrán los más tardos seguir con mayor soltura.

46. Este ejercicio tendrá cinco notables aplicaciones:
I. El Maestro consigue tener aten tos siempre a los discípulos. Porque como a lo mejor ha de tener que levantarse y repetir toda la lección, cada cual tendrá miedo no sólo por sí, sino por los demás, y que quiera que no aplicará el oído para que nada se le escape. Esta constancia en la atención, afirmada con el uso de algunos años, hará al adolescente sumamente vigilante para todas las necesidades de la vida.
II. El Preceptor estará más seguro de que todo ha sido bien entendido por todos los alumnos. Si no lo fuera, procurará corregirlo con gran beneficio suyo y de los discípulos.
III. Con la continuada repetición de la misma materia llegarán a comprenderla los más tardos y podrán marchar al mismo paso que los demás; y, entretanto, los más despiertos se recrearán gratamente en la seguridad de lo aprendido.
IV. Por esta misma reiterada repetición todos sacarán la lección más sabida que después de un largo estudio privado; de modo que solamente con un repaso vespertino y otro matutino conseguirán que todo se quede grabado en su memoria burla burlando.
V. Como de este modo el discípulo hallará en la escuela como una especie de ocupación o empleo, se desarrollará en los espíritus una extraordinaria actividad y deseo de aprender y se adquirirá gran facilidad para tratar con intrepidez de cualesquiera asuntos serios delante de mucha gente; esto es, en la vida, de una importancia y utilidad suma.
47. De igual modo podrán también fuera de la escuela, mientras se está esperando o se pasea, formar discusiones y explicaciones varias respecto a materias recientemente aprendidas o estudiadas ya de atrás o algún asunto nuevo. Para lo cual, si se reúnen número bastante, elijan (por suerte o por votación) uno que haga las veces del Maestro y que sea el que dirija la discusión. Si alguno, rogado por los condiscípulos para ello, se negase, sea duramente castigado; queremos que en esto se proceda con severidad a fin de que no solamente no haya quien rehúya las ocasiones de enseñar y aprender, sino que todos procuren aprovecharlas. Del ejercicio de escritura (como ayuda para el más sólido aprovechamiento) hablaremos, al hacer la descripción especial de la escuela común y clásica, en los capítulos XXVII y XXVIII.

CAPITULO XIX
FUNDAMENTOS DE LA ABREVIADA RAPIDEZ EN LA ENSEÑANZA

1. Alguno dirá que todo esto es sumamente laborioso y prolijo en extremo. ¿Cuántos Preceptores, cuántas bibliotecas, cuántos trabajos serán necesarios para esta enseñanza universal? Respondo. En efecto; si no hallamos el modo de abreviarlo es asunto de gran magnitud y de no escaso trabajo. El arte es tan vasto, extenso y profundo como el mismo mundo que sometemos a nuestro ingenio. ¿Pero quién es el que desconoce que lo extenso puede contraerse y lo laborioso convertirse en sencillo? ¿Quién ignora que los tejedores tejen rapidísimamente miles de millares de hilos y con maravillosa variedad reproducen imágenes distintas? ¿Quién no sabe que los molineros trituran fácilmente miles de millares de granos y separan sin trabajo alguno y con toda precisión la harina del salvado? ¿Quién ignora que los mecánicos con máquinas no muy grandes y casi sin esfuerzo mueven y transportan moles ingentes? ¿Y los estáticos con una onza tan solo, separada convenientemente del centro de la romana, equilibran muchas libras? No siempre es propio de la fuerza efectuar algo grande, sino del arte. ¿Ha de faltar a los Letrados solamente el arte de ejecutar con ingenio sus cosas? La misma vergüenza debe impulsarnos a imitar la habilidad de los demás y a buscar remedio para las dificultades con que tropezó la labor escolar hasta ahora.
2. No debemos buscar los remedios hasta no conocer la enfermedad y sus causas. ¿En qué consistía que las labores escolares y su aprovechamiento se retardasen de tal modo que la mayor parte, después de gastar toda su juventud en las escuelas, apenas llegaba a conocer todas las ciencias y artes y en algunas ni siquiera pasaba de los umbrales?
3. He aquí las verdaderas causas de ello:
Primera, que no había objetivos determinados ni metas fijas a las que hubiesen de llegar los discípulos en cada año, mes o día y todo era indeciso.

4. Segunda, que no se determinaban los caminos que infaliblemente habían de conducir a la meta.
5. Tercera, que lo que naturalmente está unido no se consideraba conjuntamente, sino por separado. Por ejemplo: enseñaban a leer solamente a los primeros alumnos de letras y diferían la enseñanza de la escritura para unos meses después. En la escuela de latín tenían a los jóvenes algunos años en la lucha con palabras sin cosas, para que los años de la adolescencia transcurriesen en los estudios gramaticales, reservando los estudios de Filosofía para años sucesivos. Solamente les estaba preceptuado aprender jamás enseñar. Siendo así que todo lo dicho (leer y escribir palabras y cosas, aprender y enseñar) debe estar tan íntima mente enlazado, como levantar y apoyar los pies en la carrera; preguntar y responder en la conversación, y lanzarla y recogerla en el juego de la pelota, conforme vimos en si lugar correspondiente.
6. Cuarta, que casi nunca han sido enseñadas las artes y las ciencias de un modo enciclopédico, sino fragmentaria mente. Con lo cual resultaba que ante los ojos de los discípulos aparecían estas enseñanzas como montones de madero o de sarmientos, en los que nadie advierte la razón en virtud de la cual están unidos. Por esta causa uno tomaba una cosa y otro otra, y nadie llegaba a tener erudición general y, Por lo tanto, fundamental.
7. Quinta, que se empleaban múltiples y variados métodos, diferentes en cada escuela; y cada Preceptor el suyo y aun un mismo Profesor practicaba un método distinto en una ciencia o arte que en otra; y lo que es peor, a veces no le tenía determinado en la misma ciencia, por lo cual apenas se daban cuenta los discípulos de lo que tenían que hacer. De todo lo cual nacían dudas, dificultades y asco y fastidio a la demás enseñanzas antes de llegar a ellas, de manera que muchos no querían probar siquiera muchas de ellas.
8. Sexta, faltaba el modo de instruir simultáneamente a todos los discípulos de la misma clase y se empleaba el trabajo separadamente con cada uno de ellos; por lo cual, si llegaban a reunirse varios discípulos, se ocasionaba a los Preceptores un trabajo abrumador y los discípulos sufrían inútiles, períodos de holganza, sometiéndolos a un fastidioso machaqueo si se les encomendaba entretanto algo que hacer.
9. Séptima, si los Maestros eran muchos se ocasionaba una mayor confusión al enseñar y practicar cosas diversas en cada hora. Lo mismo la abundancia de libros que de Preceptores sólo consiguen distraer los espíritus.
10. Por último, podían los discípulos, con anuencia de lo Preceptores, manejar y estudiar otros libros en la escuela o fuera de ella, y se pensaba que cuantos más fuesen los auto res consultados más numerosas serían las ocasiones de aprovechamiento, siendo así que solamente eran motivos de distracción. Por lo cual no hay que maravillarse de que fueran tan pocos los que llegasen a dominar todas las enseñanzas sino que lo verdaderamente digno de admiración es que hubiera alguno que lograra salir de semejantes laberintos, lo que sólo acontecía a los más excelsos ingenios.
11. En lo sucesivo, debemos procurar remover estos obstáculos y rémoras, y perseguir únicamente, sin rodeos de ninguna clase, aquello que conduce directamente a nuestro fin, o como dice la vulgar sentencia: No deben emplearse muchos esfuerzos en lo que puede resolverse con pocos.
12. Tomemos aquí, como digno de imitarse, este Sol del Cielo, insigne modelo de la Naturaleza. Pues éste, no obstante desempeñar una complicada y casi infinita función (esparcir sus rayos per el orbe universo de la Tierra y proporcionar luz, calor, vida y vigor a todos los elementos y sus compuestos, minerales, plantas, animales, cuyas especies e individuos son infinitos) se basta para todos y recorre majestuosamente cada año el círculo de sus oficios.
13. Veamos, pues, sus modos de obrar para relacionarlos con los procedimientos que en las escuelas se requieren.
I. El Sol no se dedica a los objetos singulares, como un árbol o un animal, sino que ilumina, calienta y evapora la Tierra toda.
II. Con unos solos y los mismos rayos da luz a todas las cosas; con la misma condensación y resolución de las nubes, riega todo; todo lo airea y seca con el mismo y único viento; todo lo tempera con el mismo calor o frío, etc.
III. Al producir al mismo tiempo en todas las regiones la primavera, el verano, el otoño o el invierno, hace germinar, florecer y fructificar todas las cosas simultáneamente, sin que deje de efectuarse que unas cosas maduren antes y otras más tarde, según su peculiar naturaleza.
IV. Y guarda siempre el mismo orden, mañana el mismo que hoy; como este año, igual el siguiente; siempre inmutablemente igual forma en el mismo género de cosas.
V. Y hace brotar cada cosa de su semilla y no de otra parte cualquiera.

VI. Y produce conjuntamente las cosas que deben estar unidas: la madera con su corteza y médula; la flor con sus hojas; los frutos con sus cubiertas, peciolos y núcleos.
VII. Todo lo desarrolla por sus grados debidos, de manera que el uno abra el camino a lo otro y mutuamente se completen.
VIII. Finalmente, no produce cosas inútiles, y si algo se llega a criar, lo agosta y arroja.
14. Conseguiremos una perfecta imitación si
I. Un solo Preceptor rige una sola escuela o, mejor, una sola clase.
II. Hay un solo autor en cada materia.
III. Se encomienda el mismo y único trabajo a todos los oyentes.
IV. Se enseñan todos los conocimientos y lenguas con el mismo y único método.
V. Todo se enseña, breve y enérgicamente, desde sus principios, como si el entendimiento se cerrase con llave y se le hiciesen llegar las cosas directamente.
VI. Todas las cosas que estén unidas se tratan conjuntamente.
VII. Y todo por sus indisolubles grados, de modo que lo de hoy sirva para afianzar lo de ayer y abrir el camino a lo de mañana.
VIII. Y finalmente, si se aparta por doquier todo lo inútil.
15. Si todo esto que dejamos dicho llega a ser introducido en las escuelas, tan fuera de duda está que con mayor facilidad y expedición se extenderá el ámbito de las ciencias como que el Sol recorre cada año el circuito del mundo entero. Vamos, pues, a tratar de ello para que veamos que es facilísimo poner en ejecución estos proyectos.

PROBLEMA I

Cómo un solo Preceptor puede ser suficiente para cualquier número de discípulos.
16. No solamente afirmo que un solo Maestro puede regir una escuela, sino que sostengo que así debe disponerse, porque esto es lo más favorable para los que aprenden y el que enseña. Este, sin duda alguna, ha de efectuar todos sus trabajos con mayor satisfacción al contemplar ante sí un extenso auditorio (lo mismo que los mineros se entusiasman al descubrir mayores filones de mineral), y, por lo tanto, cuanto mayor sea su entusiasmo mayor será la actividad que despierte en sus discípulos. De igual modo, la concurrencia será para los discípulos un motivo de agrado y de provecho; de agrado, ya que son muchos los que se alegran de tener compañeros en las ocupaciones, y de aprovechamiento, puesto que se estimularán y ayudarán mutuamente, y es sumamente propio de esta edad el dejarse llevar por la emulación. A más de esto, cuando son pocos los oyentes es muy fácil que se escapen algunas cosas a la común atención; en cambio, siendo muchos los que escuchan, toma cada uno de ellos cuanto le es posible; y al repetirlo en sucesivos repasos pueden aprovecharlo en su totalidad al contrastar un entendimiento con otro y una memoria con la de los demás. En una palabra: del mismo modo que el panadero, con una misma masa y un solo caldeamiento del horno, cuece muchos panes y el alfarero muchos ladrillos; el tipógrafo con una sola composición de los tipos imprime algunos cientos o miles de libros, así también el Profesor de una escuela puede, sin ninguna molestia, atender a gran número de discípulos simultáneamente con los mismos ejercicios escolares, a la manera que ya hemos visto que un solo tallo es capaz de producir y dar alimento a un frondosísimo árbol y el Sol se basta para hacer vegetar a toda la Tierra.
17. Pero ¿de qué modo podrá hacerlo? Veamos el modo de proceder de la Naturaleza en los ejemplos propuestos. El tallo no se extiende hasta las ramas más altas, sino que, fijo en su lugar, comunica su savia a las ramas principales que salen de él; éstas a sus más próximas y aquéllas a las inmediatas, y así sucesivamente basta llegar a las últimas y más pequeñas partes del árbol. También el sol no se circunscribe a cada uno de los árboles, hierbas o animales, sino que, lanzando sus rayos desde la altura, ilumina todo el hemisferio al mismo tiempo, aprovechando cada una de las criaturas la luz y temperatura que le son propias. No hay tampoco que olvidar que la situación del lugar coadyuva a la eficacia del Sol, toda vez que los rayos solares reconcentrados en los valles prestan más calor a las regiones circundantes.
18. Si se organiza conforme a este modelo, ha de ser fácil en extremo que un solo Profesor sea suficiente para un núcleo bastante numeroso de discípulos, pues

I. Si distribuimos la clase en grupos determinados, como por ejemplo, de curias, de cada una de éstas estará encargado un inspector y de éstos otros, basta llegar a los superiores.
II. Si nunca se instruye a uno solo, ni privadamente fuera de la escuela, ni públicamente en ella, sino a todos al mismo tiempo y de una sola vez. No debe acercarse a ninguno determinadamente ni consentir que nadie se dirija separadamente a él, sino que, sentado en lo alto de su cátedra (donde puede ser visto y oído por todos), extienda como el Sol sus rayos sobre todos; y poniendo todos en él sus ojos, oídos y entendimientos, recojan cuanto exponga de palabra o les muestre mediante imágenes o signos. Así se obtendrán de una vez muchos resultados.
19. Solamente es necesaria alguna habilidad para conseguir la atención de todos y de cada uno, a fin de que dándose cuenta que las palabras del Profesor son el manantial (como así es, en efecto) de donde llegan a ellos las corrientes de todas las ciencias, cuantas veces adviertan que se abren dichas fuentes se apresurarán a recibir sus aguas en el vaso de su atención para no dejar que se escape nada. En esto han de tener los Preceptores un sumo cuidado; no hablarán sino cuando sean escuchados; nada enseñarán sin ser atendidos. Aquí viene muy bien lo que dijo Séneca: Nada debe decirse a quien no esté escuchando. Y quizá también el consejo de Salomón: De prudente espíritu es el varón inteligente (Prov., 17-27); esto es, el que no se dirige a los vientos sino al entendimiento de los hombres.
20. La atención de que hablamos puede excitarse y sostenerse, no sólo mediante los Decuriones y aquellos otros a quienes se encarga de la inspección (haciendo que éstos presten atención con mayor diligencia que los demás), sino muy especialmente por el mismo Preceptor, utilizando algunos de los siguientes ocho medios:
1. Si se da maña para mezclar algo que deleite y aproveche, así interesará los espíritus avivando su deseo y atención.
2. Si al comienzo de cualquier trabajo se cautiva a los oyentes con la exposición del asunto que va a tratarse o se les excita con las cuestiones que se presentan; bien sean de las ya tratadas, que por coherencia se relacionen con la materia presente; bien sean cuestiones futuras que, al advertir su desconocimiento, estimulan con mayor avidez a su estudio.
3. Si sentado en el sitio más elevado extiende sus ojos en derredor y no permite que nadie haga otra cosa que tener puesta su mirada en él.
4. Si ayuda la atención representando todo, en cuanto sea posible, por medios sensibles, como ya dijimos en el capítulo XVII, Fund. VIII, Reg. III. No solamente es útil para la facilidad, sino también para la atención.
5. Si en medio de los ejercicios, interrumpiendo su lección, dice, de pronto: Tú o tú, ¿qué acabo de decir? Repite este período. Tú, dinos con qué motivo hemos llegado a esto, y cosas semejantes para el mejor aprovechamiento de la clase. Si hallare alguno que no esté atendiendo, se le debe reñir y castigar, y así se conservará el hábito de la atención.
6. Igualmente, si interrogado alguno, éste duda, pasa al segundo, tercero, décimo o trigésimo y pide su contestación sin repetir la pregunta. Todo con el fin de que atiendan todos lo que a cada uno se dice e intenten ponerlo en práctica.
7. También puede emplearse el medio de preguntar a todos los demás al mismo tiempo lo que ignoren algunos, y el que primeramente responda o conteste mejor declararle digno de alabanza en presencia de todos los demás para que sirva de emulación. Si alguno se equivoca, debe ser corregido, descubriendo y combatiendo la causa del error (en lo que no hallará dificultad un Preceptor sagaz). Es increíble lo mucho que sirve este procedimiento para el más rápido aprovechamiento.
8. Por último, terminada la lección debe darse licencia a los alumnos para preguntar al Preceptor lo que quieran, bien sean dudas nacidas en la lección que acaba de darse, o en otras anteriores. No deben permitirse consultas privadas, sino "que cada cual, ya por sí o ya por el Decurión (si éste no ha podido satisfacer sus demandas), pregunte cuanto necesite, pero públicamente. para que tanto las preguntas como las respuestas sean útiles para todos. Si alguno provocase cuestiones útiles con frecuencia, no debe dejarse ocasión de alabarle, con lo que no faltarán ejemplos de actividad y motivos de estímulo para los demás.
22. Semejante ejercicio diario de la atención aprovecha a los jóvenes, no sólo en el momento actual, sino para toda la vida. Acostumbrados continuamente durante algunos años a estar siempre en lo que hacen, ejecutarán siempre

cuanto deban hacer con perfecto conocimiento y sin esperar ajenos avisos o instigaciones. Y si las escuelas se organizan así, ¿cómo no habrá de esperarse en espléndido aprovechamiento de tan diestros varones?

23. Pero podrán objetamos: A pesar de todo es necesaria la inspección particular; pues hay que revisar si se tratan los libros con pulcritud, si se escriben las lecciones con corrección, si se aprenden bien las cosas de memoria, etc. Y para esto si son muchos los discípulos se requiere mucho tiempo. Respondo: No es necesario en modo alguno oír siempre a todos ni revisar siempre los libras de todos. Puesto que el Preceptor está auxiliado por los Decuriones, cada uno de estos deberá vigilar a los que están a su cuidado para que cumplan sus deberes con la mayor exactitud.

24. Solamente el Preceptor, como inspector supremo, atenderá ya a uno, ya a otro, principalmente, para sorprender a aquellos discípulos en los que tiene menos confianza. Por ejemplo: Deben recitar las lecciones que se dan de memoria uno, dos o tres discípulos, y cuantos se manden levantar, unos después de otros, tanto de los últimos como de los primeros, estando atenta toda la reunión De este modo todos deberán estar preparados por el temor de ser preguntados. También, cuando el Profesor advierta que uno ha empezado bien y esté seguro de que sabe 10 demás, mandará continuar a otro. Si éste también está preparado, exigirá el siguiente período o párrafo a otro. Así con el examen de unos pocos estará seguro de todos.

25. Igual procedimiento puede seguirse para examinar los trabajos al dictado, si los hay. Ordenar a uno, dos o más, si es necesario, que lean lo que han escrito con voz clara y distinta, señalando expresamente las pausas, y entretanto, todos los demás harán las correcciones mirando sus cuadernos. Alguna vez deberá examinar por sí mismo los cuadernos de unos y Otros, sin orden alguno, y castigará a aquél a quien hallase negligente.

26. Parece que ha de dar más trabajo la corrección de los ejercicios, pero también hallaremos remedio para ello si seguimos normas parecidas. Por ejemplo: Para los ejercicios de traducción de una lengua a otra procederemos de esta manera: Después de efectuada la versión reúnanse por decurias; mande levantar a uno y retar al contrario que quiera. Así que éste se haya levantado, leerá el primero su ejercicio minuciosamente, escuchando todos con atención y con la vigilancia del Preceptor (o por lo menos del Decurión), principalmente por la ortografía. Al terminar de leer el párrafo, el contrario hará observar lo que encuentre equivocado; después lo harán los de la misma decuria; luego se interrogará a toda la clase, y, por último, si es necesario, hará la censura el Preceptor. Entretanto, todos examinarán sus cuadernos y corregirán lo que hayan equivocado, excepto el contrario, que conservará su ejercicio sin tocar. Terminado el período, y bien enmendado, se pasará a otro, y así hasta el fin. Entonces el contrario recitará el suyo de igual modo, con la vigilancia del que retó para que no dé como enmendado lo que no lo esté, y se hará la censura de cada una de las voces, frases y oraciones, como anteriormente. Después se mandará levantar a otros dos, y así cuanto lo permita el tiempo.

27. Los Decuriones han de cuidar:

1. De que todos tengan su ejercicio dispuesto antes de comenzar la corrección.
2. Durante ésta vigilen que cada uno enmiende sus errores por los ajenos.

28. Esto hará que

I. El trabajo del Preceptor se disminuya.
II. Todos se instruyan sin abandonar a ninguno.
III. Se excite la atención de todos.
IV. Lo que se dice a uno solo por cualquier motivo sirva para los demás.
V. La variedad de las frases, que no podrán interpretarse de diverso modo por cada uno, forme y corrobore tanto el juicio de las cosas como el empleo del idioma.
VI. Finalmente, después de examinada la labor de una, dos o tres parejas, muy poco o nada quedará de error. Hay que destinar el tiempo restante para que aquellos que, o tienen alguna duda sobre el ejercicio o piensan que lo han hecho mejor que los demás, salgan en medio de la clase y se juzgue acerca de ello.

29. Lo que acabamos de exponer se refiere únicamente al ejercicio de versión; pero fácilmente puede aplicarse a los ejercicios de estilo, oratorios, lógicos, teológicos, filosóficos, etcétera, etc., en cualquier clase.

30. Así hemos visto cómo puede ser suficiente un solo Preceptor para un centenar de discípulos sin mucho más trabajo que el que emplearía para unos pocos.

PROBLEMA II

Cómo puede ser que con unos mismos libros se instruyan todos.

31. Nadie ignora que la pluralidad de objetos distrae los sentidos. Notable ahorro de trabajo tendremos, en primer lugar, si no se consienten a los escolares otros libros que los propios de la clase en que están; para que sea su norma perpetua la que se mostraba entre los antiguos a los que hacían sacrificios: ¡Haz esto! Pues más llenarán éstos el entendimiento cuanto menos distraigan los otros la vista.

32. En segundo lugar, si se tienen preparadas todas las demás herramientas escolares, tablas, programas, borradores, diccionarios, sistemas de artes, etc. Pues cuando los Preceptores mandan hacer a sus discípulos los carteles alfabéticos, prescriben la forma de la caligrafía y dictan los preceptos, textos o traducciones de los textos, etc., ¡qué gran cantidad de tiempo pierden! Más cómodo será tener impresos en número abundante los cuadernos que son necesarios para todas las clases y aquéllos que han de traducirse al idioma corriente con la traducción colocada debajo. Así, todo el tiempo que había de consumirse en dictar, copiar y traducir podrá emplearse con mayor utilidad en la explicación, repeticiones y ensayos.

33. Con este procedimiento tampoco habrá que temer la desidia o pereza de los Preceptores. Lo mismo que juzgamos que un predicador ha cumplido su misión al exponer un texto de los libros sagrados y demostrar al auditorio su utilidad (para su enseñanza, exhortación, consuelo, etc.), aunque no sea él mismo quien haya hecho la versión directa del aludido texto, sino que haya tomado la que en otro lugar estuviese hecha, puesto que una u otra cosa para nada interesa a los oyentes; así también nada importa a los discípulos que sea el mismo Preceptor u otro cualquiera, antes que él, quien haya ilustrado su lección, con tal que el Maestro les enseñe cumplidamente cuanto a la materia haga referencia. Conviene, pues, que todo esté preparado de antemano para que sea menor el peligro de errar y mayor el tiempo dedicado a la enseñanza.

34. Los libros o cuadernos indicados deben adaptarse perfectamente a nuestros principios, ya expuestos, de facilidad, solidez y brevedad en todas las escuelas, tratándolo todo llanamente con fundamento y cuidado para que constituyan una exactísima imagen de todo el universo (que ha de grabarse en el alma). Y con gran encarecimiento advierto que todo debe estar expuesto con llaneza y en lenguaje corriente, a fin de que ilumine de tal manera a los discípulos que pueden comprender de modo natural, y sin necesidad de Maestro, cuantas enseñanzas encierre.

35. A qué fin deseo que los libros estén dispuestos en forma de diálogo. Por estas razones: (1) Por la facilidad en adaptar las materias y el estilo a los entendimientos infantiles, y así nada les parecerá imposible, arduo o difícil en extremo, puesto que nada hay más familiar y natural que la conversación mediante la cual puede el hombre ser llevado poco a poco, y sin apenas darse cuenta, al punto que se quiera. Este procedimiento, a fin de ponerse al alcance de todos, es el que emplean los cómicos para recordar al pueblo los hechos pasados; también lo siguió Platón en toda su filosofía, Cicerón en muchas de sus obras y Agustín en toda su teología. (2) Los diálogos excitan, animan y mantienen la atención, tanto por la variedad de las preguntas y respuestas, mezcladas con sus razones y formas, como por la diversidad y mutación de las personas que intervienen en ellos, con lo cual se mantiene el espíritu sin cansancio, despertándose, en cambio, mayor deseo de escuchar. (3) Hace la instrucción más sólida. Pues de igual modo que tenemos más vivo recuerdo de aquellas cosas que hemos visto que de aquellas otras que solamente hemos oído, así se adhiere con mayor tenacidad a nuestro entendimiento cuanto aprendemos o conocemos mediante una comedia o conversación (porque además de oírlo nos parece que lo vemos) que todo lo que escuchamos en la escueta recitación del Preceptor, según la diaria experiencia nos confirma. (4) Como gran parte de nuestra vida transcurre en la conversación, será el camino más breve en la educación de la juventud acostumbrarla, no sólo a comprender cuanto le es útil, sino a hablar acerca de ello con soltura, circunspección y facilidad. (5) Por último, los diálogos son en extremo útiles para hacer los repasos con facilidad, aun los mismos discípulos entre sí.

36. Sumamente provechoso será que los libros sean de una misma edición, coincidiendo en sus páginas, líneas y en todo, para ayudarse en las citas y en la memoria local y no ofrecer motivo a dificultad de ninguna especie.

37. También reportará gran utilidad que el contenido de los libros se reproduzca en las paredes de la clase, ya los textos (con enérgica concisión), ya dibujos de imágenes o emblemas que continuamente impresionen los sentidos, la memoria y el entendimiento de los discípulos. Los antiguos nos refieren que en las paredes del templo de Esculapio se hallaron escritos los preceptos de toda la medicina que transcribió Hipócrates al visitarle. También DIOS, Nuestro Señor, ha llenado este inmenso teatro del mundo de pinturas, estatuas e imágenes, como señales vivas de su Sabiduría, y quiere que nos instruyamos por medio de ellas.
(Acerca de estas pinturas hemos de decir mucho más en la descripción particular de las clases.)

PROBLEMA III

Cómo puede hacerse que a un mismo tiempo todos hagan lo mismo en la escuela.
38. Es evidente la utilidad que reporta el tratar todos en cada clase de una sola materia al mismo tiempo, porque es menor el trabajo del Preceptor y mayor el aprovechamiento de los discípulos. Además, cada uno de ellos estimula a los restantes ya que sus pensamientos versan sobre una misma cosa, y con el mutuo contraste se corrigen unos a otros. A la manera que el tribuno militar no dispone separadamente los ejercicios de los bisoños, sino que, llevando a todos conjuntamente el campo, les muestra el uso de las armas y el modo de servirse de ellas; y aunque especialmente haya de instruir a alguno, quiere que todos los demás también lo hagan y practiquen; así también ha de comportarse el Preceptor.
39. Para esto será necesario:
1. No comenzar la labor de la escuela sino una vez al año, de dar igual modo que el Sol, una vez al año (en la primavera), empieza a ejercer su operación en los vegetales.
2. Disponer de tal manera cuanto haya de hacerse que cada año, mes, semana, día y hasta hora tenga su trabajo determinado; con lo cual todos serán educados al mismo tiempo sin dificultad y conducidos a la meta. En su debido lugar trataremos de esto más especialmente.

PROBLEMA IV

Cómo puede hacerse que para todo se emplee el mismo método.
40. En los capítulos XX, XXI y XXII demostraremos que sólo hay un método natural para todas las ciencias, como también es uno solo el método para todas las artes y lenguas. La variación o diversidad, si puede hallarse alguna, es insignificante para poder constituir una nueva especie, y no se desprende del fundamento de la materia, sino de la prudencia del que enseña, en lo referente a cada lengua o arte, y de la capacidad y aprovechamiento de los que aprenden. Seguir en todo el método natural será un gran ahorro de tiempo para los discípulos, como para los caminantes un solo y único camino real sin separarse por otras sendas. Se notan más fácilmente las diferencias particulares si se presentan de un modo especial, dejando ya sin tocar lo que es común y general.

PROBLEMA V

Cómo puede llenarse el entendimiento de muchas cosas con muy pocas palabras.
41. Cosa es que no trae ningún provecho abrumar el entendimiento con la pesada carga de libros o de palabras. Ciertamente proporciona más alimento al cuerpo humano un bocado de pan y un trago de vino que tener lleno el estómago de paja y lodo. Más vale llevar en la bolsa una moneda de oro que ciento de plomo. Séneca, refiriéndose a los preceptos y reglas, se expresa de esta manera: Deben esparcirse como las semillas, que no es necesario que sean muchas, sino eficaces. En el capítulo V enseñamos que en el hombre se encuentran todas las cosas, como microcosmo que es, y para ver no tiene necesidad de nada más que de luz. ¿No sabemos que es suficiente la pequeña llama de una vela para el hombre que trabaja de noche? Debemos, por lo tanto, elegir, o hacer que se escriban, libros fundamentales de las artes y lenguas; pequeños por su tamaño, pero notables por su utilidad; que expongan las materias concisamente; mucho en pocas palabras (como dice Sirach, 30.10); esto es, que presenten a

los estudiosos las cosas fundamentales como son en sí, con pocos teoremas y reglas, pero exquisitos y facilísimos de entender, mediante los cuales llegue al entendimiento rectamente todo lo demás.

PROBLEMA VI

Cómo deben enseñarse las cosas para obtener doble o triple resultado con un solo trabajo.

42. Los ejemplos de la Naturaleza nos demuestran ostensiblemente que con un solo esfuerzo y al mismo tiempo pueden ejecutarse diversas operaciones. En efecto; un árbol se desarrolla simultáneamente hacia arriba, hacia abajo y a los lados, y efectúa su crecimiento simultáneo en madera, corteza, hojas y frutos. Lo mismo puede observarse en el animal, cuyos miembros se desarrollan al mismo tiempo. Cada uno de estos miembros tiene múltiples funciones. Los pies llevan y sostienen al hombre, le hacen avanzar y retroceder de muy diversos modos. La boca es la puerta del cuerpo, su piedra de moler y su bocina, que emite sonidos cuantas veces se desea. Los pulmones, con una misma absorción del aire, refrigeran el corazón, despejan el cerebro y dan lugar a la emisión de sonidos, etc., etc.

43. Cosa semejante acontece en los inventos del arte. El gnomon, o varilla de hierro de los relojes de sol, puede señalar con la misma sombra la hora (hasta según diversos relojes), el signo del Zodiaco que entonces recorre el Sol, la duración del día y de la noche, el día del mes y otras muchas cosas. La lanza de un carruaje sirve para dirigirle, volverle y detenerle. Del mismo modo un buen orador y poeta enseña, conmueve y deleita al mismo tiempo, aunque son tres cosas distintas.

44. Conforme a lo que dejamos dicho, debe organizarse la formación de la juventud de tal manera que cada trabajo produzca más de un resultado. Para lo cual debe observarse esta regla general: Procúrese asociar cada cosa con su correlativa. Por ejemplo: Leer y escribir; las palabras y las cosas ejercitar; el estilo y el ingenio; enseñar y aprender; reunir lo serio con lo recreativo, y todo lo que además de esto pueda imaginarse.

45. Luego no deben enseñarse y aprenderse las palabras sin las cosas, del mismo modo que se compran, venden y transportan el vino con su recipiente, la espada con su vaina, la madera con su corteza y los frutos con su cáscara. ¿Qué son las palabras sino las envolturas y vainas de las cosas? En cualquier idioma que se estudie, aunque sea la lengua usual, deben enseñarse las cosas a que se refieren las voces que se aprenden, y recíprocamente, cuanto se ve, oye, toca y gusta debe saberse expresar por el lenguaje, a fin de que la lengua y el entendimiento se desarrollen y cultiven paralelamente. La enunciación de la regla debe ser: Todos deben saber exponer lo que han aprendido y recíprocamente entender lo que exponen. Y no se debe permitir a nadie que hable sin entender lo que dice ni aprender lo que no sabe expresar. Pues el que no sabe expresar lo que su entendimiento conoce es una estatua, y el que habla sin saber, una cotorra. Nosotros formamos hombres; y deseamos formarlos brevemente y le conseguiremos si en todo marchan de la mano las palabras con las cosas y las cosas con las palabras.

46. En virtud de la antedicha regla han de ser desterrados de las escuelas los autores que enseñan solamente palabras sin ocuparse del conocimiento de las cosas útiles. De lo que importa ha de tenerse mayor cuidado. Debemos procurar (dice Séneca en su Epístola 9) no sujetarnos a las palabras, sino a su sentido. Si agrada leer dichos autores, léanse fuera de la escuela, ligeramente y de prisa, sin prolija y laboriosa atención o cuidadoso propósito de imitarlos, con tal que puedan reportar alguna utilidad.

47. Los ejercicios de lectura y escritura deben ir unidos, con lo que se conseguirá un notable ahorro de tiempo. No es, seguramente, fácil hallar un estímulo y encanto mayor para los niños que estudian el alfabeto que enseñarlos a aprender las letras escribiéndolas. Como es natural en los niños el deseo de pintar, hallarán sumo placer en este ejercicio y al mismo tiempo se excitará su imaginación en ambos sentidos. Así, cuando ya vayan leyendo de corrido se irán instruyendo en aquellas materias que luego deben aprender; por ejemplo: en todo lo que conduzca al conocimiento de las cosas, a la piedad y las buenas costumbres. De igual modo al aprender a leer en latín, griego o hebreo será sumamente útil repetir muchas veces, releyendo y transcribiendo las declinaciones y conjugaciones hasta que quede bien segura la lectura, escritura, significado de las voces y, finalmente, la formación expedita de las terminaciones. ¡He aquí cómo podremos obtener un cuádruple fruto de un solo trabajo! Esta utilísima regla puede aplicarse a todo género de estudios, de manera que todo cuanto hayamos aprendido por

la lectura lo reproduzca nuestra pluma, como dice Séneca; o según atestigua Agustín de sí mismo, que aprovechando escribamos y escribiendo aprovechemos.

48. Suelen proponerse los ejercicios de escritura casi sin elección del asunto y sin enlace en los temas, lo cual da por resultado que sean simples ejercicios de escritura, que poco o nada hacen trabajar al entendimiento y que, como hechas sin propósito alguno, son planas inútiles, sin ningún valor práctico para la vida. La escritura ha de practicarse tomando como materia la de la ciencia o arte que en la clase se estudia; proponiendo a los discípulos o trozos de historia (de los inventores de aquel arte, tiempo en que florecieron y dónde, y cosas semejantes) o comentarios y modelos que imitar, con lo que a la vez se practica la escritura, se ejercita el entendimiento y se cultiva el lenguaje al recitarlo.

49. Al final del capítulo XVIII quedó demostrado cómo puede enseñarse lo que acaba de aprenderse. Lo que allí se dijo tiene aquí completa aplicación, ya que igualmente es útil para la mayor solidez de lo aprendido como para la mayor rapidez en el aprovechamiento.

50. Por último, será un notable procedimiento idear diversiones de aquellas que se permiten a la juventud para recreo de su espíritu, en las cuales se represente al vivo lo serio de la vida para que a ello se habitúen.

Pueden idearse los oficios por sus herramientas, las labores caseras, los asuntos políticos, el orden militar o de la arquitectura y otras cosas semejantes. También puede hacerse una buena preparación del entendimiento para la Medicina si en la primavera se enseñan los géneros de hierbas producidas en el huerto o en el campo, con promesa de premios a quien conozca más. Esto no sólo servirá para descubrir quiénes tienen vocación para la Botánica, sino será gran estímulo para todos. Y también para despertar mayor entusiasmo puede llamarse Doctor, Licenciado o Candidato de la Medicina a aquél que haga mayores progresos. De igual modo puede procederse en las demás enseñanzas, a saber: en la milicia se les puede llamar General, Tribuno, Capitán o Abanderado; en la política, Rey, Consejero, Canciller, Mariscal, Secretario, Legado, etc., o también Cónsul, Senador, Síndico, Abogado, etc., etc.; estas bromas conducen a la verdad. Y entonces realizaremos el deseo de Lutero: Ocupar a la juventud en la escuela con estudios graves; de tal manera, que asistan a ella con igual afición que si pasasen el día entero jugando a las nueces. De este modo las escuelas serán verdaderamente la preparación para la vida.

PROBLEMA VII

Cómo podrá hacerse todo gradualmente.

51. Ya hemos investigado la eficacia de este artificio en el capítulo XVI, fundamentos V, VI, VII y VIII, y en el capitulo XVIII, fundamentos V, VI y VII. Y bajo estos auspicios deben componerse los libros destinados a las escuelas; llenos de observaciones dirigidas a los Preceptores acerca de su debido y provechoso empleo, a fin de conseguir el más alto grado de erudición, piedad y buenas costumbres.

PROBLEMA VIII

De los obstáculos que hay que remover y evitar.

52. No sin razón se ha dicho: No hay nada más necio que saber y aprender muchas cosas que para nada sirvan. Y también: No es sabio el que sabe muchas cosas, sino el que conoce las útiles. Por lo cual pueden hacerse mucho más sencillos los trabajos de las escuelas, ahorrándose el conocimiento de algunas cosas. Esto es, si se descuidan:

I. Las que no son necesarias.

II. Las ajenas.

III. Las muy particulares.

53. No son necesarias aquellas que no aprovechan para la piedad ni buenas costumbres y sin las cuales puede, no obstante, existir la erudición; como son los nombres e historias de los ídolos y ritos de los gentiles. También los pasatiempos del ingenio de cómicos y poetas, siempre superfluo y muchas veces lascivo, y otras cosas por el estilo. Si en alguna ocasión tuviera alguno gusto o interés en leer algo de autores favoritos, léalo en buen hora; pero en manera alguna debe permitirse en las escuelas, en las que hay que asentar los fundamentos de la sabiduría. ¡Qué locura, dice Séneca, dedicarse a aprender cosas inútiles en medio de la miseria de estos tiempos! Así, pues,

no debe aprenderse cosa alguna solamente para la escuela, sino todo para la vida; a fin de que nada tengamos que arrojar al viento al salir de la escuela.

54. Son cosas ajenas las que no son para el entendimiento de todos. De igual manera que es diferente la naturaleza de las hierbas, árboles y animales y deben ser tratados unos de un modo y otros de diferente, y no consienten ser aplicados por igual a los mismos usos; así son los entendimientos humanos. No faltan los entendimientos felices que comprenden y desentrañan todas las cosas; pero tampoco deja de haber otros que se embotan y son inaccesibles a determinadas materias. Hay quien es un águila para las ciencias especulativas y en cambio es un completo asno para las prácticas. Uno es apto para todas las cosas, pero es inútil para la Música; lo que acontece a otros con las Matemáticas, la Poesía y la Lógica. ¿Qué hay que hacer en este caso? Pretender obtener aquello en que no ayuda la Naturaleza es querer luchar con ella; intento inútil y necio. O no se conseguirá nada o el resultado no valdrá la pena comparado con el esfuerzo. El que enseña es ministro de la Naturaleza, no su señor ni reformador; no hay que fomentar el progreso de los discípulos contra la voluntad de Minerva; con la esperanza cierta de que ha de ocurrir, como suele, que por otra parte aparezcan los defectos. Pues si separamos o cortamos una rama del árbol, las demás crecen con mayor vigor porque a ellas acude toda su vitalidad. Y si ninguno de los discípulos es educado e instruido contra su inclinación, no habrá motivo alguno de contrariedad y desagrado y redundará en mayor vigor de la mente; con mayor soltura marcha cada uno en aquello a que es inclinado por su natural instinto (con la permisión de la suma Providencia) y después en su escala sirve más útilmente a Dios y a la humana sociedad.

55. Si alguno quiere dedicarse a aquellas cosas más minuciosas (como todas las diferencias de las hierbas y animales; las obras de los artesanos y los nombres de las herramientas y cosas parecidas) se empeñará en un trabajo cansadísimo y lleno de prolijidad y complejidad. En las escuelas basta con investigar, llana y sólidamente, los géneros de las cosas y sus principales diferencias (ciertas siempre); lo demás ya habrá mil ocasiones de que llegue al entendimiento. De igual modo que aquél que pretende obtener una rápida victoria sobre el enemigo no se detiene en la conquista minuciosa de los pequeños lugares, sino que se preocupa del total de la batalla seguro de que si obtiene la victoria y llega a tomar las principales defensas todo lo demás vendrá indefectiblemente a su mano, así debe procederse aquí: si se consigue imbuir lo más importante en el entendimiento, todo lo particular vendrá después naturalmente. A esta clase de obstáculos pertenecen los vocabularios y diccionarios llamados generales; esto es, que comprenden todas las voces de un idioma completo, y puesto que no hemos de emplear buena parte de ellas, ¿por qué hemos de obligar a los muchachos a aprenderlas y abrumarse con ellas? Esto es lo que se relaciona con la brevedad para enseñar y aprender.

CAPITULO XX
MÉTODO DE LAS CIENCIAS EN PARTICULAR

1. Vamos ahora a tratar de reunir las observaciones que hemos ido haciendo aquí y allá para enseñar ingeniosamente las ciencias, las artes, las lenguas, buenas costumbres y piedad. Decimos ingeniosamente; esto es, con facilidad, solidez y brevedad.

2. La ciencia o noticia de las cosas no es sino el conocimiento interno de las mismas y debe reunir iguales requisitos que la especulación o visión externa; esto es, EL OJO, EL OBJETO Y LA LUZ. Dados los tres, necesariamente ha de realizarse la visión. El ojo en la visión interna es la mente o entendimiento; el objeto SON TODAS LAS COSAS colocadas dentro y fuera de nuestra mente, y la luz LA ATENCIÓN debida. Y de igual modo que en la visión externa son necesarias algunas condiciones si los objetos han de ser vistos como es debido, así también aquí debe seguirse un método determinado mediante el cual se presenten las cosas al entendimiento de tal manera que con seguridad y prontitud se apodere de ellas.

3. Cuatro son, por tanto, las condiciones que se deben procurar en el adolescente que desea investigar los secretos de las ciencias:

1. Que tenga limpios los ojos del entendimiento.
2. Que se le presenten los objetos.
3. Que preste atención; y

4. Que sepa deducir unas cosas de otras con el debido método; así conocerá todas las cosas con certeza y expedición.
4. Nadie tiene en su mano proporcionarse el entendimiento que desea; Dios distribuye a su arbitrio estos espejos de la mente, estos ojos interiores. Pero sí está a nuestro alcance no permitir que estos espejos nuestros se enturbien con el polvo y obscurezcan su brillo. Este polvo son las ociosas, vanas e inútiles ocupaciones del entendimiento. Nuestro espíritu está en constante movimiento, a semejanza de una rueda de molino a la cual no cesan los sentidos externos, sus servidores ordinarios, de proporcionar materiales tomados de todo lugar, falsos la mayor parte de las veces (si la razón, supremo inspector, no interviene cuidadosamente); es decir, en vez de grano y escanda, paja, bálago, arena o granzas y otras cosas parecidas. Entonces, como en la muela, todas las aristas se llenan de polvo. Preservar de empolvamiento esta interna muela de molino, la mente (que también es como un espejo), es acostumbrar con prudencia a la juventud a que se aparte de las ocupaciones vanas y se entregue a las útiles y honestas.
5. Para que un espejo refleje con fidelidad los objetos es necesaria, en primer lugar, la realidad y evidencia de los mismos, y, después, su adecuada presentación a los sentidos. Lo nebuloso y de escasa consistencia apenas irradia y muy débilmente se reproduce en el espejo; lo ausente en manera alguna puede reflejarse. Así, pues, todo cuanto haya de ofrecerse al conocimiento de la juventud sean cosas reales, no sombra de las cosas; cosas, repito, sólidas, verdaderas, útiles y que impresionen enérgicamente los sentidos y la imaginación. Ciertamente los impresionarán si se colocan tan cerca que no puedan menos de afectarlos.
6. Por todo lo cual, debe ser regla de oro para los que enseñan que todo se presente a cuantos sentidos sea posible.
Es decir, lo visible a la vista, lo sonoro al oído, lo oloroso al olfato, al gusto lo sabroso y al tacto lo tangible; y si alguna cosa pudiera ser percibida por diversos sentidos, ofrézcase a todos ellos, como ya dijimos en el capítulo XVII, fundamento VIII.
7. La razón de este precepto es triple.
I. Es necesario que el conocimiento empiece siempre por los sentidos (cierto es que nada hay en el entendimiento que antes no haya estado en el sentido). ¿Por qué, pues, ha de darse comienzo a la enseñanza por la narración verbal y no mediante la inspección de la cosa? Después, una vez presentada la cosa, venga la narración para explicar más profundamente lo expuesto.
8. En segundo lugar, la verdad y la certeza de la ciencia no estriban más que en el testimonio de los sentidos. Efectivamente; las cosas se impresionan en primer lugar e inmediatamente en los sentidos y después por medio de ellos en el entendimiento. Prueba de esto es que el conocimiento sensual hace fe por sí mismo; pero en el raciocinio o testimonio ajeno debe recurrirse a los sentidos para mayor certeza. No damos crédito a la razón sino en cuanto es capaz de ser comprobada por la inducción particular de los ejemplos (cuya certeza se afirma por los sentidos). No se presta fe al testimonio ajeno contra la experiencia del sentido propio. Por lo tanto, la ciencia es tanto más cierta cuanto mayor fundamento tiene en los sentidos. En resumen: Si se quiere engendrar en los discípulos verdadero y exacto conocimiento de las cosas hay que procurar que la enseñanza toda sea por medio de la propia intuición y de la demostración sensual.
9. Puesto que los Sentidos son los fidelísimos proveedores de la memoria, la dicha demostración sensual dará por resultado la perpetuidad en el conocimiento; esto es, que lo que cada cual sepa lo sepa con constancia. Efectivamente; con una sola vez que haya probado la caña de azúcar, o visto un camello, oído cantar un ruiseñor o estado en Roma y la haya recorrido (con tal que preste a todo atención), quedarán tan indeleblemente grabadas estas sensaciones en mi memoria que no podrán borrarse. Así vemos que es posible, que es muy posible, fijar en los niños los relatos de la Biblia y otras historias mediante cuadros o pinturas. Con gran facilidad y persistencia podemos, cualquiera de nosotros, imaginarnos lo que es un rinoceronte, si, aunque no sea más que en pintura, lo hemos visto alguna vez, y es evidente que con mayor certeza conoceré lo acaecido en cualquier asunto si en ello he intervenido que si lo hubiese oído contar un millón de veces. De aquí el dicho de Plauto: Más vale un testigo ocular que diez de referencia. O el precepto de Horacio: Con menor intensidad llega al espíritu lo que percibe por los oídos que lo que el espectador tiene ante sus ojos y él mismo se proporciona. Así, el que presenció con atención una sola vez la anatomía del cuerpo humano, comprenderá y recordará todas las cosas con mayor

evidencia que el que hubiera leído muchos y muy extensos comentarios sin la inspección ocular. De aquí el aforismo: la inspección ocular es la mejor demostración.

10. Puede también, si en alguna ocasión falta el natural, emplearse modelos o representaciones. Esto es, modelos o imágenes hechos para la enseñanza, como es práctica constante en los botánicos, zoógrafos, geómetras, geodestas y geógrafos, que suelen presentar sus descripciones o demostraciones acompañadas de figuras. Igual debe hacerse en Física y otras ciencias por el estilo. Por ejemplo: La constitución física del cuerpo humano puede, según nuestro método, enseñarse perfectamente si colocamos en el esqueleto de los huesos humanos (como se guardan en las academias o hecho de madera), formados de piel fina y rellenos de lana, todos los músculos, tendones, nervios, venas, arterias, con las vísceras, pulmón, corazón, diafragma, hígado, estomago e intestinos; todo en su exacto lugar y dimensión, reseñado con el nombre y empleo de cada uno. Si llevamos a un discípulo de Física [Fisiología] a ver esto y le enseñamos detalladamente cada cosa, casi por curiosidad se fijará en todo y se dará perfecta cuenta de la estructura del cuerpo humano.

Como esto, también deberían construirse en todas las rama del saber modelos autópticos (esto es, reproducciones de las cosas que no pueden tenerse realmente) con el fin de que es tuviesen al alcance de las escuelas. Y aunque fuesen necesarios muchos gastos y bastante trabajo, el resultado habría de ser en extremo sorprendente.

11. No faltará quien dude que todo puede, del modo dicho, representarse ante los sentidos, aun lo espiritual y ausente (cuanto existe y acaece en el cielo o en el abismo o en las regiones del otro lado del mar); pero basta con recordar que por disposición divina hay en todo tan grande armonía que podemos representarnos de manera absoluta lo superior por medio de lo inferior, lo ausente por lo presente, lo invisible mediante lo visible. Claramente se demuestra con el Macro microcosmo de Roberto Flutto, que presenta ante nuestros ojos con gran ingenio la generación de los vientos, lluvias truenos. Y no hay duda ninguna de que puede hallarse mayor evidencia y facilidad con todo ello.

12. Lo que llevamos dicho se refiere a la presentación de los objetos ante los sentidos; vamos ahora a tratar de la luz, que si nos falta, de nada nos sirve poner las cosas ante los ojos. Esta luz del conocimiento es la atención, en virtud de la cual percibe todas las cosas el que las busca con el entendimiento lleno de codicia.

Así como nadie puede ver a obscuras y con los ojos cerrados, aunque tenga las cosas junto a su vista, de igual manera se escapará a sus sentidos lo que hablemos o mostremos a quien no nos preste atención; como vemos que ocurre a aquellos que tienen su imaginación preocupada en otras cosas que no se dan cuenta de lo que acaece en su presencia. De igual manera que el que quiere enseñar a otro alguna cosa de noche tiene necesidad de traer una luz y la espabila con frecuencia para que emita mayor claridad, el Maestro también, al querer iluminar en el conocimiento de las cosas al discípulo envuelto en las tinieblas de la ignorancia, tiene, en primer lugar, que excitar su atención para que reciba la enseñanza con inteligencia ávida y codiciosa. Cómopuede hacerse esto queda dicho en el capitulo XVII, fundamento II, y capítulo XIX, fundamento I.

13. Continuando respecto a la luz, hemos de hablar ahora del modo o método de poner los objetos en presencia de los sentidos de tal manera que causen una impresión duradera. Este método podemos deducirle de la visión externa, que requiere para efectuarse:

1º Que lo que ha de verse se coloque delante de los ojos.

2º A la distancia debida, ni más ni menos.

3º No de lado, sino bien rectamente ante la vista.

4º Ni al revés ni torcido, sino en su natural posición.

5º Para que la vista conozca en el primer momento la cosa entera.

6º Y luego la examine separadamente por partes.

7º Y ordenadamente del principio al fin.

8º Deteniéndose en cada una de ellas.

9º Hasta distinguir rectamente todas por sus diferencias. Observados cuidadosamente estos requisitos se efectuará la visión con exactitud; si falta uno o varios de ellos no se verificará o se realizará mal.

14. Por ejemplo: Si alguno quiere leer una carta que haya recibido de un amigo es necesario:

1º Que la ponga ante su Vista (sin verla, ¿cómo podrá leerla?)

2º A la distancia debida (excesivamente lejos no la verá bien).

3º Completamente de frente (lo que se mira de costado se ve muy confusamente).
4º En su natural posición (¿quién puede leer una carta o libro al revés o de lado?).
5º Lo primero que hay que ver es lo principal de la carta: quién es el que escribe, a quién, cuándo y desde dónde (el previo conocimiento de todo esto ayuda sobremanera a la inteligencia del texto)
6º Después se lee lo demás sin saltarse nada (de lo contrario no se conocería todo y podría ocurrir que se dejase lo principal).
7º Es necesario leerlo todo ordenadamente, conforme se siguen los miembros (si alguno leyera ahora este período y luego este otro, además de deshacer el sentido engendraría confusión). 8º Hay que detenerse en cada cosa hasta entenderla (pues si lo pasamos a la ligera, fácilmente dejaría el entendimiento escapar algo útil.)
9º Por último, una vez conocido todo, establézcase la diferencia entre lo más o menos necesario.
15. Para observar lo que antecede, damos nueve reglas utilísimas a los que enseñan las ciencias:
I. Debe enseñarse lo que hay que saber.
Si al discípulo no se le expone lo que ha de saber, ¿cómo va a saberlo? Cuiden, pues, los que enseñan de no ocultar nada a los discípulos; ni de intento, como suelen los envidiosos e infieles, ni por negligencia, como quienes hacen sus cosas sin cuidado. Aquí es indispensable buena fe y trabajo.
16. Lo que se enseñe, debe enseñarse como cosa presente de uso determinado.
Así el discípulo verá que lo que se le enseña no son utopías ni ideas platónicas, sino cosas que, efectivamente nos rodean y cuyo conocimiento tiene aplicación real a los usos de la vida. Con esto el entendimiento se estimulará más y pondrá mayor atención.
17. Lo que se enseñe, debe enseñarse directamente, sin rodeo ninguno.
Esto será conocer directamente, no de lado, desde donde no sólo no se ven las cosas, sino que aparecen confusas y obscuras ante la vista. Cada objeto debe ofrecerse a los ojos de que aprende en su esencia propia, desnudamente, sin la envoltura de las palabras, metáforas, alusiones e hipérboles que tienen su aplicación para exagerar, disminuir, ensalzar o vituperar las cosas ya conocidas, pero en manera alguna las que van a conocerse. En éstas hay que proceder directamente.
18. Lo que se enseñe, debe enseñarse tal y como es, a saber: por sus causas.
Es excelente el conocimiento que nos hace comprender las cosas conforme ellas mismas son, pues si de otro modo entran en nuestro entendimiento, no habrá conocimiento sino error. Todo objeto es de tal manera como está constituido, y si aparece de modo diferente a como está formada aseguramos que está corrompido. Este objeto se constituye por sus causas. Luego, exponer las causas de un objeto es dar el verdadero conocimiento del mismo, conforme aquello de Saber es percibir un objeto por sus causas. Y también que la causa es la guía de la inteligencia. Con mayor facilidad y certeza se reconocen las cosas conforme fueron hechas; como si das a leer una carta en la posición en que fue escrita, pues lo difícil es leerla del revés o torcida. Del mismo modo, si expones un suceso conforme ha ocurrido se comprenderá fácil mente; pero al pretender explicarlo empezando por lo último o alterando el orden del relato, seguramente producirás confusión en quien te escuche. Luego,
El método de enseñanza debe seguir el orden de las cosas: lo primero, antes; lo posterior, después.
19. Lo que se ofrece al conocimiento, debe presentarse primeramente de un modo general y luego por partes.
La razón de este principio está expuesta en el capítulo XVI, fundamento VI. Presentar una cosa de un modo general al conocimiento es explicar la esencia y accidente de toda ella. La esencia se explica por las preguntas ¿Qué?, ¿Cuál? y ¿Por qué? A ¿QUÉ? se refiere el nombre, el género, el oficio y el fin de la cosa. A ¿CUÁL? corresponde la forma o el modo en virtud del que esta cosa está adecuada a su fin. A ¿POR QUÉ?, aquella fuerza eficiente por la que se hace el objeto apto para su fin. Por ejemplo: si quiero dar a mi discípulo un conocimiento general exacto del hombre le diré: El hombre es (1) la última criatura de Dios destinada al dominio de las demás (2), dotada de libre albedrío para elegir y obrar (3) y, por tanto, provista de la luz de la razón para moderar con prudencia sus elecciones y acciones. Esta es una idea general del hombre, pero también fundamental, que expresa cuanto hay en él de necesario. Si a esto quieres añadir algunos accidentes, aunque sean generales, podrás hacerlo con exponer de quién, de dónde, cuándo, etc. De lo general descenderemos a sus componentes: el cuerpo y el alma; el cuerpo puede explicarse por la anatomía de sus miembros, y el alma por las facultades de que consta, etc.Todo con su debido orden.

20. Deben examinarse todas las partes del objeto, aun las más insignificantes, sin omitir ninguna; con expresión del orden, lugar y enlace que tienen unas con otras.
Nada existe sin motivo, y a veces la utilidad de lo más importante estriba en la más pequeña de las partes. En un reloj un solo clavillo, roto, encorvado o fuera de su sitio, puede hacer que se pare todo el mecanismo; en el cuerpo vivo se separa un miembro y desaparece la vida, y en el contexto de la oración muchas veces la más insignificante palabra (una preposición o conjunción) trastorna y altera todo el sentido. Y así en todo. El conocimiento perfecto de una cosa se obtiene por el conocimiento de todas sus partes, cual y como sea cada una de ellas.
21. Las cosas deben enseñarse sucesivamente, en cada tiempo una sola.
De igual manera que la vista no puede atender al mismo tiempo a dos o tres cosas, sino con vaguedad y confusión (pues, en efecto, el que lee un libro no puede ver dos páginas a un tiempo, ni dos líneas por muy próximas que estén, ni dos palabras, ni aun tampoco dos letras, sino sucesivamente una tras otra), así la mente no puede tampoco entender sino una sola cosa en cada momento. Luego conviene pasar claramente de una a otra cosa para que no se confunda el entendimiento.
22. Hay que detenerse en cada cosa hasta comprenderla. Nada se hace de pronto, porque todo cuanto se hace se efectúa en virtud del movimiento y éste se realiza sucesivamente. Por lo tanto, hay quedetenerse con el discípulo en cada parte de la ciencia hasta que la conozca bien y se dé cuenta de que la sabe. Esto se conseguirá explicando, examinando y repitiendo hasta tener seguridad completa, como enseñamos en el capítulo XVIII, fundamento X.
23. Explíquense bien las diferencias de las cosas para obtener un conocimiento claro y evidente de todas.
Mucho encierra en sí aquel dicho tan conocido: *El que sabe hacer distinciones, enseñará bien.* La multitud de las cosas abruma al que aprende y la variedad induce a confusión si no se aplica el remedio; a lo primero, el orden para que se acometan unas después de otras, y para lo segundo, la atenta observación de las diferencias a fin de que aparezca con claridad en qué se apartan unas cosas de otras. Solamente esto proporciona un conocimiento evidente claro y cierto, porque la verdad y la variedad de las cosas estriban en sus diferencias, como hicimos notar de pasada en el capítulo XVIII, fundamento VI.
24. Ya que no es corriente que todos puedan cumplir su oficio de maestro con tan gran destreza, será necesario acomodar a este método todas las ciencias que han de estudiarse en las escuelas, con lo cual no será fácil apartarse de su propósito y fin. Pues si se respetan y siguen las leyes de este método, obtendremos el mismo resultado que el que introducido en el palacio real, y con tiempo suficiente, puede examinar sin cansancio todas las pinturas, grabados, tapices y demás ornamentos de todo género que allí se encierren igualmente el joven introducido en este teatro del Universo será capaz de investigar todo el gran aparato de las cosas y andar perfectamente enterado entre las obras de Dios y de los hombres.

CAPITULO XXI
MÉTODO DE LAS ARTES

1. Fácil y breve es la especulación o teoría de las cosas y no proporciona sino entretenimiento; pero su aplicación es ardua y prolija, si bien de una utilidad extraordinaria, dice Vives. Y siendo esto así, debemos buscar con toda diligencia el motivo de que la juventud se deje guiar con facilidad en aquellas cosas que constituyen el arte.
2. El arte requiere previamente tres cosas: 1. Modelo, que es la forma externa y determinada mirando la cual intenta el artista producir otra semejante. 2. Materia, que es aquello que ha de recibir nueva forma. 3. Herramientas con las cuales se lleva a efecto el trabajo.
3. La enseñanza del arte (dados ya el modelo, materia y herramientas) exige estas otras tres condiciones: 1. Uso legítimo. 2. Sabia dirección. 3. Ejercicio frecuente. Esto es, dónde y cómo se ha de emplear cada requisito para que el discípulo aprenda; y en tanto que se emplean, se le ha de dirigir para que no cometa error en la operación y corregirle si le cometiera. Y finalmente, que no deje de errar y corregir su error hasta que llegue a obrar con certeza y facilidad sin error alguno.
4. Acerca de esto hay que tener en cuenta once reglas: seis respecto del uso, tres en cuanto a la dirección y dos referentes al ejercicio
5. Lo que ha de hacerse, debe aprenderse haciéndolo.

Los artesanos no entretienen con teorías a los que aprenden sus artes, sino que los dedican al trabajo para que fabricando aprendan a fabricar; esculpiendo, a esculpir; pintando, a pintar, y saltando, a saltar, etc., etc. Luego también en las escuelas deben aprender a escribir, escribiendo; a hablar, hablando; a cantar, cantando; a razonar, razonando, etc. De este modo las escuelas no serán sino talleres destinados a los trabajos. Así todos experimentarán en la práctica la verdad de aquel proverbio: Construyendo construimos.

6. Siempre ha de haber una forma y norma determinadas para lo que debe hacerse.

El discípulo procurará imitarla, examinándola y como siguiendo sus mismas huellas. Cierto es que nadie puede por sí mismo, desconocedor del asunto, idear qué y cómo debe hacer; es preciso que se le determine y enseñe. Sería una verdadera crueldad obligar a alguno a hacer lo que tú deseas sin que sepa qué es lo que quieres. Querer que te trace líneas rectas, ángulos rectos y círculos sin antes ponerle a mano el nivel, la regla o el compás y sin enseñarle su empleo. Hay que procurar seriamente que en la escuela haya modelos o ejemplares de lo que tenga que hacerse e imágenes verdaderas, ciertas, sencillas y fáciles de entender e imitar, ya sean bosquejos o dibujos de las cosas o advertencias y preliminares de los trabajos. Entonces ya no será absurdo exigir a aquel a quien se ha dado la luz que vea; que ande el que ya tiene sus pies libres; que trabaje el que tiene las herramientas en la mano.

7. Debe enseñarse el empleo de las herramientas con ellas mismas, no con palabras; esto es, con ejemplos mejor que con preceptos.

Ya en otro tiempo enseñó Quintiliano que es camino largo y difícil el de los preceptos; breve y eficaz el de los ejemplos. Pero, ¡ay! ¡Qué poco se han acordado de esto las escuelas actuales! En efecto; han abrumado de tal manera a los alumnos de Gramática con preceptos, reglas, excepciones de las reglas y limitaciones de las excepciones, que muchas veces no saben los pobres qué han de hacer y se quedan embobados antes de comprenderlo. Por el contrario, vemos a los artesanos que no proceden de esta manera, llenando de reglas a sus aprendices, sino que los llevan al taller y les hacen presenciar sus trabajos, y después, haciendo que los imiten (el hombre es un animal imitador) les ponen las herramientas en las manos y les enseñan cómo hay que cogerlas y emplearlas; si cometen errores, los amonestan y corrigen, siempre con el ejemplo más que con las palabras, y la práctica nos atestigua que con gran facilidad consiguen una buena imitación.

Cierto es aquel elegante refrán de los alemanes:

Ein guter Vorganger findet einen guter Nachganinger

Un buen predecesor hace un buen continuador. Y también el dicho de Terencio: Marcha tú delante, yo te seguiré, puede tener aquí su apropiado lugar. Esta es la manera como vemos a los niños aprender a andar, correr, hablar y jugar a diversos juegos, solamente por la imitación, sin fastidiosos preceptos. Los preceptos son espinas para la inteligencia, porque requieren mucha atención y esfuerzo; en cambio, los ejemplos dan extraordinaria facilidad hasta a los más obtusos. Además, no podrá nadie tener práctica de cualquier lengua o arte con los preceptos solamente; pero el uso proporciona esta práctica de un modo absoluto, sin necesidad de preceptos.

8. Los ejercicios deben comenzar por los rudimentos, no por los trabajos serios.

El carpintero no enseña a su aprendiz desde el primer momento a construir torres y fortalezas, sino a manejar la azuela, desbastar los leños, labrar las vigas, taladrar los pares, clavar los clavos, hacer los enlaces, etc. Tampoco el pintor presenta a sus aprendices rostros humanos para que los copien, sino que empieza por enseñarlos a mezclar los colores, preparar los pinceles, trazar las líneas y entonces ensayar los más sencillos dibujos, etc. Y el que instruye a un niño en el arte de la lectura no se muestra todo el contenido del libro, sino primero los elementos singulares, que son las letras; después el conjunto de éstas reunido en sílabas; luego las palabras, y, por último, las oraciones, etc. Así, pues, a los discípulos de Gramática hay primero que enseñarles las palabras en sí solas; después, construirlas con otras; luego, frases de un miembro, de dos y de tres, y, por último, se llegará a la construcción del período y de ahí a la cláusula completa. Igualmente en la Dialéctica: primero aprenderán las cosas y a distinguir sus conceptos por los géneros y diferencias; luego a coordinarlas entre sí, según su mutua relación (que en algún sentido guardan todas unas con otras); después a definir y clasificar, y entonces a investigar el qué, de dónde y por qué se afirma de cada cosa y su idea, y si es puro modo necesario o contingente. Cuando se hubiera ya ejercitado de manera suficiente en todo esto será ocasión de pasar al modo de raciocinar. De qué modo de unas premisas dadas o concedidas se deduce lo demás; y, por último, al discurso o tratado integro de los temas. De un modo semejante puede procederse en Retórica con la misma facilidad: primeramente debe ejercitarse el

alumno durante algún tiempo en la recopilación de sinónimos; aprenda después a aplicar epítetos a los nombres, verbos y adverbios; luego a emplear oportunas antítesis; más tarde a usar perífrasis variadas; después a cambiar las voces propias por figuras de lenguaje, separar, para mayor sonoridad y elegancia, lo que suele ir unido y transformar las frases sencillas en elocución figurada, y, por último, cuando ya se tenga práctica y facilidad para todo esto, no antes, debe emprenderse la tarea de componer discursos enteros. Si de esta manera se marcha gradualmente en cualquier arte, es imposible no lograr rápido y sólido aprovechamiento.

El fundamento de lo dicho quedó expuesto en el capítulo XVII, fundamento IV.

9. Los alumnos deben hacer sus ejercicios sobre materias conocidas.

Esta regla la encontramos deducida del fundamento IX del capítulo XVII y del corolario VI del fundamento IV. Es de sentido común que no se debe abrumar al discípulo con asuntos ajenos a su edad, inteligencia y condición actual, ni obligarle a que luche con sombras. Por ejemplo: A un muchacho polaco que esté aprendiendo a leer o hacer las letras no hay que ponerle delante escrituras latinas, griegas o árabes, sino la de su mismo idioma para que entienda lo que va haciendo. De igual modo, para que el niño pueda aprender el empleo de los preceptos dialécticos hay que suministrarle modelos, pero no de Virgilio o Cicerón ni tomados de teólogos, políticos o médicos, sino de cosas conocidas y al alcance del muchacho, como el libro, el vestido, el árbol, la casa, la escuela, etc. De este modo, los ejemplos que nos hayan servido para explicar la primera regla podrán conservarse, como ya conocidos, para todas las demás. Si en Dialéctica tomamos como ejemplo el árbol, expresaremos primero su género, diferencia, causas, efectos, sujetos, atributos, etc., definiciones, clasificaciones, etc. Luego, de cuántos modos puede predicarse alguna cosa respecto al árbol. Después, cómo podremos con razonamiento evidente deducir de lo dicho acerca del árbol otras relaciones. De esta manera, con gran facilidad, podrá el muchacho exponer el uso de las reglas, mediante dos o tres ejemplos conocidos, e intentar la imitación en lo demás.

10. La imitación debe ser al principio muy fiel; después ya podrá ser más libre.

Cuanto más se ajusta a su forma propia la construcción de una cosa nueva, tanto más fiel y exactamente reproduce la forma primitiva. Así las monedas que se acuñan con el mismo troquel son todas completamente iguales, tanto a su cuño como entre sí. Lo mismo los libros impresos con tipos de bronce y los trabajos en materia fusible como la cera, el yeso y los metales, etc. En todo lo que haya que imitar, la primera copia (por lo menos) ha de hacerse ajustándose fielmente al modelo hasta que, segura ya y ejercitada la mano, lengua o inteligencia, pueda imitarlo con mayor libertad y se habitúe a efectuar los trabajos por su propio ingenio. Por ejemplo: Los que aprenden a escribir deben usar un papel fino y algo transparente y colocarle sobre una muestra de la escritura que deban imitar; así, guiados por las letras que se transparentan, podrán reproduciría con facilidad. También puede imprimirse en el papel la muestra con caracteres algo amarillentos o morenos para que los discípulos no tuvieran que hacer más que pasar la pluma mojada en tinta por aquellos trazos y se acostumbrarían a hacer la misma forma de letra. Un procedimiento semejante puede emplearse en el estilo, formando frases parecidas a la que se proponga tomada de un autor. Así, al decir Rico en bienes hágase imitar la frase, y se dirá: Rico en monedas, Rico en dinero, Rico en ganado, Rico en viñas, etc. Cicerón dice: Eudemo es, sin disputa, el primero en Astrología, según la opinión de los más doctos varones; para imitar esta frase se dirá: Cicerón es, sin disputa, el primero en la Elocuencia, según la opinión de los más doctos varones. Pablo es el primero de los Apóstoles en opinión de toda la Iglesia, etc. Lo mismo en Lógica, aquel dilema: o es de día, o de noche, es así que es de noche, luego no es de día, puede ser imitado fácilmente con todas las proposiciones contrarias opuestas del modo dicho. Por ejemplo: O es inculto o erudito, es así que es inculto, luego no es erudito; Caín fue piadoso o fue impío, es así que no fue piadoso, luego…, etc.

11. Debe cuidarse que la forma de lo que haya de hacerse sea la más perfecta posible, y así el que haga la imitación con más fidelidad podrá llegar a ser considerado perfecto en su arte.

Así como nadie es capaz de trazar líneas rectas con una regla torcida, así tampoco hay nadie que obtenga una copia perfecta con un modelo defectuoso. Hay, pues, que procurar que no sólo en la escuela, sino en la vida toda, los modelos de lo que tengamos que hacer sean reales, exactos, sencillos y fáciles de imitar, ya sean imágenes, dibujos o bosquejos de las cosas, ya sean observaciones o reglas, que serán breves, claras, inteligibles por sí y ciertas sin excepción.

12. El intento primero de imitación ha de ser lo más cuidadoso posible, a fin de no apartarse en lo más mínimo del modelo.
Es absolutamente indispensable. Todas las cosas primeras son el fundamento y base de las que han de seguir, si son firmes, con firmeza se podrá construir lo demás; si indecisas, habrá siempre indecisión. Y así como los médicos han observado que los vicios de la digestión primera no se corrigen en la segunda ni en la tercera, así en cualquiera operación los primeros errores vician todo lo que sigue. Por esto Timoteo el Músico exigía doble retribución a aquellos discípulos que llegaban a él con algunos conocimientos del arte adquiridos en otra escuela, porque decía que su trabajo era doble también: había de corregir lo que antes aprendieron mal y volver a enseñarlo bien. Hay, pues, que procurar que los discípulos pongan todo su empeño en imitar cuidadosamente los modelos de su arte, y vencida esta dificultad todo lo demás será fácil, a semejanza de la ciudad cuyas puertas han sido tomadas que puede considerarse en manos del vencedor. Debe, sin embargo, evitarse la precipitación a fin de que nunca se pase a lo consiguiente sin dejar bien sentado lo que antecede.
Bastante camina el que nunca se aparta del camino. Y el tiempo que se gasta en fundamentar bien los principios, no es tiempo perdido, sino un grandísimo ahorro de él para llegar a lo que sigue con facilidad, rapidez y seguridad.
13. Los errores deben ser corregidos por el Maestro mismo; pero haciendo notar de paso múltiples observaciones, que llamamos reglas y excepciones de estas reglas.
Hasta aquí hemos venido afirmando que las artes deben ser enseñadas más con ejemplos que con palabras, y ahora añadimos: que han de acompañarse preceptos y reglas que dirijan la operación y eviten el error, para explicar con claridad lo que en el modelo se halla contenido, dónde debe empezar la operación, a qué fin se encamina y cómo se desarrolla, y cómo conviene proceder en cada cosa. Todo esto dará por resultado el conocimiento sólido del arte y la confianza y seguridad en la imitación. Pero conviene sobre manera que tales preceptos sean muy breves y muy claros para que no haya necesidad de detenerse en ellos, y una vez aprendidos nos presten continua utilidad, aun ya remotos; así al niño que empieza a andar le son utilísimos los andadores y después no le sirven para nada.
14. La enseñanza completa de un arte abarca la síntesis y el análisis.
En el capitulo XVIII, fundamento V, y con ejemplos tomados de la Naturaleza y artes mecánicas, hemos demostrado que la síntesis tiene aquí el más importante papel. Y lo que a continuación exponemos confirma que en la mayor parte de los casos deben preceder los ejercicios sintéticos:
1. Como en todo debe empezarse por lo más fácil, entendemos con mayor facilidad lo nuestro que lo ajeno. 2. Lo autores velan, de intento, sus enseñanzas con el fin de que los discípulos puedan con más o menos trabajo desentrañarlas en el momento, y podrán seguramente hacerlo si ya están ejercitados en trabajos propios, aunque sean muy rudimentarios. 3. Lo que se persigue en primer lugar debe ser también lo primero en la ejecución. Aquí pretendemos que le aficionados a las artes estén dispuestos para entender los nuevos inventos, no para utilizar solamente los ya conocido (véase lo dicho en el capítulo XVIII, fundamento V).
15. Sin embargo, también es indispensable utilizar el análisis escrupuloso de las obras e inventos ajenos.
Sólo Podrá conocer suficientemente un camino el que lo ha recorrido muchas veces de una parte a otra y sabe con certeza los ramales, encrucijadas y sendas que aquí y allí tiene; además son diversas, y en cierto modo infinitas, las maneras de la cosas para que puedan encerrarse todas en preceptos o retenerse en una sola inteligencia. Son muchas las cosas que se nos ofrecen y no podemos hacerlas nuestras si no las distinguimos, conocemos y despiertan en nosotros el hábito de producir otras semejantes mediante la imitación y emulación.
16. Así, pues, lo que nosotros queremos es que en todo arte se construyan modelos o ejemplares completos y perfectos de cuanto puede, suele y debe referirse a aquel arte; fijando a su lado las observaciones y reglas que declaren porqué de lo hecho y de lo que hay que hacer, dirijan los ensayos, eviten los errores y den remedio para los cometidos. Luego sométanse al estudio del discípulo otros ejemplos para que él ajuste cada uno a sus modelos y haga otros parecidos a imitación de los propuestos. Después hágasele examinar obras ajenas (pero de insignes artistas) y aplíquense se las reglas y modelos antedichos, bien para hacer más potente su utilidad, bien para aprender el arte de ocultar lo artificioso. Con la continuada repetición de este ejercicio ser capaz de juzgar con acierto acerca de los inventos suyos ajenos.
17. Estos ejercicios deben continuarse hasta adquirir hábito del arte.
Pues, Sólo el uso es quien hace artífices.

CAPITULO XXII
MÉTODO DE LAS LENGUAS

1. Las lenguas se aprenden, no como parte de la erudición o sabiduría, sino como instrumento para aumentar la erudición y comunicarla a otros. Por lo tanto, deben aprenderse: 1. No todas, porque es imposible; tampoco muchas, porque es inútil, puesto que se roba el tiempo debido para otras cosas, sino las necesarias solamente. Son necesarias: la propia, respecto a la vida doméstica; las lenguas vecinas, en cuento a la comunicación con los países limítrofes, como a los polacos, por un lado la alemana y por otros la húngara, válaca y turca; y con el fin de leer los libros sabiamente escritos: la latina, para la erudición general; la griega y arábiga, respecto a los filósofos y médicos, y la griega y la hebrea, en lo tocante a la Teología.
2. No deben aprenderse todas completamente a la perfección, sino conforme a la necesidad. No es tan necesario hablar el griego o el hebreo con igual facilidad que la lengua usual, puesto que no tenemos con quien conversar; basta, por tanto, aprenderlas lo suficiente para leer y entender los libros.
3. El estudio de las lenguas debe ir paralelo al conocimiento de las cosas, principalmente en la juventud, a fin de que aprendamos a entender y expresar tantas cosas como palabras. Pretendemos formar hombres, no loros, como hemos dicho en el capitulo XIX, fundamento VI.
4. De donde se deduce: Primero, que no deben aprenderse los vocablos separadamente de las cosas, ya que éstas ni existen ni se entienden solas, sino que, según están unidas, unas y otros existen aquí o allí, hacen esto o lo otro, Esta consideración fue la que nos movió a escribir la PUERTA DE LAS LENGUAS, en la cual las palabras que forman las frases expresan también la estructura de las cosas con feliz acierto (según se afirma).
5. En segundo lugar, tampoco es necesario a nadie conocer completamente y por entero cualquier lengua, y sería pedante e inútil quien tal hiciera. Pues ni el mismo Cicerón llegó a saber la lengua latina por completo (y eso que es tenido como supremo Maestro en ella) cuando confiesa que ignoraba muchas voces referentes a las artes: nunca, seguramente, conversó con los zapateros remendones para conocer todas sus labores y aprender los nombres de todo lo que manejan, y por lo demás, ¿de qué le iba a servir el aprenderlo?
6. Esto no lo tuvieron en cuenta algunos de los que ampliaron nuestra Puerta de las lenguas, los cuales incluyeron en ella voces muy poco usadas de cosas completamente fuera del alcance de los niños. La puerta no debe ser otra cosa sino entrada, dejando lo demás para después, especialmente todo aquello que casi nunca hay ocasión de conocer, y si esta ocasión se presentase podría acudirse a los libros suplementarios. (Vocabularios, léxicos, tratados de botánica, etc.) Por igual razón, yo también interrumpí el Postigo de la latinidad (que había empezado a formar de todas aquellas voces olvidadas o poco usadas).
7. En tercer lugar, para formar a la vez el entendimiento y el lenguaje deberán proponerse a los niños cosas infantiles, dejando para la edad adulta lo propio de dicha edad; evidentemente trabajan en balde los que proponen a los niños opiniones de Cicerón o de otros grandes autores que tratan de materias que están fuera del alcance de las inteligencias infantiles. Porque, si no comprenden las materias tratadas, ¿cómo van a darse cuenta del ingenioso modo de expresarlas? Con mucha mayor utilidad se empleará el tiempo en cosas más modestas, a fin de que tanto la lengua como el entendimiento se desarrollen de un modo gradual. La naturaleza no da saltos y tampoco el arte que no es sino imitación de la naturaleza. Antes hay que enseñar al niño a andar que adiestrarle en el baile; antes cabalgará en una vara de caña que guiará enjaezados caballos; antes balbuceará que hablará, y antes hablará que pronunciará elocuentes discursos; ya negaba Cicerón que se pudiese enseñar oratoria a quien no supiera hablar.
8. En cuanto a la poliglotía, con este método se conseguirá el resultado breve, y con poco trabajo, de aprender muchas lenguas por medio de las ocho reglas que siguen:
9. Cada lengua debe aprenderse por separado.
En primer lugar, desde luego, la lengua corriente: luego aquellas que se emplean con frecuencia en lugar de la usual, como son las de los países circundantes. (Estimo que deben anteponerse las lenguas que sean vulgares a los doctos.) Luego la latina y después de ésta la griega, hebrea, etc., una después de otra, no al mismo tiempo, de lo contrario se confundirían unas con otras. Sin embargo, una vez que ya estén firmemente sabidas por el uso podrán útilmente compararse por medio de Diccionarios comunes, gramáticas, etc.

10. Cada lengua tenga su tiempo determinado.
No hay tampoco que convertir en una gran obra estos adornos y perder con los vocablos el tiempo que necesitamos para las cosas. La lengua corriente, como se refiere a las cosas que poco a poco van presentándose al entendimiento, requiere necesariamente varios años; pongamos ocho o diez, esto es, toda la infancia y parte de la puericia. De ésta podemos pasar a otra lengua vulgar, cualquiera de las cuales puede muy bien aprenderse en el espacio de un año: el estudio de la latina puede hacerse en dos años; uno basta para el griego y un semestre para el hebreo.
11. Toda lengua debe aprenderse más con el uso que por medio de reglas.
Esto es, oyendo, leyendo, volviendo a leer, copiando y haciendo ejercicios de palabra y por escrito con la mayor frecuencia posible. Véase lo que se ha dicho en el capítulo precedente, reglas I y XI.
12. No obstante, las reglas servirán para ayudar y afirmar el uso.
Esto es lo mismo que hemos dicho en el capítulo anterior, regla segunda, etc. Desde luego, esto es de extraordinaria aplicación a las lenguas sabias que forzosamente hemos de aprender en los libros; pero también puede entenderse respecto de las lenguas vulgares. Pues tanto la italiana, como la francesa, alemana, bohemia y húngara pueden estar contenidas en reglas y preceptos, y de hecho ya lo están.
13. Los preceptos referentes a las lenguas deben ser gramaticales, no filosóficos.
Es decir, no deben investigar con sutileza las razones o causas de las voces, frases o enlaces, por qué es necesario que sea así o de otro modo, sino que deben explicar, sin arte alguno, cómo y qué ha de hacerse. La especulación sutil de las causas y enlaces, semejanzas y diferencias, analogías y anomalías que afectan a las palabras y a las cosas es propia de la filosofía, y no hace sino entretener al filólogo.
14. La lengua más conocida ha de ser la norma de los preceptos que para la nueva lengua se escriban, de manera que solamente se haga notar la diferencia de la una a la otra.
Repetir lo que es común, no solamente es inútil, sino que ocasiona perjuicio, porque asusta a la inteligencia con la idea de una prolijidad y discordancia mayor de la que efectivamente existe. Por ejemplo: no hay necesidad alguna de repetir en la gramática griega las definiciones de nombres, verbos, casos, tiempos, etc., ni las reglas de sintaxis, que no aportan nada nuevo, porque todo esto se supone ya sabido. De manera que solamente hay que hacer notar aquello en que la lengua griega se aparta de la latina, que ya conocemos.
Entonces la gramática griega se quedará reducida a unas cuantas hojas, y todo aparecerá más claro, fácil y seguro.
15. Los primeros ejercicios de la nueva lengua han de hacerse sobre materia conocida.
De este modo no tendrá necesidad el entendimiento de aplicarse conjuntamente a las palabras y al asunto y por ello distraerse y disminuir su intensidad, sino solamente atenderá a las palabras y con más facilidad y prontitud se adueñará de ellas. La referida materia podrá ser algún capítulo del Catecismo, o un relato bíblico o cualquiera otra cosa por el estilo de antemano conocida. [Si agrada pueden emplearse nuestros Vestíbulo y Puerta, aunque ésta es más a propósito para aprender de memoria por su brevedad, y el primero para leer y releer por la frecuente repetición de las mismas voces, gracias a la cual se hacen más familiares éstas al entendimiento y la memoria.]
16. Todas las lenguas pueden aprenderse con el mismo y único método.
Esto es con el uso; añadiendo preceptos muy fáciles que señalen tan sólo las diferencias respecto a la lengua conocida, y con ejercicios sobre materias que sean también conocidas, etc.
17. Sobre el aprendizaje perfecto de las lenguas.
Ya dijimos al comienzo de este capitulo que no todas las lenguas que se aprenden han de serlo con igual cuidado. Únicamente en la lengua propia y en el latín debemos fijar con preferencia nuestra atención para obtener en ellas la mayor perfección posible. El estudio de estas dos lenguas debemos dividirlo en cuatro edades:

Primera…	Infantil, balbuciente:	en la cual	De cualquier modo	
Segunda.	Edad, ha	pueril, adolescente:	aprende-	Con propiedad
Tercera…	de ser	juvenil, florida:	ran a ha-	Con elegancia
Cuarta….		Viril, potente:	blar	Con energía

18. Sólo se marcha rectamente cuando se camina por grados; de otro modo todo es confusión, dislocación y disgregación, como en nosotros mismos hemos experimentado muchas veces. Los aficionados a las lenguas irán adelante con facilidad por medio de estos cuatro grados, si saben escoger con cuidado los instrumentos para

aprender las lenguas; esto es, los libros, ya didácticos, que deben darse a los que aprenden; ya informadores, compuestos para el manejo de los que enseñan, ambos breves y metódicos.

19. Los libros didácticos habrán de ser cuatro, conforme a los grados de las edades:

I.	VESTÍBULO	
II.	PUERTA	de la lengua (latina, por ejemplo) con
III.	PALACIO	los libros suplementarios
IV.	TESORO	

20. El VESTÍBULO debe comprender lo referente al silabeo, con algunos centenares de vocablos distribuidos en refranes o proverbios, llevando anejos unos cuadros de declinaciones y conjugaciones.

21. La PUERTA contendrá todos los vocablos más comúnmente usados en el idioma, unos ocho mil, contenidos en sentencias breves, en las que se expresarán las cosas en su sentido natural. Aquí se añadirán algunos preceptos gramaticales breves y claros que expongan con toda sencillez la verdadera y genuina forma de escribir, formar, pronunciar y construir las voces de aquella lengua.

22. El PALACIO encerrará en sí diversos discursos acerca de todas las cosas, formados con frases de todas clases y adornos oratorios; con anotaciones marginales de los autores de quienes se toma cada trozo. Al pie deberán mencionarse las reglas acerca de los mil modos de variar y matizar las frases y oraciones.

23. El TESORO se llama a los autores clásicos que con gravedad y energía han escrito acerca de cualesquiera materias, anteponiendo las reglas para buscar y reunir los nervios de la oración y sustituir los idiotismos con toda propiedad. (Aquí se hace por vez primera.) Se escogerán algunos de estos autores para ser leídos en la clase, y con los demás se formará un catálogo a fin de que no se ignore quiénes son, si alguien tuviera después ocasión o gana de consultar los autores que traten de éste o el otro asunto.

24. Llamamos libros suplementarios a los que nos sirven para sustituir a los didácticos con expedición y mayor fruto. Son, a saber:

Al Vestíbulo, el Indice de todas sus voces usual-latino y latino-usual.

A la Puerta, el Diccionario etimológico, expresando las voces primitivas en latín y lengua usual, por sus derivados y compuestos, y exponiendo el por qué de las significaciones.

Al Palacio, el Diccionario fraseológico usual-corriente, latín-latino (y si es necesario griego-griego), reuniendo en una, con la expresión del lugar en que se hallan, las diversas frases, elegantes sinonimias y perífrasis que aparecen diseminadas en dicho Palacio.

Al Tesoro le servirá de suplemento y refuerzo el Prontuario universal, desarrollando de tal manera la riqueza de ambas lenguas (corriente y latina y luego latino-griega), que no haya nada que aquí no se encuentre, y concierten todas entre sí para expresar con propiedad el sentido directo: con metáforas, el figurado; jocosamente, lo jocoso, y proverbialmente, lo proverbial. No es verosímil que exista algún país cuya lengua sea tan pobre que no tenga suficiente riqueza de voces, frases, sentencias y refranes para disponerlos con inteligencia y aplicarlos a la lengua latina, y seguramente no habrán de faltar, si se tiene habilidad para imitarlos y construirlos, parecidos con los que más se asemejen.

25. Aún estamos esperando el dicho Prontuario universal. El jesuita polaco Gregorio Cnapio prestó un gran servicio a su país con su Tesoro, que llamó Polaco-Latino-Griego; pero en él son de notar estos tres defectos:

Primero: Que no reunió todas las voces y frases de la lengua patria.

Segundo: que no las dispuso en el orden que antes recomendábamos, para que conviniesen unas con otras; las propias con las propias, las figuradas con las figuradas, las anticuadas con las anticuadas (hasta donde pudiera hacerse), con lo cual aparecería por igual la propiedad, esplendor y riqueza de cada lengua. Por el contrario, hace corresponder a cada voz y frase polaca mayor número de voces latinas, y nosotros deseamos que a cada una corresponda otra, a fin de que todas las elegancias latinas tengan equivalencia en nuestro idioma, con lo cual será este Prontuario utilísimo para traducir cualquier libro del latín al idioma corriente y viceversa.

Tercero: Querríamos en el Tesoro de Cnapio mayor cuidado al disponer la serie de las frases: esto es, que no se agrupen de cualquier manera, sino que precedan las formas sencillas e históricas de hablar; luego las oraciones más notables; después las poesías más sublimes o difíciles e insólitas y, por último, las antiguas.

26. Pero dejaremos para más adelante la completa crítica sobre la estructura de este Prontuario universal, así como también el enseñar a manejar el Vestíbulo, Puerta, Palacio y Tesoro, con tan estudiada manera y orden, que infaliblemente haya de resultar lo que es nuestro fin: la perfección de la lengua. El tratado especial acerca de todo esto corresponde a la peculiar organización de las clases.

CAPITULO XXIII
MÉTODO DE LAS COSTUMBRES

1. Hasta ahora hemos tratado solamente del modo de enseñar y aprender, con la posible rapidez, el conocimiento de las ciencias, artes y lenguas. Acerca de lo cual se nos viene a la memoria el dicho de Séneca (Epístola 89): No debemos aprenderlo, sino haberlo aprendido. Porque, efectivamente, sólo constituyen la preparación para más altas empresas, como él mismo dice: Son nuestros rudimentos, no nuestras obras.

¿Cuáles serán, pues, estas obras nuestras? El estudio de la Sabiduría, que nos tornará sublimes, fuertes y magnánimos. Esto es lo que en los capítulos primeros hemos designado con el nombre de Costumbres y Piedad, mediante las cuales nos elevamos sobre todas las criaturas y nos acercamos más a Dios.

2. Hay que tener un especial empeño en que este arte de inculcar las buenas costumbres y la piedad se ponga en práctica con toda exactitud y sea introducido en todas las escuelas, para que éstas sean de modo cierto verdaderos talleres de hombres, como ordinariamente se les llama.

3. El arte de formar las buenas costumbres puede expresarse en 16 reglas. La primera de las cuales es:

Todas las virtudes, sin exceptuar ninguna, deben ser inculcadas a la juventud.

Nada puede suprimirse en la rectitud y honestidad sin causar vacíos o desconcierto.

4. En primer lugar, las virtudes fundamentales que llaman cardinales: PRUDENCIA, TEMPLANZA, FORTALEZA y JUSTICIA.

No puede construirse un edificio sin cimientos o sin apoyar a plomo sobre ellos las demás partes de la obra.

5. PRUDENCIA se conseguirá en una recta enseñanza, aprendiendo las diferencias verdaderas de las cosas y su exacto valor.

El adecuado juicio sobre las cosas es el verdadero fundamento de toda virtud. Muy hermosas son las palabras de Vives: La verdadera sabiduría consiste en juzgar con rectitud acerca de las cosas, de manera que estimemos cada una de ellas tal y conforme es; para no correr tras las viles, creyéndolas preciosas, ni rechazar las preciosas, juzgándolas viles; no menospreciar lo que debe alabarse, ni ensalzar lo que debe ser vituperado. De aquí nacen todos los errores y vicios en la mente de los hombres: no hay en la vida humana nada tan funesto como la perversión de los juicios que impide dar a cada cosa su justo valor. Débese, por tanto, continúa, inculcar la costumbre desde niño de procurar adquirir la verdadera apreciación de las cosas, que irá creciendo al mismo tiempo que la edad. Practique lo bueno y huya de lo malvado para que la costumbre del bien obrar forme parte de su naturaleza, etc.

6. TEMPLANZA se inculcará a los niños y se acostumbrarán a guardar al tomar la comida y la bebida, en el sueño y la vigilia, en los trabajos y recreos, hablando y guardando silencio, durante todo el tiempo de su educación.

Para lo cual es regla de oro que siempre deben tener presente todos los jóvenes, la de Nequid nimis: nada con exceso, para detenerse en todo ante la hartura y el fastidio.

7. FORTALEZA se adquiere al dominarnos a nosotros mismos; conteniendo nuestro deseo de pasear o divertirnos fuera de tiempo o con exceso; reprimiendo la impaciencia, murmuración o la ira. El fundamento de esta virtud estriba en que todo debe hacerse movido por la razón, no por la pasión o el deseo. El hombre es animal racional, luego debe acostumbrarse a dejarse conducir por la razón, deliberando en todas sus obras, el qué, porqué y cómo debe proceder en cada una de ellas. De este modo el hombre será efectivamente rey y señor de sus acciones. Y como los niños no son todavía capaces (a lo menos no todos) de proceder con tal deliberación y raciocinio, debe ser nuestro más notable empeño el de inculcarles la fortaleza y el dominio de sí mismos, si se les acostumbra a que ejecuten la voluntad de otro antes que la suya:

esto es, obedeciendo a los superiores con toda prontitud en todas las cosas. El que doma potros, dice

Lactancio, lo primero que les enseña es obedecer al freno: el que pretende educar niños debe procurar, en primer lugar, que atiendan a lo que se les dice. ¡Oh, qué esperanza tan grande de que se traigan a mejor camino las confusiones humanas que inundan el mundo entero se aparece ante nuestros ojos, si desde la más tierna edad se acostumbran todos a ceder ante los demás y guiarse en todas sus cosas por la luz de la razón!

8. JUSTICIA aprenderán no dañando a nadie, dando a cada uno lo que es suyo; huyendo de la mentira y el engaño y comportándose atenta y amablemente.

Para todo lo cual, como para lo arriba dicho, bastará observar cuanto prescriben las reglas que siguen:

9. Son especies de la Fortaleza la honesta desenvoltura y la constancia en los trabajos, sumamente necesarios a la juventud.

Como hay que pasar la vida hablando y trabajando, deben enseñarse los niños a soportar la presencia de los hombres y los trabajos honestos para no convertirse en huraños o misántropos, holgazanes, carga inútil para la tierra. La virtud se fomenta con hechos, no con palabras.

10. La honesta desenvoltura se consigue con el trato frecuente con personas honradas y la ejecución en su presencia de todo lo que nos sea ordenado.

Aristóteles educó así a Alejandro, de tal modo que a los doce años de edad estaba acostumbrado a tratar con los Reyes, Legados de los Reyes o del Pueblo, doctos e indoctos, urbanos o campesinos, artesanos, etc., y preguntaba o respondía en medio de ellos sobre cualquier materia de que se trataba. Para imitar esto en nuestra educación general, debe enseñarse a todos la manera de conversar y practicarla a menudo, hablando con los padres, condiscípulos, preceptores, servidumbre, etc., y deberá en ello acentuarse la atención del preceptor para que corrija con sumo cuidado lo que note de abandono, imprudencia, rusticidad, orgullo, etc.

11. Los jóvenes tendrán resistencia para los trabajos si están siempre haciendo alguna cosa, ya en serio, ya por recreo.

A este propósito no interesa el qué y cómo se haga, sino que se haga. Puede muy bien aprenderse por recreo una cosa, que sea de gran utilidad si llega la ocasión. Y (como ya dijimos en otra parte) lo que ha de hacerse se aprende haciéndolo, así también trabajando se aprende a trabajar, a fin de que la ocupación constante (aunque siempre moderada) del alma y del cuerpo engendre la destreza y haga intolerable la indolente ociosidad al hombre diligente. Así será verdad lo que dice Séneca: El trabajo produce ánimos generosos.

12. Desde el primer momento hay que inculcar en los niños aquella otra virtud hermana de la justicia: la prontitud y buen deseo de ser útil a los demás.

Mancha nuestra corrompida naturaleza un negro vicio, el egoísmo, por el cual sólo piensan todos en su propio provecho sin tener presente el interés de los demás. De aquí se origina mucha confusión en las cosas humanas, por cuanto cada uno tiene solamente cuidado de sus cosas posponiendo el bien público. Hay, por tanto, que inculcar con firmeza en la juventud el conocimiento del fin de nuestra vida; esto es, que no hemos nacido para nosotros solos, sino para Dios y el prójimo, es decir, para la sociedad del género humano, a fin de que seriamente persuadidos de ello, se acostumbren desde niños a imitar a Dios, los ángeles, el sol y otras generosas criaturas, procurando ser útiles a los más. Mejor sería el estado de los asuntos públicos y privados si todos aspirasen al bien común y cada uno supiese y quisiese ayudar a los demás en todo. Sabrán y querrán si para ello son educados.

13. La educación de las virtudes debe comenzar desde la primera edad, antes que los vicios se apoderen del espíritu.

Pues si no siembras con buena semilla el campo, ciertamente que producirá hierbas; ¿pero cuáles?, la cizaña y otras malas hierbas. Si tienes propósito de hacerle producir, con más facilidad lo cultivarás y podrás esperar con segura esperanza buena cosecha si al comienzo de la primavera le aras, rastrillas y labras. Por lo tanto es de gran importancia habituarse desde el principio, porque la vasija conserva durante largo tiempo el olor del líquido que cuando nueva contuvo.

14. Las virtudes se aprenden ejecutando constantemente obras honestas.

Ya hemos visto en los capítulos XX y XXI que lo cognoscible se aprende conociendo y lo que ha de hacerse haciéndolo. Y de igual manera que los niños se enseñan a andar, andando; a hablar, hablando; a escribir, escribiendo, etc. así aprenderán la obediencia, obedeciendo; la abstinencia, con la sobriedad; la veracidad,

diciendo siempre la verdad; la constancia, perseverando en todo, etc., con tal que haya quien les dirija con la palabra y el ejemplo.
15. Continuamente se pondrán de relieve los ejemplos de la vida de los padres, madres, preceptores y condiscípulos.
Los niños son como los monos; cuanto ven, ya sea bueno ya malo, intentan al momento imitarlo, aun sin mandárselo y por eso aprenden antes a imitar que a conocer. Podemos entender igualmente los ejemplos vivos que los tomados de la historia; pero, no obstante, nos impresionan antes los vivos porque nos tocan más de cerca y con mayor fuerza. Será un medio eficaz para estimular a los discípulos hacia la vida honesta el ejemplo de los padres honrados, fieles guardianes de la disciplina doméstica, o de los preceptores, lo más escogidos de los hombres.
16. Deben, sin embargo, los ejemplos ir acompañados de preceptos y reglas de vida.
De esta manera, la imitación se corregirá, adicionará y asegurará. (Véase lo que se ha dicho en la regla IX del capítulo XXI.) Se tomarán estos preceptos de la Sagrada Escritura y de las sentencias de los sabios. Por ejemplo: ¿Por qué y cómo se debe huir de la envidia? ¿Con qué armas ha de defenderse el corazón de los dolores y desgracias humanas ¿Cómo deben moderarse las alegrías? ¿Cómo ha de contenerse la ira y huirse los amores ilícitos? y otras cosas por el estilo conforme a la edad y aprovechamiento de los alumnos.
17. Hay que guardar con toda diligencia a los muchacho de las malas compañías para que no se corrompan.
El mal siempre atrae con tenacidad y mayor facilidad causa de la corrupción de nuestra naturaleza. Hay por lo mismo que apartar de la juventud con decidido empeño te das las ocasiones de corrupción, como son las malas compañías, las conversaciones imprudentes y los libros necios. Le ejemplos viciosos que entran en nosotros por los ojos o los oídos son como veneno para el alma. También debe evitarse el ocio para no aprender a obrar mal, por no hacer nada, adquirir torpeza y dificultad de espíritu por lo mismo. Ser lo más conveniente estar siempre ocupado, ya en cosas serias, ya en alguna distracción, para no dejar ocasión alguna a la holganza.
18. Es absolutamente necesaria la disciplina para prevenir y contrarrestar las malas costumbres, puesto que apenas podemos estar tan sobre aviso que no nos veamos arrastrados por alguna maldad. Satanás, nuestro enemigo, no solamente nos acecha cuando dormimos, sino cuando vigilamos, y al sembrar en las a mas la buena simiente, procura interponerse para mezclar la semilla de su cizaña, que la misma naturaleza corrompida hace brotar aquí y allá, de manera que es necesario valerse de la fuerza para detener el mal. Este se corrige eficazmente por medio de la disciplina, esto es, con reprimendas y castigos, con palabras y azotes, conforme la gravedad del asunto lo demanda: siempre a continuación de la falta, para sofocar en su primer brote al vicio que nace, o mejor, si es posible, arrancarle de raíz. Así, pues, debe mantenerse en las escuelas severa disciplina, no tanto para las letras (que rectamente enseñadas son goces y estímulos para el ingenio humano), cuanto para el fomento y guarda de las buenas costumbres.
Acerca de la Disciplina hablaremos más adelante en el capítulo XXXI.

CAPITULO XXIV
MÉTODO DE INCULCAR LA PIEDAD

1. Aunque la PIEDAD es un don de Dios y nos viene del cielo, siendo maestro y doctor de ella el Espíritu Santo; como éste obra ordinariamente por medios ordinarios y elige como auxiliares suyos a los padres, preceptores y ministros de la Iglesia para que planten y rieguen con sumo cuidado las plantas del Paraíso (1. Cor., 3. 6, 8), es necesario que éstos conozcan el fundamento de sus obligaciones.
2. Anteriormente hemos explicado lo que quiere decir el nombre de Piedad: esto es, que (instruidos rectamente sobre las materias de la Fe y la Religión) sepa nuestro corazón buscar a Dios (a quien la Sagrada Escritura llama escondido, Isaías, 45. 15, y rey invisible, Hebreos, 11. 27, es decir, que se oculta con el velo de sus obras, y presente invisiblemente en todo lo visible lo rige también de moda invisible); donde quiera que lo halle, seguirle, y una vez seguido, gozarle. Lo primero se hace con el entendimiento, la segundo con la voluntad y lo tercero con el placer de la conciencia.

3. Buscamos a Dios comprobando las huellas de su divinidad en todo lo creado. Seguimos a Dios entregándonos por entero a su voluntad en todo, tanto para obrar coma para padecer lo que fuere su
beneplácito. Gozamos a Dios descansando en su amor y favor de tal manera, que nada pueda haber ni en el Cielo ni en la Tierra que nos sea más deseable que Dios mismo; nada más agradable que pensar en Él; nada más dulce que su amor, de modo que se inflame nuestro corazón en amor suyo.
4. Para saciar por completo este afecto tenemos una fuente triple y tres también son los modos o grados de beber de ella.
5. Las fuentes son: LA SAGRADA ESCRITURA, EL MUNDO y NOSOTROS MISMOS. En lo primero, la palabra de Dios; en la segunda, sus obras; en nosotros, su inspiración. Está fuera de duda que puede sugerirnos la Sagrada Escritura el conocimiento y el amor de Dios. En cuanto al mundo, la prudente observación de las admirables obras divinas despierta en nosotros el sentimiento de la piedad, como lo confirman los mismos gentiles, los cuales fueron arrebatados a la veneración de la divina inteligencia por la sola contemplación del mundo. Lo prueba el ejemplo de Sócrates, Platón, Epicteto, Séneca y otros; aunque este amor fuese imperfecto y apartado de su fin, en hombres que no estaban ayudados por la divina revelación. Pero aquéllos que buscan con empeño el conocimiento de Dios en sus palabras y obras, quedan abrasados de ardiente amor, como vemos en Job, Eliu, David y otros piadosos varones. Lo que también se revela en su particular providencia con nosotros mismos (que admirablemente nos forma, nos conserva y nos dirige), como David (salmo 139) y Job (capítulo 10) demuestran con su ejemplo.
6. El modo de obtener la Piedad de estas tres fuentes es igualmente triple: Meditación, Oración y Prueba o tentación. Lutero afirmó que estas tres formaban al Teólogo, pero también podemos decir que solamente estas tres forman al Cristiano.
7. Meditación es la frecuente, atenta y devota consideración de las obras, palabras y beneficios de Dios: cómo suceden todas las cosas con el beneplácito divino (ya operante, ya permitente) y por qué caminos tan admirables llegan a sus fines las decisiones de la divina voluntad.
8. Oración es la frecuente y en cierto modo perpetua plegaria a Dios, y la imploración de su misericordia para que nos sostenga y nos dirija con su espíritu.
9. Tentación o prueba es la exploración frecuente de nosotros mismos para mayor aprovechamiento en la virtud, bien se efectúe por nosotros o por otros, en lo que consisten cada una en su estilo, las tentaciones humanas, diabólicas y divinas. Pues el hombre debe tentarse a sí propio, si está en fe (2 Corintios 13.5), y con qué cuidado ejecuta la voluntad de Dios, y también es necesario que seamos probados por los hombres, amigos y enemigos. Lo cual se realiza cuando los que nos dirigen investigan con vigilante atención y por medios patentes u ocultos cuánto hemos aprovechado; y cuando Dios coloca a nuestra diestra un adversario que nos obliga a refugiarnos en Él y nos hace ver la firmeza de nuestra fe. Finalmente, Dios suele enviarnos al mismo Satanás, o le permite levantarse contra el hombre, para que se descubra lo que hay en su corazón.
Todas estas cosas deben ser inculcadas a la juventud cristiana, para que, mediante todo cuanto existe, se hace y ha de venir, se acostumbren todos a elevar su espíritu a Aquél que es el principio y fin de todo y hallar descanso a sus almas en Él sólo.
10. Este método especial puede expresarse en las 21 reglas siguientes:
1ª El cuidado de inculcar la piedad debe comenzar en la primera infancia.
No solamente porque diferirlo no es práctico, sino porque es peligroso. La razón misma nos aconseja que conviene hacer antes lo que es primero, y con mayor empeño lo que tiene más importancia. Y ¿qué es lo que tiene mayor importancia y es antes que la Piedad, sin la cual todo otro ejercicio, sea el que fuere, es de escaso valor, y ella sola tiene la promesa de esta vida presente y de la venidera? (1. Tim 4.8) Lo ÚNICO NECESARIO es buscar el Reino de Dios (Luc. 10. 42.), que a quien por él se afana todo lo demás le será dado por añadidura (Mat. 6.33). También es peligroso diferirlo, porque si las almas de los párvulos no son criadas en el amor de Dios, con mayor facilidad sobrevendrá el desprecio tácito de la divinidad y la irreligión en el transcurso de la vida pasada, sin cuidado de Dios, durante algún tiempo, hasta el punto de que, después, sólo con gran trabajo, o tal vez nunca, podrá lograrse la enmienda. Así, el Profeta, dolorido por el horrendo diluvio de impiedad que inundaba su pueblo, dice que no quedaba nadie a quien Dios enseñase, fuera de los apartados y quitados de los pechos, esto es, los

párvulos (Isaías 28. 9). De otros, dice otro Profeta, que no podían ser corregidos para obrar bien, porque estaban habituados a obrar mal (Jerem. 13.23).
11. Desde que por vez primera saben usar sus ojos, lengua, manos y pies, deben aprender a mirar a los cielos, a tender sus manos hacia lo alto, a nombrar a Dios y a Cristo, a doblar la rodilla ante su invisible majestad y a rendirla toda veneración.
No son los niños tan incapaces de esto como imaginan aquellos que tratan este asunto con negligencia, sin tener en cuenta cuán necesario es librarnos de Satanás, del Mundo y de nosotros mismos. Aunque al principio no entiendan lo que hacen, ya que es endeble todavía el uso de su razón, sin embargo es conveniente que aprendan a ejercitarse con el uso para que sepan qué debe hacerse. Después que con el ejercicio hayan aprendido lo que deben hacer, con mayor facilidad podrá inculcárseles lo que inmediatamente sigue, que empiecen a comprender lo que se hace por qué y cómo puede hacerse rectamente. Dios mandó en su ley que se le dedicasen todas las primicias, ¿por qué no, también, las primicias de los pensamientos, lenguaje, movimientos y acciones nuestras?
12. A medida que los niños puedan ir siendo educados, debe, ante todo, hacérseles comprender que no estamos aquí por esta vida, sino que tendemos a la eternidad; esto solamente es un tránsito, a fin de que, convenientemente preparados, seamos dignos de entrar en las eternas mansiones.
Lo cual es muy fácil de enseñar mediante los ejemplos cotidianos de aquellos a quienes nos arrebata la muerte y pasan a la otra vida, lo mismo niños que adolescentes, jóvenes o ancianos. Con frecuencia se debe recordar todo esto, a fin de inculcar la consideración de que nadie puede, en modo alguno, fijar aquí su morada.
13. Como consecuencia de lo anterior, se les debe hacer observar que nada debe hacerse aquí sino prepararse para la vida que sigue.
De lo contrario, sería necio preocuparse de cosas que hemos de dejar, y descuidar en cambio las que han de acompañarnos por toda una eternidad.
14. Hay que enseñarlos que la vida a la que van los hombres desde ésta, es de dos modos:
bienaventurada, con Dios, y desgraciada, en el infierno, y una y otra por toda la eternidad.
Con el ejemplo de Lázaro y del Epulón, cuyas almas fueron llevadas, la del primero, al cielo, por los ángeles, y la del segundo, al infierno, por los demonios.
15. Dichosos una y mil veces son aquellos que disponen su vida de tal modo que son considerados dignos de ir a Dios.
Pues fuera de Dios, fuente de luz y de vida, sólo hay tinieblas, horrores, tormentos y perpetua muerte sin muerte; que más valdría no haber nacido a quienes se apartaron de Dios y se precipitaron en el abismo del destierro eterno.
16. Serán, ciertamente, llevados a Dios los que aquí dirigen sus pasos con ÉL.
Como Enoch y Elías, vivos ambos y otros después de su muerte (Génesis 5. 24, etc.).
17. Dirigen sus pasos con Dios quienes siempre le tienen ante su vista, le temen y guardan sus mandamientos.
Esto afecta al hombre entero (Eclesiastés 12. 15). Lo que Jesucristo afirmó que era la única cosa necesaria (Lucas 10. 42). Todos los cristianos deben aprender a tenerlo siempre en la boca y en el corazón, a fin de que no se preocupen demasiado con la afanosa Marta de los cuidados de esta vida.
18. Así, pues, todo cuanto en este mundo ven, oyen, tocan, hacen y padecen, deben acostumbrarse a
dirigirlo a Dios, ya inmediata, ya mediatamente.
Lo aclararemos por medio de ejemplos. Los que se aficionan a los estudios literarios o a la vida contemplativa deben entregarse a ello para admirar por doquier el poder, sabiduría y bondad de Dios, y por este medio encenderse en su divino amor, uniéndose a Él en este amor más y más para no separarse en toda la eternidad. Aquellos que emprenden trabajos externos, la agricultura, oficios, etc., y en ello buscan el pan y todo lo demás necesario para la vida, a fin de vivir cómodamente, deben emplear esta vida cómoda en servir a Dios con tranquila y alegre conciencia, sirviéndole agradarle, y agradándole unirse a Él eternamente. Los que se conducen con las cosas con otros fines se apartan de la intención de Dios y de Dios mismo.
19. Desde la primera edad hay que aprender a ocuparse cuanto sea posible en todo aquello que conduce inmediatamente a Dios: la lectura de la SAGRADA ESCRITURA, el ejercicio del culto divino y las buenas obras externas.

La lectura de la Sagrada Escritura excita y aumenta el recuerdo de Dios; el ejercicio del culto divino revela al hombre la presencia de Dios y le une a Él; las buenas obras afirman esta unión, porque hacen ver que caminamos por los mandatos divinos. Estas tres cosas deben ser recomendadas seriamente a los candidatos a la Piedad (que es toda la juventud cristiana, consagrada a Dios por el Bautismo).

20. Por lo tanto, la Sagrada Escritura debe ser el principio y el fin en las escuelas cristianas.

Hyperio afirmó que el teólogo nace en la Escritura, y vemos también que el Apóstol Pedro lo amplía más al repetir en muchos lugares que los hijos de Dios nacen de incorruptible semilla, por la palabra de Dios vivo y perpetuo para siempre (1. Pedro 1. 23). Así, pues, en las escuelas cristianas debe ocupar este libro de Dios el primer lugar sobre todos los demás libros, para que con el ejemplo de Timoteo, todos, todos, todos los cristianos adolescentes, instruidos desde niños en las letras sagradas, se hagan sabios para su salvación (2. Timot. 3.15), nutridos con las palabras de la fe (1. Tim. 4. 6). Con gran belleza disertó en su tiempo Erasmo acerca de esto en su Paraclesis, esto es, exhortación para el estudio de la Filosofía cristiana. La Sagrada Escritura, dice, se aplica a todos igualmente; se acomoda a los párvulos, atemperándose a su capacidad, alimentándolos con la leche nutriéndolos y sustentándolos, haciendo todo hasta que nos hagamos grandes en Cristo. Y lo mismo que no deja a los ínfimos, es también admirable para los mayores. Es pequeña con los pequeños, es sumamente magna con los grandes. No desdeña ninguna edad, ningún sexo, ninguna fortuna, ninguna condición. No es más común y útil a todos el sol que la doctrina de Cristo. No aparta de sí a ninguno, a no ser que él mismo se separe en su daño, etc. Añade: ¡Ojalá que todo esto se difundiese en las lenguas de todas las gentes para que pudiesen leerlo y conocerlo, no sólo los escoceses e irlandeses, sino los turcos y sarracenos! ¡Realícese, que aunque muchos se rían, otros tantos seguramente lo aprovecharán! ¡Ojalá cantase algo de esto el labrador que guía la esteva! ¡Ojalá el tejedor lo recitase entre los telares! ¡ Y el caminante distrajese con ello la pesadez del camino! ¡Y todas las conversaciones de los cristianos versasen acerca de esto! Somos de ordinario lo que revelan nuestras diarias ocupaciones. Coja cada uno lo que pueda, y exprese lo que le sea posible. El que está detrás, no envidie al que va delante, y el que está antes, anime al que le sigue, no le desprecie. ¿Por qué hemos de limitar a unos pocos lo que debe ser profesado por todos? Y al final: Cuantos en el Bautismo hemos prometido sobre las palabras de Cristo (si lo juramos de verdad) debemos ser instruidos en los dogmas de Jesucristo entre los brazos de nuestros padres y en el regazo de nuestras madres. Profundísimamente se siembra y con tenacidad arraiga lo que llena por vez primera la vasija nueva del alma. El primer balbuceo sirva para nombrar a Cristo; en su Evangelio se forme la primera infancia, que yo desearía que se explicase para ser amado por los niños. Sobre esto versen sus estudios hasta que con tácitos aumentos crezcan en el varón robusto en Cristo. ¡Dichoso aquél a quien la muerte sorprende en estas enseñanzas! Procurémoslas todos con ansia; abracémoslas y besémoslas; dediquémonos a ellas con ahínco, y en ellas muramos y seamos transformados, ya que las costumbres siguen a las enseñanzas, etc.

El mismo Erasmo, en el Compendio de Teología, dice: No ha sido inútil a mi ciencia el aprenderme a la letra los libros divinos, y al no entenderlos, con el autor Agustín, etc.

Así, pues, en las escuelas cristianas no deben estar Plauto, ni Terencio, ni Ovidio, ni Aristóteles, sino Moisés, David, Jesucristo; y deben idearse los modos en virtud de los cuales la Biblia sea tan familiar como el alfabeto a la juventud consagrada a Dios (todos los hijos de los cristianos son santos, 1. Cor. 7.14.) Así como se construye toda oración con los sonidos y caracteres de las letras, así la estructura completa de la Piedad y Religión se forma con los elementos de las letras divinas.

21. Todo lo que se aprenda en la Sagrada Escritura deberá referirse a la Fe, la Caridad y la Esperanza.

Estos son los tres supremos órdenes a que se reduce todo lo demás con que hemos visto que Dios se manifiesta a nosotros. La primera nos da la revelación para que sepamos; la segunda manda para que hagamos, y la última nos promete para que esperemos en su benignidad en esta vida y en la futura. Nada hay en toda la Sagrada Escritura que deje de incluirse en alguno de estos tres capítulos. Por lo cual, deben todos ser enseñados a entenderlos para saber discurrir fundadamente acerca de los divinos oráculos.

22. Hay que enseñar prácticamente la Fe, la Caridad y la Esperanza.

Desde el primer momento es necesario formar cristianos prácticos, no teóricos, si pretendemos que sean verdaderos cristianos. La religión es cosa viviente, no fingida, y debe revelar efectivamente su vitalidad, de igual manera que germina la simiente colocada en tierra buena. Por esto la Escritura requiere una fe eficaz (Galat. 5. 6),

sin lo cual la denomina muerta (Sant. 2. 20), exigiendo también esperanza viva (1. Ped. 1. 3). De aquí aquella voz tan frecuente en la ley al comunicar desde el cielo lo que se revelaba, para que lo hagamos. Y Jesucristo: Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis sí las hiciéreis. (Juan 13. 17)

23. La Fe, la Caridad y la Esperanza serán fácilmente enseñadas a practicar, si acostumbramos a los niños (y a todos) a creer con firmeza lo que Dios nos revela, a ejecutar lo que nos manda y a esperar lo que nos promete.

Hay que hacer notar e inculcarlo diligentemente en la juventud, que si quieren que la palabra de Dios sea en ellos fuerza divina para su salvación, deben ofrecer su corazón humilde y devoto, dispuesto siempre y en todo a someterse a Dios y sometiéndose ya de hecho. Como el sol no comunica su luz sino a quien no quiere abrir sus ojos, ni los manjares nutren a quien se niega a comerlos, así la luz divina transmitida a las inteligencias; los mandatos que subordinan nuestras acciones y la bienaventuranza prometida a los que temen a Dios, serán en vano si no los rodeamos con fe expedita, ardiente caridad y firme esperanza. De igual manera que Abraham, padre de los creyentes, creía hasta lo increíble a la razón humana, teniendo confianza en las palabras de Dios; ejecutando lo que era penosísimo para la débil carne (como fue abandonar su Patria y sacrificar a su hijo, etc.), siguiendo los mandatos de Dios y confiando en sus promesas, esperaba basta lo que parecía no poder esperarse. Esta fe tan viva y eficaz le fue premiada en justicia. Todo lo cual hay que demostrar a los que se entregan a Dios para que lo experimenten en sí mismos y lo observen continuamente.

24. Todo aquello en que instruyamos a la juventud cristiana después de las Escrituras Sagradas (Ciencias, Artes, lenguas, etc.), debemos enseñarlo subordinándolo a dichas Escrituras, para que se pueda advertir y ver claramente que todo es simple vanidad si no se encamina a Dios.

Es alabado Sócrates, entre los antiguos, porque aplicó a las costumbres las desnudas y espinosas especulaciones filosóficas, y los Apóstoles procuraron llevar a los cristianos a la dulce caridad de Cristo, desde las intrincadas cuestiones de la ley (1. Tim. 1. 5. 6. 7., etc.), del mismo modo que algunos piadosos teólogos modernos tornan al cuidado y práctica de la conciencia desde las perplejas controversias, que más destruyen que robustecen a la Iglesia. ¡Oh, compadézcase Dios de nosotros y nos haga encontrar un procedimiento general, mediante el cual sepamos encaminar con eficacia a Dios todo cuanto llena el humano entendimiento fuera de Él, y enderezar a la consecución de la vida celestial todos los negocios de esta humana vida en que el mundo está engolfado! ¡Ésta sería la verdadera escala sagrada, por la que subirían sin trabajo nuestras inteligencias basta aquel supremo y eterno Gobernador de todas las cosas, inagotable manantial de la verdadera bienaventuranza!

25. Todos deben ser enseñados a practicar religiosamente el culto divino, tanto interno como externo, para que ni el interno se enfríe sin el externo, ni éste degenere en hipocresía sin el primero.

El culto externo de Dios es la oración acerca de Él, la predicación y explicación de su palabra, la adoración de rodillas, el cántico de sus alabanzas en los himnos, el uso de los sacramentos y otros ritos sagrados, tanto públicos como privados. El culto interno es el pensamiento perpetuo de la Presencia divina, el temor y amor de Dios, la abnegación y resignación propias en sus manos, en una palabra, la voluntad decidida de hacer y padecer cuanto agrade al Señor. Uno y otro culto debe practicarse conjuntamente, no por separado; no solamente por ser de justicia glorificar a Dios con nuestro cuerpo y nuestra alma, que son suyos (1. Cor. 6. 20.), sino porque no pueden separarse sin gran peligro. Dios aborrece los ritos externos, sin la veraz intención interna. ¿Quién pide esto de vuestras manos?, etc. (Isaías 1. y en otros lugares). Y porque Dios es espíritu y quiere ser adorado con espíritu y verdad (Juan 4.) Además, como nosotros no somos únicamente espirituales, sino dotados de cuerpo y sentidos, es necesario estimular externamente a nuestros sentidos, para que hagan lo que internamente ha de hacerse con espíritu y verdad. Por lo tanto, aunque Dios exige principalmente la adoración interna, nos ordena juntamente la externa, y quiere que se guarde. El mismo Cristo, aunque liberó de ceremonias el culto del Nuevo Testamento, enseñó que había de servirse a Dios con espíritu y verdad. Adoraba al Padre con el rostro inclinado, y pasaba noches enteras en aquella adoración; frecuentaba los lugares sagrados, oía e interrogaba a los Doctores de la ley; predicaba la palabra de Dios; cantaba sus himnos, etc. Al educar a la juventud para la religión, hemos de hacerlo íntegramente, externa e internamente para no formar o hipócritas, es decir, superficiales, fingidos, simulados devotos de Dios, o fanáticos, aferrados a sus delirios y destructores del decoro y orden de la Iglesia, con desprecio del ministerio externo, o, por último, tibios, si en ellos el culto externo no sirve de estímulo al interno, ni éste da vida al exterior.

26. Hay que acostumbrar con todo cuidado a los niños a la práctica de las obras externas, ordenadas por la divinidad, para que sepan que el verdadero cristianismo consiste en manifestar la fe por medio de las obras.
Estas obras exteriores son la templanza, justicia, misericordia y paciencia, cuyo ejercicio no debe jamás ser interrumpido. Si nuestra fe no produce tales frutos, será señal de que está muerta (Sant. 2) - Pero conviene que esté viva, si ha de salvarnos.
27. También aprenderán a distinguir con precisión los límites de los beneficios y juicios de Dios, para que sepan usar legítimamente de todos, sin abusar de ninguno.
Fulgencio (Ep. 2. a Gala) divide en tres clases los beneficios de Dios. Unos dice que son eternamente duraderos; otros sirven para alcanzar la eternidad, y otros, por último, solamente para el uso de la vida presente. Los de la primera clase son: el conocimiento de Dios, el gozo en el Espíritu Santo y la caridad divina que se derrama en nuestros corazones. De le segunda clase dice que son: la fe, la esperanza y la misericordia para con el prójimo; y de la tercera, la salud, riquezas, amigos y todo lo demás externo, que por sí no hacen al hombre ni feliz ni desgraciado.
De igual manera, los juicios o castigos divinos son de tres géneros: Unos (a los que Dios perdona en la eternidad) los sufren en esta vida y se ejercitan con su cruz para purificarse y limpiarse (Dan. 11. 35.-Apoc. 7. 14.), como ocurrió. Otros son tolerados aquí para ser castigados en la eternidad, como el rico Epulón. Las penas de otros empiezan en esta vida, para continuar después en la otra, por siempre jamás, como acaeció a Saúl, Antioco, Herodes, Judas, etc. Deben enseñarse los hombres a establecer verdadera distinción en todas las cosas, a fin de que no antepongan las que sólo a esta vida respectan, engañados por los bienes sensuales; deben también temer, no tanto los males presentes, sino los del infierno, no sólo aquello que puede matar el cuerpo y no tiene poder para más, sino lo que puede perder el cuerpo y arrastrar el alma a la eterna perdición (Luc. 12).
28. Adviértase que el camino más seguro de esta vida es el camino de la cruz, por lo cual Cristo es en ella el guía de la vida, invita a los demás a su cruz y guía con ella a aquellos a quienes ama.
El misterio de nuestra salvación terminó en la cruz y tiene su fundamento en ella: esto es, que en ella debe mortificarse el viejo Adán para que viva el nuevo conforme por Dios fue creado. Así, pues, Dios castiga y en cierto modo crucifica con Cristo a aquellos a quienes ama para que, resucitados con el mismo Cristo, puedan ser colocados a su diestra en los cielos. Y como la palabra de la cruz es potencia de Dios para salvar a los que creen (1 Cor. 1. 18), es necedad y estorbo de la carne que sea necesario inculcar una y otra vez en los cristianos que no pueden ser discípulos de Cristo sin hacer negación de sí mismos y ofrecer sus hombros para llevar la cruz de Cristo (véase Lucas, 14, vers. 26 al fin) y estar dispuestos durante toda su vida a seguir a Dios dondequiera que Él los lleve.
29. Hay que cuidar de que mientras se enseña todo esto no se den ejemplos contrarios.
Por lo tanto, se debe evitar que los niños oigan y vean blasfemias, perjurios, profanaciones varias del nombre divino y otras impiedades, sino, por el contrario, deben advertir en cualquier parte a donde vayan, reverencia a Dios, observancia de la religión y cuidado de la conciencia. Y si ocurre lo contrario, en la escuela o en su casa, vean que no se deja pasar impunemente, sino que se corrige con severidad, procurando especialmente que la pena por la ofensa a la divinidad sea más atroz que las del insulto a Prisciano u otro delito externo.
30. Finalmente, como en la corrupción de este mundo y naturaleza no aprovechamos tanto como debemos, y si aprovechamos algún tanto la misma depravada carne lo convierte en complacencia suya y soberbia espiritual, en lo que hay un peligro inmenso para nuestra salvación (porque Dios resiste a las soberbios), hay que enseñar a todos los cristianos que todas nuestras buenas obras y propósitos nada valen por su misma imperfección si no nos auxilia con su perfección Jesucristo, el cordero de Dios que quita los pecados del mundo, en el que el Padre tiene sus complacencias, etc. Sólo a Él hay que invocar y únicamente en Él hay que confiar.
Así pondremos en lugar seguro la esperanza de nuestra salvación si la prestamos con la fianza de Cristo, piedra angular, que como es la cúspide de toda perfección, en el cielo y en la tierra, así también es el solo y único iniciador y perfeccionador de la Fe, Caridad, Esperanza y salvación nuestra. Pues, efectivamente, el Padre le envió desde el cielo para que, hecho Emmanuel (Dios y hombre), uniese a los hombres con Dios, y viviendo santísimamente en la humanidad que había aceptado, ofreciese a los hombres el modelo de una vida divina, y al morir inocente expiase por sí mismo las maldades del mundo y lavase nuestros pecados con su sangre; finalmente,

al resucitar, mostrase la muerte vencida por su muerte, y al ascender a los cielos y enviar el Espíritu Santo como prenda de nuestra salvación, habitase por él en nosotros como templos suyos y nos gobernase y guardase mientras permanecemos aquí en lucha, y después nos resucitase y llevase con él, para
que donde Él esté estemos también nosotros y esperemos su gloria, etc.

31. Para este único Guardador eterno de todos, con el Padre y el Espíritu Santo sea la alabanza, honor, bendición y gloria por los siglos de los siglos. AMÉN.

32. Más adelante iremos prescribiendo el modo particular de poner en práctica rectamente todo lo dicho en cada una de las clases de escuelas.

CAPITULO XXV

Si queremos reformar las escuelas conforme a las normas verdaderas del cristianismo, hemos de prescindir de los libros de los gentiles o, por lo menos, usarlos con más cautela que hasta el presente.

Tenemos necesidad extraordinaria e ineludible de conseguir por todos los medios lo que dejamos probado en el capítulo precedente. Porque si queremos tener escuelas verdaderamente cristianas, es necesario alejar de ellas la turba de doctores gentiles. Sobre lo cual, expondremos primero las causas más importantes, y después demostraremos le precaución que hay que tener con esos sabios mundanos, para hacer nuestro lo que ellos pensaron, dijeron o efectuaron rectamente.

2. El amor por la gloria de Dios y la salvación del hombre, nos fuerza a vigilar sobre esta materia, sobre todo viendo que las principales escuelas de los cristianos sólo siguen a Cristo en el nombre, teniendo, por el contrario, en gran estimación a los Terencios, Plautos, Cicerones, Ovidios, Cátulos y Tibulos, Musas y Venus. De donde se sigue que sabemos más del mundo que de Cristo, y es necesario buscar verdaderos cristianos en medio de la cristiandad. Ciertamente, porque para algunos eruditísimos varones Teólogos, peritos en la divina sabiduría, Cristo les proporciona solamente la máscara, y Aristóteles, con toda su cohorte pagana, el espíritu y la sangre. Lo cual es un horrendo abuso y una torpe profanación de la libertad cristiana, a la vez que una cosa en extremo llena de peligros.

3. En primer lugar, porque nuestros hijos nacidos en Cristo han vuelto a nacer por el Espíritu Santo; por lo tanto, deben ser hechos ciudadanos del Cielo, y dárseles, ante todo, conocimiento de las cosas celestes, Dios, Cristo, los ángeles, Abraham, Isaac, Jacob, etc. Y es conveniente hacerlo antes que todo lo demás, que habrá de suspenderse entretanto, ya por la incertidumbre de la vida para que nadie sea llevado desprevenido, ya también porque las primeras impresiones se graban profundamente y (si son tantas) hacen más firmes y seguras las que vienen después.

4. Además, Dios, mirando por su pueblo escogido, no le señaló la escuela, sino en sus atrios; donde se constituyó en Doctor nuestro, nos hizo sus discípulos, y la doctrina, la voz de sus oráculos. Así habla por medio de Moisés: Oye, Israel, tu Señor Dios es uno solo. Así, pues, amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas. Y pondrás en tu corazón estas palabras que yo te ordeno hoy, y las narrarás a tus hijos y meditarás sobre ellas sentado en tu casa y andando por el camino, durmiendo y levantándote, etcétera. (Deuter. 6. 4., etc.) Y por Isaías:
Yo soy el Señor tu Dios que te enseña lo útil y te dirige por el camino que andas (48. 17). Y en otro lado: ¿Por ventura el pueblo consultará a su Dios? (8. 19). Y Jesucristo: Escudriñad las Escrituras (Juan. 5. v. 39).

5. Que esta misma voz suya es la refulgente luz de nuestro entendimiento, la regla perfectísima de nuestras acciones y el auxilio eficaz de nuestra impotencia en uno y otras, lo atestigua suficientemente con estas palabras: ¡He aquí que yo os enseñé estos estatutos y leyes! Los observaréis y cumpliréis. Pues ésta es vuestra sabiduría y prudencia a los ojos de los pueblos que una vez que lo hayan oído, dirán: ¡Qué pueblo tan sabio y prudente es esta gente! (Deut. 4. 5. 6). Así dice también a Josué: El libro de esta ley nunca se apartará de tu boca, sino que meditarás acerca de él días y noches. Y entonces adelantarás en tus caminos, y todo te saldrá bien (Josué 1. 8). Y por David: La doctrina de Jehová es íntegra, y da fuerza al alma; testimonio veraz de Jehová, que da sabiduría a los ignorantes (Salmo 19. 8). Por último, el Apóstol afirma que la Escritura inspirada por la divinidad es útil para la doctrina, etc., para hacer perfecto al hombre de Dios (2. Tim. 3. 16. 17). Lo que igualmente conocieron y

practicaron los más sabios de los hombres (quiero decir los cristianos verdaderamente iluminados). Crisóstomo dice: Todo lo que es necesario aprender o ignorar lo aprendemos en las Escrituras. Casiodoro: La Sagrada Escritura es escuela celeste, erudición vital, auditorio de la verdad, enseñanza ciertamente singular, la cual ocupa a los discípulos con fruto, no con inútil gasto de palabras, etc.

6. Expresamente prohibió Dios a su pueblo la enseñanza y costumbres de los gentiles. No aprendáis los caminos de los gentiles (dice Jeremías 10. 2). Además: ¿Acaso no está Dios en Israel, para que vayáis a consultar a Belcebú, dios de Akarón? (Rey. 1. 3). ¿Acaso el pueblo exige a su Dios la visión? ¿Consulta a los muertos por medio de los vivos? A la ley principalmente y al testimonio; si no lo dijeren conforme a esto no tendrán la luz de la mañana. (Isaías, 8. 19. 20). ¿Por qué esto, sino porque toda la Sabiduría procede de Dios y permanecerá con Él por los siglos? De la contrario, ¿a quién está reservada la raíz de la Sabiduría? (Eccl. 1. 1. 16). Aunque vieron la luz y habitación sobre la tierra, no conocieron el camino de la ciencia, ni comprendieron sus sendas, etc. No ha sido oída en la tierra de Canaam, ni vista en Theman; los hijos de Agar, que buscan la prudencia que viene de la tierra, historiadores y depuradores de la inteligencia, desconocieron la verdadera Sabiduría.

Pero el que todo lo sabe la conoció; halló el camino de la disciplina, y la entregó a Jacob, su hijo, y a Israel, su amado (Bar. 3 v. 20, 21, 22, 23, 32, 36, 37). No hizo así con gente alguna, por lo cual no conocieron sus leyes (Salmo 147.20).

7. Cuando su pueblo se apartó de su ley para entregarse a las quimeras de la humana fantasía, acostumbró Dios a reprenderle, no sólo su mal proceder al dejar la fuente de la Sabiduría (Bar. 3. ver. 12), sino su redomada malicia al despreciar el manantial de las aguas vivas y cavar cisternas disolutas que no contienen el agua (Jer. 2. 13). Y al quejarse por Oseas de que su pueblo tenga demasiado trato con los gentiles, exclama: Tomaron como cosa ajena los múltiples documentos de mi ley, que les escribí (Oseas 8. 12). ¿Y qué otra cosa hacen los cristianos que no dejan caer de su mano, día y noche, los libros de los gentiles? ¿No cuida nadie del código sagrado de Dios, como si se tratase de cosa ajena que no le afecta? Siendo así que Dios mismo asegura que no se trata de asunto insignificante que se pueda impunemente abandonar, sino de nuestra misma vida (Deut. 32. 47)

8. Por eso la verdadera Iglesia y los verdaderos devotos de Dios no erigieron ninguna escuela, sino en la palabra de Dios, para sacar de allí la verdadera y celestial Sabiduría, que está por encima de toda la del mundo. Así exclama David, hablando de sí: Con tus mandamientos me hiciste más sabio que mis enemigos y más inteligente que todos mis doctores, porque tus testimonios son mi meditación, etc. (Salm; 119. 98, etc.)

Igualmente Salomón se declara el más sabio de los mortales: Dios da la sabiduría; DE SU BOCA procede la prudencia y la ciencia (Prov. 2. 6).

Así lo atestigua Sirach, en el prólogo de su libro, que su sabiduría esclarecida fue adquirida en la lectura de la ley y de los profetas. De aquí aquellas alegrías de los Santos al ver la luz en la luz de Dios (Salmo 36.49). Felices somos, oh Israel, porque conocemos lo que agrada a Dios (Bar. 4. 4). Señor, ¿a quién iremos? Tú sólo tienes las palabras de vida eterna (Juan 6. 68).

9. Los ejemplos de todos los siglos demuestran que cuantas veces la Iglesia se ha apartado de estas fuentes de Israel, otras tantas ha incurrido en errores. Ya nos es bastante conocido lo que se refiere a la Iglesia de Israel y por las lamentaciones de los profetas; en cuanto a la Iglesia Cristiana, claramente se deduce de las historias que, mientras por los Apóstoles y varones apostólicos se exhortó con la doctrina del Evangelio solamente, se mantuvo viva la sinceridad de la fe; pero en cuanto los gentiles empezaron a ingresar en la Iglesia en tropel, se enfrió el ardor primitivo y la atención en separar lo puro de lo impuro, porque empezaron a leerse con frecuencia los libros paganos, primero en privado y luego en público, originándose la mezcla y confusión de doctrinas que ahora vemos. Se perdió la clave de la ciencia aun para aquellos mismos que se jactaban de ser sus únicos poseedores; de aquí salieron infinitas opiniones erróneas por artículos de la fe; de aquí las discusiones y controversias cuyo fin aún no se vislumbra; por esto se enfrió la piedad y se extinguió la caridad y bajo el nombre de Cristianismo revivió y reina el gentilismo. Conviene tener presente la conminación de Jehová de que no tendrían la luz de la mañana los que no procurasen hablar conforme a la palabra de Jehová (Isaías, 8. 20). Por eso el Señor les infundió espíritu de sopor y cerró sus ojos a fin de que fuese toda visión para ellos como palabras de libro sellado, etc., porque temieron a Dios en los mandatos y doctrinas de los hombres, etc. (Isaías, 29. vers. 10, 11, 13, 14). ¡Oh, cuán ciertamente se cumple en éstos lo que el Espíritu Santo declaró acerca de los filósofos gentiles que se

desvanecieron en sus pensamientos y se obscureció su insípido corazón! (Rom. 1. 21). Por todo lo cual, si la Iglesia ha de limpiarse felizmente de tanta hediondez, no tiene otro camino más seguro que, abandonando los seductores comentarios de los hombres, volver a las únicas puras fuentes de Israel, y buscar en Dios y su palabra la enseñanza y dirección nuestra y de nuestros hijos. De este modo llegará a efectuarse lo que ya fue predicho: que todos los hijos de la Iglesia sean enseñados por el Señor. (Isaías, 54. 13).

10. Tampoco permite nuestra majestad de Cristianos (hechos por Cristo, hijos de Dios, sacerdocio real y herederos de la vida futura), que nos rebajemos y prostituyamos tanto nosotros y nuestros hijos, hasta el punto de trabar tan estrecho consorcio con los profanos gentiles y tenerlos en tanta estimación. Ciertamente que a los hijos de los Reyes y Príncipes no suele dárseles por preceptor a un truhán, bufón o vagabundo, sino a graves, sabios y piadosos varones, y nosotros no hemos de tener reparo en escoger por preceptores para los hijitos del Rey de los Reyes, hermanitos de Cristo, herederos de la eternidad al jocoso Plauto, al lascivo Cátulo, al impuro Ovidio, al impío Luciano, escarnecedor de Dios, al obsceno Marcial y a todos los demás de esa turba, sin conocimiento de temor del verdadero Dios; la que por vivir sin esperanza de otra vida mejor y revolcarse tan sólo en el lodo de esta vida presente, no puede menos de arrastrar consigo en sus mismas inmundicias a quienes buscan su compañía. ¡Basta ya, ah; basta ya de locuras, oh, Cristianos! ¡Hagamos punto aquí! ¡Dios nos llama para cosas mejores, y es conveniente seguir a quien nos llama! Cristo, la Sabiduría eterna de Dios, abrió escuela en su morada para los hijos de Dios, en la que es Rector y supremo Director el Espíritu Santo; Profesores y Maestros los Profetas y Apóstoles, santos varones, instruidos todos en la verdadera Sabiduría, mostrando todos con su palabra y ejemplo el camino de la verdad y la salvación; en donde los discípulos son únicamente los elegidos de Dios, primicias compradas para Dios de entre los hombres por el Cordero; los Inspectores y custodios los Ángeles, y los Arcángeles, los Principados y Potestades de los cielos (Efes. 3. 10). Cuanto en ella se enseña confiere ciencia verdadera por encima de todos los raciocinios del cerebro humano, cierta, perfecta y que se extiende a todos los usos de esta vida y de la otra. Solamente la boca de Dios es la fuente de donde fluyen todos los arroyos de la Sabiduría, sólo el rostro de Dios es el luminar que esparce los rayos de la verdadera luz; sólo la palabra de DIOS es la raíz de donde proceden las semillas de la verdadera inteligencia.

¡Bienaventurados, pues, aquellos que pueden mirar el rostro de Dios, atienden a su boca, y guardan sus palabras en el corazón! Porque este es el único, solo, verdadero e inefable camino de la verdadera y eterna sabiduría, fuera del cual no hay otro.

11. No debemos pasar en silencio el rigor con que prohibió Dios a su pueblo los residuos de gentilidad y cómo amenazó a quienes no hiciesen caso de sus advertencias. Dios apartará a estas gentes de tu presencia, etc. Tú quemarás en el fuego sus estatuas; no codiciarás la plata y el oro de que están hechas, ni tomarás nada de ello para ti porque no tropieces, pues es abominación al Señor tu Dios. No introducirás en tu casa nada perteneciente al ídolo, para que no caigas en anatema, como ello mismo es. (Deut. 7. 22. 25. 26). Y en el capitulo 12: Cuando el Señor destruyo en tu presencia a esas gentes, ¡guárdate de tropezar al seguirlas!

Después de destruidas, no intentes imitar sus ceremonias, diciendo: Como ellas hicieron, así haré yo. Sino por el contrario, haz solamente lo que yo te ordeno, sin aumentarlo ni disminuirlo. (Deut. 12. 29. etc.) Después de la victoria, Josué se lo recordó y aconsejó que se apartasen de los ídolos (Jos. 24. 23), y como no le hicieron caso, fueron para ellos estos resabios gentiles el lazo que les hizo caer continuamente en la idolatría hasta la destrucción de ambos reinos. ¿No nos enmendaremos y haremos más precavidos con el ejemplo ajeno?12. Pero los libros no son los ídolos, habrá alguno que diga. A lo que responderé: Es cierto, pero son residuos de aquellas gentes, a las que Dios nuestro Señor borró de la vista de su pueblo cristiano, como en otro tiempo, pero más peligrosas aún. Entonces solamente caían en sus lazos aquellos cuyo corazón se embrutecía (Jer. 10. 14), hoy los más sabios pueden ser engañados (Col. 2. 8). Antes eran obras de las manos humanas (como Dios dice a veces para probar la necedad de la idolatría), hoy son producciones del entendimiento. Allí deslumbraban a los ojos con el resplandor del oro y de la plata; aquí ofuscan a la inteligencia con el elogio de la sabiduría carnal. ¿Y qué? ¿Niegas ahora que los libros de los gentiles son ídolos? ¿Pues quién apartó de Cristo al Emperador Juliano? ¿Quién hizo perder el juicio al Papa León X, hasta el punto de tener por fábula la historia de Jesucristo? ¿Qué espíritu inspiró al Cardenal Benito para disuadir a Sadolet de la lectura de los libros sagrados (porque no cuadraban a tan elevado varón esas futilidades)? ¿Qué es lo que precipita hoy en el ateísmo a tantos sabios italianos y de otros países?

¡Ojalá no haya en la Iglesia reformada de Cristo quienes se dejen arrastrar por Ovidio, Plauto, Cicerón, etc., que apartan de las Escrituras con su letal perfume!
13. Si se le ocurriese decir a alguien: No debe imputarse el abuso a las cosas, sino a las personas; hay cristianos piadosos a quienes en nada perjudica la lectura de los paganos, responderé con las palabras del Apóstol: Sabemos que los ídolos no son nada; pero no en todos existe ciencia (esto es discernimiento).
Procurad, pues, que vuestra licencia no sea un peligro para los débiles (1. Corint. 8. 4. 7. 9). Aunque Dios misericordioso preserva a muchos de la perdición, no tenemos, sin embargo, excusa alguna, si a ciencia y paciencia toleramos estos atractivos (me refiero a las diversas invenciones del cerebro humano o de la falacia de Satanás), disfrazados con el engaño de sutileza y elegancia, cuando es evidente que han hecho perder el juicio a muchos, por no decir a casi todos, y caer en las trampas de Santanás. Obedezcamos a Dios, y no introduzcamos a los ídolos en nuestra morada; no coloquemos al Dragón junto al Arca de la Alianza, ni mezclemos la sabiduría que viene de lo alto con esta otra terrenal, animal y diabólica, ni demos el menor motivo para concitar sobre nuestros hijos la ira de Dios.
14. Tal vez pueda aplicarse aquí sin asomo de inoportunidad lo que Moisés nos refiere que ocurrió: Nadab y Abiú, hijos de Aarón, sacerdotes novicios, no suficientemente impuestos de su obligación, pusieron en sus incensarios fuego extraño, es decir, común, en vez del fuego sagrado que estaba prescrito para insensar ante el Señor, y fueron heridos por el fuego de Dios, y murieron delante de ÉI. (Lev. 10. 1., etcétera). ¿Qué otra cosa son los hijos de los cristianos sino un sacerdocio novicio ya consagrado para ofrecer hostias a Dios? (I. Ped. 2. 5). Y si ponemos fuego extraño en sus incensarios, que son la inteligencia, ¿no quedarán expuestos al furor de la ira de Dios? ¿Por ventura, no será extraño en un cristiano, y deberá serlo todo lo que no proceda del espíritu de Dios? Esto son la mayor parte de los delirios de los Poetas y filósofos gentiles, según nos atestigua el Apóstol (Rom. 1. 21. 22. Colos. 2. 8. 9). Jerónimo, también llama, no sin fundamento, a la Poesía, Vino de los demonios, con el que se embriagan y adormecen las inteligencias incautas y fomenta en ellas los sueños de disparatados pensamientos, peligrosas tentaciones y horrendas concupiscencias. Es conveniente guardarse de estos filtros de Santanás.
15. Si no tomásemos todas estas precauciones que Dios nos aconseja, quedaríamos muy por abajo de aquellos efesios que, tan luego como se vieron iluminados por la luz de la sabiduría divina, arrojaron al fuego todos aquellos libros de entretenimiento, que ya como Cristianos no necesitaban. (Act. 19. 19). Y la Iglesia moderna de los griegos, que aunque tiene escritos en su elegante y hermoso idioma los libros filosóficos y poéticos de sus antepasados, considerados la nación más civilizada del mundo, ha prohibido bajo pena de excomunión su lectura. A esto sin duda obedece que, no obstante haber caído en gran ignorancia y superstición por la barbarie que la invadió, se haya visto hasta ahora preservada por Dios del lodazal anticristiano de los errores. Debemos, pues imitarlos resueltamente en esto, a fin de que, con el mayor estudio de las Sagradas Letras, puedan más fácilmente desterrarse las tinieblas de confusión que aún persisten como residuos de Gentilidad; sólo en la luz de Dios se ve claridad (Salm. 36. 9). Venid vosotros, morada de Jacob, y caminemos en la luz de nuestro Dios (Isaías. 2. 5).
16. Veamos ahora los razonamientos que, contra lo que dejamos expuesto, se esfuerza en presentar la razón humana, retorciéndose a modo de una serpiente para no verse obligada a dejarse cautivar por la obediencia de la Fe y entregarse por completo a Dios. De esta manera argumenta.
17. En los libros de los Filósofos, Oradores y Poetas se contiene grandísima sabiduría. Respondo: Dignos son de la oscuridad los que apartan sus ojos de la luz. Ciertamente la lechuza considera mediodía el crepúsculo, pero los animales que nacieron para vivir en la claridad del día lo estiman de manera bien diferente. ¡Oh, vanidad humana, si buscas luz clara en las tinieblas del raciocinio humano; levanta tus ojos hacia lo alto! ¡Del cielo desciende la verdadera luz, del Padre de toda claridad! Si hay algo que brille o reluzca en lo humano, sólo son menudas chispitas que nos parecen resplandecer y ser algo al estar sumergidos en la oscuridad; pero si nos han puesto en la mano hachas encendidas (la resplandeciente palabra de Dios), ¿para qué necesitamos aquellas chispas?) Pues si discurren acerca de la Naturaleza, ¿qué hacen sino lamer el vidrio del vaso sin llegar a su contenido? En cambio, el mismo dueño de la Naturaleza narra los magnos misterios de sus obras en la Sagrada Escritura, explicando las primeras y últimas razones de todas las criaturas visibles e invisibles. Si hablan los filósofos sobre las costumbres, les ocurre lo que suele acaecer a las avecillas con las alas impregnadas de liga que aunque se agiten y muevan con grandes esfuerzos no pueden ya volar. Pero la Escritura contiene las verdaderas descripciones de las virtudes con

advertencias punzantes que penetran hasta la medula de los huesos y ejemplos vivos de todas ellas. Cuando los paganos pretenden inculcarnos la piedad, sólo enseñan superstición, puesto que no están instruidos en el conocimiento de Dios y de su voluntad divina. Las tinieblas inundarán la tierra y la oscuridad cubrirá los pueblos. Dios se levanta sobre Sión, y aquí se ve su gloria (Isaías 6o. 2). Es cierto que en algunas ocasiones pueden los hijos de la luz acercarse a los hijos de las tinieblas, para que al experimentar la diferencia se confirmen con mayor alegría en el camino de la luz y tengan compasión de la oscuridad de los otros; pero preferir sus pavesas a nuestra brillante luz, es una locura intolerable e injuriosa para Dios y nuestras almas. ¿Qué provecho se obtiene de adelantar en las doctrinas mundanas y marchitarse en las divinas? Seguir las ficciones deleznables y rehusar con fastidio los divinos misterios? Hay que guardarse de tales libros y rechazarlos por amor a las sagradas letras, ya que solamente brillan con la elocuencia exterior de las palabras y se hallan por dentro vacíos de virtud y sabiduría. ¡He aquí un elogio de estos libros! Son únicamente cáscara sin almendra. El juicio que de ellos tiene Felipe Melanchton es como sigue: ¿Qué enseñan los filósofos en todo el mundo, si es que algo llegan a enseñar, sino la confianza y amor de nosotros mismos? Marco Cicerón, en los límites de los bienes y de los males, deduce toda la razón de la virtud del amor nuestro y del prójimo. ¿Cuánta hinchazón y soberbia no hay en Platón? Y me parece que no es fácil contener algo el vicio en aquella ambición platónica si cae en su lectura un entendimiento altivo y vehemente por sí mismo. La doctrina de Aristóteles es un cierto prurito de disputar en todo, para no juzgarle en último lugar entre los autores de filosofía dialéctica, etc. (En el Hipot. de Teol.)

18. Asimismo dicen: Si es cierto que no sirven para el conocimiento de la Teología, enseñan, sin embargo, la Filosofía que no puede sacarse del Sagrado Código, dedicado solamente a nuestra salvación. Respondo: La fuente de la Sabiduría es la palabra de DIOS en las alturas (Ecles. 1. 5). La verdadera filosofía no es otra cosa que el exacto conocimiento de Dios y de sus obras, que no puede aprenderse con mayor pureza que de la misma boca de Dios. Por esto, Agustín, al cantar las alabanzas de la Sagrada Escritura, se expresa como sigue: En ella está la Filosofía, porque todas las causa de todos los seres naturales están en DIOS su Creador. En ella se encierra la Ética, porque la vida honesta y feliz no se consigue sino amando lo que debe amarse y conforme debe ser amado, esto es, DIOS y el prójimo. En ella se contiene también la Lógica, porque sólo DIOS es la Verdad y la luz del alma racional. En ella estriba la más laudable salvación de la República, pues no hay mejor custodia para un' ciudad que la que descansa en el sostén de la fe y segura concordia, al amar el bien común, el cual, en su suprema realidad, es DIOS. Y otros muchos también en nuestros día. han demostrado que los fundamentos de todas las ciencia y artes filosóficas no se encuentran en ninguna parte con mayor exactitud que en la Sagrada Escritura, siendo en todo admirable el divino magisterio del Espíritu Santo que, aun que principalmente intenta instruirnos acerca de lo invisible y eterno, nos descubre, no obstante, poco a poco y al mismo tiempo las causas de lo natural y artificial y no prescribe reglas para pensar y obrar sabiamente en todo. De lo cual apenas si podemos hallar la menor sombra en los filósofos gentiles. Si algún teólogo escribió con manifiesta verdad que la brillante sabiduría de Salomón estuvo únicamente en llevar la ley de Dios a las cosas, escuelas y clases; si nosotros procuramos inculcar a la juventud la ley de Dios en lugar de los escritos paganos, y deducimos de ella reglas para todo género de vida, ¿qué nos vedará que esperemos que renazca en nosotros la sabiduría de Salomón, esto es, la verdadera y celestial sabiduría? Trabajemos con empeño para conseguirlo, a fin de que tengamos a nuestro alcance lo que puede hacernos instruidos hasta en aquel conocimiento externo, y como si dijéramos civil, que llamamos Filosofía. Pasaron aquellos tiempos desgraciados en que los israelitas tenían necesidad de descender a los filisteos par afilar su reja, su razón, su hacha o su sacho, porque e toda la tierra de Israel no había herrero alguno (1. Sam. 13 v. 19, 20). Pero, ¿acaso fue siempre igualmente necesario estrechar y oprimir de tal manera a los israelitas? Siendo así que esto tiene el inconveniente de que así como entonces los filisteos consentían los azadones a los israelitas, pero en manera alguna les proporcionaban espadas contra sí, ahora de igual manera podrás encontrar en la filosofía pagana silogismos vulgares para el conocimiento y adornos para la oración; pero no busques, bajo ningún aspecto, espadas y lanzas para combatir las impiedades y supersticiones. Deseemos para nosotros los tiempos de David y Salomón, en los que los filisteos estén sometidos y reine Israel disfrutando sus bienes.

19. A lo manos por la elegancia del estilo deberán leer a Terencio, Plauto y otros semejantes los que hayan de estudiar latinidad. Respondo: ¿Acaso, por igual razón, para que aprendan a hablar hacemos frecuentar a nuestros hijos las tabernas, posadas, figones, lupanares y otros parecidos lugares inmundos?

Pues a fe mía, ¿por dónde sino por tales caminos llevan a la juventud Terencio, Plauto, Cátulo, Ovidio, etcétera? ¿Qué es lo que presentan a nuestros ojos sino burlas, chocarrerías, comilonas, borracheras, amores lascivos, deshonestidades, engaños de todas clases y otras cosas parecidas, de las que debe apartar la vista todo cristiano, cuando por casualidad se nos pongan delante? Pensamos que es el hombre en si poco depravado todavía para que sea conveniente enseñarle todo género de torpezas, proporcionarle estímulos y atractivos, y con deliberado propósito arrastrarle a su ruina? Me dirás: No es todo malo en esos autores. Es cierto; pero lo malo atrae siempre con mayor facilidad, y por eso es sumamente peligroso lanzar a la juventud a donde el mal está mezclado can el bien. Pues tampoco los que intentan asesinar a alguno le hacen ingerir el veneno solo, sino mezclado con los más exquisitos manjares o bebidas, y a pesar de todo el veneno ejerce su perniciosa influencia y ocasiona la muerte a quien lo toma. De igual modo el homicida antiguo, si quiere engañarnos ha de ocultar sus infernales tóxicos con la dulzura de su ingeniosa fantasía y el halago de su lenguaje; y sabiéndolo nosotros, ¿no desbarataremos tan infame maniobra? Me objetarás: No todos son impuros: Cicerón, Virgilio, Horacio y Otros son serios y honestos. Sin embargo, también son paganos ciegos que apartan del verdadero Dios las inteligencias de los lectores para dirigirlas a sus dioses y diosas (Júpiter, Marte, Neptuno, Venus, la Fortuna, etc., falsas divinidades suyas). Dios dijo a su pueblo: No recordéis el nombre de los dioses extranjeros, ni se oigan de vuestra boca (Éxodo 23. 13). Además, ¡qué confusión tan enorme de supersticiones, falsas doctrinas, concupiscencias mundanas, luchando entre sí de modos diversos!

Ciertamente llenan ellos a sus discípulos de otro espíritu que el que inspira a CRISTO. CRISTO aparta del mundo; ellos sumergen más en él. CRISTO enseña la negación de sí mismo; ellos el amor propio. CRISTO nos incita a la humildad; ellos ensalzan la soberbia. CRISTO nos quiere mansos; ellos nos hacen fieros. CRISTO nos aconseja la sencillez de la paloma; ellos nos estimulan a la doblez de mil maneras. CRISTO nos predica la modestia; ellos nos entretienen en bromas. CRISTO ama a los crédulos; ellos a los suspicaces, disputadores y porfiados. Y para concluir, con pocas palabras, las mismas del Apóstol: ¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas? ¿Qué concordia Cristo con Belial? ¿Qué parte el fiel con el infiel? (2. Cor. 6. 14. 15). Con acierto dice Erasmo en los Símiles: la abeja se abstiene de libar en las flores marchitas; por lo mismo no hay que coger libro que tenga pestilentes doctrinas. Y en otra parte; Lo mismo que es completamente seguro dormir sobre los tréboles, porque dicen que en esta hierba no pueden ocultarse las serpientes, así debemos manejar aquellos libros en los que no hay temor de veneno alguno.

20. Pero, además, ¿qué es lo que tienen los escritores profanos que no se halle en nuestros sagrados autores? ¿Son por ventura, ellos solos los que nos muestran las elegancias del lenguaje? Perfectísimo artífice de la lengua es el que nos la concedió, el Espíritu de Dios, cuyas palabras, según los santos de Dios nos revelan, son más dulces que la miel, más penetrantes que una espada de dos filos, más ardientes que el fuego que funde los metales y más fuertes que el martillo que desmenuza las piedras. ¿Son únicamente los gentiles, quienes nos refieren, historias memorables? Lleno está nuestro sagrado Código de las más verdaderas y maravillosas. ¿Son ellos tan sólo los que nos ofrecen tropos, figuras, alusiones categorías enigmas y apotemas? Gran cúmulo de todo ello poseemos nosotros. Viciosa es la imaginación que prefiere el Abana y Farfar, ríos de Damasco al Jordán y las aguas de Israel (4. Rey. 5. 12). Legañosos los ojos a los que el Olimpo, el Helicón y el Parnaso ofrecen mayor hermosura que el Sinaí, Sión, Hermón, Tabor y Oliveto. Sordos los oídos para los que suena mejor la lira de Orfeo, Homero o Virgilio que la cítara de David, corrompido el paladar que encuentra mejor gusto en el falso néctar y ambrosía y las fuentes de Castalia que en el maná verdadero y las fuentes de Israel, Perverso el corazón que encuentra mayor delicia en los nombres de los dioses y diosas, las musas y las tres gracias que en adorar el santo nombre de JEHOVÁ, Dios de los ejércitos, de Cristo nuestro Salvador y de los Dones del Espíritu Santo. Ciega la esperanza que se extiende mejor por los Campos Elíseos que por los jardines del Paraíso. Todo es allí fábula y sombra de verdad aquí todo es realidad y la verdad misma.

21. Cierto es que ellos contienen elegancias que son a propósito para nosotros y frases, refranes y sentencias morales y honestas; pero, ¿hemos de entregarlos a nuestros hijos solamente por esos adornos? ¿Acaso es lícito despojar a la egipcios y vestirse con sus adornos? No sólo es lícito, sino conveniente, por mandato de Dios (Exodo 3. 22). A la Iglesia corresponde de derecho toda la propiedad de las gentes.

Necesario es, por tanto, me dirás, conocer todo esto para apoderarnos de ello. A lo cual te contesto: Manasés y Efraín para ir a ocupar la tierra de los gentiles, para Israel, llevaron a los varones armados solamente, dejando en lugar seguro los niños y la multitud débil e inerme (Jos. 1. 14). Hagamos nosotros lo mismo.

Aprovechemos los varones ya firmes robustos en la erudición, juicio y piedad cristiana todo lo que deba ser tomado a los escritores gentiles; pero no expongamos a sus peligros a la juventud. ¿Por qué, si pueden destrozarla, herirla o esclavizarla? ¡Hartos ejemplos tenemos, por desgracia, de muchos a quienes la filosofía de la turba pagana apartó de Cristo y precipitó en el ateísmo! Más seguro hubiera sido enviar gente bien armada que se hubiese apoderado de todo el oro, plata y cuanto de precioso tengan estos malditos con el divino anatema y lo distribuyesen en la heredad del Señor. ¡Oh, quiera Dios revelar heroicos ingenios que diseminen por los jardines de la Filosofía cristiana todas las florecillas de las elegancias recogidas por aquellos vastos desiertos, a fin de que no haya nada que desear entre nosotros!

22. Finalmente, si alguno de los gentiles ha de ser admitido, séalo Séneca, Epicteto, Platón y otros parecidos maestros de virtudes y honestidad en los cuales hay menos supersticiones y errores que hacer notar. De esta opinión fue el gran Erasmo, que al probar que la juventud cristiana debe nutrirse en los mismos libros sagrados, añade al final: Que si hubiera que detenerse en los libros profanos, preferiría que se hiciese en aquellos que son más afines a los libros misteriosos. (Erasmo en Comp. Teol.) Pero aun éstos no se deberían entregar a la juventud, sino cuando ya tuviese su espíritu firme en el cristianismo, y además bien corregidos antes, para suprimir los nombres de los dioses y cuanto en ellos huela a superstición. Con esta condición Dios permitió tomar por mujeres a las vírgenes paganas, si se rapaban los cabellos y cortaban sus uñas (Deut. 21. 12). Para que claramente se nos comprenda no es que prohibamos a los cristianos en general los escritos de los profanos, puesto que no ignoramos el privilegio celestial que Jesucristo concedió a los que creen en ÉI (nótalo bien, los que ya creen en Él) de manejar impunemente las serpientes y los venenos (Marc. 16. 18), sino que rogamos y queremos precaver que no sean arrojados a estas serpientes los hijitos de Dios con su fe todavía tierna ni ofrecerlos temerariamente ocasiones de ingerir aquellos venenos. Con la leche pura de la palabra divina deben ser alimentados los hijitos de Dios, ha dicho el Espíritu de Cristo (1. Pet. 2. 2. - 2. Tim. 3. 15).

23. Pero aun dicen los que defienden incautamente la causa de Satanás contra Cristo que los libros de la Sagrada Escritura son demasiado difíciles para la juventud, por lo cual hay que proporcionar otros libros hasta que crezca su juicio.

Respondo: 1º El lenguaje de los que así afirman revela que desconocen la Sagrada Escritura y el poder de Dios, y lo demuestro de tres maneras: Primero, conocida es la historia de Timoteo, célebre músico de la antigüedad, que siempre que admitía un nuevo discípulo acostumbraba a preguntarle si había tenido ya otro maestro para empezar su enseñanza. Si la contestación era negativa, le recibía por un médico estipendio; si era afirmativa, doblaba el precio, porque decía que era doble su trabajo, puesto que había que hacerle olvidar lo mal aprendido y volvérselo a enseñar bien.

Teniendo nosotros a Jesucristo, doctor y maestro de todo el género humano, fuera del cual nos está prohibido buscar otro (Mat. 17. 5; 23. 8), y que dijo: Dejad que los niños se acerquen a mí, y no se lo impidáis (Marc. 10. 14). ¿Intentaremos guiarlos de otro modo contra su voluntad? Acaso hemos temido que Cristo estuviese ocioso enseñándolos fácilmente sus costumbres, y, por lo tanto, los llevaremos primeramente por las escuelas ajenas de aquí para allí, como antes dije, por las tabernas, posadas y otros estercoleros, y una vez corrompidos e infectos los llevaremos a Cristo para que los reforme. ¿Qué es lo que proponemos a esta juventud desgraciada y por su parte inocente? O tener que emplear toda su vida en la tremenda empresa de enmendarse de todo aquello que en su primera edad aprendían, o apartarse completamente de Cristo y entregarse a Satanás para ser educada. ¿No será abominable a Dios lo que está consagrado a Moloch? Todo esto es horrible; pero no por eso es menos verdadero, Yo ruego encarecidamente, por la misericordia de Dios, que ya por fin y con todo empeño atiendan a esto los Magistrados cristianos y Rectores de las iglesias, para que la juventud cristiana, nacida para Cristo y consagrada por el Bautismo, no continúe por más tiempo siendo ofrecida a Moloch.

24. Es falso lo que están repitiendo siempre, que la Escritura es demasiado sublime y excede a la capacidad de la edad infantil. ¿Acaso Dios no entendió que su palabra es acomodada a nuestro entendimiento? (Deut. 31. 11. 12. 13). ¿Por ventura, no asegura David que la ley del Señor confiere sabiduría a los párvulos? (Fíjate bien, a los

párvulos). (Salmo 19. 7). ¿Es que no dice Pedro que la palabra de Dios es leche para regenerar a los infantes del Señor, que se les da para que mediante ella crezcan y se desarrollen? (1. Pet. 2. 2). ¡He aquí que el divino jugo, suavísimo, dulcísimo y saludable en extremo, alimento para los párvulos de Dios, recién engendrados, es la palabra de Dios! ¿Cómo nos complacerá contradecir a Dios, mucho más cuanto que la doctrina de los gentiles en vianda dura, que necesita dientes, y aun los rompe? Por eso el Espíritu Santo, por boca de David, invita a los párvulos a su Escuela: Venid, hijos, oídme; os enseñaré el temor de Dios (Salmo 34. 11).

25. Por último, es cierto que hay profundidades en la Sagrada Escritura, lo confesamos; pero de tal naturaleza, que en ellas se hunden los elegantes y nadan los corderos; como dice Agustín con gran elegancia, cuando quiere hacer resaltar la diferencia entre los sabios mundanos que, llenos de presunción, intentan penetrar en las Escrituras y los párvulos de Cristo que a ellas se acercan con espíritu dócil y humilde. ¿Pero qué necesidad hay de lanzarse desde el primer momento a alta mar? Puede llegarse por grados. Primeramente recorreremos las riberas de la enseñanza catequística, caminando por lo más breve, aprendiendo sagradas historias, sentencias morales y cosas parecidas que no estén fuera de su alcance, pero que sirvan para llegar a lo más difícil que viene después. Más adelante ya estarán en disposición de bucear en los misterios de la fe. De este modo, instruidos desde la infancia en las Sagradas letras, estarán más fácilmente preservados de las corruptelas mundanas, y se harán sabios para su salvación por la fe que hay en Jesucristo (2. Tim. 3. 15). En efecto, es imposible que deje de influir el Espíritu de la gracia para encender la luz de la verdadera sabiduría, y mostrar con claridad los caminos de la salud en todo aquél que se entrega a Dios y rendido a los pies de Cristo, aplica sus oídos a la sabiduría que viene de arriba.

26. Por lo contrario, aquellos autores (Terencio, Cicerón, Virgilio, etc.), ofrecidos a la juventud cristiana en vez de la Biblia, son precisamente, como dicen que es la Sagrada Escritura, difíciles en extremo, y menos inteligibles para los jóvenes. Y es que no están escritos para los muchachos, sino para los hombres adultos que frecuentan la escena o el foro. Ni tampoco aprovechan a los demás, como lo revela ello mismo. En efecto, cualquier varón ya formado, y que esté habituado a negocios viriles, sacará más provecho de una lección de Cicerón que un niño, aunque se lo aprenda todo a la mayor perfección. ¿Por qué, pues, no han de diferir el conocerlo para su tiempo oportuno aquellos a quienes interesa, si es que de veras les interesa? Mayor importancia tiene la consideración que anteriormente hicimos de que en las escuelas cristianas deben formarse ciudadanos para el cielo, no para el mundo; y, por tanto, hay que procurarlos Maestros que inculquen más lo celestial que lo terreno, más lo santo que lo profano.

27. Concluyamos, pues, con las palabras angélicas: No puede sostenerse humano edificio en el lugar en que comienza a levantarse la ciudad del Altísimo (4. Efd. 10. 54). Y puesto que Dios quiere que nosotros seamos Árboles de justicia y plantaciones de Jehová, donde Él sea glorificado (Isaías 61. 3), no conviene que nuestros hijos sean arbolillos de la plantación aristotélica o platónica, de Plauto a de Tulio, etc. Por lo demás, la sentencia ya está pronunciada: Toda plantación que no haya plantado mi Padre celestial, será arrancada de raíz (Mat. 15. 13). Horrorízate si no cesas de hablar y dejarte guiar contra la ciencia de Dios (2. Cor 10. 5).

CAPITULO XXVI

DE LA DISCIPLINA ESCOLAR

Cierto es aquel proverbio tan repetido y popular entre los bohemios; Escuela sin disciplina es molino sin agua. De igual manera que si quitas el agua a un molino, se parará al momento, si suprimes la disciplina en una escuela, forzosamente han de retardarse todas las cosas. Como si un campo no se escarda, nace en él la cizaña perniciosa para la mies, y si no se podan los árboles, echan mucha madera y producen brotes inútiles.

No hay que inferir tampoco de esto que la escuela debe estar siempre llena de gritos, golpes y cardenales, sino por el contrario, colmada de vigilancia y atención, tanto por parte de los que aprenden como de los que enseñan.

¿Qué es la disciplina sino un modo cierto, en virtud del cual los discípulos se hacen verdaderos discípulos?

2. Será conveniente que todo formador de la juventud conozca bien el fin, la materia y la forma de la disciplina, para que no ignore por qué, cuándo y de qué manera debe emplear una beneficiosa severidad.

3. En primer lugar, pienso que ante todo debe hacerse constar que la disciplina sólo ha de aplicarse a los que se apartan del recto camino. Pero no porque alguno se haya extralimitado (lo hecho ya no puede anularse), sino para que no se vuelva a extralimitar. Hay que emplearla sin pasión, ira u odio; con tal candor y sinceridad, que el mismo que la sufre se dé cuenta de que se aplica en su provecho y proviene del amor paternal que por él sienten los que le dirigen; y, por lo tanto, debe aceptarla como se toma la medicina amarga que el médico receta.

4. La disciplina más rigurosa no debe emplearse con motivo de los estudios o las letras, sino para corrección de las costumbres. Porque si los estudios se organizan rectamente (como antes hemos preceptuado), serán por sí mismos estímulos para los entendimientos, y atraerán y arrebatarán todos con su dulzura (exceptuando los monstruos humanos) Si acontece lo contrario, no es por culpa de los que aprenden, sino de los que enseñan. Porque si desconocemos la manera de llegar a las inteligencias, en vano intentaremos aplicar la fuerza. Los azotes y los golpes no tienen eficacia alguna para despertar en las mentes el amor a las letras; poseen, por el contrario, la virtud de engendrar en gran cantidad el tedio y odio del espíritu hacia ellas. Por lo cual si alguna vez se advierte la enfermedad del espíritu, que repugna los estudios, debe tratarse con régimen y remedios dulces, mejor que exacerbarla más con asperezas. De cuyo prudente proceder nos da patente ejemplo el mismo Sol, que no emplea de pronto toda su fuerza sobre las plantas nuevas y tiernas en la primera parte de la primavera, ni desde el principio las quema y adelanta con su ardor, sino que poco a poco, insensiblemente, las va caldeando y las robustece, y, por último, aplica toda su intensidad sobre las adultas, que maduran sus frutos y semillas. Procedimiento parecido sigue el arboricultor al tratar suave y blandamente a las plantas nuevas y tiernas, y no emplea la raedera, cuchillos ni podaderas hasta que no son suficientemente fuertes para resistir las heridas. Igualmente el músico, si están destempladas las cuerdas del laúd, cítara o lira, no las golpea con el puño ni con un bastón, ni las arroja contra la pared, sino que aplica todo su arte hasta que consigue que formen perfecta armonía. Así, pues, también hay que condescender pasa traer las inteligencias a la armonía y amor hacia los estudios si no queremos hacer forzados de los descuidados y brutos de los simplemente embobados.

5. Si en alguna ocasión hay necesidad de aguijón y espuela, pueden emplearse otros medios mejor que los golpes. Unas veces con ásperas palabras y públicas amonestaciones; otras, alabando y ensalzando a otros: ¡Aquí tenéis a éste o aquél, qué bien atiende, con qué seguridad aprende todo! ¿Estás tú embobado? Otras veces hay que estimular por medio del ridículo: ¡Mira que simple eres! ¿No entiendes una cosa tan sencilla? ¿Estás en tu juicio? También pueden organizarse certámenes semanales o mensuales acerca del primer puesto o de algún premio de la manera que anteriormente dijimos. Pero hay que procurar que esto no sea un verdadero juego y pasatiempo, y, por lo tanto, resulte inútil, sino que el deseo de la alabanza y el miedo al vituperio o a ser expulsado sirva de poderoso estímulo a la diligencia. Por lo cual es absolutamente necesario que el Preceptor esté presente y lleve el asunto con toda seriedad y sin engaños, amonestando y castigando a los holgazanes y alabando públicamente a los diligentes.

6. Hay que hacer sentir la disciplina. más severa y rigurosa a los que cometan faltas contra las costumbres. A saber:

- Por alguna manifestación de impiedad, como blasfemia, obscenidad o cualquiera otra cosa que se estime contra la ley de Dios.
- Por contumacia y malicia deliberada, si alguno desprecia los mandatos del Preceptor o cualquier otro superior, y conocedor de lo que debe hacer no quiere de propósito cumplirlo.
- Por soberbia y altanería o envidia y pereza, en virtud de la cual alguno rogado por su condiscípulo rehusa ayudarle en su estudio.

7. Las faltas de la primera especie van contra la majestad de Dios; las segundas socavan la base de todas las virtudes (Humildad y Obediencia), y las de la tercera clase dificultan y retardan el aprovechamiento rápido en los estudios, Aquellas que contra Dios se dirigen son pecados y deben ser expiados con durísimo castigo; las que se cometen contra los demás hombres y contra sí mismo, son injusticias que deben corregirse con áspera enmienda, y la que va contra los libros y trabajos es mancha que se borra con la esponja de la reprimenda. En una palabra: la disciplina debe dirigirse a mantener la reverencio respecto a Dios, la afabilidad para con el prójimo y la constancia en los trabajos y ocupaciones de la vida, y afirmarías con el uso y práctica continuados

8. El sol del cielo nos enseña el modo mejor de ejercitar la disciplina, porque da a todo lo que nace (1) siempre luz y calor; (2) a menudo la lluvia y el viento; (3) raras veces el rayo y el trueno, aunque éste es consecuencia del otro.

9. A imitación de lo cual, el director de una escuela procurará contener a la juventud en sus deberes:

- Con ejemplos continuos, mostrándose él mismo vivo modelo de todo aquello en que pretende educarla. Si esto falta, todo lo demás es absolutamente inútil.
- Con palabras educadoras, de estímulo o de reprimenda, teniendo especial cuidado en que, ya enseñe, ya exhorte, bien ordene, bien reprenda, procure efectuarlo ostensiblemente, con afecto paternal, para edificar a todos sin perder a ninguno. Si los discípulos no advierten este afecto claramente y no se persuaden de él, la disciplina se relajará con facilidad y los ánimos se predispondrán en contra suya.
- No obstante, si estos procedimientos suaves no son suficientes para algunos de entendimiento tan desgraciado, habrá necesidad de recurrir a remedios más violentos, debiendo intentarse todo antes de abandonar a alguno por inepto para la educación y como caso desesperado. Tal vez hoy podrá aplicarse a muy pocos el famoso dicho: El frigio sólo se enmienda a fuerza de golpes. Por lo menos, si no al rebelde, será de gran provecho a los demás este rigor de la disciplina por el miedo que cause. Hay, sin embargo, que tener cuidado de no utilizar este procedimiento sin justa causa o con excesiva frecuencia, no sea que demos fin a los remedios extremos antes que los casos los requieran.

10. El resumen de lo dicho y de lo que podarnos decir es el siguiente: la disciplina ha de encaminarse a tener con aquellos que firmamos para Dios y su Iglesia un temple de las afecciones semejante al que Dios requiere para sus hijos, encomendados a la escuela de Cristo para que se alegren con temblor (Salmo 2.10), ocupándose de su salvación con temor y temblor (Filip. 2.12), gozándose siempre en el Señor (íd. 4.4); esto es, para que puedan y sepan reverenciar y amar a sus educadores, y no solamente dejen de buen grado que se les guíe adonde conviene guiarlos, sino que lo deseen con entusiasmo. Y este temple en los afectos no puede conseguirse por otros medios que los que ya hemos indicado: buenos ejemplos, palabras suaves y afecto sincero y franco continuamente; sólo de un modo extraordinario, fulminando y tronando con acritud, y al mismo tiempo con la intención de que la severidad motive siempre el amor en cuanto sea posible.

11. ¿Acaso (séanos permitido aclarar lo expuesto con un ejemplo), acaso ha visto alguno que el batidor de oro forme la joya deseada de un solo golpe? Nadie, seguramente. Las funde en vez de golpearías; y si les sobra algo por excesivo e inútil, no lo golpea furiosamente con el martillo el artista entendido, sino que lo va reduciendo suavemente con un martillo pequeño, o lo desgasta con la lima o lo corta con la tenaza, pero siempre con sumo cuidado, y, por último, al final no deja de pulirlo y bruñirlo. ¿Y hemos de esperar nosotros que la imagen de Dios vivo, la criatura racional, puede ser educada con irracional procedimiento?

12. También el Pescador cuando pretende efectuar la pesca en aguas profundas con una red grande no se le ocurre aplicar plomos a la red para que se sumerja hasta el fondo y la obliguen a arrastrarse por él, sino que por un lado sujeta esponjas ligeras para que por aquel lado la levanten hasta la superficie del agua. De igual manera el que intenta la pesca de las virtudes con la juventud tendrá necesariamente que deprimir la humilde obediencia por la severidad hasta el miedo, por un lado, y por el otro levantar la constancia alegre hasta el amor, por medio de la afabilidad. ¡Felices los artistas que sepan utilizar este temple! ¡Dichosa la juventud con educadores de esta clase!

13. Aquí viene bien el juicio que el gran varón D. Eilhardo Lubino, Doctor en Sagrada Teología, inserta con estas palabras en el prólogo al Nuevo Testamento, editado en griego, latín y alemán, al tratar de la reforma de las escuelas.

Otra cosa es que todo cuanto se proponga a la juventud con arreglo a su capacidad se le exija con tanta mesura que nada haga contra su voluntad, sino con entera espontaneidad y buen ánimo. Por lo cual pienso, que tanto las varas, como los azotes, no deben emplearse en las escuelas, antes bien, deben irse desterrando de ellas como instrumentos serviles que no convienen en modo alguno a los ingenuos, sino que son propios de mancipios y malos siervos. Hacen su aparición muy pronto en las escuelas, y cuanto antes deben desaparecer de ellas, no solamente por engendrar torpeza de carácter, que suele ser propia del entendimiento servil, sino por la maldad que lleva añeja las más veces: y que empleándolos a menudo como ayuda de las artes o la enseñanza, se convierten en instrumentos de crueldad y serán espadas en manos de locos furiosos con las que se matarán ellos mismos y a los demás. Hay otras clases de castigos que aplicar a los niños libres y de ánimo generoso, etc.

CAPITULO XXVII
DE LA DIVISIÓN DE LAS ESCUELAS EN CUATRO ESPECIES CONFORME A LA EDAD Y APROVECHAMIENTO

1. Los artesanos señalan a sus aprendices un tiempo determinado durante el cual debe terminarse su enseñanza (dos años, tres y hasta siete, según la dificultad o amplitud del arte), y aquél que ya está instruido en todo lo que a su arte atañe, pasa de aprendiz a candidato, u oficial, y después a maestro en su oficio. Igualmente conviene establecer en la disciplina escolar que se determinen para las artes, ciencias y lenguas, sus períodos respectivos, a fin de que, en el transcurso de un cierto número de años, se lleve a cabo toda la enciclopedia de la erudición y salgan de aquellos talleres de la humanidad hombres verdaderamente eruditos, verdaderamente morales, verdaderamente piadosos.
2. Para llegar a conseguir esto, emplearemos todo el tiempo de la juventud para la educación completa. (No tenemos aquí un arte solamente que aprender, sino todo el conjunto de las artes liberales con todas las ciencias y algunas lenguas), esto es, desde la infancia hasta la edad viril, veinticuatro años, distribuidos en períodos determinados. En esto procedemos de conformidad con las enseñanzas de la naturaleza. Demuestra la experiencia que el hombre alcanza el máximum de su estatura hacia los veinticinco años, y después sólo tiende a robustecerse. Este crecimiento tan lento (pues los cuerpos de las bestias más corpulentas alcanzan su mayor desarrollo en algunos meses, o a lo más en un par de años) debemos pensar que sin duda ha sido concedido a la naturaleza humana por la divina Providencia, a fin de que tenga el hombre mayor espacio de tiempo para prepararse a las obligaciones de la vida.
3. Dividimos estos anos de crecimiento en cuatro distintos períodos: Infancia, Puericia, Adolescencia y Juventud, fijando en seis años la duración de cada período, y asignándole una escuela peculiar para que

I La Infancia		El regazo materno, Escuela maternal (Gremium maternum).
II La Puericia	tenga	La escuela de letras o Escuela común pública.
III La Adolescencia	por	Escuela latina o Gimnasio.
IV La Juventud…..	Escuela	La Academia y viajes o excursiones.

Así habrá una escuela materna en cada casa; una escuela pública en cada población, plaza o aldea; un Gimnasio en cada ciudad y una Academia en cada Reino o provincia mayor.
4. En estas escuelas diferentes que indicamos, no se enseñaran materias también diferentes, sino las mismas, pero de distinto modo; es decir, TODAS las que pueden hacer a los hombres, verdaderos hombres; a los cristianos, verdaderos cristianos, y a los doctos, verdaderamente doctos; pero según los grados de edad y anterior preparación, profundizando más cada vez. Las enseñanzas no deben tampoco disgregarse, sino que, conforme a las leyes de este método natural, al mismo tiempo deben darse todas, a la manera que el árbol va creciendo en su totalidad por igual en todas sus partes, lo mismo este año que el próximo, que mientras viva, aunque pasen cien años.
5. La diferencia será de tres modos. Primero, que en las escuelas primeras ha de enseñarse todo de un modo general y rudimentario y en las siguientes también se enseñará todo; pero más particular y minuciosamente, como el árbol se extiende cada año en nuevas ramas y raíces, se robustece más y produce más frutos.
6. Que en la primera escuela materna se atenderá principalmente al ejercicio de los sentidos externos, para que se habitúen a aplicarlos con exactitud a sus propios objetos y distinguir unos de otros. En la escuela común se ejercitarán los sentidos interiores, la imaginación y la memoria, con sus órganos ejecutivos, la mano y la lengua leyendo, escribiendo, pintando, cantando, numerando, midiendo, pesando y aprendiendo de memoria cosas diversas, etc. En el Gimnasio se procurará formar el sentido de la reunión de todas las cosas, el entendimiento y el juicio, por medio de la Dialéctica, Gramática, Retórica y las demás ciencias y artes reales enseñadas por el qué y el cómo. Las Academias atenderán principalmente a la formación de cuanto procede de la Voluntad; esto es, enseñando a conservar las facultades en perfecta armonía (o restablecer la armonía si ha sido perturbada), el alma mediante la Teología, la inteligencia por la filosofía, las funciones vitales del cuerpo por la medicina y los bienes externos por la jurisprudencia.

7. Este es el verdadero método para educar con éxito; que en primer lugar se presenten las cosas mismas a los sentidos externos a los que inmediatamente afectan; entonces, excitados los sentidos interiores, aprenden a expresar y representar las imágenes impresas por aquella sensación interior; tanto dentro de sí, por la reminiscencia, como fuera de sí mismos por las manos y la lengua. Preparados así estos elementos interviene la mente, y mediante una cuidadosa especulación, considera y sopesa todas las cosas para investigar la razón de todas ellas: que dará por resultado el verdadero conocimiento de las mismas y el juicio acerca de ellas. Finalmente, la voluntad (que es el centro del hombre y la directora de todas sus acciones), se acostumbrará a ejercer, legítimamente, su imperio. Querer formar la voluntad antes que el entendimiento (como éste antes que la imaginación y la imaginación antes que los sentidos), es trabajar en balde. Es lo que hacen los que pretenden enseñar a los muchachos la Lógica, Poesía, Retórica y Etica antes que el conocimiento de las cosas reales y sensibles; procediendo de igual manera que el que intentara enseñar a bailar a un niño de dos años, que apenas logra andar con trémulos pasos.Es nuestra divisa tomar a la Naturaleza por guía en todo: y lo mismo que ella despierta las facultades unas después de otras, así debemos proceder en su desarrollo.
8. La tercera diferencia está en que las escuelas inferiores, la maternal y la común, educarán a la juventud de uno y otro sexo: la latina, principalmente, a aquellos adolescentes que aspiran a algo más que a los oficios; y las Academias formarán a los Doctores y futuros formadores y guías de otros, para que no falten nunca rectores aptos en las Iglesias, Escuelas y Negocios públicos.
9. Con razón hay quien considera estos cuatro géneros de escuelas como semejantes a las cuatro partes del año. Así, la maternal se asemeja a la amena primavera, adornada de brotes y florecillas de varia fragancia; la común representa el estío, que muestra sus espigas llenas con algunos frutos más tempranos; el gimnasio recuerda el otoño, recolectando los frutos completos de los campos, huertos y viñas y guardándolos en las despensas de la mente, y la academia, finalmente, es como el invierno que prepara los frutos recolectados para sus diversos usos, a fin de que tengamos de qué vivir en todo el tiempo restante de la vida.
10. Esta manera de instruir cuidadosamente a la juventud puede también ser comparada al cultivo de los huertos. En ellos, los niños de seis años, adiestrados rectamente por el cuidado del padre y de la madre, son semejantes a los arbolitos plantados a tiempo, bien arraigados, y que empiezan a producir pequeñas ramas.
Los adolescentes de doce años son como arbolillos ya cubiertos de ramas y que empiezan a echar nuevos brotes; en los que aún no se ve suficientemente claro lo que han de dar de sí. Los adolescentes de diez y ocho ya instruidos en el conocimiento de lenguas y artes, son parecidos a los árboles cubiertos de flores por todas partes, ofreciendo con ellas un agradable espectáculo a la vista y un gratísimo olor al olfato y prometiendo al paladar frutos seguros. Por último, los jóvenes de veinticuatro o veinticinco años nutridos ya plenamente de los estudios académicos, son como el árbol lleno de frutos al que ha llegado su tiempo de arrancárselos y aplicarlos a sus respectivos usos.
En realidad todo esto debe exponerse con mayor claridad.

CAPITULO XXVIII
IDEA DE LA ESCUELA MATERNA

1. El árbol hace brotar de su tronco en los primeros años aquellas ramas principales que ha de tener, y así no tiene después sino irlas desarrollando. De igual manera deberán inculcarse al hombre en la escuela primaria los rudimentos de todo aquello en que queremos instruirle para el uso de su vida entera. Si repasamos las materias que deben ser conocidas, veremos claramente cómo puede realizarse. En pocas palabras lo reseñaremos reduciendo todo ello a veinte grupos.
2. METAFÍSICA. La ciencia así llamada tiene absolutamente su comienzo aquí, porque se empiezan a inculcar todas las cosas en los niños de un modo general y confuso al darse cuenta de que es algo todo cuanto ven, oyen, gustan y tocan, no conociendo aún qué es cada cosa en su especie, pero distinguiéndolo después poco a poco. Empiezan, pues, a comprender los términos generales: Algo, nada, ser, no ser, así, de otro modo, dónde, cuándo, etc., semejante y diferente, etcétera, que son en absoluto los fundamentos de la ciencia Metafísica.

3. FÍSICA. En estos primeros seis años puede muy bien conseguirse que el niño no ignore qué es el agua, tierra, aire, fuego, lluvia, nieve, hielo, piedra, hierro, árbol, hierba, ave, pez, buey, etc. También puede aprender la nomenclatura y uso de los miembros de su cuerpo, a lo menos los externos. Todo lo cual se aprende con facilidad en esta edad y constituye los rudimentos de la ciencia natural.

4. ÓPTICA. El niño comprenderá los principios de esta ciencia si empieza a distinguir y nombrar la luz y las tinieblas, la sombra y la diferencia de los colores principales: blanco, negro, rojo, etc.

5. ASTRONOMÍA. Su principio será conocer a qué se llama cielo, sol, luna, estrellas y advertir su salida y puesta cotidiana.

6. GEOGRAFÍA. Los rudimentos son empezar a aprender qué es un monte, un valle, un campo, el río, la aldea, la fortaleza, la ciudad, conforme a la oportunidad que para ello ofrezca el lugar en que se educan.

7. CRONOLOGÍA. Se establecen los fundamentos de esta ciencia si el niño llega a entender a qué se llama hora, día, semana, año; qué es el estío y el invierno, etc., y lo que se entiende por ayer, anteayer, mañana y pasado mañana, etc.

8. HISTORIA. Su principio es poder recordar y referir: qué ha ocurrido hace poco; cómo se han portado éste o el otro, ésta o aquélla en un asunto; aunque no se exceda del alcance de los niños.

9. ARITMETICA. Se irán estableciendo los fundamentos si el niño entiende lo que significa poco y mucho; sabe los números hasta diez, por lo menos, y observa que tres son más que dos y que uno añadido a tres son cuatro, etc.

10. GEOMETRÍA. Tendrán sus elementos si comprenden que llamamos grande y pequeño, largo y corto, ancho y es trecho, grueso y delgado. De igual modo lo que es una línea, cruz, círculo, etc., y vean medir las cosas por palmos, codos, varas, etc.

11. ESTÁTICA. Tendrán noción de ello si ven pesar las cosas con la balanza y aprenden a sopesar las cosas ellos mismos con su mano para conocer si son pesadas o ligeras.

12. MECÁNICA, Efectuarán el aprendizaje de estas labores si se les deja hacer siempre algo, enseñándoles para ello: por ejemplo, llevar una cosa de un lado a otro, ordenarlo así o de otra manera, hacer y deshacer, atar y desatar, etc., según la afición de los niños en esta edad. Y como todo esto no es sino ensayo de la habilidad natural para hacer las cosas diestramente, no sólo no hay que prohibirlo, sino fomentarlo y dirigirlo con prudencia.

13. DIALÉCTICA. Este arte de la razón tiene aquí también su principio, y empieza a echar sus raíces cuando el niño, advirtiendo que por medio de preguntas y respuestas se efectúan las conversaciones, se va acostumbrando a interrogar él también y a contestar a lo que se le pregunta. Hay, solamente, que enseñarlos a preguntar adecuadamente y contestar con precisión a lo interrogado a fin de que se habitúen a fijar su pensamiento en el tema propuesto sin perderse en divagaciones.

14. GRAMÁTICA. La gramática infantil debe consistir en hablar rectamente la lengua materna; esto es, pronunciar clara y distintamente las letras, sílabas y palabras.

15. RETÓRICA. Sus principios consistirán en imitar los tropos y figuras que el lenguaje doméstico emplea. En primer lugar se atenderá a que la mímica al hablar y la entonación sean las adecuadas a la cualidad de la oración; que al preguntar eleven el tono de las últimas sílabas y al contestar le depriman; con otras cosas por el estilo que casi la misma naturaleza enseña y con algún cuidado puede corregirse cualquier defecto que en ello se cometa.

16. POESIA. Se desarrollará la afición por la poesía si desde esta primera edad se les hacen aprender de memoria muchos versillos, principalmente de índole moral, ya rítmicos, ya métricos, como cada lengua tiene por uso corriente.

17. MÚSICA. Sus rudimentos consistirán en aprender algunos trozos fáciles de los salmos e himnos sagrados, lo cual tendrá su adecuado lugar en los ejercicios diarios de piedad.

18. ECONOMÍA. Los principios de esta ciencia doméstica serán aprender a distinguir los nombres de las personas que constituyen la familia. A quién se llama padre, madre, criada, criado, inquilino, etc. Igualmente los nombres de las partes de la casa: atrio, estufa, alcoba, establo, etc. Asimismo los de los instrumentos domésticos con su respectivo uso, como la mesa, el plato, el cuchillo, la escoba, etc.

19. POLÍTICA. Muy reducida ha de ser la afición a esta ciencia, toda vez que el conocimiento en esta edad apenas si tiene objetos a que dirigirse fuera de la casa; no obstante, pueden enseñarse algunas nociones si se dan cuenta de

que en la ciudad algunas personas se reúnen en la Curia y se llaman Senadores, y de éstos algunos tienen el nombre peculiar de Cónsul, Pretor, Notario, etc.
20. ETICA. Pero la enseñanza moral es la que ha de tener aquí el fundamento más sólido si queremos hacer que las virtudes nazcan con la juventud que vamos a formar. Por ejemplo:

- TEMPLANZA; guardando severa regla con el estómago, no permitiéndose más de lo que sea estrictamente necesario para calmar el hambre o la sed.
- LIMPIEZA en las comidas, vestidos y aun en cuidar con esmero sus muñecas y juguetes.
- VENERACIÓN hacia los superiores.
- OBEDIENCIA a todo lo que se manda o prohibe, siempre con alegría y prontitud.
- VERACIDAD religiosa en todo cuanto se diga, sin que jamás les sea consentido mentir o engañar, ni en broma ni en serio (pues las bromas en cosa que no es buena pueden degenerar en un vicio serio).
- JUSTICIA. La observarán no tocando, quitando, reteniendo ni ocultando nada contra la voluntad de su dueño; no haciendo mal a nadie ni envidiando cosa alguna, etc.
- CARIDAD. Deben acostumbrarse al ejercicio de esta virtud, de tal manera que estén siempre dispuestos a dar lo suyo a quien a ellos acuda impelido por la necesidad, y aun a hacerlo por su propia resolución. Es ésta la más cristiana de todas las virtudes recomendada sobre todas por el Espíritu Santo, y será altamente beneficioso para la Iglesia inflamar en esta virtud los corazones de los hombres en esta helada vejez del mundo,
- TRABAJO. Los niños también deben ser continuamente ocupados en labores y quehaceres constantes, ya serios, ya por recreo, para que no se acostumbren al ocio.
- SILENCIO. Han de habituarse a no estar siempre charlando y decir todo lo que se les venga a la boca; por el contrario, deben saber callar con motivo y siempre que el caso lo requiera, o sea cuando otros hablan; mientras se halla presente persona de respeto o cuando se trata de cosas que deben callarse.
- PACIENCIA. Deben, desde luego, formarse en esta primera edad en la paciencia que durante toda la vida han de necesitar, a fin de que sepan domar las pasiones antes de que irrumpan con violencia y arraiguen, y se acostumbren a guiarse por la razón, no por la fuerza; a enfrenar la ira mejor que darla rienda suelta, etc.
- CORTESIA. Esta virtud y la alegría en ser útil a los demás es un preciado ornamento de la juventud y de la vida toda. En ella deben ejercitarse durante los primeros seis años, de manera que no dejen de acudir prontamente si confían que en alguna cosa pueden prestar un beneficio a los demás.
- URBANIDAD. También hay que atender a la urbanidad de las costumbres para no hacer nada con ineptitud o rudeza, sino con decorosa modestia. A esto pertenecen las afectuosas deferencias, los saludos y su respuesta, las corteses demandas, cuando algo se necesita y las acciones de gracias después de recibido el beneficio, las genuflexiones oportunas, besamanos y cosas semejantes.

21. RELIGIÓN Y PIEDAD. Por último, los niños de seis años pueden muy bien ser instruidos en Piedad y Religión, empezando a aprender de memoria capítulos de Catecismo, fundamentos de su cristianismo y a practicar y entender cuanto su edad les permita. Esto es: que con el pensamiento puesto en la Divinidad, viendo a Dios presente en todas partes y temiéndole como justísimo vengador de los malos, no cometan ninguna mala acción; y por el contrario, amándole como benignísimo remunerador de los buenos, venerándole, invocándole y alabándole y esperando misericordia de Él en vida y muerte, no dejen de hacer el bien, que saben le es grato, y se acostumbren a vivir como ante los ojos de Dios y andar con Él (según frase de la Sagrada Escritura).
22. De esta manera podrá decirse de los hijos de los cristianos lo que el Evangelista afirma refiriéndose al mismo Jesucristo: que crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y los hombres (Lucas 2. 52).
23. Estas serán las tareas de la Escuela materna, cuyo desarrollo particular o cuadro de distribución de lo que haya de hacerse y cómo, en cada año, mes y día (al modo que en la escuela común y en latina lo expondremos), no puede indicarse de la misma manera que en las escuelas que siguen, en virtud de dos causas. La primera, porque no es tan hacedero para los padres guardar, en medio de las ocupaciones caseras, el mismo orden que en la escuela pública, en la que no hay otro objeto que la educación de la juventud. En segundo lugar, porque el entendimiento y la capacidad se manifiestan de modo muy desigual en los niños, con precocidad en unos y tardíamente en otros

Algunos, a los dos años, son notablemente locuaces y despiertos para todo; otros, a los cinco, apenas pueden compararse a los anteriores; de manera que es necesario encomendar a la prudencia de los padres la formación de esta primera edad.24. No obstante, pueden hacerse dos cosas que presten aquí extraordinaria utilidad: Primera, escribir un librito de advertencias a los padres y las madres para que no desconozcan sus obligaciones. En él se describirá minuciosamente todo lo que es necesario para educar a la infancia, las circunstancias en que debe ponerse en práctica cada enseñanza y con qué procedimientos y fórmulas se han de infundir las palabras y los gestos. Hemos de escribir un libro de esta naturaleza con el título de Informatorio de la Escuela materna.
25. En segundo lugar, habrá un libro de imágenes que sirva para los ejercicios de esta Escuela materna y que, desde luego, se maneje por los mismos niños. Como en esta escuela debe atenderse con preferencia al ejercicio de los sentidos para que reciban con precisión las impresiones de sus objetos propios, y la vista es el principal de todos aquéllos, conseguiremos nuestro propósito si subordinamos a la vista todo lo elemental de la Física, Óptica, Astronomía, Geometría, etc., conforme al orden de las cosas cognoscibles que indicamos anteriormente. Para ello se puede dibujar un monte, un valle, un árbol, aves, peces, caballo, buey, oveja, hombre de diversas edades y estaturas. Igualmente la luz y las tinieblas; el cielo con el sol, la luna, las estrellas, nubes; colores fundamentales, etc. También los utensilios domésticos y herramientas de los oficios: olla, plato, cántaro, martillo, tenazas, etc. Asimismo las imágenes de las dignidades: como el rey con el cetro y corona; el soldado con las armas; el labrador con el arado; el carretero con su carro; el cartero en camino, etc., poniendo en todos ellos la inscripción de lo que representen: caballo, buey, perro, árbol, etc.
26. La utilidad de este libro es triple:
1º Para auxiliar la impresión de las cosas sensibles, como antes hemos dicho.
2º Para estimular a los tiernos entendimientos a que busquen en los libros lo que deseen.
3º Para conseguir con más facilidad el conocimiento de las letras. Y como las estampas de las cosas llevan escrito su nombre encima, se podrá empezar por aquí el aprendizaje de la lectura.

CAPITULO XXIX
IDEA DE LA ESCUELA COMÚN

Dijimos en el capítulo IX que debería ser enviada a las escuelas públicas la juventud de uno y otro sexo. Ahora añadimos que debe enviarse a toda esta juventud a las escuelas comunes primeramente, en lo cual sostienen otros distinto parecer. Zepper, en el libro 1 de Polit. Ecles., cap. 7, Alstedio, Escolast., cap. 6, aconsejan que deben enviarse a la escuelas comunes solamente a aquellos muchachos y muchachas que en alguna ocasión han de dedicarse a las artes mecánicas; los niños que por designio de sus padres aspiran a más completa cultura no deben ir a esas escuelas, sino directamente a la latina. Alstedio añade: Disienta el que quiera: yo propongo el camino y el motivo que desearía que siguieran todos aquellos a quienes quisiera sumamente instruidos. Pero los principios de nuestra Didáctica nos obligan a disentir.
2. Efectivamente. 1º Nosotros pretendemos la educación general de todos los que han nacido hombres para todo lo que es humano. Por lo tanto deben ser dirigidos simultáneamente hasta donde puedan serlo para que todos se estimulen y animen mutuamente. 2º Queremos educar a todos en todas las virtudes, incluso la modestia, concordia y cortesía mutuas. Luego no deben ser separados tan pronto ni dar ocasión a nadie para estimar a unos y menospreciar a otros. 3º Parece excesiva ligereza querer determinar a lo seis años la vocación de cada uno para las letras o para lo oficios, porque todavía en esa edad no se han manifestado la capacidad del entendimiento ni la inclinación del espíritu, más tarde aparecen claramente una y otra, del mismo modo que no puedes conocer las yerbas que debes arrancar o dejar en tu jardín mientras están naciendo, sino después que han crecido algún tanto. Tampoco los hijos de los ricos, los nobles o los que dirigen el Gobierno son los únicos que bar nacido para dichas dignidades, y, por tanto, para ellos solos debe reservarse la escuela latina, dejando a todos los demás como inútiles y sin esperanza. El viento sopla por donde quiera y no comienza a soplar siempre en un tiempo determinado.
3. El cuarto motivo es que nuestro método universal no comprende solamente la lengua latina, ninfa tan vanamente amada por el vulgo, sino que abre el camino para el estudio de las lenguas propias de todos los países

(a fin de que todas las almas alaben más y más al Señor), y no es conveniente alterar este propósito con el caprichoso salto de la escuela común.
4. En quinto lugar, querer enseñar una lengua extraña antes de conocer bien la propia, es igual que si quisieras enseñar a tu hijo la equitación antes de que sepa tenerse en pie. Conviene tener muy presente lo que se demostró en el cap. 16, fund. 4. De igual manera que Cicerón negaba que él pudiese enseñar a decir a quien no sabía hablar, así también nuestro método afirma que no se puede enseñar latinidad a quien desconoce su lengua propia, porque ésta es la que lleva de la mano para llegar a aquélla.
5. Por último, como nosotros pretendemos la erudición real, pueden fácilmente desenvolverse con el auxilio de los libros en lengua propia que contengan la nomenclatura de las cosas. De esta manera aprenderán la lengua latina con mayor facilidad, puesto que sólo habrán de adaptar la nueva nomenclatura a las cosas ya conocidas, y al conocimiento del qué añadirán la especulación del por qué con suave y sencilla gradación.
6. Firme, pues, nuestra hipótesis sobre la necesidad de las cuatro clases de escuelas, diseñaremos de esta manera la escuela común. El fin y objeto de la escuela común es que toda la juventud entre los seis y los doce años (o trece), se instruya en todo aquello cuya utilidad abarca la vida entera. Esto es:
I. Leer con facilidad y expedición el idioma propio, ya impreso, ya manuscrito
II. Escribir, primero despacio; luego más deprisa, y, por último, con propiedad, conforme a las leyes de la gramática propia, que deberán ser expuestas de modo claro y con arreglo a las cuales se dispondrán los ejercicios.
III. Numerar cifras y operaciones para las necesidades comunes.
IV. Medir, con arreglo al arte, longitudes, latitudes, distancias, etc.
V. Cantar melodías muy conocidas, y aquellos que tuviesen mayor aptitud comenzarán los rudimentos de la música figurada.
VI. Saber de memoria la mayor parte de las salmodias e himnos sagrados que use con más frecuencia la Iglesia de cada lugar, a fin de que, nutridos con las alabanzas de Dios, sepan (como dice el Apóstol) enseñar y estimularse a sí propios con los salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando con fervor a Dios en sus corazones.
VII. Además del Catecismo sepan al dedillo las historias y principales frases de toda la Sagrada Escritura de modo que puedan recitarlos de memoria.
VIII. Retengan, comprendan y empiecen a practicar la doctrina moral encerrada en reglas e ilustrada con ejemplos al alcance de su inteligencia.
IX. Respecto al orden económico y político sólo deben conocer lo suficiente para darse cuenta de lo que ven hacer diariamente en la casa y en la ciudad,
X. No deben ignorar las generalidades de la historia de la creación del mundo, su pérdida y su restitución y el sabio gobierno de Dios en él hasta el día.
XI. Aprenderán lo principal de la Cosmografía, la redondez del Cielo, el globo de la tierra pendiente en medio, la extensión del Océano, la diversa situación de los mares y ríos, con las mayores partes de la Tierra y los principales Reinos de Europa y especialmente las ciudades, montes, ríos, etc., de su patria y lo que haya de notable.
XII. Por último, deben conocer lo más general de las artes mecánicas, con el solo fin de no ignorar, aunque sea muy por encima, lo que ocurre en las cosas humanas, y de esta manera podrá después manifestarse con mayor facilidad la inclinación natural de cada uno.
7. Si todo lo que dejamos indicado tuviese exacto cumplimiento en esta escuela común, no encontrarían los discípulos, al pasar a la escuela latina o al dedicarse a la Agricultura, Comercio, oficios, etc., nada que fuese para ellos tan nuevo que no hubiesen tocado en esta escuela, y, por lo tanto, todo cuanto ha de tratar cada uno en su oficio, lo que puede oír en las predicaciones sagradas o en otra parte cualquiera, lo que leerá en los diversos libros no será más que la ampliación de las cosas conocidas de antemano o la aplicación particular de alguna de ellas: y se sentirán aptos los discípulos, por lo mismo, para entender, ejecutar y juzgar todo ello con mayor seguridad.
8. Para llegar a conseguir este fin, podremos emplear los medios siguientes.
I. Los concurrentes a la escuela común, que deben permanecer en ella seis años, pueden dividirse en seis clases (si es posible, en lugar separado para no impedirse unas a otras).

II. A cada clase corresponderán sus libros propios que han de contener todo cuanto a dicha clase afecta (tocante a la materia literaria, moral y religiosa), de manera que no haya necesidad de ningunos otros libros mientras no salgan de este círculo, sino que infaliblemente lleguen al fin con su ayuda. Será necesario que estos libritos comprendan todo el idioma patrio, es decir, las denominaciones de todas las cosas que por su edad son capaces de comprender los niños y los principales y más corrientes modos de hablar.

9. Conforme al número de clases, los libritos serán también seis, y diferentes, no tanto en las materias como en la forma. Todos ellos versarán acerca de todo, pero los primeros tratarán solamente lo más general, conocido y fácil, y los posteriores guiarán el entendimiento a lo más particular, desconocido y difícil, o señalarán un nuevo modo de tratar las mismas cosas para procurar nuevas satisfacciones al espíritu, como luego se verá.

10. Debe ponerse cuidado en que todo ello esté adecuado a la índole de la edad pueril, que por su naturaleza se inclina a lo alegre, divertido y propio de juego, y mira con repugnancia lo serio y demasiado severo. Para que aprendan lo serio, o lo que más tarde ha de serlo, y con facilidad y de buen grado puede aprenderse, habrá que mezclar en todo lo útil a lo agradable, y con estos atractivos casi continuos se dominarán las inteligencias y se les llevará por donde se quiera.

11. Conviene designar a estos libros con unos títulos que deleiten a la juventud por su atractivo y que al mismo tiempo expresen claramente su contenido. Yo creo que pueden tomarse de las distintas clases de jardines. Como la escuela es comparable a un jardín, ¿por qué no se podría denominar Plantel de Violetas al libro de la primera clase; Rosaleda al de la segunda; Vergel al de la tercera, etc.?

12. En otro lugar hablaremos más especialmente de la materia y forma de estos libros. Ahora sólo diré: que puesto que se escriben en lenguaje usual, deben también designarse en dicho idioma los términos propios de las artes, sin emplear para ello el latín o el griego. Razones: 1ª Nos proponemos que la juventud comprenda todas las cosas sin tardanza, y desde luego las cosas extrañas necesitan ser explicadas antes que se entiendan, y a veces aun después de explicadas no se entienden, sino que se creen significar solamente lo que representar y se retienen con trabajo en la memoria. En las cosas de la casa, no hay necesidad de explicar ninguna otra cosa más que la significada; se entienden al momento y se graban bien en la memoria. Queremos evitar tardanzas y obstáculos en esta enseñanza primera para que todo fluya espontáneamente. 2ª Además queremos que se estudien las lenguas patrias, no al estilo de los galos, que conservan términos griegos y latinos ininteligibles para la plebe (en este sentido los critica Stevin), sino pudiendo expresarlo todo con voces que comprenda el vulgo. Así lo aconsejó Stevin a sus compatriotas los belgas (Geog. 1. 1.) y adelantó grandemente en las matemáticas.

13. Pueden algunos argumentar, y a ello acostumbran, que no son todas las lenguas tan ricas que puedan traducir fielmente el griego y el latín. Además, aunque pudieran traducirse, no habrían los eruditos de abandonar sus términos, acostumbrados como están a ellos, y por último, conviene que los niños que han de irse iniciando en la lengua latina se vayan acostumbrando a la lengua de los eruditos para que no tengan luego necesidad de aprender los términos técnicos.

14. Respondo. No es culpa de las lenguas, sino de los hombres, si la lengua es obscura, deficiente o imperfecta para la expresión de todo lo que haga falta. Los latinos y los griegos tuvieron también que inventar vocablos al principio, que luego fueron recibidos por el uso; también parecieron entonces ásperos y obscuros, hasta el extremo de dudar ellos mismos que pudiesen suavizarse; pero una vez que se admitieron nada hay más significativo. Como aparece en las palabras, ente, esencia, substancia, accidente, cualidad, etc. No faltará nada a ninguna lengua si los hombres no carecen de inventiva.

15. En cuanto a lo segundo, quédense en buen hora los eruditos con todo lo suyo; nuestro propósito es que los que nada saben puedan alcanzar el conocimiento de las artes liberales y las ciencias, y para esto no hemos de hablarles en términos extraños ni lenguas extranjeras.

16. Por último, los niños que aprendan después otros idiomas, apenas hallarán dificultad para ello porque conozcan los términos técnicos en la lengua patria y porque hayan aprendido a nombrar a Dios Padre en su idioma antes que en el latino.

17. El tercer requisito será un método fácil para hacer aprender a la juventud estos libros, y este método podemos expresarle en las cuatro reglas que siguen:

I. No dedicar a los estudios públicos más que cuatro horas, que se distribuirán: dos por la mañana y otras dos por la tarde. Las horas restantes del día quedarán para las ocupaciones domésticas (principalmente entre los pobres) o para honestos recreos y diversiones.
II. Las horas de la mañana se dedicarán al cultivo y desarrollo del entendimiento y la memoria, y las de por la tarde, al ejercicio de la mano y la palabra.
III. Durante las horas matutinas, el Profesor leerá y volverá a leer, en medio de la mayor atención de todos, el trabajo correspondiente a aquella hora; explicando en lenguaje vulgar y clarísimo lo que necesite explicación, a fin de que no dejen de entenderlo todos. Luego hará que los discípulos lo vayan leyendo ordenadamente; de modo que mientras uno lee, los demás le sigan en silencio mirando sus libros respectivos. Continuado este ejercicio por espacio de media hora o más, se conseguirá que tanto los más vivos de ingenio como los tardos podrán casi recitar lo leído sin mirar al libro. Estos trabajos deberán ser muy breves y proporcionados al tiempo disponible y a la capacidad de los entendimientos infantiles.
IV. Todo lo cual se asegurará más y más durante las horas de la tarde, ya que en ellas no se tratará de nada nuevo, sino de la repetición de las cosas aprendidas, bien mediante la transcripción de los mismos libros impresos, bien por medio de concursos o certámenes sobre quién es el que recuerda antes y mejor todo lo ya explicado, o escribe, numera o canta con menos equivocación, etc.
18. No sin motivo preceptuamos que los niños copien de su puño y letra, y con la mayor limpieza, sus libros impresos de clase. Pues (1) esto servirá para grabar más profundamente en la memoria cuanto se haga por tener los sentidos largo tiempo ocupados con las mismas materias. (2) Se adiestrarán en este diario ejercicio de escritura, en la caligrafía, velocidad en la escritura y buena ortografía; hábito en extremo utilísimo para los sucesivos estudios y ocupaciones posteriores de la vida. (3) Será una prueba evidente para los padres de los alumnos de que en la escuela se hace todo lo qué debe hacerse, y podrán juzgar fácilmente de su aprovechamiento viendo cómo realizan su trabajo.
19. Ociamos para otra ocasión algunas particularidades sobre lo dicho. Por ahora hemos de aconsejar que si algunos niños han de dedicarse al estudio de las lenguas de los países vecinos, lo efectúen entre los diez, once o doce años de su edad; es decir entre la escuela común y la latina. Para que tengan en ello mayor facilidad debe enviárseles donde no se hable el idioma patrio, sino que se emplee ordinariamente el que deben aprender. Y también que los libros de la escuela común (conocidos ya anteriormente en cuanto a la materia) se lean en la nueva lengua, y que escriban, aprendan de memoria y hagan ejercicios verbales y escritos tomados de los mismos libros.

CAPITULO XXX
BOSQUEJO DE LA ESCUELA LATINA

1. Aquí hemos dispuesto un plan que, con los cuatro idiomas antes indicados, nos permitirá abarcar toda la enciclopedia de las artes. Esto es, que si los adolescentes pasan con eficacia por todas estas clases, llegarán a ser.
I. Gramáticos, capaces de expresar los conceptos de todas las cosas, con perfección en idioma patrio y en latín, y lo suficiente para las necesidades en griego y hebreo.
II. Dialécticos, peritos en definir con exactitud, hacer distinciones, exponer argumentos y resolverlos.
III. Retóricos u oradores, aptos para hablar con elegancia de cualquier materia que se les proponga.
IV. Aritméticos y V. Geómetras, ya por las diversas necesidades de la vida, ya porque estas ciencias sirven para despertar y avivar el entendimiento.
VI. Músicos, prácticos y teóricos.
VII. Astrónomos, por lo menos en lo más fundamental, versados en la doctrina esférica y en el cómputo, ya que sin esto son ciencias ciegas, tanto la Física como la Geografía y la Historia en su mayor parte.
2. Estas son las famosas siete artes liberales, cuyo conocimiento piensa el vulgo que basta para ser Maestro de Filosofía. Pero, como queremos que nuestros discípulos lleguen más arriba, pretendemos que sean además:
VIII. Físicos que conozcan la constitución del mundo, la fuerza de los elementos, las diferencias de los animales, las propiedades de las plantas y metales, la estructura del cuerpo humano, etc., tanto en general,

conforme son en sí, como respecto a la aplicación de las criaturas a los usos corrientes de nuestra vida, lo que constituye gran parte de la Medicina, Agricultura y demás artes mecánicas.

IX. Geógrafos, que puedan recorrer el orbe de las tierras grabado en su imaginación y los mares con sus islas, los ríos y los reinos de todos los países, etc.

X. Cronólogos, que sepan de memoria, en todos sus períodos la revolución de los siglos desde el comienzo de los tiempos.

XI. Historiadores, que sepan referir a ciencia cierta los más notables cambios del género humano, de los reinos principales y de la Iglesia y las diferentes costumbres y acontecimientos de los países y hombres.

XII. Éticos, que conozcan los géneros y diferencias de las virtudes y vicios y sepan huir de unos y practicar las otras, lo mismo en su consideración general que en su particular aplicación respecto a la vida económica, política, eclesiástica, etc.

XIII. Finalmente, queremos formar TEÓLOGOS, que no solamente comprendan los fundamentos de la fe, sino que sepan defenderlos por medio de las Sagradas Escrituras.

3. Queremos que, al terminar el curso de los estudios de estos seis años, sean los adolescentes, si no perfectos en todas estas materias (ya que ni la edad juvenil consiente la perfección, puesto que es necesaria larga experiencia para afirmar la teoría con la práctica, ni en seis años es posible agotar el océano de la erudición) por lo menos que tengan sólidos fundamentos para una futura erudición perfecta.

4. Serán necesarias para la ordenada cultura de todo este período, seis clases distintas, cuyas denominaciones pueden ser las que siguen empezando por la inferior:

	I…..GRAMÁTICA
	II….FÍSICA
Clase	III…MATEMÁTICA
	IV…ÉTICA
	V….DIALÉCTICA
	VI…RETÓRICA

5. Pienso que nadie ha de reprochar que pongamos en primer término la Gramática, abriendo marcha; lo que seguramente llamará la atención a los que respetan la costumbre como ley es que pospongamos la Retórica y la Dialéctica a las ciencias reales. Pero es conveniente proceder de esta manera. Venimos sosteniendo que debe tratarse antes de las cosas que de su modo de ser, esto es, la materia antes que la forma, y que para hacer progresos sólidos y rápidos es el método más adecuado que nos instruyamos bien en el conocimiento de las cosas antes de que se nos obligue a juzgar acerca de ellas con acierto o enunciarlas con florido lenguaje. De lo contrario, por muy dispuesto que estés para hablar y discutir de todas las maneras, si desconoces la materia que has de exponer o defender, ¿qué será lo que expongas o discutas? Como es imposible que dé a luz una virgen no preñada, también es imposible que pueda racionalmente hablar de una cosa aquél que no tenga conocimientos previos de ella. Las cosas son lo que son por sí mismas, aunque no se les aplique ninguna razón o idioma. Tanto las razones como las lenguas versan exclusivamente sobre las cosas y dependen de ellas hasta el punto de que sin las mismas o desaparecen o son meros sonidos sin sentido alguno, empeño estúpido o ridículo. Y como el raciocinio y la palabra se basan en las cosas, es evidentemente necesario que el fundamento de ellas debe ir en primer lugar.

6. La ciencia de lo natural debe anteceder a la enseñanza moral, aunque parezca a muchos que debe ser lo contrario, y se prueba con razones de un docto varón. Lpsio, en Fisiología, 1. I, c. I, escribe como sigue:

Nos agrada la opinión de ilustres autores, y coincidimos y aprobamos que la Física deba enseñarse en primer lugar. El agrado en esta parte (de la Filosofía) es mayor y más adecuado para atraer hacia ella y retenerla; mayor es también la dignidad y esplendor para excitar la admiración, y, por último, es preparación y desarrollo del espíritu para estudiar con fruto la ética.

7. Acerca de las matemáticas puede existir la duda de si han de ir antes o después de la física. Los antiguos partían, en efecto, del conocimiento de las matemáticas, de donde les viene el nombre a dichas enseñanzas, y Platón no admitía en su Academia a quien estuviera ayuno en estos conocimientos. La causa de ello salta pronto a la vista, porque dichas ciencias, al tratar de los números y cantidades, se reciben y fijan en los sentidos y, por

tanto, son más fáciles y exactas, desarrollan y hieren más la imaginación y, finalmente, predisponen y estimulan para el estudio de otras materias más remotas de los sentidos.

8. Todas estas alegaciones son absolutamente ciertas; pero, sin embargo, nosotros tenemos que hacer aquí otras consideraciones. En primer lugar, hemos preceptuado nosotros que en la escuela común han de ejercitarse los sentidos y el entendimiento por medio de las cosas sensibles, aun con la enseñanza de los números cuidadosamente efectuada, por lo cual nuestros discípulos ya no estarán completamente limpios de conocimientos matemáticos. Segundo. Nuestro método procede siempre gradualmente. Antes de llegar a las elevadas especulaciones de la cantidad se intercala oportunamente la doctrina de los concretos al tratar de los cuerpos, y así se marcha sutilmente por grados a la comprensión de lo abstracto. Tercero. Hemos incluido en el programa de la clase matemática algunas materias no reales, cuyo conocimiento fácil y verdadero puede adquirirse casi sin la enseñanza de las naturales y por esto las colocamos al principio. Ahora bien, si los argumentos ajenos o la práctica misma demostrasen lo opuesto, nosotros no tenemos intención de llevar la contraria, lo hemos dispuesto conforme nos lo aconsejan los motivos que acabamos de reseñar.

9. Después que se haya obtenido un regular conocimiento de la lengua latina (por medio del Vestíbulo y Puerta, que destinamos a la primera clase) aconsejamos que se instruya a los discípulos en la ciencia más general, llamada primera sabiduría y vulgarmente Metafísica (a nuestro parecer sería más exacto denominarla, doctrina o enseñanza antenatural o subnatural). Esta ciencia, en efecto, investiga los primeros y más profundos fundamentos de la Naturaleza; o sea los requisitos necesarios, atributos y diferencias de todas las cosas, con las reglas más generales para todas ellas, así como las definiciones, axiomas, imágenes y composiciones. Conocido todo esto (y fácilmente puede conseguirse con nuestro método), ya no habrá dificultad ninguna para acometer el conocimiento de todo lo particular, que en su parte principal aparecerá como ya conocido, y, por lo tanto, lo que únicamente resultará nuevo será la aplicación de lo general a los casos especiales. Inmediatamente que estas generalidades sean conocidas, y bastará emplear en ello un trimestre (se percibirán fácilmente, puesto que no serán sino meros principios que todo sentido humano, con la sola luz natural, podrá conocer y admitir), se pasará a la consideración del mundo visible, para que las creaciones de la naturaleza (ya indicadas en Metafísica) se revelen más y más mediante los ejemplos particulares de la misma Naturaleza, principalmente. Estas enseñanzas corresponderán a la Clase Física.

10. De la esencia de las cosas pasaremos al estudio de a sus accidentes, que denominamos Clase Matemática.

11. En seguida se presentará a la consideración de los alumnos el hombre mismo con los actos de su voluntad libre, como señor de las cosas, para que aprendan a observar qué es lo que cae bajo nuestra potestad y albedrío, qué es lo que a ello no está sometido y cómo es conveniente administrar todo conforme a las leyes del universo, etc. Esto se enseñará el cuarto año en la Clase Ética; pero no de un modo histórico solamente respondiendo al cómo, según se hacía en los rudimentos de la escuela común, sino atendiendo al por qué para que se vayan acostumbrando los alumnos a inquirir las causas y los efectos de las cosas. Hay que tener cuidado en estas cuatro clases primeras de no deslizar nada que origine controversia, porque esto queremos reservarlo única y exclusivamente para la quinta clase que sigue.

12. Así, pues, en la clase Dialéctica, después de hacer que precedan unos breves preceptos acerca del raciocinio, queremos que se repasen las materias anteriores físicas, matemáticas y éticas y que se resuelva aquí todo cuanto se presente de alguna importancia, y que suele aparecer en las controversias entre los eruditos. Aquí se ha de enseñar: cuál sea el origen de la controversia; cuál su actual situación; qué es tesis y qué antítesis; con qué argumentos verdaderos o verosímiles ha de defenderse esto o aquello. Luego descúbrase el error de la afirmación contraria, la causa del error y la falsedad de los argumentos, con la fuerza de la argumentación en pro de la verdadera tesis, etc., o, por el contrario, la conciliación de los argumentos, si en una y otra tesis hubiese algo verdadero. De esta manera con un mismo trabajo conseguiremos bien la provechosa y grata repetición de lo ya estudiado, bien la útil explicación de lo no entendido anteriormente; y se logrará enseñar con brevedad el arte de razonar, de investigar lo desconocido, aclarar lo oscuro, distinguir lo ambiguo, limitar lo general, defender la verdad con sus propias armas, combatir la falsedad, y finalmente, poner en orden lo confuso, por medio de constantes ejemplos, esto es, por el camino más corto y eficaz.

13. La clase última será la Retórica en la que proponemos que se desarrolle el ejercicio práctico, verdadero, fácil y agradable de todo lo que se haya aprendido hasta este momento, en donde ha de estar la demostración de que se ha aprendido algo y no ha sido en vano. Conforme al dicho socrático: Habla para que te vea, queremos ejercitar su lengua en la elocuencia a todos aquellos a quienes hasta ahora hemos ido formando su entendimiento para la sabiduría.
14. Previos, pues, unos breves y claros preceptos acerca de la elocuencia, comencemos en seguida los ejercicios; a saber, la imitación de algunos de los principales maestros del decir. Sin embargo, no habremos de imitarlos tratando acerca de las mismas materias, sino recorriendo nuevamente los campos de la verdad y variedad de las cosas, los vergeles de la honestidad humana y los jardines de la sabiduría divina: de manera que todo cuanto los discípulos saben que existe de verdadero, bueno, útil, agradable y honesto, sepan también expresarlo con belleza y defenderlo con energía si hubiera necesidad. Al llegar a este momento se encontrarán provistos de un arsenal no despreciable: el conocimiento verdadero de las cosas de todo género, y de una dotación más que suficiente de palabras, frases, adagios, sentencias, historias, etc.
15. Pero de esto ya se tratará más minuciosamente cuando venga el caso, pues la práctica misma nos dará naturalmente lo demás. Solamente conviene añadir esto: Como el conocimiento de la historia es la parte más hermosa de la erudición, y a modo de los ojos de la vida entera, es prudente distribuirle por todas las clases de estos seis años, para que no ignoren nuestros discípulos todo lo digno de memoria que consta que se ha hecho o dicho desde la más remota antigüedad. Hay, sin embargo, que efectuar este estudio con tal circunspección que no aumente el trabajo de los discípulos ni tampoco le relaje, sino que sea como el condimento de los estudios más serios.
16. Nosotros hemos pensado que podría componerse para cada clase un libro especial relativo a determinado género de historias; esto es, que se destine

I. Un epitome de Historias bíblicas.
II. Historia de los seres naturales.
III. Historia de los seres artificiales, de invenciones de las cosas. A la clase
IV. Historias morales, de los ejemplos más notables de las virtudes, etc.
V. Historia ritual, de las costumbres y ritos de diversas naciones.
VI. Historia universal, de todo el mundo y principales países, especialmente la patria, todo de manera muy breve y sin omitir nada de lo esencial.

17. Acerca del método particular que ha de seguirse en estas escuelas, no diré nada más que: Es nuestro pensamiento que las ordinarias cuatro horas públicas se inviertan del siguiente modo: las dos de la mañana (después del sagrado ejercicio de piedad) se destinen a la Ciencia o arte que da el nombre a la clase; y la primera de la tarde se dedique a la historia y la segunda a ejercicios de estilo, palabra, manuales, etc., conforme requiere la materia de cada clase.

CAPITULO XXXI
DE LA ACADEMIA

1. No llega, en verdad, nuestro Método hasta este punto: pero se nos ha de permitir que expongamos aquí nuestra opinión respecto a las materias que en él se contienen. Ya dijimos antes que debía reservarse a las Academias el más elevado conocimiento y desarrollo de todas las ciencias y todas las superiores enseñanzas.
2. Por lo cual es nuestro parecer que,

I. Deben hacerse los estudios verdaderamente universales, de manera que no haya nada en las letras y Ciencia humanas que no sea oportunamente tratado aquí.
II. Deben seguirse los procedimientos más fáciles y seguros para dotar de sólida erudición a todos los que hasta aquí llegan.

III. No hay que conceder los honores públicos sino a los que llegaron con exilo a la meta de sus trabajos y son aptos y dignos de ello, y a quienes puede encomendarse con seguridad la dirección y gobierno de las cosas humanas.

Y vamos a ver ahora, modestamente, qué es lo que exigen los tres fundamentos enunciados.

3. Para que los estudios académicos sean realmente universales, se necesitan, en primer lugar, Profesores sabios y eruditos de todas las ciencias, arte, facultades y lenguas que se muestren como vivos repertorios y sepan comunicar a los demás toda su sabiduría, y en segundo lugar, una Biblioteca selecta de diversos autores para el uso común.

4. Los trabajos académicos se efectuarán con facilidad y éxito, teniendo cuidado: 1º, de dar entrada en la Academia solamente a las inteligencias más escogidas, los oficios o comercio, si para ello nacieron.

5. 2º Cada uno debe dedicarse con preferencia a aquellos estudios a que, según todos los indicios, puede deducirse que le inclina la Naturaleza. Por natural instinto, uno es mejor músico, poeta, orador, etc., y otro por el contrario, es más apto para la Teología, la Medicina o La Jurisprudencia. Porque aquí se peca con demasiada frecuencia por querer hacer una estatua de Mercurio de cualquier trozo de madera, a nuestra voluntad, sin tener en cuenta la inclinación natural. De esto resulta que, por emprender un estudio sin vocación, no conseguimos en él mérito alguno, y muchas veces somos más hábiles en cualquier entretenimiento que en lo que pertenece a nuestra propia profesión. Sería, pues, muy conveniente que al salir de la escuela clásica hicieran los Directores de las escuelas un examen público para determinar quiénes, a su juicio, debían pasar a la Academia y a cuáles sería útil destinar a los otros géneros de vida; y de aquellos que habían de continuar los estudios, quiénes se debían dedicar a la Teología, Política o Medicina, etc., conforme a la inclinación natural que manifestaban o exigía la necesidad de la Iglesia o de la República. 3º Conviene estimular a los entendimientos más sobresalientes a que se dediquen a todo para que no falten eruditos enciclopédicos o sabios universales

7. Hay, sin embargo, que procurar que las Academias no instruyan más que a los diligentes, honestos y capaces, sin permitir en ellas a los falsos estudiantes que malgastan su patrimonio y sus años en el ocio y la disipación, dando mal ejemplo a los demás. Así, donde no hay ninguna peste no habrá contagio alguno: atentos todos a lo que deba hacerse.

8. Ya hemos dicho que en la Academia deben manejarse toda clase de autores. Para que no resulte demasiado trabajo, y sin embargo, preste utilidad, convendría que se pudiese conseguir de los más ilustres doctores, filólogos, filósofos, teólogos, médicos, etc., que accediesen a prestar a la juventud estudiosa el mismo gran servicio que los geógrafos proporcionan a los estudiantes de geografía formando mapas de las provincias enteras, reinos y mundos, y poniendo a la vista, en una sola ojeada, el amplio espacio de las tierras y los mares. ¿Por qué del mismo modo que los pintores representan a lo vivo las tierras, casas, ciudades y hombres, no se ha de poder reproducir de igual manera a Cicerón, Livio, Platón, Aristóteles, Plutarco, Tácito, Gelio, Hipócrates, Galeno, Celso, Agustín, Jerónimo, etc., no como algunos acostumbran, por medio de ejemplos aislados o trozos independientes, sino por su sistema completo, aunque reducido a lo más importante?

9. Estos compendios de los autores tendrían una extraordinaria utilidad. Primero, para aquellos que carecen de tiempo para leer los tratados extensos y que, sin embargo, podrían adquirir el conocimiento general de cualquier autor. Segundo, para los que, conforme a la opinión de Séneca, prefieren dedicarse por entero a uno cualquiera (pues todas las cosas no agradan por igual a todos), y podrían así con mayor facilidad y conocimiento hacer su elección, después que, habiendo probado muchos, hubieran experimentado que esto o aquello satisfacía, desde luego, su paladar. Tercero, para los mismos que hayan de manejar los autores en toda su extensión, porque con estos compendios se prepararán de un modo notable para leerlos con aprovechamiento; de igual manera que al que ha de viajar es sumamente útil conocer de antemano, por medio de los mapas, la corografía de los países que ha de recorrer, para observar con mayor facilidad, certeza y agrado todos los detalles que ante su vista se ofrezcan. Por último, a todos serán útiles dichos epítomes para dar de vez en cuando algún repaso a los autores en lo que siempre se encuentra algo nuevo que llame la atención y se retenga.

10. Podrían hacerse de igual manera unos sumarios de los autores y editarlos por separado (para uso de los más pobres, o de quienes no está en su mano manejar los mismos grandes volúmenes) y anteponerlos a sus autores, a fin de que los que hayan de prepararse para su estudio conozcan desde luego el conjunto de todo su contenido.

11. Respecto a los ejercicios académicos: no sé si sería muy provechoso introducir discusiones públicas a la manera del Colegio Geliano. Esto es, que así que el profesor haya tratado públicamente alguna cosa, se distribuyan a los alumnos algunos buenos autores que traten de la misma materia para leerlos privadamente. Y la parte de dicha materia que el profesor haya explicado públicamente por la materia que el profesor haya explicado públicamente por la en la clase. Esto se efectuará proponiendo cuestiones los discípulos, bien lo que no haya claramente comprendido alguno, bien las dudas que se hayan presentado a otro, bien la disconformidad que haya observado un tercero entre las opiniones de su autor, apoyada en sus mismos argumentos, y cosas semejantes. Entonces se permitirá a uno cualquiera de los presentes (guardando un orden determinado) que le responda, y a los demás que lo juzguen y lo declaren hasta que parezca suficientemente discutido, y, por último, corresponde al Profesor, como presidente, terminar la controversia. De esta manera se ve claramente, que lo que muchos hayan leído, puede reunirse en una sola doctrina, no con el exclusivo fin de que todas las cosas sean de utilidad común, sino para que se impriman con mayor energía en los entendimientos y puedan obtenerse progresos realmente sólidos en la teoría y la práctica de las ciencias.

12. De estos ejercicios colegiados se deduce que no puede haber dificultad en conseguir lo que hemos establecido en último término, y que es deseado desde hace tiempo por todos los espíritus rectos: que solamente se confieran los honores públicos a quienes los merezcan. Esto se conseguirá si no lo hacemos depender de la voluntad particular de uno u otro sino de la pública conciencia y testimonio de todos. Una vez cada año, como los directores en las escuelas inferiores, harán una visita a las Academias los delegados regios, o de la República, y en ella se revelará palpablemente el cuidado con que se hayan seguido las enseñanzas, tanto por parte de los que enseñan como de los que aprenden: y aquellos cuya diligencia sobresalga en grado máximo, conseguirán el testimonio público de su virtud, la corona doctoral o magistral.

13. Para que no haya lugar a engaño, en vez de las Disputas para el grado, sería convenientísimo que el candidato (o varios simultáneamente) se coloque en medio, sin quien le dirija. Entonces, algunos de los más doctos y versados en la práctica, le interrogarán lo que tengan por conveniente para explorar su aprovechamiento en la teoría y la práctica. Por ejemplo: Cuestiones diversas del libro de texto: (Sagrado Código, Hipócrates, Derecho, etc.) ¿Dónde se encuentra escrito esto, aquello o lo otro? ¿Cómo concuerda con esto y aquello? ¿Hay algún autor que disienta? ¿Quién es; qué argumentos expone y cómo deben resolverse? Y cosas por el estilo. Y en cuanto a la práctica: deben proponerse casos variados de conciencia, de enfermedad, de pleitos: ¿cómo hay que proceder en esto o aquello? ¿Por qué? Apriétesele con preguntas y variedad de casos hasta que aparezca claramente que puede juzgar con sabiduría y verdadero fundamento acerca de las cosas, etc. ¿Cómo no esperaremos que han de procurar toda diligencia y esfuerzo los que saben que han de sufrir examen tan público, serio y severo?

14. Acerca de los viajes (a los que hemos reservado su lugar en estos últimos seis años, o una vez terminado ya este periodo) no tenemos necesidad de advertir sino que sería de nuestro agrado, y coincide con nuestras razones el juicio de Platón, que se debe prohibir a la juventud que viaje, antes de que pierda la fogosidad de la edad ardiente, y de que posea la prudencia y capacidad que son necesarios para viajar.

15. De pasada hemos de hacer notar ahora lo extremadamente necesaria que sería la Escuela de Escuelas o COLEGIO DIDÁCTICO, establecido entre la gente de todos los países, o si no había para ello esperanza ninguna, a lo menos entre los eruditos, devotos de la gloria de Dios que se ensalzaría con este motivo, respetado con santa fe, sin moverse ninguno del lugar en que se hallase. Los trabajos asociados de todos ellos habrían de tender a descubrir más y más los fundamentos de las ciencias y purificar y esparcir la luz de la sabiduría con éxito feliz por todo el humano linaje y promover el mejoramiento de los negocios de los mortales mediante nuevos utilísimos inventos. Si no queremos marchar siempre por las mismas huellas y, a veces, retroceder, hemos de pensar en el desarrollo de todo lo bien aprendido. Como para esto no basta un solo hombre y una sola edad, es necesario que sean muchos los que conjunta y sucesivamente continúen la labor empezada. Este Colegio universal sería evidentemente para las demás escuelas lo que el estómago es para los restantes miembros del cuerpo: la oficina vital que proporciona a todos ellos el jugo, la vida y la fuerza.

17. Pero volvamos a lo que respecto a nuestras escuelas nos queda aún por decir.

CAPITULO XXXII
DEL ORDEN GENERAL DE LAS ESCUELAS RECTAMENTE GUARDADO

1. Hemos venido hasta ahora disertando con amplitud acerca de la necesidad de reformar las escuelas.
No ha de resultar inoportuno que concretemos sumariamente nuestros deseos y advertencias. Por lo tanto, a continuación vamos a exponerlo.
2. Es nuestro deseo que el método de enseñar alcance tal perfección, que entre el usual y corriente, hasta ahora, y este nuevo procedimiento didáctico, exista igual diferencia que la que admiramos entre el arte antiguo de multiplicar los libros, mediante la copia, y el arte tipográfico, recientemente descubierto y ya extraordinariamente usado. Pues de igual modo que el arte de la tipografía, aunque más difícil, costoso y trabajoso es, sin embargo, más adecuado para copiar los libros con mayor rapidez, exactitud y elegancia, así también este nuevo método, aunque asuste al principio por sus dificultades, una vez implantado, servirá para instruir a muchísimos con aprovechamiento más seguro y mayor complacencia que con el actual y corriente desorden.
3. Es fácil suponerse qué exigua utilidad parecían reportar al principio los ensayos de los inventores del arte tipográfico sobre el arraigado, extendido y hábil manejo de la pluma; pero, poco a poco nos fue mostrando la práctica las extraordinarias ventajas que dicha invención nos proporciona. En primer lugar, dos muchachos pueden producir tipográficamente más ejemplares de cualquier libro que casi doscientos jóvenes por medio de la pluma en el mismo espacio de tiempo. Segundo, dichos manuscritos variarán completamente en cuanto al número, forma y lugar de los folios, páginas y renglones; los impresos, en cambio, corresponderán exactamente unos con otros, de manera que no será un huevo tan semejante a otro como estos ejemplares lo son entre sí; y esto produce grata sensación de elegancia y primor. Tercero, para asegurarse de que está correctamente escrito lo que se copia a mano, es necesario revisar, cotejar y corregir con solícita atención todas y cada una de las copias, lo que ocasiona un trabajo y fastidio extraordinario. En los impresos, enmendado un solo ejemplar, se corrigen de una vez todos los demás aunque sean miles: lo que es rigurosamente cierto, aunque parezca imposible, al que desconoce el arte. Cuarto, para la escritura que se hace a mano no sirve cualquier clase de papel sino el que sea fuerte y no se corra; en la imprenta queda impreso todo, aunque sea un papel fino y que se corra, un lienzo, etc. Por último con la imprenta pueden escribir libros elegantemente, aun aquellos que no saben escribir con elegancia, porque llevan a cabo su trabajo, no con su propia mano, sino con caracteres dispuestos para ello ingeniosamente e incapaces de equivocarse.
4. No ocurrirá, seguramente, cosa distinta, si organizamos con acierto cuanto se refiere a este nuevo y universal método de enseñar (no llego a afirmar que este nuestro método sea así, pero alabo su general artificio de manera que: (1) con menor número de preceptores, se instruya mayor número de alumnos que por los procedimientos en la actualidad empleados; (2) saldrán verdaderamente instruidos; (3) con erudición perfecta y llena de belleza; (4) esta cultura puede alcanzar, incluso a quienes están dotados de entendimiento mas torpe y sentidos más tardos. (5) Por último, todos serán aptos para enseñar, incluso aquellos que carecen de condiciones naturales, porque no ha de necesitar ninguno investigar por su propio esfuerzo lo que debe enseñar y el procedimiento para ello, sino que le será suficiente inculcar a la juventud la erudición que se le ofrece preparada, mediante procedimientos, que asimismo dispuestos, se ponen al alcance de su mano. Es decir, que de igual manera que un organista cualquiera canta con soltura cualesquiera melodías, guiándose por el papel de música, que probablemente no es capaz de componer ni de cantar de memoria a voz sola o en el órgano, ¿por qué no ha de poder el maestro de la escuela enseñar todas las cosas si tiene redactado como en un cartel todo lo que debe enseñar y los procedimientos para ello?
5. Vamos a continuar el ejemplo del arte tipográfico ampliando la comparación que hemos hecho con el armónico artificio de este nuevo método, a fin de que se vea claramente que las ciencias pueden inculcarse en las inteligencias del mismo modo que se imprimen exteriormente en las hojas de papel. Esta es la razón de que no sea un despropósito inventar y aplicar a esta Didáctica nueva un nombre parecido al de Tipografía, llamándola Didacografía. Pero vamos a exponer esta materia por partes.
6. El arte tipográfico tiene sus elementos y operaciones propias. Los elementos son principalmente: papel, tipos, tinta y prensa. Las operaciones: preparación del papel; composición de los tipos conforme al original; disolución

de la tinta, investigación de las erratas; impresión; desecación, etc., para todo lo cual existen procedimientos infalibles que, rigurosamente observados, producen resultado eficaz.
7. De igual manera pasan las cosas en la Didacografía (séanos lícito conservar este nombre). El papel son los discípulos cuyas inteligencias han de ser impresas con los caracteres de las ciencias. Los tipos o caracteres, son los libros didácticos y demás instrumentos preparados para este trabajo, gracias a los cuales ha de imprimirse en los entendimientos con facilidad todo cuanto ha de aprenderse. La tinta es la voz viva del Profesor que traslada el sentido de las cosas desde los libros a las mentes de los discípulos. La prensa es la disciplina escolar que dispone y sujeta a todos para recibir las enseñanzas.
8. Todo papel sirve cualquiera que sea su clase; sin embargo, cuanto más limpio esté, con tanta mayor nitidez recibirá y reproducirá lo impreso. Así este método se adapta también a toda clase de inteligencias, pero producirá resultados mejores en las que se hallen más puras.
9. Los tipos o caracteres de bronce tienen una gran analogía con nuestros libros didácticos (conforme nosotros los preceptuamos). Pues de igual modo que es necesario fundir, pulimentar y disponer para el uso los tipos antes de comenzar la impresión de los libros, así se requiere disponer los instrumentos de este método antes de ponerle en práctica.
10. Es imprescindible la abundancia de tipos a fin de que sean suficientes para los trabajos; lo mismo ocurre con los libros y materiales didácticos porque es sumamente molesto, fastidioso y perjudicial empezar el trabajo y no poder avanzar por carencia de los elementos necesarios.
11. El perfecto tipógrafo tiene toda clase de tipos para que no le falte el que puede necesitar. Así, es necesario que nuestros libros contengan todo cuanto hace relación a la completa instrucción de las inteligencias, a fin de que nadie pueda dejar de aprender con ellos lo que debe saberse.
12. Para que los tipos estén siempre preparados para su rápido uso, no han de estar tirados aquí y allí, sino distribuidos ordenadamente en apartados y cajas. De igual manera no han de presentar nuestros libros de un modo confuso lo que ha de aprenderse, sino clasificado y separado con la mayor claridad en tareas anuales, mensuales, diarias y hasta por horas.
13. Se toman únicamente de las cajas aquellos tipos que se necesitan para el trabajo actual y los demás se dejan en ellas. Del mismo modo hay que dar a los niños aquellos libros únicamente que han de necesitar en su clase para que no se distraigan con los demás y sufran confusión.
14. Finalmente, así como el tipógrafo conserva la norma lineal, en virtud de la cual los caracteres forman las palabras, éstas los renglones y los renglones las columnas de manera que no haya desproporción alguna, también hay que poner en manos de los formadores de la juventud normas a las cuales ajusten sus trabajos, esto es, deben escribirse para su uso los libros informatorios que les indiquen lo que han de hacer, cómo y en qué momento, a fin de que no puedan equivocarse.
15. De dos maneras, pues, han de ser los libros didácticos: Reales, para los discípulos, e Informatorios, para los maestros, a fin de que sepan enseñar el uso de los anteriores.
16. Hemos dicho que la tinta de la imprenta estaba representada en la enseñanza por la voz del Preceptor. Pues de igual manera que los tipos o caracteres tal y conforme son, secos, al imprimir el papel mediante la prensa no dejan en el sino leves huellas, que al poco tiempo desaparecen, y, por el contrario, impregnados de tinta dejan marcadísima y casi indeleble impresión; así todo lo que los libros, maestros mudos, exponen a la inteligencia de los niños es realmente confuso, arcano e imperfecto; pero al intervenir la palabra del Preceptor (explicándolo racionalmente conforme a la comprensión infantil y haciendo de ello las aplicaciones oportunas) se convierte en real y vivo y se imprime profundamente en el espíritu, de manera que entiendan perfectamente lo que aprenden y se den cuenta de que entienden lo que saben. Y así como la tinta de imprenta es diferente de la de escribir, porque no está formada con agua, sino con aceite (y los que se dedican con empeño al arte tipográfico emplean aceite purísimo con carbón de nueces pulverizado), también la palabra del Preceptor, merced a su manera suave y llana de enseñar, debe infiltrarse en el alma de sus discípulos a modo de aceite suavísimo, inculcando en ellos al mismo tiempo el conocimiento de todas las cosas.
17. Finalmente, lo que es la prensa en el arte tipográfico debe ser la disciplina en las escuelas, única capaz de conseguir que nadie deje de recibir la enseñanza debida. Como en la imprenta cualquier papel que ha de

convertirse en libro no puede escaparse a la acción de la prensa (aunque los papeles más duros sean con más fuerza comprimidos y los más blandos requieran menor presión), así todo el que ingresa en las escuelas para ser instruido debe quedar sometido a la disciplina común. Esta tiene grados diversos. El primero es la atención constante. Como no hay que confiar nunca lo bastante en la diligencia e inocencia infantil (son descendencia de Adán) deben ser seguidos con la vista por donde quiera que se dirijan. El segundo, la reprensión, mediante la cual los que se extralimitan son traídos de nuevo al camino de la razón y el deber. Por último, el castigo, si se resisten a obedecer las indicaciones o advertencias. Pero en todo ello ha de observarse extremada prudencia; sin otra finalidad que estimular a todos para que cumplan sus deberes con viveza y entusiasmo.

18. Afirmé anteriormente que eran también necesarias determinadas OPERACIONES con arreglo a infalibles procedimientos. Procuraré exponerlo, aunque con alguna brevedad.

19. Conforme al número de ejemplares que han de obtenerse de cada libro, se toma igual número de hojas impresas con el mismo texto e iguales caracteres y se conserva dicho número de hojas, ni más ni menos, desde el principio hasta el fin del libro; de lo contrario, algunos ejemplares quedarían defectuosos. Obedeciendo a esta comparación, nuestro método didáctico exige necesariamente que todos los concurrentes a la escuela deban ser instruidos por el mismo Preceptor con arreglo a iguales preceptos; sean enseñados al mismo tiempo, pasando gradualmente desde el principio hasta el fin, sin admitir a nadie una vez comenzado el curso escolar ni dejar que se marche antes de terminarle. Así conseguiremos que un solo Preceptor sea suficiente para un numeroso grupo de discípulos y que todos aprendan cuanto se les enseñe sin deficiencias ni intermitencias. Sería muy conveniente que todas las escuelas públicas se abriesen y cerrasen una sola vez al año (nuestra opinión aconseja que esto se efectúe en el otoño mejor que en la primavera o en otra época), y de esta manera la labor de cada clase se llevaría a cabo por completo cada año, y llegando todos los alumnos al final a un mismo tiempo (salvo aquéllos cuya torpeza no lo permitiera) pasarían juntos a la clase siguiente, de igual manera que en tipografía, impreso el pliego A para todos los ejemplares, se pasa al B y luego al C, D, E, etc.

20. Los libros bien impresos tienen distintamente separados sus capítulos, columnas, párrafos mediante espacios, ya marginales, ya interlineales (bien obedeciendo a la necesidad o a la mayor claridad). Del mismo modo es necesario que el método didáctico contenga períodos de trabajo y de descanso, con algunos espacios de tiempo para honestas diversiones. El trabajo está distribuido para cada año, cada mes, cada día y aun cada hora; y si con rigor se observa esta distribución, con toda seguridad podrá recorrer cada clase el curso de su trabajo anual y llegar al lugar designado cada año. Con gran abundancia de razones se puede sostener que son suficientes cuatro horas diarias para los ejercicios públicos: dos por la mañana y otras tantas por la tarde. Si quitamos las dos de la tarde del sábado y dedicamos el domingo completo al culto divino, podremos obtener cada semana veintidós y al año (deducidas las fiestas más solemnes) cerca de mil, durante las cuales ¡cuánto se puede enseñar y aprender si se procede siempre ordenadamente!

21. Después que se ha compuesto con los tipos la forma de lo que ha de imprimirse, se toman los rollos de papel y se disponen en pilas de hojas para que estén extendidas y colocadas a mano a fin de evitar retrasos en el trabajo. Así también el Preceptor debe colocar a los discípulos ante sus ojos a fin de verlos siempre a todos y que ellos le vean. En el capítulo XIX, cuestión I, indicamos cómo debía hacerse.

22. Pero para que el papel reúna mejores condiciones para recibir la impresión, se le suele humedecer y ablandar; asimismo en la escuela debe excitarse la atención de los discípulos por los procedimientos que anteriormente reseñamos.

23. Una vez hecho esto, se impregnan de tinta los tipos de bronce para que dejen clara y persistente su impresión. A semejanza de lo cual, el Preceptor explicará con su palabra el ejercicio de cada hora, leyendo, releyendo y desmenuzándolo para que todo pueda comprenderse con claridad.

24. En seguida se someten a la prensa las hojas de papel una tras otra, a fin de que la forma real de bronce imprima su imagen en todas y cada una de ellas. igualmente el Preceptor, una vez explicado suficientemente el sentido de la lección y conseguida facilidad de imitación con algunos ejemplos, interrogue a algunos para que lo que uno empiece otro continúe y se esfuercen en aprender por medio de los mismos discípulos.

25. Cuando las hojas ya están impresas se exponen aire para que se sequen. La desecación de las inteligencias efectúa en las escuelas mediante los repasos, exámenes concursos, hasta que se adquiera la certeza de que se halla profundamente impreso.
26. Finalmente, después de salir de la prensa, se toman todas las hojas ya impresas y se colocan por orden de modo que constituyan ejemplares completos sin faltas; en disposición de venderse, repartirse, encuadernarse y utilizarse. Es viene a ser lo que representan los exámenes públicos a fin de año, cuando los visitadores de las escuelas investigan la solidez y coherencia del aprovechamiento de los discípulos con el exclusivo propósito de poner de manifiesto que se ha aprendido absolutamente todo lo que debió aprenderse.
27. Cuanto hemos dicho hasta ahora ha de entenderse de un modo general, reservando para las ocasiones particulares la exposición de las especialidades que a cada una se refieran. Basta en el momento presente haber demostrado que de igual manera que una vez descubierta la tipografía se han multiplicado los libros, vehículos de erudición inventada también la didacografía o método universal se podrán igualmente multiplicar los eruditos con gran progreso para el mejoramiento de los asuntos humanos, conforme a aquello de: La multitud de sabios es la salud del orbe de las tierras (Sab. 6. 26). Y con intentamos multiplicar la erudición cristiana para implantar la piedad, después de las letras y honestas costumbres, todas las almas consagradas a Cristo, podremos esperar como nos lo enseñan los divinos oráculos, que llegue a realizarse que la tierra sea llena del conocimiento del Señor como cubren la mar las aguas (Isaías 11. 9).

CAP XXXIII
DE LOS REQUISITOS NECESARIOS PARA COMENZAR LA PRACTICA DE ESTE MÉTODO UNIVERSAL

1. Creo que ya no habrá nadie que, considerando en todos sus aspectos la importancia de esta causa, deje de reconocer lo dichosa que sería la situación de los reinos cristianos y de las Repúblicas si se organizasen las escuelas en la forma que nosotros deseamos. No hará falta añadir que es de todo punto necesario el procurar que estas especulaciones no lo sean siempre sino que alguna vez se puedan convertir en realidad. Con sobra de razón se asombraba e indignaba Juan Cecilio Frey de que en todo el transcurso de tantos siglos no se hubiese nadie atrevido a corregir las costumbres tan bárbaras de Colegios y Academias.
2. Hace ya más de cien años, en efecto, que no han cesado de oírse lamentaciones sobre el desorden y falta de método que reinaba en las escuelas, y especialmente en estos últimos treinta años se han buscado remedios con empeño decidido. ¿Pero con qué resultado? Las escuelas han continuado como eran. Si alguno, particularmente, o en alguna escuela privada, efectuó algún ensayo, obtuvo exiguo resultado; ya le rodearon las risas burlonas de los indoctos o le cerró el paso la envidia de los malévolos o tuvo, al fin, que sucumbir privado de auxilios bajo la carga de sus trabajos; y de esta manera fracasaron, hasta ahora, todos los intentos.
3. Hay, pues, que investigar y hallar el medio en virtud del cual se ponga en movimiento, con ayuda de Dios, la máquina, ya suficientemente dispuesta, para ponerse en marcha, o que con sólido fundamento pudiera prepararse, removiendo con prudencia y energía todos los obstáculos que hasta el presente dificultaron su funcionamiento, y que pudieran todavía impedirle si no se les quita de en medio.
4. Entre estos obstáculos podemos considerar algunos. Por ejemplo: Primero, la falta de hombres peritos en el método que, una vez abiertas las escuelas en todas partes, pudieran regirías con el provechoso resultado que pretendemos. (Pues ocurrió con nuestra Janua cuando fue admitida en las escuelas, que nos escribió un varón de gran talento lamentándose de que le faltaba lo principal en muchos lugares: hombres aptos que supieran inculcarla a la juventud).
5. Si, a pesar de todo, pudiesen encontrarse o se formasen Preceptores de estas condiciones, que supieran fácilmente desempeñar su cometido, conforme a las normas establecidas, ¿cómo podrían sustentarse y mantenerse si por todas las ciudades y aldeas y en todas partes nacen hombres y hay que educarlos para Cristo?
6. Además, ¿cómo se conseguiría que los hijos de los pobres pudieran asistir a las escuelas?

7. Desde luego parece que habría de tropezarse con el ceño vulgar de los eruditos aferrados con placer al antiguo compás y hallando toda clase de defectos en el nuevo, manteniendo en ello pertinaz resistencia; y otras parecidas dificultades de menos importancia. A todo pueden fácilmente hallarse remedios.
8. Hay una cosa en extremo importante que, de faltar, puede convertir en inútil toda la máquina y, por el contrario, facilitará su movimiento, si se cuenta con ella: me refiero a la PROVISIÓN SUFICIENTE DE LIBROS PANMETÓDICOS, esto es, que abarquen todo el método. Pues así como, contando con el material tipográfico, es muy fácil encontrar hombres que sepan y quieran, en cuanto les sea posible, y que sufraguen algún gasto para editar libros buenos y útiles y que compren por algunas monedas de estos libros de poco precio, pero de gran utilidad: igualmente fácil había de ser, preparados los elementos de la enseñanza universal, encontrar protectores, iniciadores, encargados.
9. Luego el eje de todo este asunto depende únicamente de la preparación de los libros panmetódicos, la cual estriba en la colaboración para tan sagrado fin, y en la asociación de los trabajos de algunos varones eruditos de gran inteligencia y que no rehúyan su esfuerzo. Esta labor no es propia de un solo hombre, especialmente si está ocupado en otras cosas y no se halla instruido en todas las materias que deben por necesidad comprenderse en el método universal ni acaso tampoco de una sola edad si han de llevarse todas las cosas a su perfecto término. Luego es necesaria la asociación colegial.
10. Para obtenerla se requiere la autoridad y liberalidad del Rey, de un príncipe o de alguna República: un lugar alejado de bullicio, una buena biblioteca y lo demás que se precise. Hay también necesidad de que en estos santos propósitos, encaminados al fomento de la gloria de Dios y la salvación del humano linaje, no haya nadie que intente mover la voluntad en contra; antes bien, todos anhelen ser agentes de la divina bondad dispuesta a comunicarse a nosotros liberalmente por estos nuevos modos.
11. Vosotros, padres queridísimos de los hijos, cuyo tesoro preciosísimo, imágenes vivas suyas os entregó el Dios de la fe, inflamaos al ver surgir tan saludables propósitos y no ceseis de rogar al Dios de los dioses por su feliz realización ni de instar con vuestras preces, votos, sufragios y reiteradas instancias a los Magnates y eruditos; educando entretanto a vuestros hijos piadosamente en el temor de Dios preparando de este modo el camino para la universal cultura.
12. Igualmente vosotros, formadores de la juventud, que prestais vuestro leal trabajo para plantar y regar las plantitas del Paraíso, procurad con ansia y seriamente que este alivio de vuestros trabajos pueda cuanto antes hallarse preparado y aplicarse a su uso debido. Llamados vosotros a que plantéis los cielos y fundéis la tierra (Isaías, 51-16), ¿qué más podéis desear que recoger el fruto abundantísimo de vuestro trabajo? Esta es vuestra vocación celestial, que la confianza de los padres que os entregan sus prendas queridas, sea fuego para vuestros huesos no dejando descanso en vosotros ni en los demás, gracias a vosotros, hasta que toda la tierra se halle encendida en el fuego de esta luz y sea dichosamente iluminada.
13. Y vosotros, eruditos, a quienes dotó el Señor de sabiduría y buen juicio para que seáis capaces de juzgar acerca de estas cosas y ordenar mejor con prudente parecer las resoluciones bien pensadas, mirad no dejéis de aplicar vuestras brasas, teas y aventadores para encender este sagrado fuego. Piense cada uno en aquella frase de nuestro Cristo: Vine a poner fuego a la tierra y ¿qué he de querer sino que arda? (Luc. 12. 49). Si Él quiere que arda su fuego, ¡ay de aquél que pudiendo aportar algo para levantar estas llamas, no lo trae, sino tal vez los humos de la envidia, la dificultad y la oposición! ¡Recordad la remuneración que promete a sus siervos buenos y fieles, que saben negociar con los talentos encomendados para ganar otros más, y cómo amenaza a los ineptos que esconden en la tierra sus talentos! (Mat. 25). Eruditos, temed estar solos; procurad con todas vuestras fuerzas que otros lleguen al mismo grado. Sírvaos de poderoso estímulo el ejemplo de Séneca, que decía: Deseo transmitir a los demás todo lo que sé. Y en otro lugar exclama; Si se me otorgase la sabiduría a condición de tenerla guardada sin poderla revelar, la despreciaría (Epíst. 27). No causéis tampoco envidia a la cristiana multitud con vuestras letras y sabiduría, antes bien, decid con Moisés: ¡Ojalá que todo el pueblo de Dios sea profeta! (Núm. 11. 29). En efecto, puesto que educar a la juventud es procurar la formación y mejoramiento de la Iglesia y la República. ¿hemos de permanecer ociosos nosotros para quienes esto es de sobra conocido mientras otros se dedican a ello?
14. Yo os ruego que seamos informados de un mismo espíritu para que nadie se desdeñe de ofrecer a Dios y a la posteridad el tributo con que cada uno pueda contribuir a tan común y saludable propósito con sus advertencias,

auxilios, exhortaciones, correcciones y estímulos, y que nadie lo considere cosa ajena a sí propio. Aunque alguno crea que no ha nacido para la escuela, o se encuentre muy ocupado con el ejercicio de su vocación eclesiástica, política o médica, pensará erróneamente si juzga que está exento del común propósito de reformar las escuelas. Pues si tienes intención de corresponder a tu vocación y a Aquél que te llamó y a aquellos a quienes has sido enviado, estarás obligado ciertamente, no sólo a servir a Dios, a la Iglesia y a la patria por ti mismo sino a procurar con empeño que haya quienes hagan lo mismo después que tú. Sócrates mereció muchas alabanzas, porque habiendo podido prestar a su patria eminentes servicios ejerciendo la magistratura política, prefirió dedicarse a la educación de la juventud repitiendo con frecuencia que es mucho más útil a la República el que hace a muchos aptos para gobernarla que el que por sí la gobierna.

15. Por el nombre de Dios os ruego y pido que no haya ningún orgulloso erudito que desprecie lo que provenga de otro menos docto que él: pues algunas veces el hortelano habla con bastante oportunidad. Lo que tú no sabes, tal vez lo sepa tu asnillo, es dicho atribuido a Crisipo. Cristo nuestro Señor también dice: El viento sopla por donde quiere y oyes su ruido, pero ignoras de dónde viene o a dónde va. Yo protesto ante la vista de Dios que no me ha guiado para remover todo esto ni la presunción de mi talento, ni la ambición de notoriedad ni la persecución de algún beneficio particular; sólo me mueve el amor de Dios y el deseo de mejorar los asuntos públicos y particulares de los hombres, de tal manera que no puedo resignarme a pasar en silencio todo lo que me sugiere mi oculta inclinación. Si alguno prefiere oponerse y contradecir nuestros deseos, advertencias y esfuerzos, pudiendo alentarlos, sepa que no nos hace la guerra a nosotros sino a Dios, a su conciencia y a la común naturaleza que pide que los bienes públicos sean de derecho y utilidad común.

16. También me dirijo a vosotros, teólogos, en los que preveo que fácilmente ha de encontrarse muchísimo para llevar a cabo o retardar este proyecto con vuestra autoridad. Si preferís lo último, se cumplirá lo que acostumbraba a decir Bernardo: Cristo no tiene enemigos peores que los que están más cerca de Él y aquellos que los dirigen. Pero confiamos en algo mejor y más ajustado a vuestra dignidad. Debéis pensar que el Señor no encomendó a Pedro sus ovejas solamente sino que le encargó que apacentase también sus corderos y éstos principalmente (Juan 21. 15). Cierto es que los pastores apacientan con más facilidad a las ovejas cuando de corderas se han acostumbrado al orden del rebaño en los prados y al báculo de la disciplina. Porque, si alguno prefiere oyentes incultos, ¡seguramente fomentará la ignorancia! ¿Qué más desea el orfebre sino que los fundidores de metal le proporcionen el oro bien puro? ¿Qué agrada al zapatero sino que le provean de cueros y suelas bien curtidas? Seamos, pues, nosotros hijos de la luz, prudentes también en nuestros negocios y procuremos que las escuelas nos formen oyentes lo más perfectos que pueda ser.

17. ¡Que la envidia no prenda en el corazón de ninguno de vosotros, oh siervos de Dios vivo!. Sois os que han de guiar a los demás hacia la caridad, la cual no tiene celos, no es ambiciosa, no busca solamente su provecho, no tiene idea mala, etc. No sintáis envidia, os repito, si otros hacen lo que a vosotros no se os ha ocurrido; por el contrario tomemos ejemplo unos de otros para que (como expresan las frases de Gregorio) todos llenos de ¡e pongamos nuestro empeño en elevar algún sonido a Dios, a un de que encontremos los órganos de la verdad.

18. Ahora me dirijo a vosotros, que en nombre de Dios, gobernáis los negocios humanos, Dominadores de los pueblos y Magistrados políticos; a vosotros, principalmente, se encamina nuestro discurso. Porque vosotros sois como el nuevo NOÉ, a quienes se ha encomendado desde el cielo la construcción del Arca para la conservación de la especie santa en medio del horrendo diluvio de las humanas confusiones (Gnénes., 6).

Vosotros sois aquellos Príncipes que deben hacer ofrendas sobre todos los demás para la construcción del Santuario, a fin de que no sufran retardo en su obra los artífices a quienes el Señor llenó de su espíritu en ciencia y artificio para proyectar inventos (Exodo, 35). Vosotros sois los Davides y Salomones a quienes corresponde hacer venir a los arquitectos y suministrarles con abundancia cuanto hayan menester para edificar el Templo del Señor (1 Reyes, 6 y 1 Crón. 29). Vosotros sois aquellos Centuriones, a quienes Cristo amará si amáis a sus párvulos y les edificáis Sinagogas (Lucas, 7 versículo 5).

19. ¡En el nombre de Cristo os ruego; por la salvación de nuestra posteridad os imploro; poned en ello vuestra atención! ¡Es asunto serio, ah, excesivamente serio, que afecta a la gloria de Dios y a la salud común de los pueblos. Persuadido estoy de vuestra piedad, Padres de la patria, si alguno se os acerca, aconsejándoos cómo pueden fortificarse con leve dispendio todas nuestras ciudades; cómo toda nuestra juventud podrá quedar instruida

en la ciencia militar; cómo se harán navegables todos nuestros ríos y podrán colmarnos de riquezas y mercaderías, o, por último, en virtud de qué medios podrá el público y particular estado conseguir su mayor florecimiento y seguridad, sin duda alguna que, no solamente habríais de inclinar vuestros oídos a tal consejero, sino que le haríais merced por su solicitud en pro de vuestro beneficio y el de los vuestros. Pero aquí se trata de algo más. Se indica el camino verdadero, cierto, seguro de reunir abundancia de varones que con sus invenciones sirvan a su patria sin cesar unos después de otros. Lutero, de insigne memoria, exhortando a las ciudades alemanas a erigir escuelas, escribe acertadamente: Por cada moneda de oro que se gasta en edificar ciudades, fortalezas, monumentos y arsenales, deben gastarse cien en instruir rectamente a un solo adolescente, que hecho hombre para todo lo honrado, pueda servir de guía a los demás. Un varón bueno y sabio, continúa, es un preciosísimo tesoro de toda República, en el que se encierra más que en los palacios suntuosos; más que en montones de oro y plata; más que en las puertas de bronce y en las cerraduras de hierro. (En lo que Salomón concuerda con la Iglesia 9. 13). Si pensamos que está sabiamente dicho lo de que no hay que perdonar gasto alguno para educar rectamente a un solo adolescente, ¿qué no diremos al abrir de par en par la puerta a la cultura universal y cierta de todos los entendimientos, si Dios nos promete derramar sus dones sobre nosotros, no gota a gota sino a torrentes, cuando vemos aproximarse tan de cerca su saludo para que habite su gloria con nosotros en la tierra?

20. ¡Levantad, Príncipes, vuestras puertas y alzad las puertas del siglo para que entre el Rey de la gloria! (Salmo 24). ¡Rendid al Señor, hijos de los fuertes, rendid al Señor gloria y honor! Sea cada uno de vosotros un David jurando al Señor y prometiendo al Dios de Jacob no entrar en la morada de su casa, ni subir al lecho de su estrado, ni dar sueño a sus ojos ni a sus párpados adormecimiento hasta encontrar lugar para el Señor, para asiento de su Tabernáculo (Salmo 132). No reparéis en gasto alguno: dadlo al Señor y Él os lo devolverá con creces. Aunque exige por su propio derecho el que dice: Mío es el oro y mía es la plata (Hag. 2. 8), sin embargo es propio de su benignidad añadir (exhortando al pueblo a la edificación de su templo): Probadme ahora en esto: os abriré las cataratas del cielo y derramaré sobre vosotros bendición hasta la saciedad (Malaquías 3.10.)

21. Concédenos Señor Dios nuestro un corazón alegre para que sirvamos a tu gloria en la medida que a cada uno nos sea posible. Tuya es la magnificencia, el poder, la gloria y la victoria. Cuanto en el cielo y en la tierra existe tuyo es: tuyo, Señor, es el reino y Tú estás sobre todos los príncipes. Tuyas son las riquezas, tuya es la gloria, la fuerza y el poder; en tu mano está el engrandecimiento y confirmación de todas las cosas ¿Qué somos nosotros que recibimos todo de tu mano únicamente? Peregrinos y forasteros somos en tu presencia como todos nuestros padres: como sombra son nuestros días sobre la tierra en la que no hay espera. Señor Dios nuestro, todo lo que hemos preparado en honor de tu santo nombre, de tu mano es. Da a tus Salomones corazón perfecto para que hagan todas las cosas que se disponen para tu gloria (1. Crón. 29). Confirma, oh Dios, lo que se ha operado en nosotros. (Salmo 68. 29). Aparezca en tus siervos tu obra y tu gloria sobre sus hijos. Por último, sea la luz de Jehová nuestro Dios sobre nosotros y dirija Él mismo la obra de nuestras manos. En ti esperamos, Señor, no seamos confundidos para siempre. Amén.